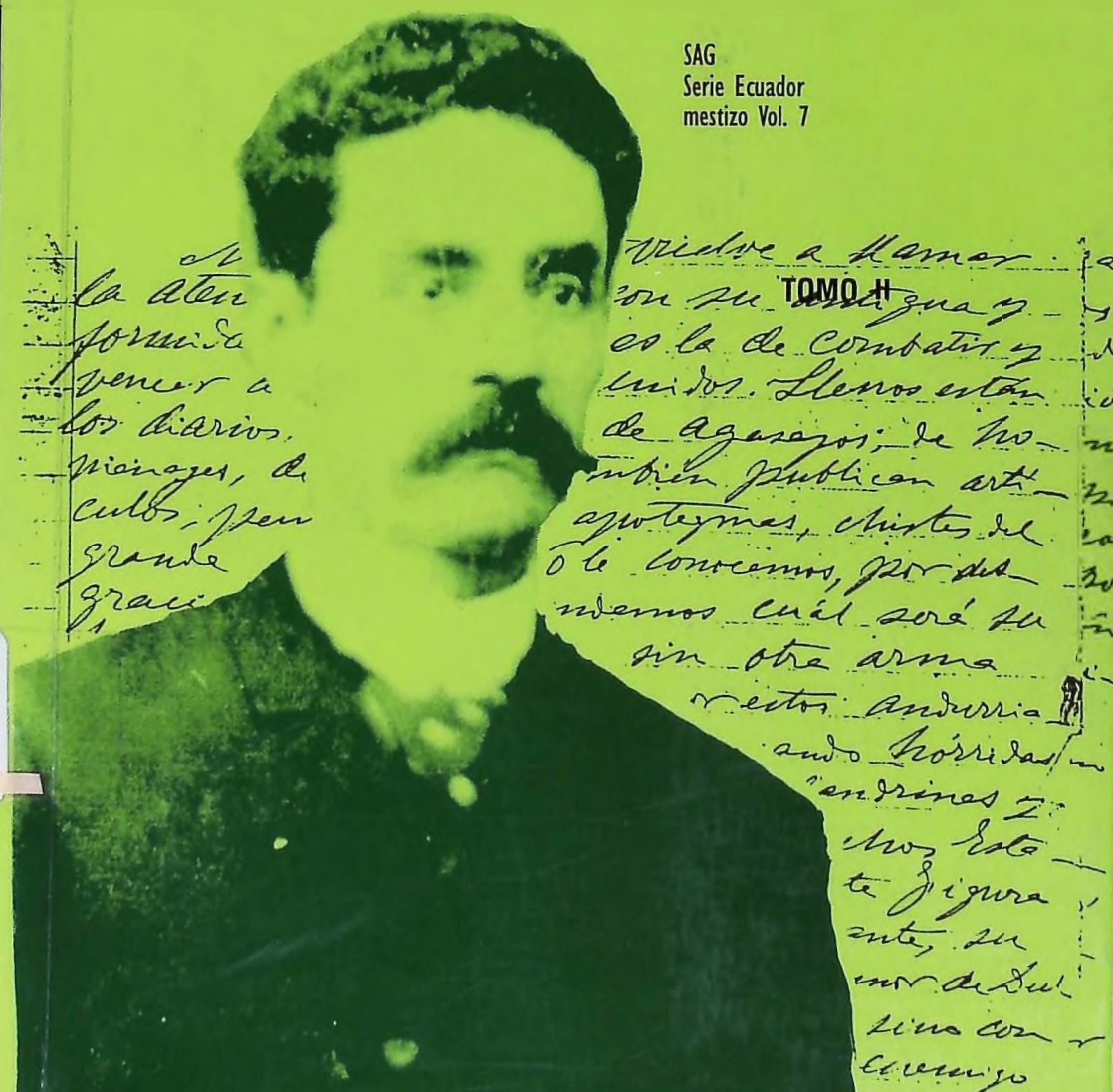


¿QUIEN MATO A GARCIA MORENO?

AUTOBIOGRAFIA DE UN PERSEGUIDO

Roberto Andrade

SAG
Serie Ecuador
mestizo Vol. 7



TOMO II

la aten
formada
vener a
los diarios.
micajas, de
culos, pen
grande
graci

Vuelvo a llamar
con su antigua y
es la de Combatis y
luidos. Llenos están
de agasajos; de ho-
mbres publican art-
aportemas, chistes del
de lo concenno, por del
ndemos cuál será su
sin otra arma
rectos andurria
ando horridas
"andrinias y
chos este
te figura
ante, su
enr de dul
sino con r
cavengo

La vida y la obra de Andrade siempre han sido temas polémicos. Su Autobiografía no será la excepción, pero constituye una invaluable contribución al mejor conocimiento de nuestra época republicana. A despecho de lo que podría imaginarse, la Autobiografía tiene poco de alegato y más de un tremendo documento acusatorio. Solo hoy, amainadas las tormentas, madurado el espíritu cívico del país, es posible la publicación de esta obra. Si se recuerda que uno de los volúmenes de la Historia de Monseñor González Suárez promovió el más grande de los escándalos entre beatos y mojigatos que pretendieron, ante la Santa Sede, que se le ponga en el Índice de los Libros Prohibidos, ¿qué podía esperarse de obras escritas por un revolucionario liberal?

Flutarco Naranjo

**¿ Quién mató a García Moreno?
AUTOBIOGRAFIA DE UN PERSEGUIDO**

TOMO II

**¿Quién mató a García Moreno?
AUTOBIOGRAFIA DE UN PERSEGUIDO
TOMO SEGUNDO**

Memorias de Roberto Andrade
Roberto Andrade

Colección: SAG
Cuarta Serie
Volumen VII

1° edición Corporación SAG, Sociedad Amigos de la Genealogía
Quito, diciembre de 1994

Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla 17-12-719
Telf.: 562633
Quito-Ecuador

Diseño gráfico: Alexandra B. de Regalado
Levantamiento de texto: Alexandra B. de Regalado
Ilustraciones: Archivos de René Andrade Moreno y
Plutarco Naranjo
ISBN: 9978-04-117-5

Impresión: Talleres Abya-Yala
Cayambe-Ecuador

Impreso y hecho en Ecuador
Printed and made in Ecuador

COLECCION ECUADOR MESTIZO

TITULOS PUBLICADOS:

- VOL. 1:** Los Señoríos Etnicos del Norte del Reyno de Quito,
enero de 1994.
- VOL. 2:** Historia de San José de Minas,
septiembre de 1993.
- VOL. 3:** Monografía de Tulcán,
marzo 1994.
- VOL. 4:** Víctor Proaño el explorador de los Shuar,
julio 1994.
- VOL. 5:** Los Jalil en el Ecuador,
septiembre 1994.
- VOL. 6:** Autobiografía de un Perseguido: Memorias de don Roberto
Andrade, Tomo I,
agosto 1994.
- VOL 7:** Autobiografía de un Perseguido: Memorias de don Roberto
Andrade, Tomo II,
marzo 1995.
- VOL 8:** Estudios Histórico Sociales,
agosto 1994.
- VOL. 11:** La Gente Ilustre de Quito
diciembre 1994.

POR PUBLICARSE:

- VOL 9:** Contribución para la Historia Social de Manabí
- VOL. 10:** Monografías de El Angel, San Gabriel y Mira

LA SAG presenta su agradecimiento público a:

**Consejo Nacional de Cultura,
por el co-auspicio para la
edición de esta obra que
fuera financiada con cargo a
FONCULTURA**

**Al Econ. Alfonso Castro Chiriboga,
por sus magníficas fotografías**

INDICE

ESTUDIOS INTRODUCTORIOS

Roberto Andrade Rodríguez, por René Andrade	I
El primer tomo de la Autobiografía de Roberto Andrade, por el Dr. Fernando Jurado Noboa	VIII
Introducción, por el Dr. Plutarco Naranjo	XIV

CUARTA PARTE LA PERSECUCION (1875 - 1920)

CAPITULO XXII

EN BARBACOAS, EN PANAMA, EN EL SALVADOR, EN EL PERU 1885 - 1890

En Barbacoas y Panamá	399
En el Salvador	399
El historiador Lorenzo Montúfar	400
Viaje a Lima	400
La vida en Lima. 1886	400
Salazar en Lima. Sus evitaciones, temblores y coqueteos	401
Con Julio Salazar	402
En el Club de la Unión: Con el sobrino de Veintemilla	403
Pobreza de Alfaro. Mi primer empleo. Nueva maldad de Salazar	404
El alemán Fabra	405
De vendedor en Pisco y en Ica	405
Intento de asesinato por el limeño Andrés Bustamante	406
Salazar dispara a Elisio Espinosa	408
Mi matrimonio. Periodista y profesor. 1887	408
Empiezo a escribir la Historia del Ecuador	409
Marzo de 1888: Un artículo por Alfaro	410
Mi hermano Carlos de comerciante en Lima	411
Revelación de un secreto. Mi disgusto con Montalvo	412
Confirmación de don Manuel Gómez de la Torre	413
Alfaro nos deja en Lima	414
1889: Termino el primer tomo de "Montalvo y García Moreno".	414
El general Proaño en Lima	417
Una acción quijotesca con Aurelio Ante Valdez	418

Dignidad de Alberto Reina y otra vileza de Salazar	419
Origen de mi cojera. Mi primer hijo	419

CAPITULO XXIII
MI PRISION EN LIMA
1890 - 1891

Problemas con el primer tomo de mi obra	421
Traición amistosa de Julio Salazar Miranda	422
Mi prisión en Lima	424
La extradición del señor Roberto Andrade	425
Reacciones de la prensa peruana. La masonería en Lima	433
Empiezo a escribir este libro "Una Vida"	435
Con Julio Andrade en mi prisión de Lima. El cura Valdivieso	436
Salazar hace robar mi correspondencia a Portilla	437
Problemas con Aristizábal	438
Salazar viene en mi búsqueda. Pepe Veintemilla. La Logia	438
Mi esposa y cuñada hablan con el Presidente del Perú	439
Mayo: El caso Piérola	440
Salazar dice que jamás a sido liberal	441
Carlos regresa a pié del Callao a Lima. Alfaro autor del primer capítulo de mi libro	442
Con los Portilla. En Barranco Rafael Portilla y yo	442
Salazar me trata públicamente de loco. Nuestro ejército tenía 4.000 soldados	443
Mi amistad con Rubén Darío. Nueva traición	445
Nace mi segunda hija	447
Dos cambios de prisión: Malambo y la Prefectura	447
Maldad de Elias Laso. Falsificación de un documento para hacerme daño	448
Muerte de Salazar	452
Colofón: hice duelo por las bellas hijas de Salazar	453

CAPITULO XXIV
EN LIMA Y EN VIAJE
1891 - 1894

Amarguras en el Callao, cuando despedía a mi familia	454
El gran morlaco José Félix Torres	455

Archivero en la Escuela de Ingenieros 1892	456
Salida de Lima. Pérdida de mis manuscritos	457
En Piura y Paita 1893	458
Calamidad en Guayaquil	460
En la Intendencia de Guayaquil. Noble gesto de Teresa Andrade	461
Viaje a Quito	463
En Babahoyo: benevolencia de Cobo y Castillo. Inquina de Manuel y Ezequiel Calle	465
Urresta declara que Reinaldo Flores ordenó mi muerte. Nobleza del sargento imbabureño Jurado	466
Leonidas Delgado confirma la orden de Flores	467
Asilo del viejecito Pareja cerca de Guaranda	468
En Guaranda y con Adolfo Avilés	468
En Ambato. El almuerzo dado por Vela	469
Falta de nobleza de Ramón Borja Yerovi	470
Entrada a Quito. Mi hermano Julio y Valverde	470
Sierra y el padre Roldán, nuevo gesto hermoso de Julio	471
Nobleza de los mercedarios	471

CAPITULO XXV

EN EL PRESIDIO "GARCIA MORENO"

1893 - 1895

Descripción del Penal. Ferocidad de Jiménez y Sierra	473
En el catre de Sucre. Dña. Ubaldina Carcelén	474
Visita de mi familia	474
Problemas con la familia Aray	475
Visita del Dr. Borja	476
Visita de los curas	477
El indio Manuel Oña	477
El 95% de presos eran del pueblo. El guardián Luciano Miño	478
De cómo los Flores convencieron en 1866 a Felipe Barriga.	
Las visitas de Pancho Montalvo	479
Alejandro Cárdenas	480
La idea de cultivar en el propio Panóptico. Con el Dr. Antonio Robalino	481
Mi padre	481
Verticalidad y muerte de mi padre. Se niega a confesarse	483

La personalidad de Isolina	484
La señorita Salvador González. Doña Chepa Nieto. El incidente en la calle Rocafuerte	484
Enero de 1895	486
El señor Pástor	486
Mi esposa y Carlos Espinosa Astorga hablan con Sarasti	489
Sierra ordena me lleven a la sala de torturas	490
Reflexiones sobre Isolina	492

QUINTA PARTE

LA DECEPCION DEL PODER (1895 -1912)

CAPITULO XXVI

POR FIN LA LIBERTAD

Bowen nos separa a Alfaro y a mi	496
Machachi	497
La Arcadia	497
Alfaro ordena la fuga de Velásquez	497
Desaire de Alfaro	498
Plaza: sus antecedentes	499
Viene Abelardo Moncayo desde Otavalo	501
Viaje a Guayaquil con Sergio Pérez, octubre de 1895	501
Un gran hombre: Carlos Alberto Flores	502
Alfaro se da por reconvenirme en público	502
Luis F. Carbo intriga a Alfaro contra mí. Palabras de José Luis Alfaro	502
Mis hermanos. Editoralista del periódico de Serrano. Ataque a Alfaro	504
Ignacio Robles contra mí	506
Alfaro impide una cencerrada contra mi persona. Generosidad de doña Carmen Santisteban de Robles	507
Ambivalencia del caudillo	508
Mi familia en Guayaquil	508

CAPITULO XXVII

EN MANABI

1896

Llegada a Manabi	510
De Rector del Olmedo. La casa de Schumacher. El cura Gómez de la Torre	510
Publico el libro "Seis de Agosto". Nobleza de Antonio Gil. Exito en el público. Silencio en la prensa	511
Terremoto en Portoviejo	512
Alfaro contra mí, por dar gusto a gamonal	513
Diputado y en Guayaquil. Me alojo en el hotel California	513
Mi defensa de Alfaro ante Peralta	513
Antecedentes de Manuel Benigno Cueva	514
Mi cortedad y vergüenza frente a Ignacio Robles	515
1897. En Quito, mi amistad con Harman	516
Un abrazo con Alfaro. Gestiones amistosas del Gral. Franco	516
Las obras de Montalvo	517
Regreso a Manabí. 1897. Mis alumnos	517
En las noches hice dos textos de historia y geografía	519
Agustín Yerovi intenta no pagarme 2.000 sucres	519
La profesora Andrade Cevallos	520
El Congreso de 1898	520
Fundo un semanario en Manabí	520
Crimen de Josa y complicidad de Sabando	521
Ataque a Vásquez Cobo	522
El comisario Rafael Almeida y nuevos problemas con Sabando	523
En Manta. De nuevo en Guayaquil	524
Injusticia con el cura Santisteban	524

CAPITULO XXVIII

EN GUAYAQUIL

1900 - 1902

En el Tribunal de Cuentas en Guayaquil	525
Excelsitud del amor	525
Siguiendo los pasos a Rosscau	527
Felonia de Peralta	527
Engaños de Plaza. Los papeles de Montalvo	528

Incidente con el ministro Elizalde. Miedo de César Borja	587
En Quito y con Pinto Agüero	589
Algo para la historia de la Casa de la Exposición	590

CAPITULO XXXIII

PLAZA

El general Julio Andrade declaró que Plaza le propuso victimar a los Alfaro	591
Impunidad de Plaza	595
Desconsuelo de Montalvo	595
Falta de corazón	597
La campaña de 1911	598
Otras reflexiones sobre Montalvo y el liberalismo	599
El general Oliva y Plaza	601
Plaza en Managua	601
Reacción de Plaza a mi opúsculo "Sangre"	602
Rafael Palacios y el chileno Cabrera	602
Vela y Peralta no tienen perdón	603
SEGUNDA PRESIDENCIA DE PLAZA (1912-1918)	
El cacao desde 1910	604
Parecer de Clemente Ponce	605
Alfaro y el patrón oro	606
Los monederos falsos	607
Antecedentes: Plaza en Managua	608
Concepto de Plaza sobre Alfaro y sobre sí mismo	610
Consecuencias del crimen de marzo	612
Plaza y los dos bancos de Guayaquil. El financiamiento de la Campaña contra Concha	613
Caída del precio de los billetes	614
El Ministro Agustín Cabezas Guerrero. Su muerte violentísima y en vendetta	614
Papel del Banco Comercial y Agrícola	616

CAPITULO XXXIV

BAQUERIZO EN EL PODER MI ÚLTIMO AÑO EN LIMA

Septiembre 1916 a mayo 1917

Los Baquerizo Moreno y el embellecimiento de Guayaquil	618
--	-----

Graves disturbios en Guayaquil	619
La prensa: Manuel J. Calle y José Abel Castillo	621
1917 Entre el oro y el cacao	
Plaza ha dejado el poder pero su obra destructora está vigente	620

CAPITULO XXXV

DE LIMA AL ECUADOR UNA EXCURSION EN 1917

Una amiga de Alfaro	623
Las playas del Perú y del Ecuador	624
En Puná	625
El despego entre Ecuador y Perú. 4.000 peruanos en Guayaquil	625
La desembocadura del Guayas	627
Guayaquil en 1917. Me quedé todo el mes de junio en el puerto	627
Mortandad de Serranos y de niños	628
Elogio de un sobrino de García Moreno	629
El comercio	629
Incendio de la Gobernación. Los bomberos	630
Con Browning. Muerte de una hija mía	631

CAPITULO XXXVI

DE GUAYAQUIL A RIOBAMBA

Durán y sus orígenes por 1886	633
Los Yanquis	633
Defensa de Hartman	634
Junio de 1917: rumbo a la Sierra	635
Doña María Pérez Chiriboga	635
La Nariz del Diablo	636
Alausí: allí fue insultado Alfaro por la plebe	637
Los campos de Galte y de Gatazo desde el tren	638
Riobamba en 1917	638
Los indios de Riobamba	640
El licor de los pueblos del orbe	640
Ataque a los indígenas en las haciendas de don José María Lasso	642
El minifundio: mi solución para los indios	642
Mi condiscipulo Emilio Guarderas Klinger	642

CAPITULO XXXVII DE RIOBAMBA A QUITO

El campo de Sanancajas: recuerdos de Julio y de Carlos	644
Ambato. Recuerdos de Montalvo en 1866. Ficoa y su casa	645
Los indios constructores de la Matriz	647
Los tres Martínez y don Abelardo Pachano	647
Nombres de estaciones y de mulas. Historia de vanidades. La estación Larrea	648
Latacunga. Evocación a los poetas Sánchez y Echeverría	649
Chasqui 11 años después. Algún elogio a García Moreno	649
Chisinche: de Sucre a Flores	650
Alfaro y el desarrollo de Santo Domingo de los Colorados	650
El valle de Chillo. La casa destruida que habitó Humboldt	651
Recuerdos de Sucre	652
El Panecillo: sembríos y chozas	652
Reflexiones sobre el ferrocarril	653
Negligencia de los hacendados	653
Alfaro quiso traer motores eléctricos	654

CAPITULO XXXVIII MI VIDA EN QUITO 1917 - 1920

Mi familia el año 1917	655
Mi entrevista con el Presidente Baquerizo. Concepto de este sobre Plaza	655
Belleza de Quito desde sus colinas	656
Rafael Barba, Gómez de la Torre y el eucalipto	657
Interiores y cielo de Quito	658
Conventos, recuerdos, la anécdota del inglés	659
El gran González Suárez	660
Una carta al Presidente Wilson	662

CAPITULO XXXIX TRES AÑOS EN LOS ESTADOS UNIDOS EN NUEVA YORK 1920 - 1923

Mi hija Marina	665
----------------	-----

Escribo la historia en la Biblioteca Pública	665
La única época deliciosa de mi vida. Recuerdos de Octavio Icaza	666
A los 70 años perdi la vergüenza a las damas. Las hijas de Felicísimo López	666
Angel Virgilio Avilés	668
Mis deseos de ser editor. Problemas con Rafael Elizalde	668
1923.- Mi amistad don Vasconcelos	669
El venezolano Jacinto López	670
López consigue hacerme vibrar y llorar	671
Gran elogio de Roberto Andrade	672

CAPITULO XL EN PENNSYLVANIA

Los Anderson	675
Continuando mi Historia del Ecuador	675
Una hermosa pianista	676
Confieso un prejuicio antindigenista	677

CAPITULO XLI QUITO OTRA VEZ

En Quito viví de 1923 a 1927. Un recuerdo de cuando Terán ofreció asesinarme	679
De nuevo Plaza. Contra Plaza desde New York y en 1923	680
Plaza y Crespo Toral.: 1923	680
Paralelo entre Flores y Plaza	681
Plaza, Aristizabal y las peliforras	683
Un grito de auxilio al Dr. Tamayo: marzo de 1923	684
Elogio de los Concha, cuñados de Tamayo	684
La edición de mi Historia	687
Problemas con Leopoldo Rivas	688
Conferencia privada con Tamayo	689
Defensa de mi apasionamiento	689
Prisión de mi hermano Carlos	690
Cristóbal Gangotena pretende refutarme: 1924	691

*Si la calumnia hay en todo cuanto hasta
ahora he escrito ¿por qué no se me ha
seguido juicio de imprenta?*

Roberto Andrade

*No pensemos en la opinión ajena, sino en la
de nosotros mismos.*

Rafael Andrade Narváez, 1887

ROBERTO ANDRADE RODRIGUEZ

Nació en la parroquia El Puntal, ahora conocida como Bolívar, provincia del Carchi, el 26 de octubre de 1850. Hijo legítimo de Rafael Andrade Narváez y Alegría Rodríguez, honestos y laboriosos propietarios y agricultores de la zona, padres de 14 hijos que se distinguieron por su patriotismo en las luchas liberales.

Su niñez transcurrió en la hacienda paterna Gualchán; estudio en el colegio San Diego, en Ibarra, y en 1868 se encontraba en Quito asistiendo al colegio de los jesuitas, de donde fue expulsado, probablemente por su indocilidad y los cuestionamientos que al sistema de estudios imperante hacia por haber leído a los enciclopedistas y algunos escritos de Juan Montalvo como "El Cosmopolita". Posteriormente se matriculó en la Universidad Central, en la que curso hasta el quinto año de Jurisprudencia, carrera que interrumpió por los acontecimientos del 6 de agosto de 1875.

En mayo del expresado año circuló en Quito "La dictadura perpetua"; folleto montalvino que constituyó un memorial de agravios contra la tiranía de García Moreno. Andrade, en su habitación, con el sigilo que tales lecturas requerían, al grupo de amigos entre los que se encontraban Manuel Cornejo Astorga, Abelardo Moncayo y Manuel Polanco, leyó en alta voz las acusaciones contra el gobierno tiránico que tal folleto contenía. Inflamados sus pechos por verdades tan amargas, planearon eliminar al tirano a la luz del día y en la plaza pública, como lo anunciaba Montalvo.

Tomó parte activa en el ajusticiamiento del tirano, pues aunque Faustino Lemos Rayo (colombiano) actuó por su cuenta, en venganza por ofensas personales, Roberto Andrade y los demás complotados actuaban por el bien público, lavando ofensas y traiciones a la patria y vengando a las víctimas de la patológica sevicia de García Moreno. Por eso su respuesta al inquirírsele qué había ocurrido en el tumulto: "La Patria es libre, murió el tirano", dijo. Por la noche se escondió en casa de Ramón Gortaire cerca de la actual Plaza del Teatro. El día 7 se asiló en casa de los Villacreces, en San Blas. En septiembre estaba en una hacienda de Cayambe, luego pasó a Otavalo y se reunió con su familia. Ante la persecución de la policía se ocultó en casa del Dr. Luis Miranda; el 25 cruzó la frontera ayudado por Víctor Gangotena Posse y se estableció en la población de Cumbal, en Colombia. Al día siguiente el Coronel Arellano lo condujo a Ipiales, donde residía Montalvo, quien al verlo exclamó: "Estaba muy infamado ese pueblo" -refiriéndose al ecuatoriano- "pero usted lo ha salvado".

En Colombia permaneció hasta 1876 y regresó cuando triunfó Borrero, gozando de un breve período de tranquilidad, ya que poco después Veintemilla ascendió al poder. En 1877 Andrade fue electo diputado por Esmeraldas, pero no asistió por falta de garantías, pues Veintemilla había iniciado la persecución a los liberales y desterrado a Montalvo. Entonces atacó al régimen por la prensa y fue apresado en Ibarra, pero al mes lo dejaron libre, por cierta simpatía que su accionar había despertado en Veintemilla, quien le aconsejó que salga del país. Nuevamente en Ipiales, vivió dando clases particulares. En 1880 hizo publicar dos folletos en Quito, titulados "Despedida y Confidencias".

En 1882 viajó a Rioverde en Esmeraldas y se unió a Alfaro levantado en armas contra la dictadura. Es designado "Jefe de Operaciones", pero en agosto fueron derrotados y volvió por las selvas a Colombia. En enero de 1883 cayó la capital en poder de los restauradores y regresó a Quito donde fundó el diario "El Siglo" para seguir atacando a Veintemilla que se había hecho fuerte en Guayaquil; entonces publicó el folleto "La Juventud" y una defensa o síntesis biográfica del periodista Miguel Valverde que permanecía preso en el puerto.

Sus enemigos le removieron el juicio por la muerte de García Moreno y debió regresar a Ipiales. En julio cayó la dictadura y viajó a Quito. Convocada la Convención Nacional fue nuevamente electo diputado por Esmeraldas, pero los conservadores obtuvieron auto motivado en su contra y perdió los derechos de ciudadanía. Viajó a Manta, se entrevistó con Alfaro y volvió a Ipiales, donde se enteró de la elección de Caamaño, quien pidió a los jueces de Pasto su extradición. Efectuada su prisión, lo enviaron el 21 de abril de 1885 a Bogotá; allí se defendió con varios escritos y hojas sueltas que predispuso a la opinión pública a su favor. Su padre publicó en un folleto una exposición y un alegato dirigido al Presidente de Colombia; la Corte Suprema de dicho país dictaminó a su favor y el 25 de octubre recobró la libertad, tras permanecer más de 5 meses privado de ella. Como corría peligro de muerte, viajó a San Salvador donde se encontraba Alfaro. En este país, en enero de 1886, publicó "Contemplaciones", obra poética. En marzo viajó a Lima y fue recibido por Eduardo Lavergnac, *jefe de la masonería peruana, que lo presentó a una logia*. En 1887 hizo editar en Quito el folleto "Dos Polos" y comenzó sus apuntes para lo que más tarde sería su obra de mayor mérito: la Historia del Ecuador. Ese año dio a luz una biografía del Coronel Luis Vargas Torres, titulada "Otro mártir".

Subsistía con el dinero que percibía como reportero de varios periódicos y de las clases particulares que dictaba. Vivía con arreglo y decencia, como un exiliado político y contrajo matrimonio con Isolina Arana, abnegada matrona, que junto a varios hijos, le dará el consuelo para sobrellevar sus malas épocas. La familia de su esposa había sufrido graves quebrantos por la pérdida de las minas de salitre que poseía y que, tras la guerra llamada del Pacífico entre Perú y Chile, habían pasado a poder de este último país.

En 1890 comienza a publicar 8 folletos titulados "Estudios históricos: Montalvo y García Moreno", posteriormente habría de reunirlos para formar 16 capítulos que en 296 páginas se publicó en Guayaquil en la imprenta Jouvin en 1925. Después los editores, aunque muy cortésmente, se negaron a imprimir una letra más y los ejemplares publicados desaparecieron en las sombras y el misterio. La obra no estaba completa y su autor conservó inéditos los 34 capítulos restantes. Luego de su muerte fueron publicados por la editorial Cajica de México en 1970, en dos tomos, en más de 1000 páginas, debido al devoto celo del Dr. Plutarco Naranjo Vargas, quien los recibió junto a muchos papeles desordenados del archivo y de otras obras al parecer inconclusas, de manos de la última hija supérbite, que falleció soltera meses después.

En 1891 el Presidente Antonio Flores, molesto por algunas frases y opiniones vertidas contra la memoria de su padre, el Gral. Juan José Flores, pidió al Perú la extradición de Andrade, aprovechando los servicios del diplomático ecuatoriano en ese país que era nada menos que el hijo del Gral. Francisco Javier Salazar, ex Ministro de la Guerra del Gobierno de García Moreno, y que según sabía Andrade -y lo había manifestado en sus escritos- no era ajeno a la conspiración contra la vida del tirano, a través de su agente el capitán Sánchez. El 10 de abril fue apresado en Lima; pero apeló a la Corte Suprema y obtuvo su libertad el 31 de septiembre, luego de permanecer casi 6 meses en prisión. Su amigo González Prada, entre otras personalidades políticas e intelectuales del Perú, inclnaron la opinión pública a su favor y su alegato fue publicado en un folleto de 30 páginas en los mismos momentos de su prisión.

En octubre de 1894 embarcó en el Callao, con destino a Panamá, para sumarse a la revuelta que su gestaba en el Ecuador por el negociado de la bandera; pero el agente diplomático ecuatoriano en el Perú que oficiaba de espía, puso en alerta el gobierno de Luis Cordero, Reinaldo Flores y Caamaño que era la suprema autoridad en Guayaquil; en acto de piratería asaltaron el vapor en alta mar y capturándolo lo ingresaron al

panóptico el 31 de octubre y "de la cárcel habría subido al patíbulo, si no llega a despuntar la aurora del 5 de junio". El 26 de agosto de 1895 salió en libertad por orden del coronel Belisario Albán Mestanza, Jefe Civil y Militar de Pichincha, viajó a Latacunga y se abrazó con Alfaro, quien al verlo exclamó "El día ha sido completo". Había permanecido 10 meses en prisión, tiempo en el cual falleció su padre el 24 de enero de 1895, y sin haber podido estar presente en sus últimos minutos ni en sus honras fúnebres.

Aquí terminaron para Roberto Andrade 20 años y 20 días de exilios, persecuciones y prisiones...

Alfaro le nombró Director de la Escuela de Artes y Oficios de Portoviejo. En 1896 editó en esa imprenta el libro "Seis de Agosto" en 415 páginas, con detalles inéditos sobre la muerte de García Moreno y hoy joya bibliográfica apreciadísima porque manos anónimas la han recogido hasta de las bibliotecas públicas. La Asamblea Nacional le encargó la edición de las obras de Montalvo pero no le asignaron fondos; con todo, Andrade recoge las publicaciones y numerosos manuscritos inéditos, sin poder cumplir totalmente tan útil empeño.

En 1898 editó en Guayaquil "Lecciones de Historia del Ecuador", obra declarada por el Consejo de Instrucción Pública texto para escuelas y colegios de la República. Se conocen seis ediciones aparecidas entre 1898 y 1906. En 1899 editó en Madrid el folleto: "Olmedo, un crítico criticado. Respuesta a Don Antonio de Valbuena" en 26 páginas. En 1900 apareció en Guayaquil su famosa novela "Pancho Villamar", considerada la primera novela urbana del Ecuador, con ambiente en Quito y argumento de amor y de intriga, donde el personaje se ve envuelto en la política, se trata de una novela precursora en su género precediendo a "A la Costa" de Martínez, siendo además la primera novela política que se produce en el país.

Ese año fue electo diputado y concurrió al Congreso Nacional. En 1901 fue presidente del Tribunal de Cuentas de Guayaquil y editó un "Informe", en donde demuestra su absoluta independencia de criterio en materia de cuentas y nitidez de procedimientos sin incondicionalismos frente al régimen liberal. En 1902 falleció su esposa. En 1903 publicó en Quito el folleto "Cain". En 1907 otro folleto titulado "Tulcán y Cuaspud" en 112 páginas y el folleto "Moscas"; en 1908 "La Campaña de veinte días". En 1909 apareció "El Deber" en la Miscelánea popular de Celiano Monge. En 1909 publica "Espía del Perú", en 20 páginas. En 1911 "Defensa", en 22 páginas explicando y defendiendo sus lecciones de Historia del Ecuador. Su más importante obra de esta época es "Lecciones

de Geografía del Ecuador para los niños", cuya primera edición apareció en 1900 y conocerá más de 15 reediciones hasta 1920.

En 1909 solicitó a su hermano, el Gral. Julio Andrade, a la sazón Ministro Plenipotenciario en Bogotá, que le envíe copia de ciertas piezas que existían en el voluminoso proceso incoado contra los próceres del 10 de Agosto de 1809. Este material, de cuya existencia Andrade sabía por sus estudios de investigaciones, fue una revelación sobre la conducta de algunos personajes y le corresponde el mérito de haber sido el primer historiador nacional de haberlos estudiado.

En 1912 ocurrió el arrastre de los Alfaro y poco después el asesinato de su hermano el Gral. Julio, crímenes políticos que conmovieron la conciencia americana. Andrade publicó en Quito "Sangre ¿Quién la derramó?" con el subtítulo de "Historia de los últimos crímenes cometidos den al nación ecuatoriana", en 219 páginas, que circuló en el continente y cubrió de ignominia al régimen del Gral. Leonidas Plaza, que lo persiguió y obligó a salir del país.

En 1914 editó en Lima el folleto "Patriotismo", en 25 páginas y en 1916, en New York, "Vida y Muerte de Eloy Alfaro", memoria biográfica de 492 páginas y 25 ilustraciones, considerada la más completa biografía del Viejo Luchador.

Al concluir el período de Plaza pudo publicar en Quito, en 1917, "Apuntes de Historia del Ecuador" y en 1918, en Lima, "Perú y Ecuador, Geografía y demarcación", incluido en el tomo 34 del Boletín de la Sociedad Geografía de Lima. Entonces era considerado el gran proscrito y una autoridad internacional en materia de geografía e historia. "Venerado por la juventud del continente y guía y maestro en la lucha por la libertad de los pueblos". En 1919 recibió numerosas comunicaciones del Ecuador pidiéndole su regreso al país. En 1920 terminó su exilio voluntario, arribó a Guayaquil, pasó a Quito y casi en seguida siguió a New York, lugar en el que residirían hasta su muerte tres de sus hijos.

En 1926 publicó en Quito dos folletos: "La mujer y la guerra" y "Conferencia sobre el camino a Esmeraldas y las ventajas de la agricultura"; este último folleto no es más que la publicación de la conferencia pronunciada en la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha. En 1927 estuvo en La Habana ayudando al profesor Roberto Agramonte a elaborar la obra "Biografía del dictador García Moreno", que constituye un estudio clínico sobre la psicología del personaje. Entonces, con el apoyo de Agramonte, quien era Secretario de la Universidad de la Habana, pudo publicar dos gruesos volúmenes que contienen las obras inéditas de

Montalvo y que aparecieron bajo los títulos de "Páginas desconocidas" y "El libro de las pasiones", prologadas por Agramonte y por él, respectivamente.

En 1930 regresó al país porque fue designado senador de la República. Ese año se publicó en La Habana su discurso pronunciado en la Academia de Historia de Cuba al conmemorarse el primer centenario del asesinato de Sucre. En 1932 editó en Río de Janeiro "Límites entre Ecuador y Perú" y en La Habana "La Guerra y la Paz" y dictó una conferencia sobre el primer centenario del nacimiento de Montalvo que salió impresa en 1933, así como "Las Dos Américas", folleto que trata sobre las culturas hispanoamericana y anglosajona.

En 1934, apenas llegado al poder el Dr. Velasco Ibarra, lo separa de la cátedra de Historia que la venía dictando en el Colegio Vicente Rocafuerte de Guayaquil. Velasco Ibarra, admirador de García Moreno y a quien trató de imitar, pues en muchos aspectos de sus respectivas vidas hubo ciertas similitudes, demostró con esta acción que, en ciertos conservadores de la escuela jesuítica, vivía latente el espíritu de venganza y revanchismo que caracterizó a su dios, a su "mártir del derecho cristiano", a su prohombre: García Moreno.

En Guayaquil, la editorial Reed & Reed -norteamericanos al fin, y como tales, ausentes de los odios y egoísmos domésticos- editó su monumental obra "Historia del Ecuador", en 7 tomos y 2.787 páginas que mediante suscripciones y en folletos semanales fue entregada a los lectores. Como era de esperarse, se agotó inmediatamente y es hoy una rareza bibliográfica. En 1937, la dictadura del Gral. Enriquez le otorgó una pensión vitalicia, misma que no pudo cobrar, pues lo largo y engorroso de los papeleos burocráticos, muy propios de nuestro país, esterilizaron los trámites, sorprendiéndole la muerte el 31 de octubre de 1938 a los 88 años de edad y en la Clínica Guayaquil, dejando inéditos los 34 capítulos de su obra "Montalvo y García Moreno" que, como dijimos recién pudo publicarse en 1970 debido al empeño del Dr. Plutarco Naranjo. Su autobiografía "Una Vida" seguía inédita esperando editor, hoy se cumple completamente el sueño.

De él se ha escrito:

"Hombre histórico, ha esgrimido la pluma media centuria. Este atormentado ciudadano habría sido coronado de rosas en los tumultuosos tiempos de Sila o habría alcanzado el mando de algunas de las legiones romanas en los revolucionarios tiempos de Lúculo, Pompeyo, Bruto y Casio".

Muchas veces estuvo a punto de ser asesinado. En el campo de la ruda polémica ha peleado con multitud de ecuatorianos. Dedicó aceleradas frases a muchos más, delatando sus felonías y crímenes. Se ha creado atmósfera adversa al convencionalismo dulzón, al aplauso rutinario, a la conveniencia de hacer llover baratas glorias. El Ecuador necesita de hombres de la doctrina hasta el fanatismo, en medio de la abulia en que vivimos y de la amnesia de las más saludables doctrinas y los más nobles ejemplos. Su esfuerzo, su talento, le hacían, a la postre acreedor al mérito que pocos le brindaron. Rico en anécdotas, se apodera del lector y le sugestióna.

Roberto Andrade es uno de los más grandes ecuatorianos de todos los tiempos...

René Andrade Moreno.
Quito, febrero 28 de 1994

EL PRIMER TOMO DE LA AUTOBIOGRAFIA DE ROBERTO ANDRADE

Roberto Andrade Rodríguez no necesita presentador. Diez mil páginas -contenidas en 25 libros publicados y en alrededor de 60 opúsculos menores- me liberan del honroso encargo.

Me parece además que el presentador suele alertar o inducir al lector y esto es definitivamente un irrespeto a la libertad de conciencia, mejor que cada uno de Uds. con el libro en la mano, discuta, ría o vocifere con él. Mis palabras estarán limitadas a compartir con Uds. algunas reflexiones luego de haber estudiado y ordenado de la mejor manera posible estas voluminosas Memorias, con la pena sí de que un diez por ciento del texto, hay que considerarlo definitivamente perdido; lo consumió de seguro el fuego, el día en que la propia doña Marina Andrade, temerosa del piquete policial que allanó su casa, se vio obligada a incinerar parte del manuscrito.

Vayamos en un periplo ligero y retrógrado:

1) *La muerte sin limite*

José Joaquín Pino de Ycaza, en sus "Rostros antiguos y papeles viejos" escribió:

"La muerte es la evasión definitiva de la que no se vuelve, contra la cual no hay extradición, ni persecuciones ni destierro".

Apena afirmar que este principio no siempre se cumple, hay hombres que siguen batallando aún después de muertos. Roberto Andrade Rodríguez murió en 1938, corporalmente, pero a 56 años de su muerte, sigue vivo, polémico, iracundo, perseguido, desterrado. Parece que él hubiera nacido para protagonista de la conspiración del silencio.

2) *Cuándo empezó su viacrucis?*

De los 88 años que vivió. 63 corresponden a una tormenta con minimos estadios de paz. A raíz de 1875, cuando su papel conspiratorio en la muerte de García Moreno, principió su adolorida caminata que indudablemente habríale de amargar su espíritu.



Guillermo Andrade y su familia en Quito hacia 1918
Su señora era Virginia Andrade Rodríguez hermana de Roberto



Roberto Andrade hacia 1920
Archivo del Dr. Plutarco Naranjo



Rosa Andrade Rodríguez de Larrea. Guayaquil hacia 1882
Fotógrafo: Camilo Pérez



1882, Grupo de campaña de los Restauradores
Sentado al centro el Gral Arellano, atrás a la izquierda Julio Andrade
Fotógrafo: Carlos Endara, Carrera Córdova 12, Panamá



Rosa Velasco Polanco esposa de Daniel Andrade
Fotógrafo: José D. Laso, Junio 1904



Lola Andrade de Moncayo
Fotógrafo: Camilo Pérez hacia 1900



Alegria Andrade Rodríguez
Fotografía Americana hacia 1895



Mercedes Andrade Rodríguez de Simmons y su prima Dolores Andrade
Fotografía instantánea de Benjamín Rivadeneira, Quito hacia 1888

Fue la mayor víctima de entre los victimarios de García Moreno; ninguno sufrió tanto como él, además no fue aquel un hecho casual y espantoso como podría creerse. A su época y desde 1789 por lo menos, el magnicidio estaba de moda, lo enseñaron los franceses para América y a ellos les siguieron los abates en sus textos y los profesores en las universidades. El Presidente de la Audiencia de Quito, Ruiz Castilla fue asesinado por gente dirigida por Nicolás de la Peña, un prócer ilustre de Quito; connotados bogotanos intentaron matar dos veces a Bolívar en 1828; Sucre, García Moreno, Checa, Piedrahita, Alfaro, terminaron sus vidas en forma trágica. Se escaparon, por circunstancias especiales, cuando estuvieron a punto de perder el hilo de la existencia, Juan José Flores, Rocafuerte, Caamaño, Velasco Ibarra, Arroyo del Río, etc. Aún en los años 50 de este siglo, jóvenes idealistas de algún grupo político nuestro estaban totalmente convencidos de la utilidad del magnicidio, aunque hoy ya convertidos en águilas o cóndores, quizás hayan olvidado los ardores de su época de polluelos.

3) *Martirio y producción literaria*

El hombre que por 63 años es perseguido por sostener -sin claudicar- sus opiniones, es indudablemente un mártir, mérito mayor aún en un país donde el cambio de camiseta es casi una virtud teologal. Curiosamente Andrade no fue un mártir depresivo ni culposo. Los primeros veinte años de proscripción -1875 a 1895- no fueron inútiles; en casos similares la autodestrucción, la angustia sin límites, hubieran puesto fin a su destino. Él, con su temple de romano y un tesón que no conocía fronteras, envejeció sí esos años, pero con productividad enorme alumbrada en la guía de Montalvo y de Alfaro, de quienes fue su inmejorable secretario. Por ello, en 1890, de apenas 40 años había vivido tan intensamente que se sintió viejo, era tanto lo que había por recordar y escribir, que data de ese año el inicio de esta su Autobiografía, tarea que habría de retomarla 40 años, después, cuando tomó conciencia plena de que la guadaña estaba cerca.

4) *El soporte familiar*

Otro de los mecanismos que le impidió sucumbir ante tanto infortunio fue la protección total, abrazadora, sacrificada, que recibió

de sus íntimos. La historia se inició en las abuelas, a quienes dedica numerosos recuerdos; se asentó poderosamente en los padres, en los cuales la tenacidad iba del brazo con la ternura. "Di siempre la verdad, aunque te quiebres" fue el lema de don Rafael Andrade Narváez, su padre; quizás por eso surgió una combativa familia de 14 hermanos, ejemplar -sin piropo alguno a los presentes-, donde cada uno fue una palanca poderosa y todos, una recia.

Los genes, la rebeldía, la invulnerabilidad, aquella cosa que se llamaba la hombría de bien, se prolongarían en los sobrinos y en los hijos de aquellos; por eso para este país son símbolos, Kanela, Raúl o Jaime Andrade, al igual que los Moncayo, los Larrea, los Ubidia, los Torres y tantos otros frutos del árbol familiar, cuya lista sería interminable. Justamente el gran estilista Raúl Andrade, diría de su tío don Roberto:

"La diatriba y el odio le persiguieron a lo largo de una vida ejemplar, que la calumnia no logró descomponer ni la venganza alterar".

5) *La multiplicidad y resistencia*

Hombre múltiple, antes y después del 95 fue Roberto Andrade, poeta, periodista, profesor público y privado, militar, jefe de operaciones, historiador, reportero, director de la Escuela de Artes y Oficios, crítico, novelista, Presidente y Ministro del Tribunal de Cuentas del Guayas, geógrafo, conferencista, senador, pero ante y sobre todo, polemista y hombre polémico él mismo.

Esta multiplicidad y lo polémico de su accionar, despertaron dos tipos de respuestas en los ecuatorianos de su época y aun mucho después de ella: sus ediciones se agotaban casi de inmediato, las gentes las buscaban con verdadero frenesí. Un hombre superior aunque reñido totalmente con sus ideas, el jesuita Aurelio Espinosa Pólit, formó la más completa colección de todo lo que salía de su pluma. Pero en el otro polo de la esfera, gentes poderosas procuraban retirar sus ediciones de las librerías y emprendían ardientes campañas difamatorias, en las que no se dejó en paz, ninguno de los lados que un hombre tiene.

Se ha dicho repetidas veces que en el Ecuador no se perdona a la inteligencia, que se cuestiona todo lo que rebasa de la mediocridad y que al que esté arriba hay que bajarlo, aunque sea a tiros.

Verdad a medias, creo yo; cierta para el manejo de los poderosos, de los que se creen dueños del poder político, económico o cultural de un país; fábula apenas para quienes verdaderamente buscan alimento -aunque solitario- en las vertientes olorosas de la calma y de la paz, en aquellas donde a nada ni a nadie se teme.

Demás decir que nadie, ni los unos ni los otros, podrán jamás bajarle a don Roberto de su pedestal de granito. Pudo ser odiado, aún lo es, pero jamás podrán vencerle.

6) El valor para decir la verdad

Es muy fácil escribir coronas fúnebres para alegrar a los deudos del difunto y contemporizar con el espíritu de los que aún están vivos. Pero lo que sí resulta valiente es publicar y denunciar en estilo unamuniano, estando vivos los protagonistas, pues esto significa jugar con la propia vida.

Valga referir un episodio, debidamente documentado y que es uno de los perdidos por las llamas incineradoras; nuestra fuente es otra: en el congreso de 1908 Roberto Andrade siendo senador atacó en uno de sus discursos a los conservadores y a García Moreno en especial. Le replicó un diputado azuayo, muy notable por cierto y le dijo con sorna, que ciertos legisladores en lugar de estar en su curul, debían estar en la cárcel.

No le dolió el asunto a don Roberto; volvió a tomar la palabra y le recordó al diputado, que justamente el padre de este señor, había sido de los mayores opositores a García Moreno y que este lo trajo preso desde Cuenca en 1874; dijole además Andrade que gracias al 6 de agosto, aquel opositor recobró su libertad, que de haber sobrevivido García Moreno, este hubiera fusilado a su opositor y que por tanto, el diputado competidor no estaría presente. Ni la gracia y chispa que empleara fueron óbice para calmar la iracundia del legislador azuayo. No supo qué replicar y en el momento del café, en el pasillo del Congreso, profanó físicamente a don Roberto.

7) La pasión al escribir la historia.

Roberto Andrade, al igual que Alfredo Pareja, estaba convencido que la historia había que escribirla con pasión; manifestaba que

su pasión no debía tomarse en el sentido de perturbación siquica, sino en el de vehemencia, de entusiasmo y de ira justa.

Claro, objetivamente, autovalorar los límites correctos de la justicia de nuestra propia ira, es en extremo complicado; por eso el lector tiene todo el derecho de recortar el comentario que considere pasional y simplemente quedarse con la sustancia, con lo vital, con el contenido de la carta o de la proclama. Ningún autor nos atenaza, así pretendiera hacerlo; el único atenazado por su propia incapacidad es el fanático -del color que sea- por su jaula estrecha con candado fuerte y llave perdida; pero ese es otro cantar.

Sin embargo y a pesar de la pasión, Roberto Andrade dará tanta luz, que será sistemáticamente saqueado en sus datos, aun por sus enemigos ideológicos o personales y aún -admirémonos- varios de estos tendrán que agradecerle por la iluminación a pasajes oscuros de nuestra historia. Valga referir que en el volumen primero se destruye la tesis largamente mantenida de que Faustino Rayo Carpio era realmente hijo de don Gabriel García Moreno. Desde hoy ingresa esta versión al canasto de los mitos de la historia.

8) *Mentira y conflicto*

Largamente don Roberto ha sido acusado de mentiroso y de conflictivo.

"Miente mucho don Roberto" sonaba a frase almibarada, cuando los ministerios pedían informes, para ver si apoyaban o no las ediciones de su historia. Sin embargo, amén de los errores comunes a todo investigador, es muy difícil probarle que mienta. Es cierto que ocasionalmente su pasión le ciega para no ver méritos en algunos de sus enemigos, pero de la ceguera afectiva a la mentira hay largo trecho.

¿Conflictivo?. Si y sin recelo, porque todo hombre superior tiende a ser conflictivo, pues resulta que uno es el concepto y a veces otro el sentimiento; uno suele ser el deber y otro el ideal; una la aspiración personal y contra puesta -en veces- la del hogar. Solo a los seres llamados "simples de nacimiento" no podemos exigirles conflictos.

9) *La síntesis de un hombre.*

Y ese es -y lo digo en presente- Roberto Andrade Un hombre con H mayúscula, al que hay moralmente que admirarlo, así nuestras ideas personales sean contrapuestas. Don Roberto pudo -estamos seguros- hacer suyas las palabras que escribiera en 1930 ese gran intelectual que se llamó Remigio Romero y Cordero:

"La envidia nunca me ha causado molestias... Es la bestia más bruta del infierno y sus bestias. Jamás le vi la cara, jamás vi sus despojos, de miedo de mancharme las niñas de mis ojos. En cuanto a la calumnia, no le rompí la boca porque ese es el oficio que al puño de Dios, toca".

Dr. Fernando Jurado Noboa
Quito, agosto 23 de 1994

INTRODUCCION

Este segundo volumen de la autobiografía de Roberto Andrade cubre el periodo que va desde 1906 hasta 1930, es decir, hasta muy cerca del fallecimiento del autor.

Relata algunos de sus viajes al Perú, Chile, Cuba y sobre todo a los Estados Unidos. El relato está salpicado de amenas anécdotas y el viaje de retorno a Quito, en el recientemente inaugurado ferrocarril, le da oportunidad para pergeñar hermosas descripciones del paisaje geográfico, de las poblaciones y ciudades, todo lo cual constituye un valioso testimonio de cómo fue el Ecuador de comienzos de siglo.

Lo medular del presente volumen es la acerba crítica de lo que podría llamarse el "periodo placista", que cubre aproximadamente dos décadas de la historia nacional.

Andrade fue amigo de Plaza, cuando ambos apoyaban al general Alfaro. Andrade siguió leal al caudillo liberal, en los días de triunfo y en los de desgracia y persecución. Plaza, en cambio, tan pronto vio la posibilidad de su propio asenso, no solo que se alejó -traicionó diría Andrade-, sino que llegado el momento preciso, según el autor, mentalizó la inmolación de los Alfaro y otros líderes liberales.

Su enardecimiento contra el General Leonidas Plaza Gutiérrez sube a su clímax cuando su hermano el Gral. Julio Andrade, auténtico luchador por la causa liberal, iba a competir con Plaza, con perspectivas de éxito, en la elección presidencial. No llegó hasta ese momento, taimadamente fue asesinado.

Plaza, seguramente, no fue un Rojas ni un Francia, paradigmas de caudillos bárbaros pero, según Andrade en asesinatos como el de los generales Manuel Serrano, Ulpiano Páez, los Alfaro, mas tarde el del General Julio Andrade y el periodista Luciano Coral, algo o mucho tuvo que ver Plaza, directa e indirectamente.

Andrade pinta a Plaza como al hombre de ambiciones de fortuna y de poder sin límites, sin recatos. Lo describe como el arribista sin escrúpulos, calculador, taimado y que sabe manejar los hilos de la política, al tiempo que sabe halagar a sus servidores y esbirros. Plaza, según el autor usurpa el poder y se apropia de la República a la que maneja como si fuera uno de sus tantos latifundios, mal adquiridos. Por veinte años es el árbitro de los destinos del país. Pone presidentes a su gusto y conveniencia y, según Andrade los maneja a su antojo, pues, por mucho tiempo, conserva el cargo de General en Jefe del Ejército Ecuatoriano.

Andrade dice:

"Plaza gobernó siete veces... una por si mismo, desde 1901 hasta 1905; otra, por medio de don Lizardo García, hasta 1912; otra por medio del Dr. Andrade Marín, desde el 6 de marzo de 1912 hasta fines del mismo año; otra por si mismo, hasta 1916; otra, por medio de Dr. Baquerizo Moreno, hasta 1920; otra, por medio del Dr. Tamayo, hasta 1925; otra, por medio del Dr. Córdova, hasta el 9 de julio del mismo año... Los doctores Andrade Marín, Alfredo Baquerizo Moreno y José Luis Tamayo fueron personas excelentes en si mismas; viéronse en el caso de aceptar la presidencia cuando Plaza estaba de dueño del ejército".

Se refiere con bastante detalle a la política monetaria que tanto enriqueció a Plaza mientras perjudicó a miles de ecuatorianos, al haber dictado un decreto conocido como el de la inconvertibilidad monetaria. Alfaro había hecho acuñar monedas de oro los "cóndores". Los billetes emitidos por el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil eran libremente convertibles en monedas de oro. La ley prohibió esa convertibilidad y, según Andrade, el propio Plaza y algunos de sus áulicos, adquirieron las monedas de oro. La situación económica del país, por ésta y otras razones fue deteriorándose de tal modo que originó esa explosión social del 15 de noviembre de 1922.

En fin, Andrade, recuerda desde cuando Plaza se dedicó a modestos quehaceres en Centro América; luego, cuando elegido con la aquiescencia del propio Alfaro, Presidente de la República, por telegrama pidió a Alfaro, cien sucres -pues no los tenía- para pagar el billete de viaje a Quito, hasta cuando en pocos años, se convirtió en uno de los hombres más poderosos y ricos del país.

Andrade recuerda también su denodada lucha contra Plaza, ante el sistemático intento de éste de alcanzar mayor fortuna, mediante la venta del Archipiélago de Colón o Islas Galápagos a los Estados Unidos, intento que no tuvo éxito y el Ecuador pudo salvar esa región insular como parte de su patrimonio.

Andrade fue perseguido por Plaza. No miró indiferente las felonías, los peculados, los abusos; escribió y publicó folletos y hojas volantes. Tuvo que exiliarse, pero su ira y desprecio perduraron hasta sus últimos años y esa es la tónica de esta interesante parte de su autobiografía.

Los capítulos finales dedican al patriótico movimiento encabezado por Idelfonso Mendoza, joven y pundonoroso oficial, que por inexperiencia política sirvió inocentemente, bastardos intereses de la oligarquía.

Plutarco Naranjo Vargas
Quito, enero de 1995.

CUARTA PARTE

LA PERSECUCION

1875 - 1920

CAPITULO XXII

EN BARBACOAS, EN PANAMA, EN EL SALVADOR, EN EL PERU 1885-1890

En Barbacoas y Panamá

A mi llegada a Barbacoas, -septiembre de 1885- el juez quiso aprehenderme, porque autoridades competentes le habían transmitido orden antigua; pero personas que conocían el asunto le convencieron de que estaba yo libre, por sentencia de la Corte Suprema Federal. Fui visitado por personas principales, las que había ya conocido en mi viaje anterior, y varias otras nuevas. Entonces oí el nombre de *Leonidas Plaza*, y supe que había nacido en Barbacoas, como lo he narrado otras veces. En *Panamá* encontré al *coronel Manuel Antonio Franco*¹, ecuatoriano, y a los generales Pulgar y Barrios, venezolanos, a quienes desde entonces estimé, por su benévola acogida.

En el Salvador

Me embarqué rumbo al Salvador. En la capital de esta progresista República, *vivía el general Alfaro, en el hotel Alemán*. Quizá no fue muy grato mi arribo, porque le oprimían las estrecheces monetarias; pero al día siguiente recibió un telegrama de Panamá, con la noticia del envío de \$7.000, mandados desde Guayaquil, por el valeroso joven liberal *Modesto Rivadeneira*, de familia distinguida, quien los había conseguido mediante una acción atrevida y abnegada: hallábase empleado en la Tesorería de dicha ciudad, de la cual tomó aquella suma, con el objeto de entregársela al general Alfaro, como a verdadero Jefe del Poder Ejecutivo².

1.- Véase en la Colección Alfarada (1995) el volumen *Manuel Antonio Franco otro ángel enmascarado de demonio*.

2.- Datos más amplios véase en *Los Ribadeneira antes y después de Colón* Vol. 3. Quito 1987.

El historiador Lorenzo Montúfar

La primera persona con quien contraje amistad, fue el esclarecido anciano D. Lorenzo Montúfar, historiador de Centro América, hombre de gran actividad, inteligencia e instrucción, quien a casi todas las naciones centroamericana había servido de Secretario de Estado, Ministro Plenipotenciario, etc. Esta amistad honrosa fue también para mí un recreo: dábamos largos paseos por el campo, jugábamos ajedrez y discutíamos, o mejor dicho, hablábamos de asuntos graves, en los cuales yo aprendía. El aspecto de él era muy grave y atractivo: tenía más de 80 años, su talle era erguido, sus cabellos enteramente canos. *Comíamos en una misma mesa D. Lorenzo, el general Alfaro y yo*³.

Tuve en San Salvador amistades escogidas, de las que tenía el general Alfaro. Los jóvenes me llevaban a conocer edificios espléndidos, ya de gobierno, ya privados, paseos, teatros, etc.

Viaje a Lima

Todas las casas son de un piso, en aquella ciudad interesante, porque los temblores son frecuentes. El general Alfaro dio orden de embarcarnos para El Callao, él, el Comandante italiano Ronca, anciano y soldado de Garibaldi, y yo. Ronca iba comprometido a entrar en campaña. Del puerto de la Libertad al del Callao, fuimos directamente en el Menes, vapor alemán:

- Si el Capitán de ese vapor no fuera honrado, nos llevaría a Guayaquil -decía Alfaro, riendo-. El sabe mi historia.

En el Callao encontramos a varios ecuatorianos, especialmente guayaquileños, quienes recibieron al jefe con el mayor entusiasmo.

La vida en Lima. - 1886

*Nos alojamos en el hotel Maury en Lima*⁴, y el general Alfaro fue por muchos visitado, especialmente por extranjeros, quienes conocían su labor patriótica. Fue a visitarle el general ecuatoriano *José M. Urbina*, quien manifestó quería conocerme: había sido Presidente ecuatoriano y

³.- Don Lorenzo era pariente lejano de los Montúfar de Quito.

⁴.- A una cuadra de la Plaza de Armas. Aún presta servicios. En su época era el mejor hotel de la ciudad.

Jefe del Partido Liberal, en muchos años; pero Montalvo acababa de convertirlo en estafermo, a causa de sus deslealtades seniles⁵. No tenía yo interés en conocer a aquella ruina. La salutación fue muy fría: si entré una vez a su casa, fue por amistad con Gabriel, su hijo y por visitar a la señora madre de éste, dama de las más distinguidas del Guayas⁶. *Mi permanencia en Lima no fue grata*, porque no recibía de mi familia noticias: mis amistades fueron pocas, porque no las cultivé sino con el "Círculo Literario", grupo de jóvenes escritores, presididos por el eminente Manuel González Prada. Este era un escritor que iba en pos de la verdad y de las virtudes privadas y públicas, con perseverancia y con franqueza, un Catón en la austeridad y seriedad, y de erudición incomparable, pues que pocos aprovechan de sus lecturas como él. Conocía la historia moderna mejor que la antigua; y a los grandes hombres los calificaba en términos muy propios, rehuendo las apreciaciones que se parecían a la lisonja o vituperio exagerado. Era escritor de primer orden, porque la idea de él es fecundante, lanzada por el golpe certero, escogida entre ideas preferibles, y expresada con el laconismo, brillo y eficacia de los mejores escritores modernos. Habría reformado al Perú, si hubiera tenido más expedición, tolerancia e inclinación al trato social, porque sus compañeros y amigos no eran pocos, y le preparaban la candidatura a la Presidencia de su patria. Desgraciadamente, su sinceridad era obstáculo, por el catolicismo de la mayoría del Perú. Sus libros serán inmortales; pero, por desdicha, se han publicado muy pocos.

Salazar en Lima. Sus evitaciones, temblores y coqueteos.

El general Francisco J. Salazar vino, poco después, de Ministro Plenipotenciario en Lima, no a ser útil a su patria, sino a guarecerla de los *feroces* demagogos y a guarecerse él de mis *mentiras*. Hallábanse en Lima *varios jóvenes del Guayas* y también de las ciudades andinas, así como de *Manabí y Esmeraldas*, que formaban el séquito de Alfaro y amedrentaban al ministro Salazar. ¡Cuál no fue la red de intrigas, cuántas las bellaquerías de este malvado incansable, para dañar los proyectos patrióticos de Alfaro y mantener al Ecuador de estercolero, como hasta

⁵.- En realidad tenía 78 años.

⁶.- Se refiere a Teresa Jado de Urbina.

ahora.⁷ Los inmortales *Cerezos*, héroes como el empecinado de España, habían mantenido ardiente la guerra, desde la tragedia del *Alajuela*, y luego en los bosques de Manabí y Esmeraldas, con la esperanza de auxilio de Alfaro! ¡Cuánto se esforzaba el patriota en acudir al llamamiento de estos héroes! Dieron innumerables combates, casi todos a la bayoneta en los bosques, porque carecían ya de pertrechos, y al fin perecieron todos, ora en el campo mismo de batalla, ora asesinados por la alevosía de Berruecos; pero ninguno rindió su bandera, porque eran de los escogidos para fecundar la libertad.

Como Alfaro persistía en la idea de que nada debía yo decir acerca de la conspiración de agosto, en relación al proceder de Salazar, mantúveme en completa reserva, en apariencia. Salazar sabía la menor de mis acciones, y se propuso cambiar de táctica conmigo, para embaucarme y apoderarse de secretos. *Evitábame en la calle*, porque en mí estaba viendo a una víctima y a un juez. *Vile temblar varias veces*, en momentos en que iba a pasar yo a su lado. Mi mirada no era amenazante, sino la tranquila del juez. Tenía yo deseo de leer en su rostro, y me propuse alcanzarlo varias veces; pero huía de mí como de tumba y buscaba refugio en el vacío. Era yo Cornejo y Polanco, Campuzano y Rayo, López y García Moreno. No le sucedía lo mismo, cuando se encontraba con algún otro joven liberal. Una ocasión insultó a dos, sin la menor sombra de pretexto: eran dos adolescentes, y pasaban sin haber visto a Salazar: *¡Canallas, insolentes, atrevidos! Estos son los que componen el círculo de Alfaro! Estos no saben que tengo espada y que les atravesaré con ella! ¡Acordarse de la espada, en reconvencción a dos niños! Ellos se rieron y se fueron.* Conmigo acudía, en momentos, a otra táctica: decía a quien me lo podía decir, que mi conducta era intachable en Lima, que no carecía yo de talento, que se conocía era estudioso y otras deliciosas frases, en las cuales me daba yo baños de ambrosía. El Dr. Lorenzo Rufo Peña me dijo: El general Salazar luego de leído un escrito de D. Abelardo Moncayo, exclamó: "es lástima que un escritor de tanto talento no pertenezca a nuestro partido".

Con Julio Salazar

Me hallaba de visita en casa de un ecuatoriano:

7.- Conviene recordar al lector, que estas líneas fueron escritas en la prisión de Lima, en 1891. (R. A. R.).

- Va Ud. a tratar bien a un amigo a quien le voy a presentar, me dijo:
- Siéndolo de Ud., no hay duda, respóndile.
- Salió y volvió con Julio Salazar.
- ¡Nos conocemos! exclamé disgustado.
- Ambos son mis amigos, y quiero que uno y otro lo sean entre sí.

Soy discípulo de Juan Montalvo, no gusto comprimir la mano de un perverso; pero reflexioné que aquel individuo no era responsable de los crímenes del padre, y le tendí la mía con franqueza. No cambiamos ni una frase, no porque él no lo intentó, sino porque me despedí en el instante. Tampoco volvimos a saludar, porque yo lo precavía con disgusto.

En el Club de la Unión: con el sobrino de Veintemilla

Otro día, el Sr. *José Ignacio de Veintemilla*, compatriota mio⁸, me invitó a comer en el Club de la Unión. Fui y hallé a Julio Salazar y al Dr. Manuel Nicolás Arízaga, también invitados. Hubo de efectuarse la presentación. Me propuse complacerlos, aunque todos éramos enemigos en política. Veintemilla, veintemillista; Salazar, salazarcista; Arízaga, borre-rista; yo, montalvista y alfarista. Horas enteras charlamos y reímos, y no hubo un solo desagrado. *Veintemilla tocaba muy bien el piano*, y nos entretenía deliciosamente. Nadie puede evitar ser locuaz, cuando la cabeza está encalabrada con los vahos de un buen vino. Yo hablaba con mi habitual sencillez, Salazar como detrás de bastidores de teatro. Comprendí que me quería lisonjear, pues se entretuvo en hablarme de algunos de mis deudos. Avanzada la noche, salimos. Salazar enlazó su brazo con el mio, y dijome en tono lastimero:

- ¡Qué le parece a Ud. Roberto! ¿Quién inventaría aquella calumnia atroz, la de que mi padre concurrió a la conspiración contra García Moreno?

- Es de tal trascendencia el rumor, que su padre debe retirarse de la política, contesté.

- Pero si Ud. sabe que es calumnia.

Reflexioné en las advertencias de Alfaro y le respondí simplemente:

- Calumnia, pero que se repite y le perjudicará en sus proyectos.

⁸. - Era hermano de la célebre Marieta ambos sobrinos carnales de don Ignacio. A más era excelente músico.

Entramos a un café: ya empezaba a amanecer. Mis amigos hablaron de que la muerte de Garcia Moreno era asesinato.

-¡No!, dije yo, porque el asesinato es crimen. ¿El suicidio no es lo mismo que el asesinato?

- Indudablemente, contestó uno.

- Pues Ricaurte fue suicida y la posteridad ha calificado de acto heroico.

- Andrade tiene argumentos de Bruto, dijo Arizaga, riendo.

Cualquiera ve que estos actos del general Salazar eran con el objeto de sorprender mi secreto ¿Y por qué quería sorprenderlo, sino porque temía la revelación?

Pobreza de Alfaro. Mi primer empleo. Nueva maldad de Salazar.

La vida vino a serme difícil, especialmente desde que el general Alfaro cayó en la pobreza. Poco antes, me llamó a su alcoba y me llenó los bolsillos del abrigo con soles peruanos.

- Estas son ganancias en un negocio de sombreros de Manabí, me dijo:

El Dr. Julio Patiño, persona ilustrada y fina, conservador colombiano, *se alojó en la casa donde yo moraba*; contrajimos amistad. Un día vino a decirme:

- En el Colegio Internacional, dirigido por el Dr. Fetzar, alemán, he sido, desde que llegué, profesor de Historia y Gramática Castellana. Me voy a la Argentina. Si quiere Ud. sustituirme, yo hablaré con el Director.

¡Cuánto agradecí al Dr. Patiño! Fue el primer empleo que desempeñé en el Perú. Habían pasado varios meses. Un día me llamó el Director y me dijo:

- El Ministro del Ecuador, General Francisco J. Salazar, acaba de informarme en contra de Ud. Me advierte que no tenga a Ud. de profesor, porque es Ud. reo prófugo, juzgado y sentenciado a muerte en su patria.

- ¿Y qué ha resuelto Ud.?

- Debía preguntarme qué le contesté. La contestación mía fue: yo soy el Director de este Colegio, y como todas las atenciones las tengo puestas en él, cualquier consejo extraño es inútil.

Le manifesté la causa de la persecución, le insinué hablara con el general Alfaro. candidato a la Presidencia, y nos separamos, siempre amigos.

Un día recibí recado de un capitalista peruano, D. Tomás Valle, y fui al momento.

- El Dr. Agustín L. Yerovi, de Guayaquil, me dijo, tiene dinero en mi poder, y me ordena entregue a Ud. cien soles mensuales.

No conocía yo al Dr. Yerovi; pero sabía fue uno de los conspiradores del 6 de Agosto: creía yo debía este socorro a simpatías políticas. Cesaron mis tribulaciones, por un tiempo. Escribí al Dr. Yerovi, agradeciéndole y pidiéndole me explicara su generosa conducta. No me dio contestación alguna: corridos los años, supe que quien enviaba el dinero era mi padre.

El alemán Fabra

En la Quinta había yo conocido -sin duda en 1884- a un joven alemán, llevado a casa por un amigo. Llamábase *Francisco Fabra* y hablaba bien el español: su profesión era exhibir cuadros en público, en un aparato imperfecto, asomos del cinematógrafo, y entretener a la gente con variedad interesante de juegos de manos. Le regalé un perrito. Nos encontramos en Lima, a los dos años. Como era insinuante, afable y honrado, reanudamos la amistad y nos veíamos todos los días. El perrito era perrazo, vivo y experto, como buen muchacho era idolo de Fabra, y se le perdió un día. Asomó a mi casa lloroso y anduvimos todo un día, en busca del amigo. A los dos días, pasamos por la acera del *Hotel Maury*, llena de caballeros y señoras. De repente aparece el perro y pone las manos en el pecho de Fabra: a éste le saltaron las lágrimas, de manera que hubo quienes se rieron. Ganas tenía yo de decir en público que la doctrina católica enseñaba que las facultades del alma son memoria, entendimiento y voluntad, y que los animales no tienen alma. ¿La memoria del perro era del cuerpo?.

- Con lectura y escritura no se vive en estos días, me dijo Fabra, al entrar un día a mi cuarto. Vamos a buscar trabajo provechoso.

De vendedor en Pisco y en Ica

En el almacén de un norteamericano, llamado Bacigalupo, se comprometió a vender máquinas de coser, en las poblaciones peruanas: aprendí yo a manejarlas y nos embarcamos para Pisco.

Mr. J. J. Venn era vicepresidente inglés allí y nos prestó cuanta protección le fue posible. Por indicaciones de Fabra, yo vendía máquinas,

que eran de pie y mano, yendo cada mañana por una calle, entrando a todas las casas y explicando maravillas de costura, quisieran o no quisieran, a las señoras y señoritas: un muchacho llevaba una máquina de mano: ganábamos cinco soles en las máquinas de mano y diez soles en las de pie. En cada día, recorría dos o tres calles. Cuando ya no hubo venta, pasamos a *Ica*, capital del Departamento. El Ferrocarril corre por dilatados arenales. En *Ica* también hicimos buen negocio y hallamos muy buenas amistades. El subprefecto nos daba caballos y en ellos íbamos a bañarnos en la laguna de Guacachina, donde los baños son hediondos, pero muy saludables.

Iban a bañarse señoritas distinguidas: una señorita nadaba muy bien, y yo iba inmediato a ella: de repente se enredó en algas, se dificultó nadar y pidió auxilio; el subprefecto había sido novio de ella y se enfadó conmigo, en la persuasión de que yo la cortejaba. Refiero este incidente, porque más tarde experimenté serias consecuencias, las que narraré a su tiempo.

Volvimos a *Pisco*, donde yo me quedé, para tomar baños de mar. En *Lima* no tendría qué hacer: también había libros en *Pisco*. *Fabra* volvió a *Lima*.

Un día me dijo el vicecónsul *Mr. Venn*, en el hotel, a donde él concurría a comer:

- Toda mi familia se ha ido al *Callao*, por cierto tiempo, y yo vivo solo, en mi casa. Si Ud. quiere, *le doy un cuarto*: pase Ud. sus maletas.

Me dio uno de los mejores aposentos. Allí recibí noticia en abril de 1887 del asesinato del héroe *Vargas Torres*, fusilado por *Caamaño*. Escribí un opúsculo en su memoria; y para su publicación, *Mr. Venn* me dio su imprenta, conmovido por el género de muerte del patriota.

*Intento de asesinato por el limeño Andrés Bustamante
Era mediados de 1887*

Corrí un peligro, que no fue insignificante. Servía de oficial del resguardo un joven muy bien parecido, llamado *Andrés Bustamante*, limeño, recién llegado de *Alemania*; no me trataba con mucha simpatía, a causa de nacionalidades; pero en cambio otro joven, llamado *Manuel Román*, también de *Lima*, fue, por muchos años, mi amigo bondadoso y consecuente. Entre los tres y algún otro, jugábamos rocambor en el hotel. *Bustamante*, al sentarse, ponía a su lado una botella de jerez, y la desocupaba él solo, mientras duraba el juego. Una noche se embriagó y

comenzó a bravear. Sin decir palabra, interrumpimos el juego y nos disponíamos a irnos. Bustamante me llamó y abrazándome en el hombro, me propuso dar un paseo hasta la otra poblacioncita, llamada también Pisco, adonde se iba en tranvía. Preferimos ir a pie: la noche era de luna y estaba bellísima. Mr. Venn se había ido al Callao, y yo habitaba solo en la casa. Fuera ya de la población, Bustamante empezó a ofenderme. Comprendí mi bisoñada en haber aceptado un paseo con un ebrio.

-Yo no puedo ser amigo de Ud. porque Ud. es ecuatoriano, exclamó, de improviso y empujándome. -Sabe Ud., so tal, que tengo un odio mortal a los ecuatorianos?

-Por qué me insulta?

-Porque los ecuatorianos son unos bandidos, unos canallas, unos miserables.

Y me arremetió, esforzándose en tomarme por el cuello. Como yo no estaba embriagado, de un movimiento violento, le eché a tierra de espaldas; pero caí sobre él porque se asió de mis solapas y me arrastró al caer. Pude yo apretarle la garganta y así conseguí me soltara. Me levanté, dejándole tendido y me fui a mi casa. Mi corbata estaba despedazada y rota la cadena del reloj. No había gente. Entré y me acosté. Aún no apagaba la luz, cuando sentí pasos precipitados en la calle, cerca de la ventana; luego oí un golpe recio en el portón, como si fuera el de la culata de un fusil, luego pasos en el pasadizo, luego oí la voz de Bustamante, en la puerta del cuarto: la abrió y se presentó él, sin sombrero. Su aspecto era el de un borracho: el cabello le caía sobre la frente, en la que estaba pegado con el sudor; los ojos extraviados: tenía un fusil con ambas manos:

- ¡Va Ud. a morir, miserable!, me gritó. ¡Haga Ud. el acto de contrición!

Se aproximó a la cama, por los pies; preparó el fusil y me apuntó al semblante. Un ebrio no pierde el juicio, si no le excitan; pero los miembros pierden su eficacia, y no siempre le obedecen.

Podía salir el tiro, en contra de su voluntad.

-Venga a tomar asiento, Bustamante, le dije, con la mayor suavidad: venga a fumar un cigarro. Y quité la ropa que estaba en una silla.

Quedose perplejo y bajó el rifle.

- Cree Ud. ¿que no le voy a matar? El Ecuador entero me ha de agradecer, porque Ud. es un gran criminal. Y volvió a levantar el rifle.

- Me estaba acordando de la ocurrencia de N.N., en el rocambo. dije. ¡Calificar a Ud. de mal jugador, en aquel solo! ¿No se acuerda?.

-Lleve Ud. este rifle, dijo a un soldado, que había quedado en la puerta. Voy a disparar contra ese cuadro, agregó, apuntando a una oleografía, que se hallaba en la pared.

-¡No! Se lo ruego, exclamé. Conmigo, lo que Ud. quiera; pero no con lo de Mr. Venn.

-¡Lleve Ud. este rifle!, dijo al soldado, y salió.

No lo volví a ver, porque en breve *me fui a Lima*, llamado por el general Alfaro. *A los dos o tres meses*, levanteme un día de la cama, al despuntar la aurora, y salí a pasearme en la plaza de la Independencia.

-¡Andrade!, me gritó una voz, desde una esquina.

Un joven vino a estrecharme en sus brazos: era Bustamante.

-¡Cuánto le he echado de menos!, me dijo. Seremos amigos hasta la muerte. El infortunio ha querido que no nos volvamos a ver.

Salazar dispara a Elisio Espinosa.

No puedo olvidar un hecho triste, acaecido con un entrañable amigo mío. Habían llegado al extremo las antipatías entre ecuatorianos liberales y conservadores, o sea entre alfaristas y salazaristas. Algunos liberales habían tenido una comida de fiesta, y salieron a la calle, acalorados con el vino. Era ya de noche, y en uno de los portales se paseaban Salazar, el hijo y sus amigos. Uno de los liberales -llamado González- le acometió de palabra. Elisio Espinosa, Octavio Mora, Gabriel Urbina Jado y otros, corrieron a contener a González; pero Salazar creyó, sin duda, que iban a acometerlo a él, disparó un tiro de revólver e hirió a Espinosa en la pierna, en presencia de muchísimas personas. Los ecuatorianos, inclusive Espinosa, fueron llevados a la prisión; pero inmediatamente fue trasladado Espinosa a un lugar donde podía curarse. No fue la herida grave.

Mi matrimonio. Periodista y profesor. 1887

La casualidad me proporcionó amistad con un viejo coronel, llamado Simón Sánchez, persona seria y distinguida, y él me presentó a varias casas honorables, *pues ya siquiera tenía cómo vestirme con decencia*. Una de ellas fue la de D. Benito Arana, antiguo Prefecto del Departamento de Loreto, Secretario del Presidente General Prado, autor de un libro acerca del Amazonas: era rico, y había descendido a la pobreza. Una de sus hijas fue mi esposa. Amar, no era difícil; que me amen, sí, en las circunstancias mías. Se ve que mi esposa fue de gran corazón. No tenía

esperanzas de pronto regreso a la patria, ni de prosperidad en Lima; y sin embargo, fui amado, tanto como amaba yo. *Mis padrinos fueron la esposa del Presidente de la Corte Suprema y el general Eloy Alfaro.* Desde entonces, ya tenía familia en el Perú, y me fueron soportables todos los quebrantos. En esta nueva posición, ya me era menos difícil ganar sumillas de dinero, ora colaborando en periódicos, ora en el profesorado a domicilio. Mis relaciones honorables aumentaron: mi esposa y su familia eran estimadas: El general Prado había vuelto a su patria; ya he dicho que nos habíamos conocido en Barbacoas; pero ignoraba la amistad de él con mi suegro. Ambos eran de la sierra y su amistad empezó en la infancia.

Empiezo a escribir la Historia del Ecuador. Palma me insta a ser masón.

Don Ricardo Palma, ilustre escritor, estaba de Director de la Biblioteca Nacional; y yo tenía derecho para consultar en mi casa diarios antiguos, para la "Historia del Ecuador", que ya comencé a escribir. Con frecuencia platicábamos: su conversación era amena y agradable: se empeñó *por que entrara yo a la Fracmasonería*; pero me resistí, pues los jesuitas de Europa escribían, como ya he dicho, que el dinero de las logias armó a los conspiradores del 6 de Agosto. El Sr. Palma contribuyó a aumentar mis amistades. Por aquellos tiempos, recibí la siguiente esquila del redactor de "La Revista Masónica":

"Ecuador.- La Revista Masónica del Perú.- *Lima, Noviembre 5 de 1887.*- Señor D. Roberto Andrade.- Muy señor mío.- Habiendo leído en 'El Anotador' de Guayaquil una transcripción que a su vez hace 'El Nacional' de Quito, del artículo tomado de un periódico jesuita de Bélgica en el que se afirma haberse fraguado en las Logias Masónicas la conjuración política que en el Ecuador dio por resultado la muerte de García Moreno, me permito suplicar a Ud., como que fue uno de los comprometidos en ese movimiento, se sirva restablecer la verdad de los hechos, desmintiendo así la participación que ha querido gratuitamente atribuirse a la Masonería en un asunto al cual ha sido completamente extraña.- Poniendo con tal objeto a su disposición las columnas de esta Revista, me suscribo de U.- Su atento S. S.- Eduardo Lavergne".

Mi contestación fue la verdad, y se publicó en la misma revista.

Mi esposa me trajo otra vida, aunque rápida, la música: mientras uno oye buena música, se abstrae, y no vive sino para inebriarse en desconocidas delicias. Yo la conocía, mas no en su esencia, con esa

frivolidad que apenas mueve el ánimo. Mi esposa tenía genio musical, y había estudiado mucho el arte y con buenos profesores. Cuando cantaba y tocaba el piano y le oía yo con atención, se me desvanecían los odios, cualquiera de las pasiones dañosas y hubiera procurado el bien del semejante. La música debe ser parte de la primera enseñanza. lo malo es que no todos nacen inclinados a ella.

Marzo de 1888: Un artículo por Alfaro

Terminó Caamaño su gobierno y vino el de D. Antonio Flores. En el primer día de las elecciones, triunfó Alfaro en Guayaquil. Por esta causa di a luz en Lima el escrito siguiente, que mereció el aplauso de D. Pedro Carho, anciano incorruptible:

"NOBLEZA OBLIGA. - Cuando el ciudadano Eloy Alfaro combatía, en 1883, en defensa del honor de la República, las cinco figuras de paja, elevadas al poder, en la capital de la Nación, por el morenismo floreano, atreviéronse a decretar un ultraje a Guayaquil- 'Guayaquil será tratado como pueblo conquistado, dijeron en aquel ridiculo decreto: nombren los delegados de nuestro gobierno, autoridades en la provincia del Guayas' Eloy Alfaro estaba allí: 'Pueblo', dijo a los guayaquileños, en proclama firmada en el mismo día del combate: 'elegid vuestras autoridades libremente: nadie tiene facultades para usurparnos el ejercicio de tan sacrosanto ministerio. Adheridos al gobierno de Quito, o al de Manabí y Esmeraldas, o nombrad un tercero para que administre la provincia del Guayas' Los guayaquileños escucharon el acento del amigo, que ofrecía protegerlos con sus dos mil bayonetas, y ahí luego eligieron magistrado al venerable Pedro Carho. Irrisión y desprecio fueron las respuestas al decreto de los cinco terroristas, cinco momias pestilentes, las cuales tenían en Guayaquil obra de tres mil hombres armados, para que ejecutaran sus mandatos. He aquí como Alfaro fue defensor de las prerrogativas de la noble Guayaquil. Después manifestaron los genizaros de Flores y domésticos de García Moreno, intenciones de seducir a Alfaro y arrehatar a Guayaquil, este centinela de todos sus justísimos derechos. Alfaro dijo: ¡Matadme! Yo no defiendo sino lo que es conforme a la justicia. No le mataron, porque les tembló la contera, pero cuántas y cuántas veces no han intentado después arrancar la espada de sus manos, por medio de la ponzoña o el puñal! Nobleza obliga. Noble es el pueblo que se acuerda de

remunerar acciones como ésta. Los cablegramas del 8 y del 9 de los corrientes, están demostrando que los guayaquileños se han acordado de Alfaro y le han premiado por la ofrenda de su sangre. '¡Tu nos has ofrecido la tuya, pues ahí tienes la nuestra!' Conmueven estos arrebatos de generosidad e hidalguía, aun al que para nada tenga en cuenta el heroísmo de ese pueblo, cuando defiende su señorío y pundonor. Alfaro es deudor ahora; ¡Nobleza obliga! ¿De qué manera pagará este patriota una deuda contraída con un pueblo, como el pueblo del Guayas?, en una fecha como la del 6 de marzo, y quebrantar con el taco de la bota, a esa *madriguera de escarabajos que llevan el apellido de Flores?* La perseverancia de ese pueblo causa asombro, su valor infunde entusiasmo, su martirio arranca lágrimas. Las señoras de Guayaquil tienen mucha parte en la confección de esa corona, con que su heroica provincia acaba de entusiasmar a al República. Ellas han estimulado a los hombres, y los hombres han ido a ejercer un legítimo derecho, dando su voto por la Presidencia de un hombre de virtudes. ¡Que admirable es un pueblo que se desangra en un combate y vuelve a combatir, sin armas, porque ya no las tiene; pero en ejercicio de un derecho, con peligro de ser asesinado! ¡Alfaro, nobleza obliga! ¡Guayaquileños, oh guayaquileños, constancia!

Lima, Marzo 12 de 1888.
Roberto Andrade"

Mi hermano Carlos de comerciante en Lima.

Siempre la previsión de mis padres me salvaba. Supieron que *mi esposa era inteligente y buena, pero pobre*; y mandaron a Carlos, el menor de mis hermanos, para que, con su trabajo, me auxiliara. Apenas llegó, fuimos él y yo a recorrer el comercio, en busca de colocación provechosa. Nada sabía de empleos mi hermano; pero le ayudaron su inteligencia, su bondad y su carácter. Dimos con el almacén de un alemán; y Carlos se comportó de tal manera, que en breve aprendió lo preciso en el empleo. El pago era quincenal: apenas lo recibía, lo entregaba todo a mi esposa, sin separar ni un centavo.

Revelación de un secreto. Mi disgusto con Montalvo

Entonces fue cuando el general Alfaro me reveló un secreto que yo no esperaba. Ni él ni yo nos escribíamos con Montalvo, lo que para Alfaro fue penoso, porque había empleado en la campaña dinero que estaba destinado al escritor. "Bien hecho", dijo Montalvo, al saber esto: "La patria primero que la literatura". Esta incomunicación duraba ya cosa de cinco años. Nos hallábamos él y yo en su cuarto:

- ¿Qué hay de verdad, me dijo, en el parentesco de Ud. y la familia Gómez de la Torre?

Sorprendime.

- Nada de verdad, le contesté. Nunca oí hablar a mi familia de aquel parentesco. ¿Cómo lo ha sabido Ud.?

- Me lo dijo Montalvo en 1881, cuando pasó por Panamá.

Acto continuo conjeturé que algún mal intencionado le llevó esta noticia, con el fin de separarnos, que él se había convencido de que yo era impostor, que yo le había ocultado el parentesco para que él nos defendiera con su pluma. Me acordé del opúsculo que él tenía escrito en favor nuestro, y consideré que no lo imprimiría.

- El rumor no es deshonoroso sino para mis antepasados, dije al general Alfaro.

- Para sus abuelos no, replicó, según la relación hecha a Montalvo, la que me llegó a mí, por los labios de éste. El antepasado de los actuales Gómez de la Torre, todavía joven, vivía en una hacienda, cerca de la cual había otra, en la que residía la antepasada de Ud. A los pocos años de nacido su ascendiente, casó la señora con el comandante, del ejército libertador, que con frecuencia pasaba por allí.

Guardé silencio, pues me acordé que *en mi infancia habíamos oído un relato semejante*, mi hermana Virginia y yo, a una criada llamada Puetata.

Dime a recordar y a averiguar datos, que no tengo para qué ocultarlos: pero a nadie dije nada, porque mi madre reconvino a mi hermana Virginia, ya que en cierta ocasión pretendió hablar de lo oído a la Puetata. En la escuela, en el Puntal, me habló de ello un condiscípulo, refiriéndose a su padre. Yo lo tuve por conseja y lo olvidé, niño como era. ¿Por qué mis padres guardaron tan profundo silencio? Es indudable que se fundaron en que sus hijos éramos aldeanos, y nos sería perjudicial nuestro parentesco con familia aristocrática. Imposible hubiera sido la conservación de tal secreto hasta su muerte. Ni mis hermanos ni yo *hubiéramos*

rechazado un parentesco, fundado en la ley natural, no así uno cuyo fundamento no fueran sino bendiciones eclesiásticas, o sea, la conveniencia que dimana de caprichos de hombres. Lo que me disgustan son las creederas de Montalvo, y la facilidad con que me ha calificado de embustero. Aún siendo cierto el parentesco, ¿por qué creía él que había yo de traicionarle? ¿Acaso yo tenía la culpa de ser sobrino de don Manuel Gómez de la Torre? Por voluntad de Montalvo, no volví a tener noticias de su vida, hasta que murió en Europa. Por los años de 1887 y 1888, vino la confirmación de que Montalvo estaba persuadido del embuste: circulaba "El Espectador", tomo II, impreso en París; y en el artículo "Vicios del Poder Judicial en Francia", habla el autor de una visita al Dr. Polanco, en la Penitenciaría de Quito. Parece que allí le narró Polanco, lo que había narrado a Valverde; pero Montalvo no dio crédito. "Polanco, acusado de haber concebido, ordenado, llevado a cima la muerte de García Moreno", dice. Indudablemente esto motivó el opúsculo de que me habló en la Quinta, cuando pasaba a su último destierro. "Sócrates fue muy feo", sigue diciendo en "El Espectador": "la virtud se oculta, muchas veces, debajo de la mala capa: en cuanto a los matadores hermosos, ¡Dios de bondad!, desde Armodio y Aristogitón, que eran dos lindos chicos, hasta... ¿hasta quién? ¿Qué se yo?. Son innumerables". De estas *reticencias* se desprende el conocimiento de la lucha en su alma, entre los elogios que nos había prodigado, sabiendo que fuimos su idea, el cariño que, como a patriotas, nos tenía, y el convencimiento de que yo había sido sobrino de uno de sus más odiados enemigos. ¡No era disculpable esta lucha! Perdí yo tan gran amistad, solamente porque vivimos entre hombres y porque los hombres no siempre son de buen tamaño.

Confirmación de don Manuel Gómez de la Torre.

Después de la relación del general Alfaro, un amigo mío, el, Dr. Adolfo Páez, me refería que jugaba tresillo, en casa del Dr. Julio Castro⁹, con don Manuel Gómez de la Torre y otro caballero: se hablaba del 6 de Agosto; y entonces el Sr. Gómez de la Torre dijo que yo era su sobrino. Si el parentesco es evidente, como lo afirmaron Gómez de la Torre y Montalvo, reflexión de mis padres fue la que ya he dicho. Siempre hemos sido hombres humildes y no hemos pretendido apellidos aparatosos, sino sólo la nombradía que da el mérito, a imitación de nuestro *nobilísimo*

⁹.- Era esta en la Venezuela entre Sucre y Bolívar, frente a la Casa Azul.

padre, dechado de moderación y dignidad. Somos aldeanos y pobres y en nuestra condición viviremos, sin que nadie tenga por qué humillarnos, ni ofendernos. Montalvo y yo fuimos patriotas, él en esfera elevada, y nos aproximó el anhelo de ser libres, combatiendo por el mejoramiento de la patria. Se ha visto que fuimos amigos; ¿por qué no lo fuimos hasta el fin, y nos separamos en las postrimerias de Montalvo? Debe saberlo mi patria: yo no consentiré que se crea que la culpa estuvo en mal procedimiento de mi parte. *La culpa estuvo en haber vivido entre hombres, no entre ángeles.* Si el parentesco es verdadero, la revelación pertenece a los que prefieren el respeto a las leyes naturales, no a preocupaciones sociales, o a la familia de esfera superior. Si el parentesco es falso, nadie debe decir un término y sólo atribuir injusticia a D. Manuel Gómez de la Torre y a Montalvo. Montalvo se enfadó conmigo, porque me supuso impostor; pero luego se arrepintió.

Explicó estos incidentes a la familia Gómez de la Torre; y por ellos debe convencerse de que yo fui inocente en las ofensas de Montalvo a ella.

Alfaro nos deja en Lima

Comprendió el general Alfaro que ya no debía esperar más tiempo en Lima, donde todas las puertas de la libertad se le cerraron, y buscó medio de ausentarse, con dirección al norte, donde entreveía auxilios. Para ello, había de empezar su viaje por el sur, pues en el inmediato norte está el Ecuador, donde le impedirían el paso los verdugos. Acuérdomme que *su paseo favorito era la Exposición*, parque bellissimo, donde se hallaban muchas fieras enjauladas: se colocaba cerca de ellas y contemplaba sus hercúleos movimientos, por despedazar los barrotes formidables. "Hacen lo que yo", decía el general, riendo.

1889: Termino el primer tomo de "Montalvo y García Moreno". Victimarios hipócritas.

Partió Alfaro de Lima y me fue dolorosa su ausencia, porque nunca desmayé en mis entusiasmos patrióticos, aún en presencia de la desolación de mis padres. No era el anhelo de holgura y mucho menos de venganza: era el de extirpar malezas, para poder sembrar ideas sanas. Ya Montalvo había muerto y *tenía yo casi concluido el primer tomo de "Montalvo y García Moreno"*. De ello hablé a algunos ecuatorianos y uno de ellos partió y en un diario de Guayaquil pidió suscripciones para la impresión

de mi obra a D. Antonio Flores, Presidente, y a algunos amigos míos. Escribí a los redactores de dicho diario, que era el "Diario de Avisos":

"Ni es historia política ni literaria el humilde manuscrito que trato de dar a la estampa, ni para imprimirlo, he menester la cooperación de los que quieren fusilarme. Deber es perdonar al enemigo y hasta favorecerlo, según las ofensas; pero nadie dirá que es decoroso acercarse a sus umbrales, en solicitud de servicios. Podré perecer; pereceré en mi ley: podré perecer y se perderán mis obras; pero la historia no dirá que me he envilecido en la desgracia, hasta pedir limosna al enemigo. Uds. han publicado un anuncio, sin duda en condescendencia con mis generosos amigos de la liberal Guayaquil; pero muy mal han obrado estos amigos, al olvidarse que yo no soy de los traficantes de honra por dinero. 'Posible es que los amigos de Guayaquil quieran cooperar a la impresión de una obra mía, dije al Dr. Napoleón Velásquez: hable Ud. con ellos y escribame'.

- ¿Quién y por qué ha podido decir a Uds. que soliciten suscripciones indistintamente por la imprenta y que las soliciten a todos los magistrados de la República y hasta al actual Presidente? Señores, no soy indigno. Cualquiera de mis amigos tiene derecho para disponer de mi vida, no de mi honra. Suscripciones solicitadas a los actuales magistrados del Ecuador, es decir, a los idólatras y obcecados defensores de García Moreno, para la publicación de la historia política, escrita por uno de los conspiradores contra aquel tirano, esto sí daría asunto y no estéril, no sólo para las injurias consabidas, mas también para el escarnio y el sarcasmo de un partido que por nada ha querido conocer la periferia de sus propios derechos y menos los de los desterrados y oprimidos. Dinero venido por un arbolón, no lo quiero; no lo querría, aun cuando yo fuera un genio, porque preferible sería la pérdida de los poemas de un Homero o Virgilio, a la pérdida del ejemplo legado a la posteridad por la impavidez de Leonidas y la constancia de Régulo y Temístocles. Un individuo que lleva derrotadas a las vicisitudes, a fuerza de haberse tenido sobre la montura, en el lomo de 14 años indomables, mal puede ahora apear, solamente porque algunas travesuras literarias, adefesios que sólo por ironía pueden llamarse obra libro, alcancen la gloria de salir disfrazados de una imprenta, en tomo empastado y dorado, añagaza para los que tengan dinero, pócima soporífera, en realidad, para los que padezcan de insomnios. Algo huele a vanidad lo que digo; pero es justo, tanto más justo

cuanto todos los manuscritos que los altibajos de mi vida han dejado en mi poder, de nada absolutamente servirán a mis conciudadanos, en comparación con el ejemplo de constancia y fortaleza.- Ya que Uds. se han tomado la molestia de hablar en público de un librito cuyo destino no es sino ser leído en familia, por los que toleran que yo escriba, menester es que rectifique en esta esquila, algo más del asunto en referencia. El opúsculo no es de historia, como dije; su asunto es moral y social; mejor dicho, no tiene asunto. Han caído tales y cuales ideas de mi cerebro, como las rocallas caen de los peñascos, a impulso de los vientos, para obstruir los senderos y esparcirse en las llanuras, y estas ideas han venido a formar un acervo esterilísimo, conjunto de vaciedades, acervo que no da sombra, si la da, no refresca, hojarasca, en fin, que se desprenden del árbol del entendimiento y se pierden en los arenales y vericuetos de la vida, sin que los pise ni un mendigo, menos el pie diminuto de una hermosa. Lo leerán los que no tengan qué hacer y de éstos solamente los que no tengan en sus manos poemas del eminente escritor académico D. *Plácido Caamaño*, y las obras de los sabios publicistas, *moralistas y filósofos León Mera. Pacífico Arboleda, Pablo Herrera* y otros mil. En cuanto a suscripciones, nada agrego: suscribanse mis amigos, he dicho ya: suscribase el Sr. Francisco J. Salazar, quien, según dicen, tuvo vehemente deseo de que el Sr. García Moreno cayese del poder, a puñaladas; suscribase el Sr. *Modesto Espinosa, intimo amigo mio cuando, en un discurso de una sociedad democrática de Quito, se mostró partidario de los conjurados contra la vida del César*; suscribase el Sr. Pedro Cevallos Salvador, quien, en 1869, afilaba el puñal, en compañía de Carlos Casares y otros varios, en la conjuración de Pimentel: suscribanse los señores Antonio y Ramón Borrero, Luis Cordero, Arizaga y otros, grandes amigos míos, cuando, en 1872, *quisieron matar al tirano de la patria*, aprovechándose del entusiasmo de los jóvenes *Mariano Mera, Adolfo y Benjamin Lozano, Isaac Landivar* y algún otro; suscribanse el esqueleto del mismo García Moreno, quien vino a ser amigo mío, cuando quiso matar a puñaladas a Flores, en 1843; suscribanse todos cuantos quieran. Señores: yo no les devolveré el dinero: pero libre quedará de la ignominia de haberles comprometido para imprimir escritos míos.

De los liberales, espero suscripciones, se las pido: harto saben esos patriotas que los primitivos cristianos vivían en las Catacumbas, sin

conocer entre ellos propiedad, y que después llegaron a iluminar al mundo, predicando y practicando la mansedumbre y el trabajo."

Los doctores Luis Cordero y José Rafael Arizaga, abogados liberales y de suposición de Cuenca, contestaron la alusión irónica a ellos humillándose en su compasión por el crimen y calificando de *hombre extraordinario* a García Moreno; negaron el deseo de exterminar a este hombre, y publicaron cartas de los jóvenes a quienes yo citaba. Ni una palabra en agradecimiento, por nuestro valor y abnegación; nada de justificación por mi amargura, pues sólo ella pudo arrastrarme a sacar a la publicidad los nombres de ellos. Tenía yo certidumbre de que era verdad lo que había escrito y repliqué de modo indebido, por la violencia y los dicerios. La conducta del Dr. Cordero fue buena, porque cuando estuvo de Presidente, yo fui cautivo a Quito, y él ordenó a mis carceleros me trataran con benevolencia. Comprendió que la cólera, manifestada en la *Sombra de Montalvo*, era disculpable.

*El General Proaño en Lima*¹⁰

El general Víctor Proaño, desterrado por García Moreno en 1860, a las selvas orientales, había recorrido el río Morona, afluente del Amazonas y salido a Lima, después de muchos contratiempos. Peregrinó muchos años, siempre echado de sus lares y sin otra esperanza de regreso que el derrumbamiento del tirano. Era escritor y daba a la estampa papeles volantes y folletos, por desacreditar a los que oprimían a su patria. Se casó en Lima y residió allí hasta 1876, año en que regresó a su patria. En una batalla en ella, perdió una pierna, en defensa del Partido Liberal y volvió a Lima, ya anciano, donde moraba con su esposa, muy digna señora. El me dio a leer "El Liberalismo", obra del Dr. José M. Quimper, hombre de talento, ex-Ministro de Estado. Escribí un artículo acerca de este buen libro y el Dr. Quimper me honró con una visita. El Gobierno del Perú, convencido de que las investigaciones del general Proaño, en las selvas amazónicas, habían sido útiles a la nación peruana, indemnizó su trabajo con una cantidad de dinero, la que le estafó un colombiano, alucinando al anciano general. Un tal Mestre se le presentó como General colombiano, a persuadir a Proaño de que era enviado por el director liberal de Bogotá, a ofrecerle medios de revolucionar al Ecuador en su provecho. "Las armas

¹⁰.- Véase obra completa de los esposos Costales: El General Víctor Proaño, explorador de los Shuar. Quito 1994.

están listas en Nueva York y no necesito sino dinero para traerlas", dijo a general Proaño, quien le suministró el tal dinero. El caballero de industria se fue. Yo estaba ausente: a mi regreso, hice cuanto pude, con instrucciones del general Alfaro, por recaudar aquella cantidad; pero fue inútil.

Una acción quijotesca con Aurelio Ante Valdez

Por mucho que se me censure, no puedo dejar de referir una generosidad mía, que todos llamarán quijotesca, ridícula, ignominiosa. Una mañana me encontré con un ecuatoriano en una de las calles de Lima: era cirujano, respetable por su posición social, su ancianidad y su benevolencia: su único amigo de confianza era yo. Estaba profundamente triste e indignado. A tenaces solicitudes mías, me refirió el acontecimiento siguiente: su esposa era joven y bella¹¹ y la noche anterior se quedó sola en la casa, porque el esposo fue al teatro. Regresó y su esposa lloraba en el lecho. A poco de salir él, había entrado de visita un joven, un cliente. Comenzó a enamorarla: ella le dejó hablar, sin contestarle ni un término. El mozo llegó a extremos y entonces, la muchacha tuvo que dar gritos y correr, hasta que apareció una criada, con cuyo auxilio, la señora pudo despedir al audaz.

Ese me debe \$ 300, por operaciones a él y a personas que él me ha traído. dijo mi amigo el doctor.

- Eso no se tolera y es preciso castigarle, dije.
- Vive en aquel hotel y yo vine a esperarlo.
- Tú eres anciano y el bellaco te atropella. Espérame. Entré a la casa.
- ¡Soy ecuatoriano!, le dije, al presentarme.
- Tome asiento, ¿Qué se le ofrece?
- Conoce Ud. al Dr. Aurelio Ante?
- Me miró sorprendido y cambió de color.
- Los ecuatorianos acostumbramos hacer respetar a nuestras esposas y a los insolentes les castigamos de manera ejemplar.
- ¡Señor, yo no he hecho nada!
- Pero lo ha intentado.
- Nada, señor. ¿Quién ha dicho eso?
- La señora.

¹¹.- Era la boliviana doña Carmen Murillo, quien murió en Quito, por lo que Aurelio Ante vino a Quito con sus dos hijos huérfanos.

Quedó confundido.

- Nada más que palabras, galanterías estúpidas, de las cuales me arrepiento y pido a Ud. perdón por ellas.

- Vaya Ud. a pedirselo al señor que ha ultrajado y páguele el dinero que le debe. Es inútil decirle que si no lo hace al momento, los tribunales cumplirán con su deber.

Al día siguiente me dijo el Dr. Ante que había recibido el dinero y una carta en que se le pedía perdón.

Dignidad de Alberto Reina y otra vileza de Salazar

Me escribió de Panamá el general Alfaro, que necesitaba un piloto práctico, de los que se conseguían en Paita, quien debía ser enviado de Guayaquil por el joven *Elisio Espinosa*, amigo de toda confianza. Escribí a Espinosa: no nos comunicábamos por correo, sino por medio de empleados de vapores o de viajeros que iban y venían: un sastre de Lima era el encargado de mandarlas. Mi carta a Espinosa iba con el nombre de María Rosa Pinto: la tomó el sastre, salió a la mitad del aposento y leyó el sobrescrito en alta voz, antes de que yo me apercibiera. En aquel instante entraba a la sastrería un caballero de Guayaquil, amigo del gobierno ecuatoriano y de Salazar, el Encargado de Negocios. Se acercó al sastre, leyó el sobrescrito y salió. Yo suponía que la carta iría por medio de un empleado: el sastre la había enviado por valija. Horas más tarde se me presentó el joven *Alberto Reina*, gran liberal guayaquileño, empleado en Lima en el Cable: había sorprendido un cable de Salazar a Caamaño, que decía: "Carta sospechosa María Rosa Pinto". En el acto despaché un cable a Espinosa: "Carta delatada; no vaya correo". Lo interesante de la carta iba escrito en clave. Continué escribiendo con el mismo nombre supuesto: pero con la seguridad de que las cartas iban a manos de enemigos, no hacía sino amedrentarlos con las ponderaciones de los preparativos de Alfaro.

Origen de mi cojera. Mi primer hijo

Por entonces vine a soportar una como prisión dolorosa en Lima, por graves padecimientos físicos: leía una mañana en una azotea, cuando me interrumpieron gritos agudos de un niño ternecito: era mi hijo, quien dormía; bajé precipitadamente, porque comprendí que nadie atendía al rapaz. La escalera era pendiente y de peldaños muy angostos: iba yo con

pantuflos: cuatro o cinco peldaños tenía todavía que bajar; pero se me enredaron, al dar el paso, los pantuflos y caí a plomo sobre uno de los muslos: *hubo luxación en la cadera. Ocho meses sin poder andar y finalmente quedé cojo*¹². Sería principios de 1890.

¹².- Sería principios de 1880.

CAPITULO XXIII

MI PRISION EN LIMA

1890-1891

Problemas con el primer tomo de mi obra

Publicose en Lima a fines de 1890 el primer tomo de "Montalvo y García Moreno", obra en que estudio la vida del tirano. Tal estudio iba a ser, sin duda, combatido, y debí precaverme contra el principal argumento de los amigos y deudos del tirano, trayendo a la memoria la muerte de ese hombre, y repitiendo que fui conspirador. Esto les ha parecido jactancia a los que no han tenido conocimiento del suceso. ¿Qué dirá ahora el Director de "La Opinión Nacional", periódico que tanto me ultraja, a pesar del parecer de los generosos diarios del Perú? Maldita sed de oro, han exclamado siempre los buenos, los que prefieren la muerte en el cadalso, primero que el sacrificio de la honra. Quien arrebató la vida por dinero, es malo, quien arrebató la honra por dinero, no es sólo malo, es forajido que debe ser sepultado en los presidios, porque la imprenta es para decir la verdad a los hombres, no para mantenerlos en engaño, a trueque de emolumentos pecuniarios. Ganad con el periodismo, señores, pero ganad como hombres de bien, no como el facineroso que os sale a los caminos. Si la impostura dicha de viva voz es gran crimen, ¿qué no será la impostura dicha desde la tribuna de la imprenta para que la oiga el linaje humano en conjunto y también las generaciones venideras? Honra al Perú la negativa de los escritores peruanos a quienes del Ecuador han ofrecido dinero porque cooperen a la obra de ultrajarme, y no de ultrajarme tan sólo, sino de acrecer el vocerío de los que se desgañitan pidiendo mi cabeza. Así no se desvanecen cargos: si la calumnia hay en todo cuanto hasta ahora he escrito, ¿por qué no se me ha seguido juicio de imprenta?

"Yo no sé que hubiera dicho Bruto, digo en el capítulo sexto del libro que acabo de citar, si las circunstancias le hubieran obligado a escribir la historia de Cesar, después de la tragedia del Senado. Acaso se habría resistido el patriota, aun cuando los romanos se

empeñasen en negar la usurpación del tirano y en el mundo no hubiera habido quien las desmintiese? ¿Acaso no la habría escrito de miedo, de escrúpulo solamente de que le tuvieran por parcial? No caben suposiciones de este linaje cuando se trata del llamado por la posteridad *último romano* de uno de los conjurados contra la vida del más grande hombre del planeta. Bruto no hubiera vacilado en ser juez. Bruto no hubiera vacilado en seguir sirviendo a la patria, Bruto no hubiera vacilado en probar que tuvo razón de conspirar, y al mismo tiempo hubiera aparecido como hombre único en el mundo en lo de juzgar a juicio de buen varón las acciones de un hombre muerto por su brazo".

Bruto fui un día. Dignaos disculpar esta arrogancia, porque ella es de un individuo tenido en quince años en su patria como desafortunado delincuente. Este Bruto es quien escribe ahora la vida de César, antes de que desaparezcan todos los Antonios. Por ésto va a decir el partido huérfano de García Moreno que me comparo en todo con Bruto? Seré tonto, mas no tanto, seré vano, mas no hasta el extremo de comparar mi oscura existencia con la deslumbradora del insigne estoico de Filipos. Bruto mató a César, porque César se convirtió en tirano de su patria: YO MATÉ A GARCÍA MORENO. PORQUE GARCÍA MORENO ERA EL VERDUGO DE LA MÍA: no hay otro simil.

Lealtad ha sido llamada esta conducta por un noble escritor de Buenos Aires¹. Los esbirros quieren premiar mi lealtad con hacerme pedazos las entrañas.

Las líneas que acabo de copiar fueron el pretexto ostensible de la solicitud de mi extradición al Gobierno del Perú. ¿Por qué no la elevaron en 1887, año en que se publicó una carta mía al Director de "La Revista Masónica" de Lima, en las barbas de Francisco J. Salazar, quien residía aquí en calidad de Ministro Diplomático? Por lo que se ve que la verdadera causa no fue la página citada, sino la siguiente frase fulminante: "Salazar fue uno como Yago en la tragedia de la muerte del tirano".

Traición amistosa de Julio Salazar Miranda

El 3 de abril de 1891, poco después de la aparición del libro, cuando éste ya había sido leído en Quito, Julio Salazar, hijo de Francisco Javier y Encargado de Negocios del Ecuador en el Perú, dirigió una carta al

¹ - Don David Peña. (R.A.R.)

Director de "El Comercio" en que le decía "que algunos ecuatorianos residentes en Lima habían dado en aparentar que se hallaban desterrados, cuando en realidad no había uno que lo estuviera", y le agregaba que su padre, el Ministro de Relaciones Exteriores de Quito, le ordenaba mandar publicar un decreto relativo a amnistía. "Ha llegado a noticia del Gobierno que algunos ecuatorianos se llaman *desterrados*, decía la nota del Ministro de Relaciones Exteriores... No hay en el día un solo desterrado por causas *políticas*". En el decreto debía estar comprendido también yo, si por ventura hubiera sido noble mi adversario, esto es, el gobierno de esbirros de mi patria. Días antes había pedido al Gobierno del Perú el Encargado de Negocios del Ecuador, para preparar el terreno, las extradiciones de un comerciante fraudulento y un bigamo, las que le fueron concedidas. No hay duda de que Francisco J. Salazar creyó en el bolsillo del Gobierno peruano, en razón de que acataba sus demandas siendo, como había sido, enemigo del Perú y malhechor público, según lo dijeron los periódicos de Lima. Esta persecución ha sido transmitida a su hijo, de donde han provenido las insolencias posteriores del Encargado de Negocios. Entreví que había segunda intención; pero no estaba en mi mano precaverme. El 2 de abril renunció Salazar, el padre, el Ministro de Relaciones Exteriores, a pretexto de que era candidato a la Presidencia por el sufragio del cantón Cañar y el 7 del mismo mes elevó Salazar, el hijo, el oficio que voy a copiar, al Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú:

"Legación del Ecuador. Lima, Abril 7 de 1891.

- Señor Ministro.- El ecuatoriano Roberto Andrade, prófugo de la vecina República como reo del crimen de asesinato perpetrado el año de 1875 en la persona del ex-Presidente señor don Gabriel García Moreno, se encuentra actualmente domiciliado en esta capital. Con tal motivo, mi Gobierno, interesado en que no queden impunes los atentados que, como éste, afectan tan hondamente a la sociedad, dejando, a la vez, el más funesto ejemplo para las demás naciones, y convencido, por otra parte, de los bien comprobados sentimientos de rectitud y justicia que animan al Excmo. Gobierno del Perú, para no consentir en que los autores de semejantes crímenes encuentren amparo en su territorio, me han prevenido solicitar, por el digno conducto de V. E. las providencias conducentes a la captura preventiva del mencionado reo, mientras vengán los documentos que deben servir para la formal demanda de extradición, que ofrezco presentar a la brevedad posible. Confiando, pues,

en que esta solicitud ha de merecer favorable acogida, y prometiendo a V. E., a nombre del Gobierno que represento, la correspondiente reciprocidad para los casos análogos. tengo por mucha honra reiterarle etc.- Julio H. Salazar.- Excmo. Señor Doctor Alberto Elmore, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú".

Mi prisión en Lima

El 10 de abril de 1891 fui aprehendido, prueba de que la Cancillería había vacilado en dar la orden. ¿Por qué esta vacilación no terminó por negar la prisión? La acción para todo crimen prescribe en el Perú a los ocho años; la ley de extradición cuando dice que "no se concederá en ningún caso la extradición cuando con arreglo a las leyes del Perú hubiese prescrito la acción por el delito que da mérito a la demanda de la dicha extradición"; y el crimen por el que la pedían del Ecuador había sido cometido quince años atrás, como lo dice el oficio del Encargado de Negocios. He ahí que el Gobierno del Perú infringió la ley: no quiero averiguar si para ello hubo *razones de Estado*. No serían como las de Pasto, es cierto, pero nada puede disculpar una infracción tan flagrante como pública. Alguien debe estar por los vencidos, y este alguien ha sido en todo tiempo la justicia, aunque sea pregonada por el mismo vencido. Respetad la libertad de un hombre cuando está resguardada por la ley, y así seréis respetados por los hombres, aun por los no sometidos a esa ley.

Narraré los principales, incidentes de mi prisión en Lima y en mis peligros y congojas, en mis sorpresas y embarazos, en todo se verá la mano de Francisco J. Salazar. Preso el 10 de abril convencime de que no estaba aislado en el Perú y mis amigos han acudido a desplegar su actividad en servicio de humanitarias afecciones: son los del Partido Liberal del Perú, el cual, si no está unido, es compuesto de lo más florido en orden a inteligencia y a energía, y a preocuparse por el buen nombre de la patria. Honra es para mí decir: los escritores que me han defendido son los más inmaculados de todas las parcialidades de Lima. González Prado es el jefe de la juventud que va en contra del embuste, buscando la verdad escondida y enseñándola a los que no tienen la mirada en arbollos. Este escritor eminente me ha buscado amigos en la prensa y conseguí darme simpatías en todos los círculos sociales, simpatías honrosas para ellos, porque manifiestan que aman a la patria. ¿Qué periódico de Lima o el Callao no se ha mostrado noble e indignado? El Círculo Literario acaba de

publicar un manifiesto, escrito con ilusión a hidalga rectitud. Copiaré este documento, con el editorial de "El Diario Judicial", en que él se publicó. Es debido a la pluma del Dr. Víctor M. Maurtua, consagrado, en la actualidad, a la carrera diplomática:

EDITORIAL DE "EL DIARIO JUDICIAL" Y REPRESENTACION DEL
CIRCULO LITERARIO

La extradición del señor Roberto Andrade

"Acogemos en sección preferente, la representación que eleva al Poder Ejecutivo, un grupo numeroso de la juventud literaria de Lima, constituida en Sociedad permanente, con el nombre de CÍRCULO LITERARIO, reclamando de aquella suprema autoridad, contra la solicitud de extradición, formulada por el Encargado de Negocios del Ecuador, en la persona del ciudadano ecuatoriano D. Roberto Andrade.

"La enunciada corporación ha redactado el documento a que nos referimos, considerando la cuestión bajo el punto de vista jurídico, por cuyo motivo lo consideramos de la índole de las publicaciones de 'El Diario Judicial'.

"Las doctrinas que él contiene, el desarrollo que se ha dado a los diferentes puntos que dilucidan sus autores, constituyen una defensa más digna de un cuerpo forense, que de una institución, que hasta ahora sólo se le ha conocido por sus tendencias puramente literarias. Es un alegato de bien probado, que revela estudio y meditación, y no vacilamos en afirmar que merecerá la más seria atención de las personas entendidas en Derecho.

El documento va a caer en el mando científico, como una verdadera sorpresa, porque la buena doctrina nace precisamente de quienes se suponía de ingenio, que de ciencia jurídica:

"Excmo. Señor,

"El *Círculo Literario de Lima*, cumpliendo el Art. 28 de sus Estatutos, *se presenta en defensa de su socio, el señor Roberto Andrade*, requerido de extradición por la Cancillería ecuatoriana; y, ejerciendo el derecho que declara el Art. 30 de la Constitución de la República, ofrece a la consideración V. E. este memorial, en que hace constar las razones, que, a su juicio, determinan la improcedencia de la extradición pretendida, y pide, a la vez, que el Supremo

Gobierno, acatando las leyes del país y las prácticas de Derecho Internacional, declare que no hay lugar a la demanda de la citada Cancillería.

"El motivo del requerimiento es, según parece, la participación que se le atribuye al Sr. Andrade, en los asuntos políticos realizados en la ciudad de Quito, el 6 de Agosto de 1875.

"Para la comprobación necesaria, el Gobierno requiriente presentará, como es de suponerse, las actuaciones judiciales que se han practicado con la mira de verificar una responsabilidad criminal, deducida de esos acontecimientos.

"El Gobierno peruano, aparte de las condiciones de forma exterior de esos documentos, tiene la necesidad de apreciarlos desde el punto de vista de sus formalidades intrínsecas, y en este aspecto, cree el Círculo Literario, decididamente, que la demanda no podrá ser aparejada con toda la eficacia que su naturaleza exige.

"Desde luego, en orden a la calificación del acto que le da origen, es forzoso declarar con franqueza que, sólo borrando la historia política del Ecuador, podrá establecerse que la muerte del Presidente D. Gabriel García Moreno, fue un hecho simple, enteramente aislado, y sujeto, por tanto, a la acción de la penalidad común.

"Las narraciones históricas, publicadas en inmenso número, en el transcurso de 16 años, han atribuido uniformemente a ese homicidio, todo el carácter, de una de las varias manifestaciones previstas de un plan político, que fracasó, por especiales circunstancias, al comienzo de su ejecución.

"Pasa también, como una convicción aceptada por la conciencia universal, que la muerte del Presidente García Moreno, no fue sino el resultado lógico del sistema de gobierno, implantado y sostenido tenazmente por él, en la Nación que gobernaba.

"Por manera que si se trata de apreciar, con severa imparcialidad, el hecho de homicidio que motiva la prevención, es preciso, de todo punto, considerarlo en su naturaleza invisible, esto es, uniéndolo a su causa eficiente. Y la relación de necesidad que existe entre ésta, y su efecto, el homicidio, determina, en la común opinión de los profesores de derecho penal, el concepto del delito conexo.

"No puede negarse, por consiguiente, que el motivo de la demanda tiene conexidad con una causa política; y aunque la simple enunciación de esta circunstancia incontrovertible, basta para asegurar la

improcedencia de extradición, conviene, no obstante, hacer algunas aclaraciones, al respecto.

"En materia de conexidad de delitos o crímenes, hay dos cuestiones perfectamente diversas: una de Derecho Penal, aplicable únicamente en lo interno, otra de Derecho Penal, que es la importante para la extradición.

"En el régimen interno de un país, no hay delito común que no merezca castigo: la cuestión de conexidad puede modificar un tanto la acción de la justicia, según las circunstancias; pero la instrucción criminal procede y surte sus efectos.

"En el orden de las relaciones internacionales, el crimen común, por grave que sea, no obstante de ser tal y de calificárselo, se escuda con la relación política; y así, a virtud de poderosas razones, que todos conocen, es práctica universal no entregar a un refugiado, cuando la pasión política puede ocupar el lugar de la justicia, ya inventando crímenes comunes, ya tomando por pretexto el que existiere, para satisfacer con la agravación de los castigos, un sentimiento innoble de venganza.

"Agréguese a esta consideración, la muy atendible de que la criminalidad de los actos políticos punibles, no es un asunto indiscutible, ni puede serlo tampoco el carácter de los hechos íntimamente ligados con esos actos.

"El Perú, que en sus actos internacionales se ha sujetado siempre a los principios bien definidos en el derecho, y uniformemente reconocidos en los tratados, ha seguido la regla que elimina toda causa política y sus conexas comunes de los casos de extradición. Así lo demuestra el texto de los pactos que celebró, en diversas épocas, con Francia, Inglaterra, Italia, Colombia, y aún el propio tener de la convención extradicional, concertada con la República del Ecuador.

"Además de esas fuentes históricas, que proporcionan mucha luz en la cuestión, existe la ley del 28 de octubre de 1888, cuyo Art. 3º dice literalmente lo que sigue:

"No se concederá, en ningún caso, la extradición... 2º, cuando los delitos cometidos tuvieren, a juicio del Gobierno de la República, un carácter político, o se hubieren perpetrado en conexión con ellos".

"Es cierto que la convención celebrada con Bélgica, en el año 1889, no refuta delito político, no hecho conexo con semejante delito, el atentado contra la persona del Jefe de un Estado extranjero, o contra

los miembros de su familia, cuando este atentado constituya el hecho, sea de homicidio, sea de asesinato, sea de envenenamiento.

"Pero, o no puede concederse a esta cláusula un valor absoluto, o no es ella la expresión de la política adoptada constantemente por nuestra Cancillería, ni aplicable a países que no tienen tratado de extradición con esa República.

"La calificación del hecho político corresponde siempre, y en virtud de nuestra ley, al país requerido; y como éste no puede prescindir de la realidad de las cosas, cuando la muerte del Jefe de Estado, sea el efecto de un suceso político, esa cláusula no podrá regir, o más bien, no comprenderá el caso concreto, porque ella se refiere a los atentados que constituyen netamente un homicidio, un asesinato o un envenenamiento.

"Ahora si esta cláusula tuviera otro sentido, habría que estimarla como una concesión excepcional de la República, perfectamente explicable.

"La Nación Belga, que está regida por un gobierno monárquico, aceptó desde 1856, las prescripciones de Napoleón III, y ha dirigido su política sobre la base de una latitud inusitada y odiosa, en materia de extradición.

"La primera ley belga de 1888, limitada a siete el número de crímenes comunes, que podían motivar el envío recíproco de los preunidos. Esta ley restrictiva comenzó a modificarse el 56, por la del 22 de Marzo, y siguió la labor de extender el campo de la extradición, en los de 1868, 1870 y 1874.

"Después del atentado contra la vida de Napoleón III, dice el profesor Piore, el Gobierno imperial propuso no admitir en el número de los delitos políticos, el atentado contra la vida de un Gobierno o contra los miembros de su familia, cuando constituya el hecho de homicidio, asesinato o envenenamiento. Esta exclusión absoluta, contraria a los principios de la ciencia, fue aceptada por Bélgica, y rechazada por Suiza e Italia.

"La proposición de Napoleón III no fue el fruto de una convicción sincera: tenía por objeto excluir de los beneficios de la amnistía, a los que hubiesen participado de tal atentado; y por eso fue que sesenta y dos abogados del Colegio francés, escribieron una consulta extensamente motivada, para demostrar que, según las leyes vigentes en Francia, la conspiración de atentar contra la vida de un Gobierno, era un delito político.

"Si se quiere, pues, dar a esa regla, una generalidad que no puede ni debe tener, ella significaría un pacto excepcional, concertado por el Perú, con la mira de satisfacer las tendencias de una política particular; pero que no le obliga a cambiar las tradiciones de su conducta, en esta materia.

"Nuestra Cancillería lo ha atendido así, porque le demuestra evidentemente el texto de los tratados que nuestros Plenipotenciarios firmaron en el Congreso de Montevideo, posteriormente a aquella convención.

"Dice el Art. 28 del Tratado de Derecho Penal Internacional: 'Tampoco dan mérito a la extradición, los delitos políticos, y todos aquellos que atacan la seguridad interna o exterior de un Estado, ni los comunes, que tengan conexión con ellos. La clasificación de estos delitos se hará por la Nación requerida, con arreglo a la ley que sea más favorable al acusado'.

"El Círculo Literario piensa también que, acatando los principios de irretroactividad penal, no es posible dar por fundado el requerimiento.

"La irretroactividad, en este caso, impide la extradición, por hechos anteriores a la fecha de nuestra ley, siendo de notar que ese principio no significa el reconocimiento de derechos adquiridos por los extranjeros, en orden al asilo, sino la práctica de una idea cardinal de nuestra legislación, que debe ser respetable, en tanto no se declare expresamente una regla que la destruya.

"La irretroactividad de los tratados está en tela de juicio, si bien se manifiesta la tendencia de aceptarla; pero es la cuestión, que nuestras leyes garantizan a los extranjeros la libertad de residencia en el territorio, y que esta garantía, aunque puede ser anulada por un acto del Poder Legislativo, es válida y obligatoria, mientras ese Poder no declare expresamente las excepciones.

"Hasta ahora no existe sino la ley de 1888, y como en ésta no se tocan los hechos anteriores a su redacción, está dominada por el principio general de irretroactividad.

"Importa fijarse en que la imputación que se hace al Sr. Andrade, se refiere a un hecho posterior al tratado de extradición que el Perú celebró con el Ecuador, cuyo canje se hizo el 20 de octubre de 1874.

"El Ecuador ha dejado desahuciar ese tratado, sin pedir la extradición; por manera que, habiendo caducado el pacto, esa imputación no debe ser comprendida en un requerimiento de entrega, sin

retrotraer los efectos de la ley, para dar vida a los hechos que han quedado olvidados y que legalmente debieron desaparecer de la esfera de la diplomacia, junto con la convención a que estaban sujetos.

"En orden a la prescripción, el asunto no ofrece la menor dificultad.

"La muerte del Presidente García Moreno ocurrió el citado día 6 de Agosto de 1875, y desde esta fecha hasta la época en que se inició el juicio contra los conjurados, en 1883, transcurrieron ocho años.

"El principio establecido en la ley de extradición y aceptado generalmente, es que la prescripción debe apreciarse con arreglo a la ley del país que hace la entrega.

"Nuestro Código Penal impone la pena de penitenciaria al delito de homicidio, y declara que la acción para deducir la imputabilidad, prescribe a los cinco años.

"El Círculo Literario no entra a demostrar que es la calificación del hecho, porque considera que sobre ella no puede haber controversia, desde que, ni por la participación atribuida al señor Andrade, ni por los caracteres de la acción, podriase, sin faltar al criterio jurídico, deducir la existencia de un crimen calificado, de la naturaleza de aquellos a que se refiere el Art. 232 del Código Penal.

"Siendo útil agregar que la participación atribuida al señor Andrade, aunque directa, no es principal, y que aún suponiendo la calificación del hecho... la penalidad no podría aplicarse en su último término.

"Es, pues indiscutible que después de cinco años, el delito de que se trata, quedó en la esfera de los hechos olvidados.

"El Círculo Literario da por asentada la base de que el Supremo Gobierno no acepte las actuaciones practicadas arbitrariamente contra el Sr. Andrade, el año 1875, por un Consejo de Guerra verbal. Pues se sabe que el país requerido está en la obligación de juzgar de la competencia del Juez o Tribunal, que conoce del juicio que ha dado origen al requerimiento, y es entendido que la jurisdicción militar no puede ser justificada, ni aún con el criterio de las leyes que rigen en el país requeriente.

"Aparte de la prescripción verificada en 1883, desde esa época hasta la presente, ha corrido otro lapso de tiempo, bastante también para aquella se produzca, debiendo advertirse que, con arreglo a nuestra jurisprudencia práctica, el derecho de acusar prescribe, no haberse iniciado la instrucción, y desde la fecha en que se hubiera abandonado.

"Tenga presente, además, V.E. que, en materia criminal, está aceptada la idea de que la prescripción no puede ser interrumpida indefinidamente, porque antes que las razones de carácter filosófico, que fundan la prescripción, están las relativas a la necesidad de no hacer peligrar el acierto de los jueces, con medios probatorios, arrancados a un pasado remoto, y a la desaparición, como hecho social, del crimen, que cae, como todo lo humano, bajo la mano destructora de los tiempos.

"Por esta razón se reconoce, en estas épocas, que la prescripción criminal no debe ser interrumpida sino una vez, a fin de que, en fuerza de la interrupción, se prolongue, cuando más, hasta el doble tiempo necesario para prescribir.

"En este caso, ha visto V.E. que ha transcurrido un tiempo tres veces mayor que el necesario para la extinción de las acciones.

"Apuntadas las condiciones estrictamente legales, el Círculo Literario llama la atención de V. E. hacia el espíritu de nuestra ley de extradición. Déjase al juicio del Gobierno de la República, la apreciación del carácter político del hecho que motiva la demanda.

"Nunca ha sido tan necesaria como en ese caso, esta previsión legislativa, y nunca tampoco se presentará a V.E. una situación tan clara, en la labor de calificación, que le encomienda la ley.

"V.E. sabe, porque la prensa de esta capital lo tiene comprobado, que el Sr. Andrade es uno de los más activos propagandistas de las ideas liberales en su patria; que en diversas ocasiones ha luchado por la imprenta y en los campos de batalla, contra los Gobiernos que él ha estimado contrarios al régimen político legal del Ecuador, que hace diez y seis años que en su patria nadie ha pensado en imputarle crimen, por el movimiento de 1875, haciendo exclusión de la prescrita acusación de 1883; y que la demanda del Gobierno ecuatoriano coincide con circunstancias evidentemente reveladoras, de que se procede, más por inspiración de las pasiones políticas, y aún por enconos personales, que con el honrado propósito de asegurar el cumplimiento de la justicia social.

"Estos, o parecidos antecedentes, decidieron al Gobierno Federal de Colombia, presidido por el Excmo. Sr. Rafael Núñez, a denegar la extradición pedida por el Ecuador, porque en América felizmente se ha respetado el principio de protección de los refugiados políticos, como punto de dignidad pasional y como un alto deber de humanidad.

"El Sr. Andrade, según es notorio, ha fijado definitivamente su residencia en el suelo del Perú, y ha formado una familia peruana.- El Sr. Andrade, pues, tiene derecho, como extranjero domiciliado, al amparo de nuestras leyes, y lo tiene, aún más, en este caso de extradición, motivada por relaciones políticas.

"El Círculo Literario ha preferido omitir la explicación de las doctrinas científicas, que apoyan su Memorial, y las citas de muy respetables autoridades en la materia, porque ha querido juzgar el asunto con sencillez y desde el punto de vista de nuestras leyes. Que si todo esto bastara, afirmaría su propia opinión con la de publicistas como Geyes, de doctos profesores como Piore, de eminentes hombres de estado como Lord Palmerston.

"Pero cree el Círculo Literario que a V.E. merecen consideración estas peticiones llanas pero justas y razonadas; y por su mérito, pide:

"A.V.E. se digne prestar el amparo de la soberanía peruana, al Sr. Roberto Andrade, para que le sirva de poderoso escudo contra las venganzas políticas que en su persona ejercita el Gobierno de su patria.

"Es justicia.

"Excmo. Señor.

Manuel G. Prada, Pablo Patrón, Carlos G. Amézaga, Abelardo M. Gamarra, Alberto Quimper, F. Alberto Secada, Víctor G. Mantilla, Ricardo R. Ríos, Carlos A. Valverde, C. Rey de Castro, Joaquín Suárez La Croix, J. Mendiguren, *Nicolás A González*, Ramón Barreto, Ernesto A. Rivas, F. López Chávez, *J. I. de Veintimilla*, José B. Ugarte, Juan Sánchez Silva, Alberto L. Gadea, Felipe Barrera Alvarez, Zenón Ramírez, Mariano C. Solórzano, Estenio Mesa, Ricardo Cadenas, José M. Málaga, P. Ego-Aguirre. A. Fernández Concha, Manuel P. Villanueva, Alejandro Montani, Miguel Manuel Luna, D. M. Martínez, Adolfo D. Vienricg, V. M. Maurtua, Leopoldo A. Pérez².

².- De estos eran ecuatorianos. González -gran escritor- y Veintemilla.

Reacciones de la prensa peruana. La Masonería de Lima

Entendido está que estos elocuentes escritos no son por consideraciones a un hombre, mas aún por evitar un sacrificio y conseguir que impere la justicia. Agradeceros no debo: el agradecimiento de palabra es cosa de la cortesanía vulgar, estéril, ineficaz, sin designio en lo futuro. ¿Y a quién ha de agradecer la barca, si el mar ha contribuido a llevarla al término del viaje? Los periódicos que tratan de infamarme no son los redactados por varones de punto, sino por personas sin carácter y educadas en la idolatría al Dios dinero: mojan sus plumas en metal derretido, por mucho que sea inmundo el manantial, no en el licor en que la moja el sabio, en donde están nadando pensamientos que, ora iluminan al que peregrina extraviado, ora revientan cual si fueran truenos y echan a la mentira en trizas al olvido. Nadie ha opinado por mi extradición, sin embargo, excepto un solo diario y uno de los ministros de Estado, joven que está presumiendo de Bismarck y cuya ciencia se evapora en insulseces. Opino por la extradición de Andrade, acaba de perorar delante de un amigo: los grandes atentados merecen grandes castigos para escarmiento de grandes criminales. Concepto es este último fundado en razón; por eso matamos a García Moreno los patriotas. El hombre es susceptible de convencimiento, en cualquier tiempo, ha agregado en un arranque de elocuencia; vayan los liberales a convencer a García Moreno; pero nadie tiene derecho de ir a dar a otro cuchilladas. ¿Ni aquel que las está recibiendo, Ministro? Vaya Ud. a convencer a un tigre, y le declaro el más ilustre de la tierra. "Hay en el hecho aislado de la muerte del Presidente del Ecuador, datos para que el criterio humano pueda discernir con acierto sobre los móviles que tuvieron Rayo y sus cómplices?" ha exclamado un diario de Lima, insuflado en las amistades con mi perseguidor Salazar,³ "no se percibe la razón, añade, de calificar ese asesinato como un delito político". No es justo ni hombre de bien aquel que da su parecer sin perfecto conocimiento del asunto. "El trágico, fin de García Moreno, acaba de contestarle otro periódico,⁴ no fue, como muy bien lo han asegurado los enemigos de Andrade, sino un incidente, el principio de un vasto plan. Andrade no es, pues, un criminal común. La revolución fraguada por él, preciso es repetirlo, no tuvo en mira matar a García Moreno, sino destruir las instituciones establecidas por el tirano". "Don Roberto Andrade no ha

³.- "El Comercio", abril 17 de 1891. (R. A. R.)

⁴.- "La Integridad", mayo 9 de 1891. (R. A. R.)

cometido delito común, de aquellos que merecen ese calificativo según nuestras leyes, ha dicho otro periódico⁵: ha sido sólo un conspirador que desde 1875 ha luchado contra las tiranías de su patria, cooperando con los caudillos liberales, a la caída de los gobiernos liberticidas de García Moreno, Borrero, Veintemilla y Caamaño". "Aquel gobernante era un tirano, ha dicho otro⁶ y su trágica muerte no vino a ser sino el resultado fatal de una conspiración que, en concepto de sus autores, debía volver al Ecuador su régimen constitucional y sus perdidas libertades". "¿Quién puede negar, dice otro⁷, sin cerrar los ojos a la luz de la evidencia, que la inmolación de García Moreno se llevó a cabo como medio seguro de hacer triunfar una revolución proyectada?" "El juicio imparcial y severo del gran libro de la vida, dice otro, ha declarado que el acontecimiento de Agosto de 1875 fue político y consecuencia lógica de aquel gobierno."⁸ "El señor Andrade, dice otro,⁹ no es un criminal que merezca la pena que los países sancionan en persecución del crimen que afecta a las sociedades de una manera general, y es y ha sido simplemente un patriota liberal que conspiró siempre contra las tiranías que se impusieron en su patria". Y así los demás periódicos. "El Diario Judicial, periódico de raciocinio inexpugnable en puntos de diplomacia y de derecho, me ha defendido en toda mi prisión y en los menores incidentes del proceso. *La respetable masonería de Lima*, conmovida por un espectáculo que tiene en perspectiva el cadalso, se ha considerado injuriada, y se ha resuelto a combatir a mis verdugos. Toda esta noble actitud ha dimanado del furor de estos verdugos, de la sed inusitada de mi sangre, manifiesta con un delirio que entristece. *Antonio Flores es quien escribe libelos infamantes*¹⁰, Salazar quien agoniza por mi vida y otro Salazar el encargado de ponerme al cuello los cordeles. Resisteseme la pluma a escribir el nombre de este último. Salazar no debió pedir mi extradición mientras su hijo estuviera de

5.- "El Callao", abril 15 de 1891. (R. A. R.)

6.- "El Diario", abril de 1891. (R. A. R.)

7.- "El Nacional", abril 17 de 1891. (R. A. R.)

8.- "La Gaceta Judicial", junio 4 de 1891. (R. A. R.)

9.- "La Nación", abril 23 de 1891. (R. A. R.)

10.- Por boca del señor Leonidas Pallares Arteta, he sabido en 1894 que el Presidente Antonio Flores escribía todos los artículos de "El Telégrafo", diario de Quito, contra mí. Ya lo sabe don Alberto Secada, quien mantuvo una larga discusión, desde las columnas de "La Integridad" de Lima, con el periódico ecuatoriano citado. (R. A. R.)

Encargado de Negocios. Por ventura ha querido hundirme en el desprecio cuando me ha puesto en el palenque un contendor como esa cosa insuficiente? Quién activa todo es el dinero del erario de mi patria, erario al que contribuyen mi padre y hermanos en su condición de ciudadanos de esa patria.

Empiezo a escribir este libro "Una Vida".

Toda la prensa de Hispano-América ha acusado al Gobierno de Antonio Flores de que no persigue a ningún criminal sino a un escritor que le ha combatido con firmeza. Esta acusación es demasiado humillante para Flores quien no ha podido probar lo contrario, y sin embargo el Encargado de Negocios despliega una actividad inusitada. Esta no es obra de Flores sino de Salazar, me he dicho, porque Salazar va a subir al poder¹¹, teme una revelación de mi parte, y se esfuerza por que yo perezca sin hablar. *Entonces empecé a escribir este libro*, y lo hago sin acordarme del descanso. Parece que los espíritus de los otros mártires de agosto están dirigiendo mi pluma y comunicándome vigor para empuñarla. Mi único temor ha consistido en que me inmolen sin que yo hable. El Dr. Victor M. Maurtua vino una ocasión a platicar conmigo y me dijo que la conversación la iba a publicar: Sánchez le dijo, denunció la conspiración a Salazar, este comprometió a Rayo, y después lo asesinó por medio del cabo López, con el objeto de sepultar con Rayo ese secreto. El diálogo fue publicado en varios periódicos de Lima y Guayaquil y desde entonces ya no ha habido prudencia ni mesura, porque las gestiones son practicadas con el desacierto de dementes. Lima es testigo de la estolidez con que está procediendo Julio Salazar. ¿Cómo me he de detener en dar razón de estos asuntos?¹²

¹¹. - Las elecciones para Presidente deben verificarse en enero de 1892.
(R.A.R.)

¹². - Mi prisión duraba ya dos meses: un día se presentó un caballero peruano y me dijo: Vengo de hablar con el Prefecto, y me ha manifestado sorpresa de que el Tesorero no suministra a Ud. alimentos. Y qué la obligación tiene el gobierno peruano de hacerlo?, contestele. En el Perú no puede haber preso que no reciba alimentos del Gobierno replicome; y por otra parte, los alimentos de Ud. los pagará el Gobierno ecuatoriano. Yo no accedí de pronto; pero un generoso amigo había pergeñado un escrito, obligome a firmar, y en virtud de él pagábame dos soles diarios y me pagaban también por los meses transcurridos. El Sr. Elmore, como lo

Con Julio Andrade en mi prisión de Lima. El cura Valdivieso

Mi hermano Julio, menor que yo con quince años, regresaba de París, cuando yo me hallaba preso en Lima.¹³ Antes de llegar a Guayaquil, vino a visitarme: *todavía estaba yo en un calabozo de la Intendencia*, acompañado de un clérigo inteligente, llamado Dr. Valdivieso, preso por *perolista*. Mi esposa llegó a visitarme; y un momento más tarde, llegó Julio. Al verme, se le fueron las lágrimas: nos estrechamos en los brazos, y yo también llore. Le presenté a mi esposa, quien lloraba; pero al saludarse rieron los dos. Luego lo presenté al Dr. Valdivieso, *persona muy cortés, gordo, rechoncho, trigueño y de facciones abultadas*. Para distraer a Julio, empecé a hablarle de la insigne Francia, de su historia épica, de sus grandes hombres de entonces. Llegamos a Renán.

-¡Oh !, exclamó Julio: le oí una conferencia: ¡qué modo de hablar tan atractivo! Este grande hombre es el más amable de la tierra; pero al mismo tiempo, el más feo: se parece al Dr. Valdivieso...

era obligatorio, había informado de este desembolso a Salazar, el Encargado de Negocios: este había montado en cólera: Mi Gobierno no puede costear en alimentos de asesinos, había dicho. Yo no sabía este incidente, y seguía recibiendo lo que me suministraba el Tesoro. El día que obtuve libertad, Salazar, según lo he sabido después habíase presentado al Sr. Ministro peruano.

- Tenemos que arreglar una cuentecita. Mi Gobierno no accede al pago de los alimentos de Andrade.

- Es tarde. No accedió Ud. cuando era temprano, y ahora habría que borrar partidas en los libros del Tesoro.

Salazar no ha de haber tenido vergüenza, sin duda: esa es gente que no se avergüenza, quedo o no de judío o ratero el Gobierno al cual ella representa.

¿Y qué hizo de aquella suma el Sr. Encargado de Negocios?

Publicó también un libro en que coleccionó todo lo que publicaba contra mí el único diario injusto de Lima. Esta era otra partida de gastos.

Asegúranme que a \$20.000 accedió lo gastado en esta nueva y gloriosa aventura del Gobierno más incorruptible que ha tenido el Ecuador.

¿Ha dado cuenta de la inversión de este dinero el dicho Encargado de Negocios? (R. A. R.)

¹³.- Julio nació en 1866

No pudimos contener la risa ni mi esposa ni yo, y más cuando vimos que el sacerdote reía con el más sincero regocijo. Asustado Julio, cayó en la cuenta, se levantó y dijo, acercándose al ofendido:

-!Perdóneme, señor! Lo que he dicho es una muestra de las buenas maneras que los tontos aprendemos en Francia.

El presbítero le dio la mano y siguió riendo, con una jovialidad exquisita.

Julio visitó a mis amigos y a las personas que habían manifestado más interés por mi suerte. Comprendí que se levantaría en la política, ya por su talento despejado, ya por su actividad e intenciones sanas, ya por la educación y la instrucción que traía de Francia, ya porque amaba decididamente su patria. Se fue, y no muy afligido, porque mis amigos le habían alimentado con fundadas esperanzas.

Salazar hace robar mi correspondencia a Portilla

Intimidado el Encargado de Negocios, con la disposición imponente de la capital del Perú, la comunicó al Ecuador, y recibió orden de que retirase la demanda. *Su padre le ordenó luego que me castigase siquiera con prisión*, la cual podía durar tres meses, según la ley de extradición del Perú. Dice esta ley en su artículo 9°:

"En casos urgentes, puede decretarse la detención provisional del inculpado, si el Gobierno reclamante la solicita, por medio de comunicación telegráfica o postal; debiendo cesar el arresto, cuando en el término de tres meses, contados desde que se verificó, no se formalice la demanda".

Quisieron mis enemigos *esperar los tres meses*, para formalizar o no la demanda, y si la formalizaron después, fue por los motivos que voy a exponer. Apenas entré a la prisión, visto que nadie me daba cuenta de su causa, a pesar de mis interrogaciones repetidas, y de que mi extradición no se verificaría en el instante, a pesar de la actividad de mis contrarios, dime a recorrer la historia de mi patria, y a meditar en la participación del Ministro de Guerra de García Moreno, en la conspiración, motivo de mis citas. Por la relación de mi vida pasada, ha podido comprenderse que, preocupado por derrocar gobiernos inmorales, no me había detenido en ese asunto, no me había afanado en acumular comprobantes. El proyecto de escribir la historia de la muerte de García Moreno, me ocasionó mil dificultades. En primer lugar, *tuve necesidad de informes de Quito, y pedí a Rafael Portilla*, el más veraz y activo, me los diera. No me contestó, a

pesar de que mis cartas fueron certificadas. Un día apareció mi amigo el Sr. José Ignacio Veintimilla, y me habló en estos términos:

-Anoche, en el Club de la Unión, me dijo Salazar, el Encargado de Negocios, que el padre sabía que estaba Ud. escribiendo un libro en contra de él, por una carta de Ud., que él tenía en su poder.

Indudablemente, la carta era la escrita a Portilla: los malvados no tienen escrúpulos en sustraerse cartas, sean o no certificadas. ¿Qué consecuencias traería esta sustracción? Vamos a indagarlo.

Problemas con Aristizábal

El ecuatoriano D. Miguel Aristizábal, residente en Panamá, había remitido al Poder Judicial peruano, la copia de la sentencia de la Corte Suprema de Bogotá, en que negó mi extradición. Imposible me era conseguir esta copia, y el servicio de Aristizábal fue muy señalado y oportuno. Se publicó dicha sentencia en los diarios. Agradecí al Sr. Aristizábal, y en el mismo día pregunté al general Alfaro por los antecedentes de este ecuatoriano. *El general Alfaro me contestó que era enemigo de él, y ciego partidario y corresponsal del Presidente Antonio Flores; y Aristizábal, días después me dijo, que sabía que el Perú me iba a entregar al Ecuador, que allí me fusilarían y que fugara inmediatamente. Di crédito a la primera respuesta; y respecto a la segunda, mi raciocinio fue el siguiente: en el Gobierno de Quito vieron la publicación de Aristizábal y supieron su actitud, respecto de mí: conocedor el general Salazar de la amistad de Aristizábal con el Presidente Flores, recomendó a éste comunicara a dicho Aristizábal, me entregaría infaliblemente el Perú y sería yo fusilado en Quito para que él me lo dijera. No escribí más a Aristizábal: al principio, su conducta fue buena y generosa, después no fue sino instrumento de mis peores enemigos.*

Salazar viene en mi búsqueda. Pepe Veintemilla. La Logia

Casi en seguida vino a mi prisión un condiscípulo mío en Ibarra, cuando él y yo éramos niños: había vivido mucho tiempo en Lima, y era muy amigo del Encargado de Negocios. Vino con fisonomía asustada:

- Siento decirte, comenzó, que el general Salazar ha venido a Guayaquil, y pasa a hacerse cargo aquí de la Plenipotencia, con el único objeto de llevarte a ti: tú sabes que es un gran diplomático y que por consiguiente, se los traga a los del Gobierno del Perú. Lo que conviene es que

fugues inmediatamente. Yo vengo a ver de qué modo se puede auxiliarte de la calle.

- Deseo que Salazar venga a Lima, contestele: yo no soy Cornejo niño, y mi prisión está en una ciudad donde me pueden comprender.

Luego vino otra embestida, más grave que las dos anteriores. Iban a cumplirse tres meses de prisión. Un día entraron a visitarme los jóvenes escritores peruanos D. Carlos Germán Amézaga, D. Luis Ulloa, D. Alberto Secada, el escritor colombiano D. Pablo Alejandro Echeverría y mi compatriota D. José Ignacio de Veintimilla, sobrino del ex-Presidente ecuatoriano.

-Venimos con la intención de alarmarlo, me dijo Amézaga. Tenemos datos muy ciertos de que la extradición de Ud. está concedida, y de que seguramente se embarcará Ud. en el próximo vapor. Debe Ud. fugar hoy mismo: *una de las logias masónicas de esta ciudad*, a la cual el Intendente pertenece, lo ha comprometido para que deje a Ud. fugar. Hable Ud. con él.

- ¿Puedo yo saber el origen de tales datos?, contesté.

- Tenemos que ser discretos, contestó uno de los jóvenes. Bástele a Ud. saber que los datos son de tal fuente, que no cabe la más leve incertidumbre.

Todos mis interlocutores son de corazón generoso, todos de levantadas ideas, todos luchadores eximios por la prensa: no era pues, posible, revocar a duda la noticia.

- No fugo, les respondí, sin embargo. Fugar es de un criminal: yo arrostraré el cadalso, tiñendo y dejando infamados con mi sangre, los pabellones de dos repúblicas hermanas.

El señor mi suegro, presente a esta plática, me aplaudió con la mirada.

Mi esposa y cuñada hablan con el Presidente del Perú

Mis cinco amigos salieron, prometiéndome hacer por mí lo posible. Vacilaba yo acerca de la verdad; pero mi resolución de arrostrarlo todo era firme. Se efectuó esta conversación un sábado, y el lunes, por la mañana zarpaba un vapor. Al amanecer de este día, sentí ruido inusitado: pasos de soldados, quienes manejaban armas, cuchicheos, voces de mando de un oficial.

Creí que me iban a llevar al tren del ferrocarril inmediato, y me consagré a arreglar mis papeles. Todo calmó, después de poco. Entre el

dia, hablábamos del asunto, mi suegro y el coronel Simón Sánchez, amigo de confianza de él, cuando aparecieron *mi esposa y mi cuñada*: oyeron nuestra conversación y nos hicieron preguntas: luego se levantaron ambas y salieron. No regresaron un largo rato, y ya mi suegro estaba inquieto. Por fin aparecieron. La fisonomía de mi esposa estaba radiante y sonriente.

- ¿A dónde se ha ido?, preguntó mi suegro.
- A ver al coronel Morales Bermúdez, respondió mi esposa.
- ¿Al Presidente de la República?
- Si, papá.

La Intendencia estaba en el mismo edificio del Poder Ejecutivo.

- Preguntamos por el Presidente, nos concedieron entrada, continuó mi esposa. Nos sentamos en el salón, y a poco apareció el coronel Morales Bermúdez. Tu sabes que nos visitaba, hace algún tiempo. Se sorprendió cuando le avisé que era de Andrade; y en seguida le manifesté mi deseo de que, como mi Presidente, mi antiguo amigo, mi paisano, me dijera, en toda confianza, si entregaría al preso al Ecuador. Sonrióse y me dijo: "El asunto es sagrado, porque es internacional; pero como me es conocida la sensatez de Ud., e interesa a su corazón, se lo diré, encargándole el secreto. El Gobierno del Ecuador está empeñado en esta extradición, que por agradarnos, ha negado el asilo a D Nicolás de Pierola. No conseguirá su objeto, sin embargo. Sólo tendré que esperar la resolución del Poder Judicial, con cuyos vocales ya he hablado, y en seguida pondré en libertad a su esposo".

Desde entonces permaneci tranquilo.

El origen de la noticia traída por los escritores, fue el siguiente: D Alberto y D Luis Ulloa eran hermanos: D. Alberto amigo del General Salazar, se hallaba en *Quito de Encargado de Negocios*; y él había comunicado a su hermano, que mi extradición se efectuaría. D Luis Tanco, Encargado de Negocios de Colombia en Lima, era amigo intimo del Encargado de Negocios ecuatorianos, Salazar: Tanco invitó a almorzar a su paisano Echeverría y a Amézaga, y él les manifestó el riesgo en que yo estaba. Informe salido del Cuerpo Diplomático, por fuerza tenía que ser verdadero e indudable. Todo esto vine a saberlo cuando ya sali de la prisión

Mayo: El caso Piérola

En los primeros días de mayo ha cometido el Ecuador un escándalo inaudito: el peruano D Nicolás de Piérola, enemigo del actual gobierno del

Perú, ha llegado a refugiarse en Guayaquil. "Sírvese Ud. manifestar al señor Piérola, dice Flores a Caamaño por telégrafo, que el Gobierno le concede asilo muy gustoso en Quito u otro lugar del interior que elija; pero que no puede comprometer sus buenas relaciones con el Gobierno del Perú, negando a este la internación, si lo pide, como es seguro que lo hará. Queda en todo caso al señor Piérola el arbitrio de salir del territorio". La contestación del señor Piérola es altiva, mas no como merecía la iniquidad de ese Gobierno, ¿Por qué estas prolijidades tan ruines, sino porque el Perú las agradezca con entregar a un hombre al cadalso? Flores es fatuo; pero Salazar me tiembla; Flores no cometería tales desaciertos, que no le traen a él gran ventaja, fuera de vengarse de quien lastimó su fatuidad, sino obrara por la sugestión de Salazar. No han tenido, pues, razón algunos diarios al atribuir a Antonio Flores toda la responsabilidad de esta infamia.

Salazar dice que jamás ha sido liberal

El liberal de 1883 en Quito, el que llamaba a Montalvo "honra ecuatoriana", ahora, mayo 6 de 1891, acaba de suscribir en la misma Quito una espléndida "Manifestación", a efecto de que le elijan Presidente. "De algún tiempo a esta parte se me acusa de liberal con insistencia, dice. Esta imputación ha alarmado mi conciencia de católico y me ha obligado a recorrer las enseñanzas pontificias, en especial de Pío IX y León XII, con el objeto de conocer mi entendimiento, si mi voluntad propendía a los errores condenados por la Santa Sede en la materia; y habiendo hallado mi espíritu en perfecto acuerdo con la doctrina católica, rechazo con toda la energía de un sincero creyente, la calumnia levantada a la pureza de mi fe... Consulto mi conciencia, mi vida privada y pública, y hallo que jamás mi entendimiento ni mi voluntad han abrazado error alguno de éstos, condenados en los aludidos documentos pontificios. Sin embargo, soy amante del progreso de mi patria: quisiera verla grande y elevada a la cumbre de la civilización. ¿Será esto decir que pretendo que el Papa se reconcilie con el progreso y la civilización moderna?... Me creo con derecho a ser creído, porque repetidas pruebas he dado, durante mi carrera pública, de que en *mi alma no halla cabida la locura de la ambición...* Siempre he pensado que al aceptar el poder Supremo es

resignarse al sacrificio también supremo. Así, al subir al solio no sería para mi al Tabor sino al Calvario".

Este señor Salazar ya no se contenta con ser tenido por el primer táctico de América; quiere también alcanzar el dictado de primer Padre de la Iglesia, porque sabe que uno y otro título le pueden exaltar a la Presidencia de su patria.

Carlos regresa a pie del Callao a Lima. Alfaro autor del primer capítulo de mi libro

Mientras escribía mi libro, mantenía correspondencia activa con el general Eloy Alfaro, residente en Panamá, quien me trasmitía datos importantes. Propiamente él escribió el primer capítulo titulado "García Moreno". Nuestras cartas iban y venían, por medio de los contadores de los vapores. Un día le mandé una carta interesante, y mi hermano Carlos fue a encargarla al contador: ya el vapor se había separado del muelle, y Carlos tuvo que ir a él en un bote: este gesto imprevisto vació su bolsillo, y no tuvo para el ferrocarril, de regreso: abrió el compás de sus piernas y se vino a pie hasta Lima. Este carácter era de todos mis hermanos, quienes nos asemejamos al señor nuestro padre.

Con los Portilla. En Barranco Rafael Portilla y yo.

Sorprendime un día con la noticia de la llegada a Lima de los doctores ecuatorianos *Bruno y Rafael Portilla*. dada por un diario salí a buscarlos, y al segundo día los hallé. Rafael era uno de los conjurados del 6 de Agosto, rico, inteligente, prudente, silencioso, activísimo, empapado de las ideas de Montalvo, en las provechosas al género humano: había permanecido en Quito, *dondé enfermó de ataques cerebrales*. Por curarse, vino al Perú con su hermano y el *joven Eudófilo Álvarez*, quien había presenciado uno de aquellos ataques, que enajenaban a Portilla y se había conmovido hasta el punto de suplicar a su madre le consintiera acompañar al enfermo en su viaje. Era inteligente y servicial; pero fatuo e intratable, y le causaba algunas molestias. El Dr. Bruno regresó al Ecuador, en breve, y el médico aconsejó se trasladara a Rafael al Barranco, población poco distante de Lima. *Yo fui a vivir con él*. La conversación de este amigo me agradaba, pero él no mejoró y tuvo que regresar al Ecuador

Salazar me trata públicamente de loco. Nuestro ejército tenía 4000 soldados

"Los pícaros tienen muy buena espalda", decía Montalvo. De la cloaca del vicio llegan a ocupar el sillón de magistrados, y ahí se están derramando, como el pus de los abscesos. Todo les sale a pedir de boca a estos suculentos manjares del verdugo, hasta que éste aparece como llovido del cielo, al conjuro de las naciones indignadas. El verdugo viene a ser, en este caso, ejecutor de la justicia, y la justicia es una soberana sobre la cual no hay otro sino Dios. Este verdugo es un querubín que funde resplandores, es rayo de la diadema empírea, ante el cual debemos caer de rodillas, porque la noche ha pesado sobre nuestras cabezas a manera de losa sepulcral. Los naufragos bendicen el alba, aún cuando prosiga la tormenta; los pueblos deben bendecir la ejecución de un malhechor, aunque les sobrevengan convulsiones. Tiranos ha habido en todas partes, a pesar de que la humanidad les ha expulsado, ora con la clava de Hércules, ora con la palabra de Isaías; pero raros son los pueblos que han perecido por la mordedura de reptiles. El Ecuador muere; no hay necesidad de tomarle el pulso, basta con escuchar sus ronquidos de agonía. *Morir no es lo peor; lo triste es morir ahogado en excremento.* No es posible haber llegado al Ecuador y no salir de las ciudades como quien sale de un presidio, acaba de decirme un compatriota de esperanzas. Los viejos están convertidos en tumores ulcerosos, los jóvenes en mujercuelas degradadas, los acaudalados en férreas alcancías, los inteligentes en incensarios de protervos, los tontos en ganzúa de rateros, los niños en gurupíes de garitos oficiales, los soldados en orinal de Flores, Caamaño y Salazar. ¿Por un sueldo de veinticinco pesos apágase el amor patrio en el corazón de la juventud incorruptible? Flores, Caamaño y Salazar no son dos; conocido debe ser por todo americano el papel de la clase militar en esta desdichada América española. *¿Es mucho que Flores, Caamaño y Salazar, a la cabeza de cuatro mil autómatas armados, degüellen a un rebaño que no tiene cómo resistir? ¡Soldados! vosotros también sois ecuatorianos, vosotros también tenéis corazón, vosotros también sois susceptibles de vergüenza. ¿No habeis comprendido que sois instrumentos de rufianes, soga de innobles rateros, cuchilla de dos salteadores de caminos? Alzad el rostro al sol y meditad: despreended la imaginación de cuatro reales, paradla en la lamentación del Ecuador, acordaos que sois sus hijos, id a levantar del cieno al pabellón y jurad que en su defensa seréis capaces de morir como patriotas. Horripila aquel torbellino de oscuros nubarrones con*

los que lucha por irradiar la libertad. Los patriotas están condenados a vivir como misántropos, los honrados a confiarse sus reflexiones a sí mismos, los valientes a podrirse de cólera en silencio. Flores, Caamaño, Salazar y sus áulicos reinan en sus carrozas y caballos, como el moro Jildos en Africa, viejos están de haberse revolcado en los vicios, mudas las poblaciones como si sobre ellas hubieran sobrevenido cataclismos ¡Pueblos de mi patria, despertad!

Llegado Salazar, padre, a Guayaquil, publicó en "El Globo" de aquella ciudad, un artículo del cual copio algunas líneas: está escrito con seudónimo y publicado en la sección *comunicados*, pero de Guayaquil me comunicaron en el acto que Salazar era el autor de dicho artículo.

"Las condiciones de la extradición varían según los tiempos y según los países, mas el derecho de pedirla, sin atender, muchas veces, a otra condición que a la venganza, ha sido practicado desde los mas remotos tiempos. Así, Temistocles fue reclamado por el Gobierno de Atenas a todas las pequeñas repúblicas en donde se refugiaba, después de su ostracismo: tuvo que entregarse a la clemencia de su enemigo el Rey de Persia; y, a lo último, perseguido también allí por el odio implacable de sus conciudadanos, que pedían su *extradición* a Artajerjes, se suicidó, por no ser ingrato con éste, o traidor contra aquellos.

"Anihal, perseguido en Cartago por sus enemigos políticos, huyó a Asiria, en donde fue proclamado por el Senado Romano, y abandonó el asilo por consejos del Rey Antioco, que tembló por las amenazas de la poderosa República: se refugió en Bitinia; y allí tomó veneno, para no entregarse vivo al Embajador romano Plaminino, que tenía el encargo de recibirlo, después de concedida la extradición por el débil Rey de Prusias

.....

"Si yo pudiera expresar con fruto mi opinión, diría lo que está probado por miles de casos prácticos; que el asilado político, cuando abusa del asilo para dañar al gobierno de su país, debe ser vigilado, amonestado, contenido, confinado, hasta expulsado; pero jamás entregado; y los reos de crímenes atroces o delitos que afectan profundamente los intereses de la sociedad, pueden ser devueltos a la justicia criminal que ha de infligirles la pena de ley, para escarmiento de todos, mas que para castigo del delincuente.

"El desgraciado Roberto Andrade padece de una enajenación *psíquica*, por la cual ve tiranos en todos los hombres que ocupan un

puesto de gobernantes; y él se cree el llamado a libertar al mundo de tales monstruos: en su imaginación desarreglada juzga mérito el no haberse ocupado en otra cosa que en hacer la guerra a los tiranos; es revolucionario de oficio; se jacta de haber combatido a García Moreno, a Borrero, a Veintemilla a Caamaño y a Flores, todos presidentes nocivos desde que él era adolescente; y combatirá a Salazar, a Ponce, a Ballén, a Carbo o a cualquiera que resulte elegido en el próximo enero: como habría combatido al General Flores, a Rocafuerte, a Roca, Urbina y Robles si hubiera nacido y crecido antes del año 1830. Pero su delirio se exaspera con la conciencia del oscuro papel secundario, muy bajo, que ha representado en las tragedias a que asistió; y en su furor, miente con descaro para llamar la atención; y escribe y refiere y sostiene que él disparó su pistola sobre García Moreno, y lo mató; cuando, si algo hizo la bala por el lanzada, desde lugar seguro, sería la que hirió a Rayo en la pierna, por lo que éste fue alcanzado en su fuga y pagó su horrendo crimen, casi sobre el sitio en que acababa de comerlo.- Esta es la verdadera historia, comprobada con documentos auténticos publicados.

"El desgraciado Andrade, y sus defensores y sus favorecedores ocurren a varios y encontrados argumentos para salvarle del castigo corporal a que lo ha sentenciado la justicia humana: tales argumentos pecan todos contra la moral y contra la lógica, contra las leyes y contra la historia".

.....

Ya se comprende el objeto infame de este libelo que parece obra de Rodía. Yo ya no soy un niño, por más que sea siempre enamorado de la gloria. Sensible soy todavía, pero inexperto no; tú mismo me has sacado de la inexperiencia, oh sabio, oh el más poderoso de los grandes, quien apenas cabe compararte con el hermano de Lucrecia, o con Macrino, el que mandó asesinar a Caracalla. Me suicidaría, no hay duda; pero sólo si me hallase en el caso de Ricaurte.

Mi amistad con Rubén Darío. Nueva traición.

Estoy convencido de que debe revelarse todo, lo bueno y lo malo, cuando se trabaja por el mejoramiento humano. El vil dinero, o diremos la urgencia de satisfacer necesidades, en hogar con esposa e hijos,

extraviaron a un compatriota, correligionario y amigo mío, y le obligaron a traicionarme, a espiarme, a abogar por mi extradición, por la imprenta, calificándome de criminal contumaz. Me visitaba, a menudo, platicábamos largamente acerca de la conspiración, y antes había glorificado a los conspiradores. De repente empezó a publicar un diario, artículos injuriosos, directamente contra mí. Comprendí quien era el autor, aun antes de que los otros ecuatorianos le delataran y acusaran. Hubo más: mi compatriota D. Tomás Moncayo Avellán, proscrito en Buenos Aires, me escribió, remitiéndome un largo estudio crítico, acerca del primer tomo de "Montalvo y García Moreno", publicado en una revista de la ciudad de Rosario, en la Argentina, y debido a la pluma del noble escritor D. David Peña; y también otro del general Mansilla Presidente de la Cámara de Diputados, y varios artículos concernientes a mi prisión en Lima: la carta me llegó, y por ella supe que los impresos venían con sobrescrito del compatriota que me estaba lastimando. También recibí una carta del poeta Rubén Darío, escrita en Centro América, en que me decía me enviaba "La Tarde", periódico dirigido por él, con artículos igualmente amistosos, y con el sobrescrito del mismo compatriota. Como los impresos no llegaron a mis manos, los reclamé al ofensor, quien continuaba visitándome, no pudo negarme, porque le mostré las cartas; pero me respondió con informarme que la pobreza la había obligado a huir de la casa donde antes residía, en la cual habían quedado sus papeles. No acudí a las publicaciones de él contra mí, porque no tenía evidencia del crimen. Cuando salí de la prisión, comprobé su deslealtad: el bibliotecario D. Ricardo Palma, la conocía positivamente; y un librero español me aseguró que por sus manos pasaba el precio de la venta, enviado por el Encargado de Negocios, Salazar. En lo futuro, perdió mi amistad, o mejor dicho, no le demostré jamás inquina.

Los magistrados, las personas distinguidas que en la prisión me visitaron, fueron El Ministro de Gobierno, Dr. Herrera, El Dr. Bernardo Muñoz, Presidente de la Corte Suprema, el Dr. Césares Chacaltana, antiguo diplomático y Ministro de Estado, y entonces Director de "El Nacional", varios individuos del Poder Legislativo. El Dr. Alejandro Arenas, abogado distinguido, y también Ministro de Estado y diplomático, en años anteriores, fue quien me defendió y escribió mi alegato, que fue publicado por la imprenta. Este documento no lleva su firma, porque el padre de él era vocal de la Corte Suprema.

Nace mi segunda hija.

Nació mi hija Marina, en 1891, y yo la conocí en la prisión, porque me la mandó su madre con su abuela. ¡Quién hubiera imaginado, al verla, que esta niña tenía un caudal en su alma, que lo emplearía en prolongar mis años, proporcionando a mi ancianidad todo cuanto de bueno es necesario, para sobrellevar con cuanto regocijo sea posible! Ese caudal es de virtudes, y no se está empleando con ostentación, con alharacas, más aún con la serenidad de una grande alma, cuya vida no es sino la vida de su padre... ¡Y ese padre es ya inútil, y no remunerará a su hija ni con lágrimas! Correrán; pero tal vez no las verá ella, por ausente... Fui a suplicar al Prefecto me dejara ir a casa de mi esposa, a felicitarla por su alumbramiento. Se negó.

- Las exigencias del Encargado de Negocios son terribles, impropias de gente culta, contestome: quiere que Ud. vaya a la cárcel. No puedo decirle todo, pues sería indiscreción de mi parte.

¿Querría, probablemente, que me sustrajeran los papeles, o quizá que, por casualidad, saliera una bala, como la que se llevó el cabello de Polanco?

Dos cambios de prisión: Malambo y la Prefectura.

Me notificaron, cierto día, el cambio de prisión: por la noche me llevaron a un cuartel secundario, en el barrio de Malambo, e inmediatamente me encargaron en un calabozo desaseado. Hubo tal misterio, habilllas secretas y otras cosas sospechosas, que llegué a temer me asesinaran. Parecióme que de una claraboya descendía una sogá, próxima a mi lecho; y cuando ya estuve acostado, entró a dormir un individuo en el suelo. Suponía yo que la sogá había sido colgada para fingir que había yo intentado fugarme: el hombre iba a asesinarme en mi fuga. No se me desvanecía la sospecha; pero no tenía con quien hablar, porque a nadie conocía en mi nueva prisión. En toda la noche no dormí... A la mañana siguiente, vi a un oficial apuesto y muy simpático; y sin aparentar rodeos, le llamé. Dile mi nombre, y él me dio el suyo. Era el comandante Méndez. En pocas palabras, dile a conocer mi historia, y le manifesté que en él confiaba.

- Algo sé, me contestó; pero no hay proyectos de asesinarlo. Hay muchas recomendaciones, eso sí, para precaver su fuga, y todas por

indicaciones del agente ecuatoriano. Descanse Ud. y confíe en mí, porque desde hoy somos amigos.

Dejó de dormir otro en mi cuarto, y en breve *me trasladaron a la Prefectura*, donde ocupé una habitación decente, hasta que fui puesto en libertad.

Maldad de Elias Laso. Falsificación de un documento para hacerme daño

Desesperados de conseguir que me suicidara o que fugara, ocho días antes de cumplirse los tres meses designados por la ley para formalizar la demanda, mandaron al Encargado de Negocios que pasara el siguiente oficio al Ministro de Relaciones Exteriores. No copió sino lo más importante:

"Legación del Ecuador.- Lima, julio 2 de 1891.- Excmo Señor Dr. Alberto Elmore, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú. Señor: En conformidad con el oficio que tuve la honra de dirigir a V. E. en 7 de Abril último, solicitando la captura y detención preventiva del ecuatoriano D. Roberto Andrade, mientras vinieran los comprobantes respectivos para la formal demanda de su extradición, cumplo hoy con el deber de elevar al despacho de V.E en 185 fojas útiles copia legalizada del proceso seguido por los Tribunales de Justicia del Ecuador contra los autores y cómplices del asesinato perpetrado, el 6 de Agosto de 1875, en la persona del Sr. Dr. Gabriel García Moreno, entonces Presidente Constitucional de la expresada República.

"En el documento a que acabo de referirme, se encuentra el veredicto siguiente:

(Aquí el veredicto y auto ya transcritos en esta obra).

.....
 "La ejecutoria del Tribunal Superior es como sigue:

"La República del Ecuador y por autoridad de la ley, la Corte Superior de Quito.- Quito, agosto 8 de 1884, las dos de la tarde. Son legales y están arreglados a los méritos del proceso los fundamentos del auto consultado: por tanto, se lo aprueba.- Devuélvase.- Campuzano.- Banda.- Paredes

"Con las providencias judiciales que dejo transcritas y la presentación de la copia del sumario respectivo, queda, pues, formalizada,

conforme a las disposiciones y prácticas internacionales, la demanda de extradición iniciada ante el Excmo. Gobierno de V. E. respecto de D. Roberto Andrade.

"Cumpliendo, además, con instrucciones que tengo recibidas de mi Gobierno, cábeme la honra de remitir a V.E como apoyo de la presente solicitud, copia auténtica del dictamen expedido por el Señor Ministro de Justicia del Ecuador, en 16 de mayo último. Dicho documento, refiriéndose a las cuestiones del mencionado Andrade, se contrae a demostrar:

"1° Que el asesinato es delito común por más que su perpetración vaya acompañada de algún otro delito político.

"2° Que el Ecuador no ha declarado ni implícitamente que el crimen cometido en la persona del señor García Moreno es puramente político.

"3° Que no está prescrita la acción para la pesquisa de los indicados en el asesinato del señor García Moreno; y

"4° Que la extradición puede pedirse y debe otorgarse sin necesidad de que haya tratado especial sobre la materia entre los dos Estados.

.....
"Sírvese V.E.etc. - Julio H. Salazar."

Es tan curioso el dictamen del Ministro de Justicia ecuatoriano, a que alude el Encargado de Negocios, que ha menester algunos comentarios. Este Ministro de Justicia en 1891, llamado Elias Laso, es el mismo que, en 1875, era Ministro Fiscal de la Corte Suprema Marcial que juzgó al doctor Polanco. En su vista fiscal, fechada el 4 de septiembre de 1875, nos considera criminales a Moncayo y a mí, documento que puede verse en esta obra; y en el dictamen del 16 de mayo de 1891, expedido como Ministro de Justicia, dice literalmente: "*Pero Andrade y Moncayo no figuraron, al principio entre los indiciados del asesinato*". Extraña hubiera sido esta contradicción aun en un criminal común; pero santa tiene que ser en un Ministro de Justicia.

"Dije que no está prescrita la acción... y me fundo en los motivos siguientes: El artículo 102 del Código Penal ecuatoriano dice: etc."

¿Desea el señor Ministro de Justicia que mi extradición sea juzgada en la nación peruana con arreglo a las leyes de la nación ecuatoriana? ¿Parece que no son de este parecer ni Bluntschili ni Flores, sino sólo los tratadistas de Amaguaña y Conocoto, señor Ministro de Justicia?.

"Andrade y Moncayo fueron sometidos a juicio con posteridad al Consejo de Guerra... Estos señores fueron juzgados por el tribunal común, la Judicatura de Letras de la provincia de Pichincha... Roberto Andrade está convicto y confeso del crimen... pues jamás ha negado de él y sus defensas se han reducido a pretender probar que García Moreno merecía la muerte y que la venganza es permitida" etc

Entre el Consejo de Guerra y el Tribunal común transcurrieron ocho años, como ya se ha visto: ¿cómo, si *jamás he negado*, vine a ser juzgado a los ocho años?

"Sus defensas se han reducido a pretender probar que la *venganza* es permitida".

Venganza no he dicho, sino defensa: ¿faltáronle anteojos al señor Ministro?

"Nosotros respetamos la vida privada aun de los criminales, y por esto nada decimos de la de Andrade".

Porque desgraciadamente nada tenemos que decir, y le tenemos miedo para calumniarle. Tranquílcese vuesañoría, señor Ministro, y continúe.

"Es verdad que han pasado 16 años desde que se perpetró el crimen; pero los jueces letrados de Quito, han cuidado muy prudentemente de continuar acumulando pruebas al proceso, y la última diligencia judicial no pasa de cuatro años de fecha".

Esta diligencia judicial es indudablemente una de 1887, a la cual han aludido varios periódicos y que vino después de Quito, y más tarde fue presentada; en consecuencia, por eso no alude a ella el Encargado de Negocios en el oficio en que formaliza la demanda; pero sí en otro especial, cuya copia no conservo. Acerca de esta diligencia me *ha referido el anciano abogado Coronel Velarde* lo siguiente: "Nótese, apenas fue presentada, que había sido escrita recientemente, a pesar de estar fechada cuatro años atrás; y se nombraron dos químicos, quienes testificaron que la escritura, según la tinta, no tenía dos meses de fecha".

Tales han sido mis jueces, tales los presidentes y ministros de Estado, tales los ministros de las cortes, tales los ministros diplomáticos de la nación ecuatoriana, personas que han consagrado a la nación a los Corazones de Jesús y María! Allí pueden andar desnudos, mostrando tantas úlceras inmundas, porque aun los liberales no pueden mandarlos al hospicio; ¡pero tener valor de mostrarlas en naciones extranjeras!

A más de falsificado, el proceso ha venido también truncado, porque el oficio de Francisco J. Salazar al Comandante General del Distrito del Pichincha, oficio fechado en el seis de Agosto de 1875,¹⁴ y que, según otro Salazar, hermano de aquel, figura como auto cabeza de proceso, no aparece en el expediente que está en los tribunales de Lima. Con este proceso se presenta el Gobierno de un pueblo para traer el convencimiento al ánimo de otro pueblo!

El eminente abogado don Alejandro Arenas es quien ha escrito mi "Exposición Jurídica" publicada el 15 de julio de 1891. Mi deber es manifestarlo ahora, porque sólo está suscrita con mi firma, cuando es digna del mejor juriconsulto.

No me han juzgado en el Perú como debe ser juzgado un hombre libre por un pueblo que blasona de aborrecer a los tiranos. Delito común y delito político, tal ha sido la discusión sostenida por los diarios, y los tribunales me han absuelto fundándose en el -último recurso a que puede apelar un delincuente. El día en que mi delito sea mirado como virtud por los hombres, ese día la humanidad habrá dado otro paso en el progreso.¹⁵

Sábado 19 de septiembre

Comunicanme en este instante que la Corte Suprema ha declarado mi extradición improcedente. Falta el decreto del Poder Ejecutivo, y el lunes, sin duda alguna, seré puesto en libertad.

¡Libertad!

Lunes, 21 de septiembre, 8 p.m.

Esta mañana acudió Julio Salazar al Ministerio de Relaciones Exteriores, donde recibió la noticia de que yo sería puesto en libertad. Será cuestión de Estado, porque mi Gobierno ha recibido un bofetón, exclamó trémulo. El Ministro de Relaciones Exteriores se rió. Salió Salazar,

14.- Véase en la pág. de esta obra. (R. A. R.)

15.- Mi vindicación está en la carta siguiente: "París Octubre 14 de 1892... Nuevamente le felicito por su libertad. Los que no hacemos aspavientos por una bala metida en la cabeza de un tigre, habríamos deseado unas sentencia mejor; pero ¿qué puede esperarse de los tímidos?... Al fin, es mucho verse libre y seguro, es mucho haber escapado a las maquinaciones de los miserables.- Manuel González Prada".

y acudió a la oficina del Cable de 9 a 10 a.m. sin duda a comunicar al padre la noticia

Muerte de Salazar.

A las 4 p.m. salí de la prisión y me trasladé a mi casa. Acaba de entrar un ecuatoriano alarmado:

- Este es "El Comercio" de hoy, me dice dándome un diario: lea Ud. este cablegrama al momento:

Guayaquil, 21 de Septiembre.

S.S. E.E. de "El Comercio".

"El General Francisco J. Salazar, uno de los candidatos a la Presidencia de la República y antiguo Ministro del Ecuador en el Perú, murió hoy, después de medio día, de fiebre amarilla".

22 Septiembre

En "El Diario" ha aparecido el artículo siguiente:

COINCIDENCIA MISTERIOSA

Ayer a las 3 p.m. salió de la prisión el señor Roberto Andrade, y a las 4 h. 30 m. p.m. expiró en Guayaquil el señor General Salazar. ¿Será coincidencia? Parece que entre estos dos personajes había algún misterio. Andrade dice en sus 'Estudios Históricos'. 'El General Salazar fue uno como yago en la tragedia de la muerte de García Moreno', y el hijo del General Salazar ha puesto un empeño maudito en conseguir la extradición del escritor Andrade, precisamente por la muerte de García Moreno. Andrade sale libre en Lima, y a continuación Salazar muere en Guayaquil. ¿Si Andrade hubiera sido llevado al Ecuador. Salazar hubiera muerto siempre de fiebre amarilla? Importa saber si estos dos incidentes están ligados por una causa misteriosa. Aunque no acusamos de calumnia al escritor señor Andrade, si le recordamos que ha contraído un grave compromiso con la historia de su patria y también con la reputación de un personaje que se ha distinguido en la República vecina. El segundo tomo de los 'Estudios Históricos' puede poner en claro las dudas que abrigamos.

Lima. Septiembre 22 de 1891
Ecuatorianos".

He disipado las dudas, ¿me parece?.

Lo que para mí es indudable es que Salazar recibió, ya enfermo la noticia de mi libertad y, y esta noticia fue para él un proyectil. Habrale juzgado Dios: desde la publicación de este libro empieza para él, el juicio de los hombres.

Colofón: hice duelo por las bellas hijas de Salazar.

1931.- Cuando salí de la prisión de Lima, tenía escritas las páginas del 6 de Agosto, libro que está reproducido en esta obra. Ya estaba lista la imprenta, donde debía imprimirse y también el dinero necesario, remitido por el general Alfaro. Murió Salazar, y no lo publiqué.

La majestad de la muerte me detuvo: tenía que considerar en el dolor de los deudos... de las hijas, mis amigas. Hubiera querido considerarles en todo; ¿pero quién no justificará el que yo haya levantado el cadalso para ese hombre? A los cinco años de escrita, fue dada a la estampa esta obra, en primera edición, en Manabí, Ecuador.

CAPITULO XXIV

EN LIMA Y EN VIAJE

1891-1894

Libre ya -desde septiembre de 1891- volvió a serme trabajosa la vida, por las calamidades de la inopia. Amigos me socorrían; pero no de modo permanente. *En el año que siguió a mi libertad, sorprendióme un pariente de mi esposa, contador en un Banco de Lima, con la noticia de que en él había una orden de un Banco ecuatoriano para que me entregaran \$500,00: la orden había permanecido allí seis meses. ¡Yo no había recibido ni una carta de mi casa! Me entregaron el dinero, mediante garantías. Había sido enviado por mi padre.*

Amarguras en el Callao. cuando despedía a mi familia.

Hube de soportar otra congoja indecible, la separación de mi esposa y de mis hijas. Mis padres quisieron llevarlos al Ecuador, porque ya no podía sostenerles, y enviaron por ellos a mi hermano Carlos. *Mis hijas eran ternezuelos, pues el menor no alcanzaba a tres meses de edad.* Mi mujer era muy animosa: por primera vez salía de Lima, y muy pocas había montado a caballo: en el Ecuador no había ferrocarril, y era necesario trasmontar los Andes, para llegar a mi mansión. Una mañana partieron al Callao, a tomar el vapor, y yo me demoré, por ciertas diligencias urgentes. Una hora después, ya estuve en la estación: iba a tomar el tren cuando un hombre se acercó a llamarme, en nombre del subintendente del barrio. No era posible dejar de obedecerle, el subintendente era el Subprefecto de Ica, cuando nos hallábamos allá Fabra y yo.

-Sé que Ud. se va al Callao, engañando al dueño de su casa: presente Ud. los recibos de los arrendamientos, pues de otra manera, queda Ud. detenido en esta Subintendencia.

Quedé espantado, al ver la terquedad de aquel hombre: no comprendía yo la causa, y no quise aludir a nuestra amistad en Ica. Le manifesté que yo no me iba, sino mi esposa y mis hijas, quienes estaban ya

en el vapor, esperando los pasajes que estaban en mi poder, y que partirían después de una o dos horas; que los arrendamientos estaban pagados; pero que yo no tenía a la mano, los recibos.

- Mientras no me los entregue, no saldrá Ud. de aquí.

Y salió, sin querer oírme una palabra más, y sin que fuera posible detenerlo. Quise correr detrás de él; pero me contuvieron los agentes. ¡Cuál no sería mi angustia, buen Dios!

- ¡Esto es una arbitrariedad incomprensible!, exclamé, dirigiéndome a un anciano empleado. ¿Quién vino con la queja? ¿A qué horas regresará el subteniente?.

- Quizá no vuelva hasta la noche.

- ¿Hay una persona a quien yo pueda mandar a la calle?

- Sí, señor, me contestó el empleado.

Escribí a mi suegro una tarjeta. la espera fue el mayor suplicio. "Zarpa el vapor!", me decía. ¿Qué va a ser de los viajeros? Y caminaba y me sentaba, y volvía a caminar.

Por fin llegó un coche, con mi suegro, y el Sr. Rey, dueño de la casa donde yo vivía. En el mismo instante se presentó el subintendente, quien se había ocultado en uno de los cuartos.

- Comete Ud. una acción punible, le dijo el Sr. Rey, persona distinguida. El Sr. Andrade es extranjero, y digno de alguna consideración: su familia está a bordo y va a partir: nada me debe de arrendamientos y todavía vivirá en mi casa.

- Muy bien, señor. El Sr. Andrade está libre.

El Sr. Rey me proporcionó el coche, me despedí de él y de mi suegro, y partí, sin siquiera mirar al subintendente. Llegué cuando ya el vapor se había separado del muelle, a esperar afuera al capitán y volví a encerrarme en mi habitación a llorar. Entonces no soporté hambres, porque tenía la mesa en casa de mi suegro.

El gran morlaco José Félix Torres.

Un compatriota de valor heroico, vivía entonces en la proscripción en Lima. En la guerra con Chile, un valeroso peruano, el coronel Palacios llevó consigo a *José Félix Torres, natural de Cuenca*, en el Ecuador, a bordo del heroico "Huáscar": combatió en él y vio morir a Grau y a Palacios: cayó prisionero y fugó, y él trajo al Callao la primera noticia del desastre. Se comprobó la actitud de Torres en el *Huáscar*; pero el Perú no le galardonó sino con decretos, porque sobrevino la escasez en el Erario.

Torres fue también héroe en el Ecuador, en el buque *Alajuela* o sea, *Pichincha*, cuando en él combatió Alfaro: fue el jefe de 20 hombres, encargados de mantener preso al *Huacho*, con 300 soldados, guarecidos en el interior de las bodegas. Salieron los escondidos, pero volvieron a esconderse, porque perdieron a sus Jefes. No volvió el *Huacho* al enemigo, sino cuando el *Alajuela* fue incendiado, después de haber recogido a Torres y a los suyos. Este joven volvió al Ecuador, porque enfermó del pecho, y expiró, antes de llegar al pueblo de su cuna.

Archivero en la Escuela de Ingenieros 1892

He de acordarme de un trance, al que me redujo la pobreza en Lima. Me empleé en la Escuela de Ingenieros y de Minas, instituto respetable, porque allí se educaban adolescentes distinguidos, y los profesores eran personas de su posición. El director era un austriaco o escandinavo, llamado Mavichi, muy adecuado, por su puntualidad, severidad y otras condiciones; pero si iracundo y propenso a la arbitrariedad, con los empleados inferiores. Yo era apenas archivero, y mi primer deber consistía en pasar lista a los alumnos, y dar cuenta de los que faltaban, al director por el teléfono: él me hacía repetidas preguntas; pero yo no podía contestarlas, por lo que se me molestó conmigo varias veces: estas preguntas eran relativas a las causas de la no asistencia de los jóvenes. Un empleado muy amable, comedido, recto e insinuante, me explicó que las preguntas me obligaban a espiar su vida y sus secretos, tal como lo hacía mi antecesor inmediato: me despedí, como era natural; y una vez le advertí que yo no contestaría a esas preguntas. Por este incidente, empezó la displicencia. Entre los profesores, hubo algunos que pretendían, a las claras, humillarme, pero yo no me comporté nunca altanero. El empleado, mi amigo, me reveló el secreto de aquella conducta:

- El director ha dicho a los profesores, me dijo, que quiere se vaya Ud., para que venga el archivero anterior, quien se fue, porque el sueldo era pequeño, y no alcanzaba para el sostenimiento de él y su familia. Se había pedido al Congreso un aumento; pero la discusión se suspendió en uno o dos Congresos. Ahora acaban de aprobar.

Debo advertir que la aprobación vino por interés de un diputado, amigo mío, quien me había prometido pedirla. Callé y esperé en silencio, mi expulsión.

Un día fui llamado por el director, con voz atronadora: acudí. Con él se hallaba una señora, madre de un alumno

- Busque Ud. todo lo relativo al alumno N.; me dijo, y tráigalo inmediatamente.

Así lo hice.

¡Esto no está completo!, exclamó, con una vehemencia inusitada. Debe dejar el puesto, ya que no tiene aptitud para él. Ponga la fecha que falta.

- Lo haré, le respondí, pero Ud. debe tratarme como a hombre, y no como a despreciable mojjiganga.

Y salí de prisa.

-¡Doctor Olaechea!, gritó él al Secretario, insinuándole que le he faltado al respeto.

Todos los alumnos acudieron. Yo tomé mi sombrero y salí a la calle. No volví más. El Dr. Olaechea, limeño distinguido, fue a satisfacerme en mi cuarto y a decirme fuera a recibir el sueldo, que la tesorería de la escuela me debía. Era cierto: fui y lo recibí. Hube de reírme, no de indignarme, cuando años más tarde, de regreso yo en Lima, fui a saludar a un profesor, quien se mostró digno y magistral, pues no quiso darme la mano.

Salida de Lima. Pérdida de mis manuscritos.

Pobre, fui a asilarme en un hotel pobre del Barranco, población inmediata a Lima: el dueño era un italiano, amigo mío: le declaré mis estrecheces, y se sirvió brindarme asilo: A poco tiempo, recibí dinero, enviado por mi padre, y también una carta del general Alfaro, escrita en Guatemala. Alfaro me llamó, a prisa: decíame que había conseguido un buque, que en él vendría en expedición, en breve, y que era indispensable estuviera yo con él: aconsejábame fuera en vapor alemán, que no llegaban a puerto ecuatoriano. Tracé un plan: si me quedaba en Lima, no habría dinero para el viaje: no había vapor alemán: compré un pasaje en un vapor de la compañía chilena: *dejé mis baúles*, con multitud de manuscritos, documentos históricos, trabajos y libros *en el hotel*: en ellos quedaron las cartas del general Alfaro, cartas de 1875 hasta aquel día, y partí... La pérdida de aquellas cartas fue enorme: ¡cuánta falta me han hecho, en mi vida! Eran de uno de los hombres más rectos, más constantes, más sinceros, más nobles de cuantos he tratado, y el lenguaje era de un hermano mayor a otro menor. ¡Cuánto me hubieran servido para escribir esta obra, y hubieran servido también al Ecuador, por las advertencias y consejos! Acreedores del hotel, lo remataron, y allí se perdieron mis

baúles. Después averigüé; pero el rematante había partido inmediatamente a Europa, sin dejar el menor rastro de su permanencia en Lima.

En Piura y Paita 1893

El vapor en que yo iba, debía tocar en Paita. Mi suegro, D. Benito Arana, me dio una carta para el Sr. Enrique Raigada, Capitán del puerto, a fin de que me proporcionara embarcación, que me condujera a Tumaco, para no tocar en Guayaquil. Me la ofreció este señor; pero no le fue posible tan pronto. *Hube de ir a Piura*, donde tenía amigos; y allí recibí un telefonema, despachado de Paita: "Tren mañana irá verlo. *Elisio Espinosa*". *Este amigo mio era un intachable joven de Guayaquil*, por advertirme no entrara allí, pues la vigilancia es excesiva. Caamaño era Gobernador y Reinaldo Flores, Comandante de Armas.

- Ya saben que Ud., está aquí, me dijo, apenas bajó del tren: les ha comunicado, por cable, el Subprefecto de Piura, íntimo amigo de ellos.

Pero yo no voy a Guayaquil, voy a Centro América. Un día de peligro en Guayaquil, hay que arrostrarlo. En el vapor veré si hay quien me oculte.

Cuando bajábamos del tren, se acercó a nosotros una señora distinguida:

- Soy esposa del Subprefecto de Paita, nos dijo. ¿Alguno de Uds. se llama Roberto Andrade?

Después de las ceremonias de la presentación, continuó:

- Está Ud. muy vigilado. Parece que en Guayaquil quieren aprehenderlo. Mi esposo recibe repetidos cables de Caamaño. Debe Ud. tomar muchas precauciones.

Agradecemos a la señora. Confiando yo en mi destino, no vacilé, a pesar de las advertencias vehementes de Espinosa, en ir a Guayaquil, en el vapor en que él se fuera, y de allí pasar a Panamá, procurando guardar un gran secreto.

Fuimos a Paita, y llegamos, al tiempo en que arribaba el vapor Aconcagua. El capitán Raigada habíase comprometido a recomendarme al capitán del vapor en que iba yo a viajar; pero me fue imposible hallarlo; parece que se escondió. En el hotel me despedí para Piura, y al vapor me fui, sin que nadie me viera embarcar. Ya se hallaba en él, Espinosa; pero profundamente contrariado. En el momento en que el buque iba a zarpar, pasó a mi lado un sobrecargo, joven apuesto, y según su fisonomía, caballeroso y sincero. Le llamé al camarote de Espinosa.

- Voy a Panamá, le dije. ¿Puede Ud. ocultarme, hasta que salgamos de Guayaquil? Quiero que allí no sepan mi viaje.

Dile mi nombre; y el comprendió, le referí mis antecedentes. Me comprimó la mano y me dijo:

- Conozco a Ud. desde que estuvo preso en Lima. Yo soy chileno y balmacedista. Me llamo Blanco. Confíe Ud. enteramente en mí. Pase Ud. el día en este camarote: por la noche le llevaré a ocultarlo, pues al amanecer estaremos en Guayaquil.

A las diez de la noche vino el sobrecargo, y partimos: un muchacho llevó las maletas. A Blanco le di un maletín, con el manuscrito del libro escrito en la prisión, y uno como guarniel, con 500 soles peruanos. Yo separé 50, y con ellos formé un cartucho, que puse en mi bolsillo. Descendimos a otro piso, por un paraje donde había poca gente. Al pasar junto a un palo muy grueso, vi que se sentaba una persona, que iba recostada en las tablas: conocíala, y quise ocultar el semblante, ocultándome en las sombras: no lo pude. Cuando pocos días antes desembarqué en Paita, se me presentó un jovencito en el salón del hotel, cuya mirada me dio qué pensar: parecióme que lo había conocido, pero no me acordaba ni dónde ni cuándo. Comprendió que me había llamado la atención, y poco a poco iba buscando medio de hablarme.

- El señor viene del sur?, me dijo, al fin.

Asentí, con la cabeza. Luego hubo preguntas y respuestas insignificantes, hasta que le pregunté quien era. Diome un apellido francés y añadió que había nacido en Tumaco.

- ¿Qué es de su padre?, le pregunté, al momento, pues recordaba *había residido en casa de él*, por recomendaciones del general Alfaro.

Dijome que su padre había muerto, y que él había venido a Paita, en viaje de recreo. Tendría apenas 15 años, y yo le había conocido muy niño, en una de mis permanencias en Tumaco. Aparentó conocerme y acordarse de mi nombre, me preguntó por el general Alfaro, y le respondí que iba a verlo. Como residíamos juntos en el hotel de Paita, nuestra amistad fue estrechándose. Por fin me dijo:

- Es preciso que nos vayamos juntos a Tumaco. Mi padre escondió una cantidad de rifles, dejados por D. Eloy, y yo conozco el escondite.

- ¿Y qué hago con ellos?, dije yo, sospechado la superchería.

- Servirse de ellos, porque el general Alfaro volverá, o venderlos.

- Yo no vendo cosa ajena, le contesté, con modestia.

Era aventurero. Poco después me pidió una moneda, y se la di; pero me alejé de él, hasta que lo vi en el vapor. Comprendí que podía venderme:

pero ya no fue posible ninguna precaución. Bajamos hasta la quilla y entramos al camarote de un mayordomo. Blanco ordenó al mozo me sirviera, sin alejarse mucho de allí. Entornaron la puerta y se llevaron la llave. Dormí, aunque con mucho calor. Por el trino de las aves y por los árboles, que de repente se veían, por una claraboya, a flor de agua, pues ya no la cubrían las olas, pude comprender que navegábamos en aguas del Guayas. Yo no conocía aquel paraje, pues al océano había salido por Colombia, y me conmovía la idea de hallarme en mi patria. De 7 a 8 a.m., entró el mozo, con el desayuno.

Calamidad en Guayaquil.

- Estamos en Guayaquil, me dijo; pero todavía nadie viene a bordo. Vendré a avisarle, si algo ocurre.

Olvíde de mandarle abrir la claraboya; y no lo pude, por esfuerzos que hice. Vino el almuerzo, y supe que dos veces había venido el capitán del puerto a bordo, y registrado los camarotes, aún penetrando en ellos.

- Sospechaban, me dijo el mozo; pero ya se fueron.

No penetraba una ráfaga de aire: temí asfixiarme y me hallaba en constante movimiento: me desesperaba la inmovilidad del barco, y con mi sudor humedecía el piso. Llegaron las 4 p.m. Algo me entretuvo una conversación entre marineros chilenos, cercanos a mi refugio: denostaban a los ecuatorianos, a quienes denominaba *monos*. Luego me llamaron la atención pasos de alguna gente y ruido de armas. Empujaron violentamente la puerta del camarote, y una voz gritó:

- Está con llave: ¿quién la tiene?

Introdujeron la llave, y luego se abrieron las batientes. Un oficial se precipitó adentro y se apoderó de mis maletas, en las cuales no llevaba nada peligroso.

- Agua, grité, medio asfixiado.

Un individuo se apresuró a presentarme una aljofaina, llena de agua, y otro un vaso con ella. Metí la cabeza en la aljofaina y luego otra persona me presentó una toalla.

- ¿Por qué saca Ud. mis maletas?, dije al oficial.

- También voy a llevar a Ud., porque el Sr. Intendente le manda llamar.

- ¿Y por qué no viene acá el Intendente? Apresarme no puede porque estoy en un buque extranjero.

- Mientras el buque está en aguas del Ecuador, es del Ecuador.

- Pero si Ud. me toma por otra persona, según yo entiendo.

- ¿No es Ud. Roberto Andrade?

En este descendió el contador del vapor, y me dijo:

- ¿Por qué va Ud. oculto?

- Dispéñeme Ud., le contesté: soy ecuatoriano y enemigo de este gobierno. Me vi obligado a violar la ley.

No descubrí, ni procuré descubrir quién me había denunciado: unos me aseguraban que, por cable, había comunicado el Prefecto de Paita, y otros que quien designó el camarote, fue el jovencito de Tumaco.

Mientras íbamos en el bote, me di modo de sacar del bolsillo una carta del general Alfaro, recibida en el Callao: me hablaba de que la expedición iba a realizarse. Despedacé la carta y la eché al agua. Nadie lo notó... Yo no conocía a Guayaquil, como he dicho; y deseaba hallar a algún conocido, para que difundiera el rumor de mi llegada: recelaba que me fusilaran en secreto. Era el Gobierno más inmoral que uno puede imaginarse. No importaba que el Dr. Luis Cordero, Presidente de la República, fuese hombre bueno: sus agentes eran de la escuela del general Juan José Flores y de García Moreno.

En la Intendencia de Guayaquil. Noble gesto de Teresa Andrade

Al desembarcar, me encontré con mi amigo *Elisio Espinosa*, quien me estrechó la mano, desolado. No nos consintieron hablar. En la Intendencia, me entraron en un cuarto oscuro, totalmente desamoblado y sucio. Ya había anochecido. Púseme a pasear, pues no tenía asiento. En mi cartera tenía una carta, escrita por el Intendente, hermano de Caamaño, ex-Presidente y entonces Gobernador del Guayas, al Sr. Urizar Garfias, en que le hablaba del deber de los ecuatorianos de matar a García Moreno. Quise hablar con el Intendente y poner en sus manos dicha carta: con este objeto, le mandé llamar; pero no obtuve respuesta. Pasada una hora, un empleado me llevó a una habitación de oficiales, donde ya pude descansar, estaban allí varios de ellos, y todos me saludaron con bondad. El oficial que me trajo del vapor, apellidábase Alarcón, y en Guayaquil le llamaban Chamblán del Gobernador Caamaño, trajo mis maletas y me dijo:

- Todo lo que Ud. lleva está allí, excepto un retrato de Ud. y las navajas de afeitarse. De manera increíble habíase salvado el manuscrito de mi libro "Seis de Agosto" que lograría publicarlo 3 años después.

A poco apareció un mozo, con una enorme fuente de viandas.

- Me mandan del casino español, me dijo el mozo, a una pregunta mía; pero no me dio ningún nombre.

Pasé cosa de una hora sentado, y ya no volvía a preguntar por el Intendente. Llegó otro mozo, con ropa de cama en los hombros, enviada por la señora *Teresa Andrade de Rivadeneira*, distinguida guayaquileña¹, madre de numerosa familia. Yo no conocía a la señora; pero sabía que era madre del abnegado adolescente Modesto Rivadeneira, quien mandó al General Alfaro, una suma de dinero de la tesorería nacional. Dormí profundamente; pero a media noche fui despertado:

- ¡Levántese, señor!, me dijo una voz.

Conocí al llamado Chambelán, y le dije:

- No, señor: eso no se acostumbra aquí. Va Ud. a cambiar de prisión.

Lo que se acostumbraba era el asesinato alevoso, como en breve lo veremos.

- Sin duda van a enviarme a la penitenciaría de Quito, dije.

Diome ropa de viaje a caballo, desde zapatos hasta sombrero.

Sólo acepté éste y un poncho. Subimos a un coche, que nos llevó al Malecón. Al llegar, vi un grupo que trataba de acercarse: saltó el Chambelán y llamó a celadores, a quienes ordenó no dejasen acercarse a los jóvenes. Bajé y dije, en voz baja, a *Alarcón*:

- Parece que son mis amigos. No corre Ud. ningún peligro: sírvase dejarlos venir. Vuelvo después de muchos años a mi patria, y deseo siquiera oír la voz de un amigo. Interpóngase Ud., y si quiere, no les daré ni la mano.

- Pueden saludarlo, les dijo.

Todos se acercaron y me tendieron la diestra. Eran cinco jóvenes, a algunos de los cuales, yo no había conocido: el *Dr. Manuel de Calixto*, el *Sr. Dario Egas*, uno de los jóvenes *Palacios*, de Esmeraldas²; de los demás, no me acuerdo. Casi nada hablamos: noté que algo intentaban, y lo notó también el Chambelán, quien se apresuró a separarnos. Me dieron una tarjeta, en que se hallaban los nombres de todos. Mucho después vine a saber que habían intentado darme un revólver y un paquete de \$ 5000, en billetes, para que sobornara a la escolta.

¹.- No era pariente de don Roberto Andrade, pues su familia era oriunda de Cuenca.

².- Sobre Palacios véase "Historia Social de Esmeraldas" Tomo 3. Sobre Egas "El Proceso de blanqueamiento en el Ecuador" Quito 1992.

Viaje a Quito.

Entramos al vaporcito *Sucre*, y fui colocado en el centro de un espacio circular: alrededor se sentaron 25 soldados armados, todos silenciosos. Serían las doce y media, cuando zarpó el vapor, rumbo a Babahoyo, pues todavía no había ferrocarril. De improviso, vi que aparecía un soldado, llevando un par de grillos.

- Los grillos son inútiles, dije: ¿por dónde voy a fugar, si vamos navegando?

- Es la orden, dijo el oficial, en quien no había yo reparado.

- ¿Ud. es oficial?

- Sí, señor: el segundo, no el primero.

- Y el primero ¿dónde está?

- En su camarote.

- ¿Cómo se llama Ud.?

- *Néstor Urresta*, para servir a Ud.

- ¿Ud. es de Tulcán, y sobrino del coronel *Francisco Hipólito Moncayo*?

- Sí señor.

- ¿Cómo se llama el primer oficial?

- Es el *mayor Delgado*, colombiano.

Guardamos silencio.

- ¿Parece que ninguno de Uds. es guayaquileño?, dije, dirigiéndome a todos.

- No, señor, respondió uno: yo soy el *sargento Jurado*, de San Antonio de Ibarra: el otro sargento es de Huaca.

Todos se creyeron con derecho de hablar, al ver que no les reconocía el oficial, y fueron dándome su nombre y el lugar donde nacieron.

- Yo soy del Puntal, su paisano: conozco a mi D. *Rafael*; y a Ud. le conocí, cuando era niño. Estaba en casa del gobernador, cuando abrieron sus maletas; y vi que llevaba muñecas, porque en Imbabura están sus niñitas.

No pudo continuar, porque se le llenaron los ojos de lágrimas.

Las hermanas de mi esposa habían puesto muñecas en una de las maletas, convencidas de que yo iba al Ecuador.

Muchos soldados eran de la provincia del norte, y algunos, colombianos. A los ecuatorianos del Carchi, se les confunde con los del sur de Colombia, por el modo de hablar, las costumbres, los provincialismos. Se me ocurrió una idea horrorosa: el general J. J. Flores, primer Presidente

del Ecuador, había gobernado, con crueles asesinatos, la sección de Nueva Granada, colindante con mi patria; y creyo que había dejado allí la costumbre del asesinato, por cualquier suma de dinero: un hijo de él estaba de Comandante General en Guayaquil, y era quien me mandaba preso a Quito. Mucho había yo lastimado, con mi pluma, a los tiranos y tiranillos de mi patria. En la guarnición de Guayaquil había mucha gente colombiana y parecida a colombianos, de ella, pues formó la escolta, con el objeto de que fuera yo asesinado, porque el Comandante General tenía por seguro duraba la costumbre. No negaré que me preocupó esta idea.

A uno de los sargentos se le ocurrió proporcionarme algún descanso, e invitó a los soldados tendieran sus frazadas en las tablas, para que yo me acostara y tratara de dormir. No podía yo efectuarlo, porque me molestaban los grillos. Como almohada, me pusieron un madero. Al fin me adormeci, quedé inmóvil. De repente me despertó una como gresca, en que sobresalía una voz amenazante. Abrí los ojos y pregunté que es lo que ocurría. Nadie me contestó ni un término; pero a poco vi que aparecían los dos sargentos, silenciosos y con la fisonomía inmutada. Ya no pude dormir, hasta que amaneció y me trajeron el café. Un rato después, vino un soldado; y como no podía caminar, a causa de los grillos, me levantó en brazos y me llevó al lugar del baño. A poco, se me presentó el mayor *Leonidas Delgado, hombre blanco, grueso, no antipático*, y me dijo, después de saludarme:

- Lleva Ud. revólver, señor. Démelo.
- No, señor, no lo llevo.
- El soldado que acaba de traerlo en brazos me dice que tiene revólver en el bolsillo de atrás.

Llevé la mano a él y saqué el cartucho de soles peruanos, guardados, cuando estuve en el vapor chileno.

- Sírvase llevarlos Ud. dije.
 - No, señor: eso es otra cosa.
 - Yo, le suplico, porque me molesta llevarlos.
- Aceptó.

En la playa vimos un enorme caimán, de los llamados lagartos, en toda la comarca del Guayas. Estaba tendido en la arena, a flor de agua, y con las fauces abiertas, como si quisiera tragarse el vapor.

- Disparele, dijo un soldado al teniente Urresta.
- Que lo haga el Sr. Andrade, dijo éste, entregándome el fusil.

Entonces se me ocurrió una idea supersticiosa, de las que acuden a los ignorantes, en tales circunstancias. Parecía que cuantos me trataban,

lo hacían como condenado a muerte, con conmiseración, con lástima. "Si mato al lagarto, dije para mí, no me fusilan en Quito; si yerro el tiro, me fusilan". Disparé: el animal dio un salto y cayó muerto boca arriba.

En Babahoyo: benevolencia de Cobo y Castillo. Inquina de Manuel y Ezequiel Calle

Al desembarcar en Babahoyo, pedí al mayor Delgado me quitara los grillos, porque tenía que caminar largo trecho hasta el cuartel: ordenó que me dejaran libre un pie. Un grupo de jóvenes me recibió en dicho cuartel, entre ellos, leales amigos, como el *Dr. Adriano Cobo, mi condiscípulo, y Manuel J. Castillo*, joven de 20 años, natural de Babahoyo. Encontré también a dos periodistas, los Calle, quienes dieron falsos datos a la prensa, simplemente por inquina. El joven Castillo mandó servirme un buen almuerzo. Cobo me estrechó en sus brazos, cuando iba a montar a caballo:

- Iban a mandarte en albarda, me dijo; pero yo me he empeñado en que ensillen la mula con galápago. Esto te servirá, guárdalo, añadió dándome uno como cigarrillo.

No comprendí, por lo pronto, y lo guardé. Me acordé en el camino, y lo abrí: contenía un billete de \$ 100. Los vecinos de Babahoyo salían de sus tiendas, cuando la escolta y yo pasábamos: se acercaban y me regalaban cuando les era posible: cigarros, cigarrillos, frutas, dulces, una mujer me dio un billete de un sucre. No había la menor duda: para todos era yo sentenciado a muerte.

Me acompañaban 25 soldados, todos a caballo. Yo iba con el grillo en un pie, y con la cadena en la mano. Sobretarde, llegamos a *Las Palmas*, caserío a la entrada de un bosque espeso y tremebundo: el camino estaba lleno de fango, y llovía de manera estrepitosa. Cuando la obscuridad fue completa, pregunté por el teniente Urresta, y me respondieron que había sido enviado en comisión. Seguimos, atropellándonos unos a otros, yo en medio de los demás jinetes, según conjeturaba por el tropel de los caballos.

De repente oí golpecitos detrás de mí, como si preparaban un arma de fuego, y acto continuo me asaltó la idea de la noche anterior. Con todo el poder de mis pulmones, grité:

- ¡Mayor Delgado, trata Ud. de asesinarme!
- ¿Por qué me dice Ud. eso, señor?, me respondió, aproximándose a mí.
- ¡El soldado que viene atrás ha preparado su carabina!

Asilo del viejito Pareja cerca de Guaranda.

Salimos a un sitio descampado, siempre en la obscuridad y la lluvia, y vi una casa alta y espaciosa. Sólo el piso alto era habitable, como todas las de aquel paraje.

- ¡Mayor Delgado!, grité. Le suplico nos quedemos aquí, pues no deja de llover.

Y me arrojé de la mula, a pesar del inconveniente del grillete. Todos echaron pie a tierra, a una orden del mayor; y yo ya trepaba con dificultad la escalera. Apareció, en lo alto, una mujer, quien al reparar en preso y en escolta, púsose a dar gritos furiosos:

- ¡Verdugos, asesinos!, gritaba. ¡Llevan a un preso con grillos!

Comprendí que estaba ebria. Delgado y yo nos acercamos, con sonrisas.

- Proporciónenos asilo, señora: no tenemos donde descansar.

- ¡Borrachos, bandidos, la casa no es mía!

- ¡No son malvados, dije yo. Han recibido órdenes superiores.

Precisamente porque voy preso, le pido a Ud. hospedaje. ¿Dónde está el dueño y quién es?

- Es el señor Pareja. Que le vayan a buscar. Hasta que él venga, siéntese Ud.

Delgado y yo nos recostamos en hamacas. Vino el Sr. Pareja: había sido un viejecito liberal, lector de periódicos, amigo del general Alfaro, y al oír mi nombre, me abrazó: había leído los artículos que publicaba yo en los diarios de Guayaquil. Inmediatamente mandó a la criada nos sirviera cuantas provisiones tenía a la mano: coñac, galletas, varias conservas, vino. No se descuidó de los soldados. Sacó ropa de cama, bien limpia, y nos proporcionó lugar donde dormir. Nunca he dormido mejor.

Trinaban las aves, cuando nos pusimos en pie. El Sr. Pareja puso a mi disposición lavabo y buen desayuno. Me regaló dos botellas de coñac, que yo entregué a Delgado, a pretexto de que no tenía cómo llevarlas. El Sr. Pareja había conocido mi historia: al despedirme, se enterneció, convencido de que iba yo al cadalso.

En Guaranda y con Adolfo Avilés

A Guaranda llegamos un domingo: es la capital de la provincia de Bolívar. En la plaza nos encontramos con alguna concurrencia, la mayor parte de populacho: me asombró ver a un caballero, vestido de levita y

sombrero de copa alta: se enrojeció al verme, y luego reparó en mi pie engrillado.

- ¿No eres Roberto Andrade?, exclamó.

- ¿Adolfo Avilés?, dije yo³.

Habíamos sido condiscípulos, en el colegio de los Jesuitas. Se echó en mis brazos, con los ojos húmedos; y volviéndose al mayor Delgado, le dijo:

- A mi casa, señor oficial. Sírvase no oponerse: allí almorzaremos todos. Roberto y yo somos condiscípulos, hermanos... No nos hemos visto muchos años.

Interpuse también yo mis súplicas, y el mayor Delgado accedió. La familia Avilés se componía de su esposa, muy bella y pocos niños. En seguida me visitaron amigos y condiscípulos míos, uno de ellos médico⁴, quien me propuso propinaría un narcótico al oficial y a toda la escolta, en aguardiente, para facilitar mi fuga. Me opuse, y no hablamos más. Almorzamos y Delgado se embriagó. De improviso se puso en pie, y ordenó marcháramos. Después me refirió que tenía orden de no dormir en poblado, porque se temía un asalto. Fuimos a dormir en una hacienda, iban estrechándose mis amistades con Delgado, quien ya me consentía dormir sin grillos.

En Ambato.- El almuerzo dado por Vela

Llegamos a Ambato, patria de Montalvo, donde casi toda la población era liberal. El Dr. Juan Benigno Vela, mi antiguo amigo y correligionario, se dignó atenderme, pero no visitarme: nadie lo hizo, por prohibición, a pesar de que el Gobernador era el Dr. Amador Sánchez, generoso y bondadoso amigo mío. El sí me visitó:

- Te fusilan, me dijo.

- Puede ser, le contesté, sereno, porque yo no tenía tal idea.

A Ambato llegó de Quito una escolta de 50 soldados, mandados de mi amigo Avilés de Guaranda. El objeto de la escolta era reforzar a la que venía conmigo: temía un asalto, en el tránsito: esto demostraba que yo no era tan impopular. Llegó también de Quito el joven *Julio Thomas*, cuñado de mi hermano Julio, a reanimarme, con un recado del jurisconsulto, Dr.

3.- Avilés era guaneño y formó su hogar en Guaranda

4.- Quizás se refiera al doctor Fidel del Castillo, por largo tiempo el único médico en Guaranda

Luis Felipe Borja, hijo del Dr. Juan Borja, muerto en la prisión, en 1864; mandábame decir el Dr. Borja, que él tomaría a su cargo mi defensa, que el Presidente estaba bien dispuesto y otras cosas consoladoras. Partimos. Al Dr. Vela, quien me había mandado agasajar con un buen almuerzo, le vi, al salir, en la plaza, adonde había concurrido mucha gente. "¡Roberto!" gritó el noble ciego, y yo encaminé mi cabalgadura hacia él, y le estreché, enternecido, en mis brazos. Varios amigos me saludaban, a gritos; pero la escolta impidió que me acercara. En el camino encontré al Dr. Constantino Fernández, otro de los liberales insignes de Ambato. No me conoció por lo pronto: le di mi nombre, y me abrazó, con lágrimas:

- Al momento voy a escribir al Presidente, me dijo: es mi grande amigo y hombre de bien. Ha de tener que sostener lucha con la familia Flores.

Falta de nobleza de Ramón Borja Yerovi

En Machachi, donde dormimos, encontramos con otro Comisario, *Ramón Borja, también mi condiscipulo*: entonces no quiso ni saludar conmigo.

- Haces mal, Ramón, le dije, acercándome sonriente.

Nada me respondió y volteó la espalda. Todos los demás compañeros de él, cosa de seis, me trataban cordialmente, y podíamos platicar, con frecuencia.

Entrada a Quito. Mi hermano Julio y Valverde

A las dos de la tarde llegamos a la Arcadia, gran hacienda, a pocas millas de Quito. De repente aparecieron dos caballeros, quienes, según parecía, venían a mi encuentro: eran mi amigo Miguel Valverde y mi hermano Julio, en cuyos ojos aparecieron lágrimas, apenas me vio con grillos. Poco caminaron conmigo. Llegamos a un paraje, donde, por el occidente, comenzaba un sendero, que cruzaba una gran llanura, poblada de ganado vacuno y adornada de alquerías: termina en las faldas del Panecillo y el Pichincha. Por allí fue Sucre, a apoderarse de Quito, en 1822. Allí despidieron a Valverde y a mi hermano, mandándoles regresar por donde habían venido, pues nosotros nos íbamos por el sendero, que va directamente a la penitenciaría. En reemplazo, se unieron con nosotros, D. *Juan Salvador*, antiguo amigo mío, y el Intendente de policía, D. Eloy Proaño y Vega, el Comandante General de la Plaza, coronel

Modesto Burbano, y el primer Jefe de la Artillería, coronel Rafael Chiriboga. A todos ellos conocía yo, y hablamos amigablemente.

- ¿Se dignan Uds. acompañarme hasta el Hotel?, les dije, sonriendo.

Todos rieron, y el Intendente me dijo:

- Nos pareció conveniente no entrar por la carretera, porque temíamos algún movimiento del pueblo, en contra de Ud.

- ¿Por qué injuria Ud. a su coprovincianos?, le dije. A los 20 años ni los hijos de García Moreno han de querer matarme; y el pueblo ha de conocer ya quien fue aquel hombre.

Sierra y el padre Roldán, nuevo gesto hermoso de Julio

Llegamos a la penitenciaría, y se presentó el director, el médico Dr. Roberto Sierra, gran amigo mío, y de toda la familia, en tiempos anteriores. Antes de desmontarme, le tendí la diestra cordialmente:

- Ya está Ud. cano; pero sí robusto, Dr. Sierra, le dije sonriente.

- Ud. está viejo, me contestó con desdén, y volvió el semblante.

Antes era liberal, pero había cambiado de partido político. Me desmontaron del caballo, y, con grillete, me hicieron subir peldaños. Entonces se me acercó un sacerdote del convento de la Merced, alto, joven, blanco, de fisonomía amable y respetable: llamábase el Padre Roldán, y era el comendador en dicho convento. Llegó a mi con aire triste y afectuoso.

- Señor Andrade, soy amigo del señor su padre, y tenemos que serlo Ud. y yo. ¡Que venga un herrero! Es preciso quitarle los grillos.

Mandó traer una silla, y me ofreció asiento. Tenía yo deseos de dar un abrazo al religioso: él lo comprendió, al ver mi semblante. Se sentó a mi lado y me habló de mi familia, con enternecimiento.

- No le irá mal aquí, dijo el director, acercándose. Su hermano Julio ha mandado enlucir un calabozo, y lo ha provisto de muebles necesarios. Pase Ud. a él a descansar.

Nobleza de los mercedarios.

Me despedí efusivamente del padre Roldán, quien me informó de que su convento ejercía mando eclesiástico en la penitenciaría, y me advirtió que con él y los padres mercedarios, contara yo para todo. Me impresionó profundamente esta amistad: los padres fueron mis amigos: me regalaron. mientras duró la prisión, ropa excelente de abrigo pues en la

penitenciaria reina el frío. Y me agasajaron con otros varios presentes, productos de sus riquísimas haciendas.

CAPITULO XXV

EN EL PRESIDIO "GARCIA MORENO"

1893 -1895

Descripción del Penal. Ferocidad de Jiménez y Sierra

El panóptico es un edificio de cuatro cuerpos semejantes, colocados en forma de patíbulo de Cristo, y encerrado dentro de murallas blancas y elevadas. En los pies está el portón; en el centro, un espacioso octógono, que los guardianes llaman la *bomba*, en cuyo piso superior se halla la capilla, para la misa y devociones, y rodeado de verjas infrangibles, que dan entrada a oscuros corredores bajos, o sea, a las cuatro partes de la cruz. Cada cuerpo del edificio tiene tres pisos, cada piso, buen número de celdas, *cada celda es de cinco metros de largo y tres de ancho*, todas con puertas de hierro, que, para quien las mira desde el extremo del andén, tienen el aspecto de una calavera. Cada una de las celdas tiene su respectivo mechinal, con barrotes fuertes de hierro, por donde se ven oteros y campiñas, que a los espectadores distantes, dan a la penitenciaría la apariencia de panteón, porque cada uno es la losa de un sepulcro. Por ellos miran los melancólicos presos: por la abertura de un sepulcro ven los que pueden ver, estando muertos. El edificio está apoyado, por un lado, en las colinas, casi verticales, que forman los estribaderos del Pichincha; y Quito está construido en sinuosidades inferiores; pero no puede ser mirada por los presos, sino desde la techumbre, que es bella, especie de plataforma embalsosada, a donde no les es permitido ascender. El panóptico fue construido por García Moreno, para penitenciaría o presidio; y *es la única prisión decente de Quito*: a él vienen todos los que han sido aprehendidos, aunque la causa sea infracción involuntaria: el publicista y el poeta, el guerrero y el apóstol, el adolescente y el anciano, todos tienen que soportar la fetidez de esas mazmorras, la frigidez de esa temperatura, y vivir en condición de presidiarios, aunque su prisión deba durar un día, por la ley. El reglamento es igual para presidiarios y presos por causa frívolas o tobles. ¡Cuántos de mis compatriotas habían yacido en aquellas lúgubres

de gravedad en Quito, y murió también. Como no había querido confesarse, el clero le negó sepultura eclesiástica. La hermana mayor, temerosa de que el pueblo se escandalizase, fue a ver al Arzobispo y le dio \$ 800, para que concediera permiso. Mi esposa estaba todavía en la Quinta, Imbabura. Meses después enfermó la tercera; y la mayor voló a la Quinta, a rogar a mi esposa viniera a acompañarla: lo hizo así; pero llegó a los instantes de la muerte. Tampoco esta quiso confesarse, y le fue negada sepultura eclesiástica. Los jóvenes de la región litoral y algunos quiteños liberales, aconsejaron a la hermana mayor no volviera a dar dinero al Arzobispo, pidieron al que cuidaba el panteón protestante, y sepultaron allí a la señorita, con lucido acompañamiento. Los dicterios de la gente había ido en contra de mi esposa, en la persuasión de que ella era quien aconsejaba herejías.

Visita del Dr. Borja.

La otra visita recibida fue la del Sr. Luis Felipe Borja, esclarecido juriconsulto, quien me habló de que su defensa iba a fundarse en la prescripción, porque habíamos sido juzgados como criminales. Al efecto, pidió a los principales habitantes de Lima, donde yo había residido los 10 últimos años, informes acerca de la moralidad de mi conducta. Mi suegro, fue el encargado de obtener estos testimonios. Los que informaron fueron magistrados, como el Dr. Bernardo Muñoz, Presidente de la Excma. Corte Suprema de Justicia y otros miembros de ella; magistrados de Estado y plenipotenciarios antiguos, como los doctores Alejandro Arenas, Cesáreo Chacaltana y otros; escritores distinguidos, como D. Manuel G. Prada, D. Carlos G. Amézaga, D. Abelardo Quimper, D. Alberto Secada, D. C. Rey de Castro, D. Víctor M. Marurtua, en el día plenipotenciario ilustre y varias otras personas de peso.² Comprendimos, por el retardo con que aparecieron estas diligencias, pues llegaron a los seis o siete meses, y eso, después de practicadas por segunda vez, que, persuadidos los conservadores de Quito, de que ya no podían obtener mi sentencia de muerte, resolvieron perpetuarme en prisión, y con el objeto, sustrajeron del correo, el informe venido del Perú. Mis amigos tuvieron que hacer reclamos por la imprenta:

².- En mis repetidos viajes, en mis continuas ausencias del lugar donde han quedado depositados mis papeles, se han extraviado el legajo donde estaban contenidos estos documentos y otros muchos de importancia para el esclarecimiento de los hechos que constituyen mi defensa.

y entonces el Poder Ejecutivo ordenó severidad y vigilancia en las administraciones postales.

Visitas de los curas

Habían tenido idea en Quito de que yo era un criminal perseguido por el remordimiento, y de que fácil sería traerme a la contrición y ganar mi alma para el cielo: vinieron a verme hermanos cristianos, salesianos y de otras órdenes religiosas, no americanos, sino europeos, y empezaron su papel de misioneros, pero hube de despedirlos, sin ocultar mi fastidio.

El indio Manuel Oña

Desde el principio empezaron a representarse en el presidio una serie de escenas dolorosas, y las he de recordar, aun cuando se trate de un indio presidiario. Cuando dejé el lecho en la primera mañana, quise que asearan mi calabozo y trajeran agua; y se lo indiqué al guardián, quien era afable. Designó a un preso, indio joven y robusto, vestido con un ropón de presidiario y condenado a diez años de prisión. Entraba y salía, siempre cabizbajo, hacía cuanto yo le mandaba y no pronunciaba un término. Un día le tendí la diestra:

- ¿Por qué no hablas?, le dije. ¿Cómo te llamas?

- Manuel Oña, su criado.

- ¿Por qué no me miras?

Sonrió y levantó los ojos.

- Yo quiero ser tu amigo. ¿No vives tú en la celda inmediata?

- Sí, amo; pero no nos han dejado hablar los guardianes.

- Ya verás. Entra, siéntate allí.

Y le indiqué una silla, mientras yo me sentaba en la cama. Hay que advertir que ya quitaron el candado y consentían en que abrieran la puerta.

- Cuéntame tu historia.

Levantó la vista y lo miró.

- ¿De dónde eres y cómo has venido aquí?

Seguía en silencio.

- Dime algo. Ya te digo que seremos amigos, volví a decirle, tocándole el hombro con cariño.

- Los blancos no son amigos de los indios.

- ¿Acaso los blancos no tenemos sangre de indios? ¿Acaso los indios no son tan hombres como los blancos?

- Así pensarán en su tierra. Aquí no.
- Crees que yo no soy de estas tierras?
- No, viene Ud. de la *extranjeria*?
- No, hijo, no.
- Yo soy de Chillo, de una hacienda cerca de Sangolquí.

Me refirió que era peón en dicha hacienda, en donde se había casado. Apareció un día un indio de Imbabura, y decía que era brujo: todos los indios se asustaron, porque pronosticaba cosas horribles: a los que daban comida, les profetizaba cosas halagüeñas. Todos llegaron a odiarle porque comprendieron que era picaro. Un domingo regresaban de la parroquia a la hacienda, tres peones, completamente embriagados de chicha. Uno de ellos era Oña. Tropezaron con el brujo en un camino solitario, y le insultaron: el brujo les escupió en la cara, signo de maldición: entonces uno de los peones, que llevaba un lazo de piel de res, enlazó al brujo por el pescuezo y lo arrastró: los dos compañeros halaron también, y llegaron, gritando, a la hacienda: el brujo estaba destrozado. Oña decía que no se acordaba del trance, y que cuando despertó fue para ir a la prisión. Les juzgaron a los tres y les condenaron a penitencia extraordinaria. Cuando acabó la relación, el pobre Oña lloraba. Le hablé yo de que el general Alfaro vendría al Gobierno y de que él le pondría en libertad. Desde entonces iba perdiendo el empacho, conversaba largos ratos conmigo, daba sus opiniones respecto de lo que yo trataba y fui descubriendo que era inteligente. Me traía noticias de la calle, dadas por la mujer, con quien hablaba al través de una reja. Un día me suplicó le escribiera una carta para su amigo el cura de Sangolquí, quien era el único que se interesaba en su prisión.

-Voy a mandar comprar papel, me dijo, luego que acepté. Se sorprendió cuando le di la carta escrita, y no quise recibirle nada en pago. Me besó efusivamente la mano.

Referiré el desenlace de Oña, cuando llegue la oportunidad.

El 95% de presos eran del pueblo. El guardián Luciano Miño

Poco a poco fui conociendo a algunos presos, y también la historia de ellos, referida por *mi guardián, D. Luciano Miño*, hombre muy pobre y muy bueno: había prohibición de que yo hablara con algún recluso. Casi todos éstos eran de las clases inferiores del pueblo, lo que revela que era la indigencia el móvil de la mayor parte de crímenes. Las penitenciarias del mundo no son sino para los pobres, sea cual fuere la causa de su inopia.

la ley no es humanitaria, no protege a los hombres igualmente. Porque la ley no protege al que no es rico, sino simplemente en apariencia, éste se ve en el caso de buscar la justicia con su mano, y se hunde, muy a menudo en cualquier crimen. Para él no hay valimientos, porque carece, en lo absoluto, de influencias, y no le ha alcanzado la educación infantil, la más útil, y ni siquiera la escolástica. Tiene necesidades naturales y premiosas, y si no las satisface, puede sucumbir: por no morir, apela al crimen. Déjase luego acusar, juzgar sin imparcialidad y sentenciar, pues a él nadie le defiende, porque es pobre, y viene a acabar sus días en presidio. Sólo *dos o tres personas de la clase distinguida, vi en aquel presidio, sepultadas allí, en fuerza del escándalo.*

De cómo los Flores convencieron en 1866 a Felipe Barriga. Las visitas de Pancho Montalvo

El Presidente Cordero había ordenado se me tratara con benignidad. Todos los días salía a pasearme por lugares asoleados; y mis lecturas eran incesantes, fuera de las noches, pues no me consentían luz. Visitas tenía diariamente de todos mis antiguos amigos, y ellos me hacían llevadera la prisión: *el Dr. Francisco J. Montalvo, el Dr. Luis Felipe Borja, el Dr. Belisario Albán Mestanza, El Dr. Modesto Peñaherrera, el Dr. Lino Cárdenas, el Dr. Manuel Montalvo... y Rafael Portilla, Miguel Valverde, Manuel M. Guerra...*, todos los liberales a todo trance y veteranos. Nada podíamos hablar acerca de las esperanzas en las operaciones de Alfaro, porque todas las conversaciones eran oídas por los inseparables guardianes. Ya Miño era mi amigo, y de él nada recelaba; pero no siempre estaba el solo. Miño me refirió el caso siguiente, desconocido por el Ecuador, a pesar de su importancia: *Miño ya era viejo: se hallaba, años atrás -hacia 1865-, de escribiente en la hacienda de Chisinche, propiedad del joven Felipe Barriga, hijo único de la viuda de Sucre, casada, más tarde, con el general venezolano Barriga. El joven Barriga era visitado por los hijos del general Juan José Flores, quienes, en una mula, llevaban cajas de licores, con los que se embriagaban días enteros. "Un día entré", me refería Miño, a una sala donde los embriagados charlaban. "Mi hermana es una de las bellas muchachas de Quito, decía uno de los Flores a Barriga: ella te quiere, y tu también debes quererla: nadie se opone, y deben casarse el día que gusten.- Yo no me casaré con una zamba", contestaba Barriga. "¿Crees que no conozco el origen de tu madre?" Tanto repetían las visitas, tanto charlaban y tanto licor tomaban, que al fin se realizó el matrimonio.*

Fácil es comprender que ello no fue sino obra de Juan José Flores, por probar que él no había tenido parte en el asesinato de Sucre.

Alejandro Cárdenas

El Dr. Alejandro Cárdenas, Ministro de Estado de Cordero, fue quien se dignó enviar a mi familia la noticia de mi prisión en Guayaquil. Había sido buen liberal desde joven: en la Universidad fue como jefe de la juventud liberal, partidaria de Montalvo; pero no hizo más en pro de los liberales, en cruenta lucha de años. *Montalvo no me habló bien de él*. En los principios del gobierno de Cordero, cuando Alfaro y yo estábamos todavía en el Perú, el Dr. Cárdenas se hallaba en Guayaquil, confinado: entonces el gobernador Caamaño le comprometió para que regresara y fuera Ministro de Estado de Cordero. Antes de volver a Quito, Cárdenas publicó en Guayaquil la protesta siguiente:

"Sabedor de mi confinamiento en Guayaquil se justifica con datos que el Gobierno tiene, sobre que auxilio y coopero a la anunciada expedición del ciudadano Eloy Alfaro, protesto contra la verdad de tal aseveración y la imputo a calumnia de quien quiera que sea su autor. No he tomado ni tomaré parte alguna en dicha expedición ni en ningún otro movimiento revolucionario contra el presente orden administrativo legal; pues para ello no tengo compromiso ninguno, ni fe en que el buen éxito contribuya a salvar la nación de sus grandes dificultades.- A. Cárdenas."

¿Por qué esta protesta?, nos preguntamos Alfaro y yo en Lima. Es conducta de un buen liberal, que anhela la reforma en su enviada patria, ir a ayudar a gobiernos deshonorosos, separándose de los varones que están dando su sangre por la honra? Que éstos sacrifiquen su vida, no les importa: ellos van en pos de regocijos, de las comodidades que les están brindando los mismos enemigos. El Dr. Cárdenas dejó de ser liberal en el parecer de los liberales verdaderos. Tal fue la causa de que yo le censurase con verdadera amargura, en una de mis obras; y no obstante, me empeñé con Alfaro, para que le diese diplomacia: no quiso. Parece que más tarde, consideró en la capacidad de Cárdenas, y le envió de Plenipotenciario a la Argentina. Para la lucha, no debe contarse con débiles y omisos; mas aún, con hombres constantes y esforzados.

La idea de cultivar en el propio Panóptico. Con el Dr. Antonio Robalino

Paseábame una mañana por una gran terraza de la Penitenciaría dentro también de la muralla de ésta, y a donde poca gente concurría, y consideraba en la utilidad de su cultivo, cuando apareció el *Dr. Antonio Robalino*, gobernador de la provincia o presidente de la municipalidad. Se llegó a saludarme, y platicamos. Entonces le indiqué que convenía de dar ocupación a tanto preso sin trabajo, cuyas fuerzas permanecían inútiles, en cultivar aquella terraza: en él podían sembrar plantaciones de verduras, o medicinales, o flores. Se entusiasmó, y al día siguiente vino un ingeniero a delinear el diseño de la tierra sembradía, que fue cerrada con una barrerilla de adobes. Agua había en una esquina del patio. Fue una distracción para los presos.

Mi padre.

Mi madre y mis hermanitas menores vinieron de la Quinta a visitarme y a sustituir a mi esposa en el trabajo de servirme. Después vino mi padre,³ quien estaba ya enfermo. Cuando cayó en mis brazos aquel nobilísimo viejo, necesité gran esfuerzo de ánimo, para no anonadarme de amargura, de horror y remordimiento, con el recuerdo de la angustia que había sobrevenido a mi familia, por mi causa. Habían sido amigos el *Dr. Sierra* y mi padre, y aquel permitió a éste que hablara, horas enteras, con su hijo.

- ¡Valor y resignación!, me decía, a menudo. Yo no veo todavía proximidad de buen éxito.

Algo me hablaba de sus negocios; pero omitía los contratiempos por no entristecerme.

Paréceme que debo continuar aquí con la copia del manuscrito de mi padre, escrito en 1887, cuando yo me hallaba en el Perú:

"Creo que sin hijos, no hay felicidad completa en los casados. La primera de nuestras hijas apareció el 14 de julio de 1850: Virginia; Roberto, renovó y afirmó la paz de que gozábamos. Nació el 26 de octubre de 1851. A él se agregaron 12. Mis hijos son 14, 7 mujeres y 7 varones: han desaparecido 3, Virginia, Rafael y Antonio Adolfo, los dos primeros y a cada uno de ellos, la Providencia se esmeró en

³.- Don Rafael no llegaba aún a los 70 años, pero estaba muy deteriorado y envejecido.

darles gracias y aptitudes, no debo decirlo yo. Todos tienen vigor en el alma y sentimientos nobilísimos, que enorgullecen a sus padres. Si Roberto, de 22 años y meses, hallándose en la Universidad de Quito, como estudiante de crédito y nombrado en Jurisprudencia, dio el 6 de Agosto de 1875, un paso fatal, fue alucinado por ideas luminosas, que encaminan a la libertad de la patria. *El paso fue fatal, porque lo dio en un pueblo envilecido*: el tirano aniquilaba, anonadaba a sus conciudadanos; peor estos se habían acostumbrado al yugo, y se arrastraban, cobardes, prostituyendo la dignidad. Qué debía esperarse de bueno, de grande, del inaudito acontecimiento de aquella fecha? Un sacrificio inútil los perdió. Sí, los perdió; y todos elegantes jóvenes, que daban esperanzas.

"Este incidente ha sido discutido; y muchos de los que opinan en contra, han creído que debe satisfacer a la humanidad la persecución de una familia inocente, de la mía, que no ha dado ningún ejemplo de maldad. Nos asedian con las calumnias y conceptos de descrédito; pero *nosotros nos refugiamos en la unión, en la íntima confianza de uno y otro en la familia*, la que felizmente es numerosa, y no nos faltan amigos honorables, que comprenden a fondo la cuestión. Un incidente inesperado ha venido a perturbar nuestra tranquilidad; pero él no es de los innobles, sino de los útiles a todo ecuatoriano, como lo reconocerán algún día. *¡Que persigan a la familia de Roberto Andrade!* ¿Por qué? ¿Es posible este modo de pensar, sino entre bárbaros?

"Señora, madre de mis hijos, tú embelleces el hogar; tú consuelas, alivias las penas, aunque participas, y en grado máximo, de ellas! Yo y tus hijos te rodeamos y no vivimos sino de tu voz. ¡La mujer, la mujer, la mujer, esposa y madre, equivale a un niño en la tierra, porque con sus gorjeos y sus gracias, cambia la tristeza en risa y la rabia en alegría. Quizá esta es la época más adversa a la felicidad, en nuestro matrimonio; pero la prudencia, la resignación, las prolijidades tuyas y mías, deben contribuir a fortalecer a nuestros hijos, para que algo bueno hereden de nosotros, *ya que bienes de fortuna no tenemos. No pensemos en la opinión ajena, sino en la de nosotros mismos*, y ¡adelante! Tu guías, y yo y nuestros hijos te seguimos. La constancia en el trabajo, la prudencia, la tolerancia, la humildad, el amor propio y el amor al prójimo, todas las virtudes y la confianza en ellas, son los bienes que servirán a nuestros hijos, y por ellos nos recordarán y bendecirán a sus padres".

Verticalidad y muerte de mi padre. Se niega a confesarse

El 1° de enero de 1895, día del cumpleaños de mi padre, nos reunimos, padres e hijos, en el locutorio de la penitenciaría, tomamos champaña, reímos, los jóvenes abrazamos y besamos a los viejos, nos enternecemos, hasta lloramos. Los ojos de mi padre, cristalinos con las lágrimas, estuvieron solemnes. Mi esposa me decía que nunca había experimentado tanta ternura. Al día siguiente me mandó aviso mi mujer de que mi padre había enfermado: suplíquele me tuviera siempre al corriente del curso del mal. *La enfermedad era paludismo*, complicada con alguna otra. Iba agravándose. Supe que le había visitado el padre Roldán, y que *el enfermo no había querido confesarse*. Habían ido después dos Jesuitas, a ofrecerle su concurso para entrar en buenas relaciones con Dios.

- *No he roto mis relaciones con Dios, nunca en la vida*, les había contestado el moribundo; y por eso, la intervención de Uds. es inútil. Les agradezco y hemos concluido.

Habían porfiado largo rato los inteligentes hijos de Loyola, hasta que mi padre llamó a mi hermano Carlos.

Suplica a estos señores se dignen pasar a otra habitación. Estoy muy fatigado, y deseco soledad. Si su objeto, al venir, es el que me han dicho, no cambiaré de resolución.⁴

Salieron y no volvieron.

Había sabido el Presidente Cordero que mi padre estaba moribundo, y me mandó permiso para que fuera a despedirme. El permiso llegó un instante después de la noticia del fallecimiento. No quise consentir en que nadie viniese a acompañarme, a pesar de la oferta del secretario de la penitenciaría, y pasé yo solo aquellas amargas horas. ¡Oh Dios! Me consolaba con la idea de que había dejado de padecer aquella víctima mía, inmolada por la falsa gloria de haber contribuido a la libertad de mi patria. Ya lo está ella comprendiendo... Muerto mi padre, su cadáver fue acompañado por personas selectas de Quito, Gómez de la Torre, Jijón, Gangotena, Salvador, Ante, Chiriboga, Freile, otros; y por esto y por el dinero con que se remuneró a sacerdotes, los jesuitas admitieron dicho cadáver en su templo, y le celebraron honras fúnebres, sabiendo, como sabían, que mi padre no había querido confesarse. Fue sepultado en San Diego.

⁴.- Don Rafael murió -creemos- en su casa de la Plaza del Teatro. Ella está historiada en nuestra obra "Casas del Quito Antiguo". Quito 1992.

La personalidad de Isolina

Mi esposa fue la víctima de los vituperios de los fanáticos de Quito: le atribuyeron la *negativa a confesarse de las señoritas Aray Zambrano*, cosa que ya tengo referida. Como la penitenciaría se halla en lugar elevado y lejano, y los coches no podían detenerse sino a dos o tres cuadras de distancia, lo que molestaba a *Isolina, por su enfermedad del corazón*, tomó la medida de hacerme sus visitas a caballo. Muchas veces no había hombres que le hicieran compañía: la cocinera ensillaba el caballo y la ayudaba a cabalgar; atravesaba la plaza y demás calles ella sola. Un día llegó a la penitenciaría, sonrosada y sonriendo.

- ¡Me han silbado!, me dijo. Hay razón para que, en esta capital, no sean las costumbres como son en las otras: está en medio de montañas, y no hay un solo camino bueno a los mares. Les llama la atención que yo venga sola a caballo, y atribuyen a desprecio lo que no es sino necesidad inevitable. Ciertos jóvenes se rieron en la plaza, al verme.

- ¿Pero hasta los hombres se rien?, dije yo. Una señorita se hallaba en el balcón, en San Francisco; y al verme, me mostró una cara feroz, y entró, dando con las vidrieras, un portazo. Los muchachos me han seguido, silbando. Una ocasión pasaba yo por la calle de la Compañía, a pie, y todas las señoras se arrodillaron en las aceras, al oír una campanada: y continuaba: a las tres campanadas, se levantaron todas; algunas me miraron con ira, y pocas me insultaron. No he averiguado la causa de estas escenas.

Le expliqué que las campanadas eran en la Catedral, en señal de una ceremonia eclesiástica, en la misa que estaban celebrando.

- ¿Y por eso convierten la calle en iglesias las señoras?

La señorita Salvador González. Doña Chepa Nieto. El incidente en la calle Rocafuerte

Leía yo en mi calabozo, junto a la ventanilla, abierta en la puerta de hierro. Oí pasos, ruido de roce de vestidos y voces femeninas: pasaron una señora, dos señoritas, elegantemente vestidas, y sirvientas con objetos. Pregunté quienes eran a un guardián:

- La señora de D. Víctor Gangotena, una sobrina del Arzobispo y otra, cuyo nombre no se. Han venido a dar caridades a los presos.

Cuando regresaron, la señora había pasado adelante: las dos niñas me miraron, y yo las saludé.

- Y para mí no hay alguna caridad?, les dije.

Rieron amablemente:

- ¡Qué desgracia! Nada tenemos hoy, pero le traeremos próximamente. ¿Ud. es el Sr. Andrade?

Pronunciaron dos o tres frases, y ellas con sonrisa encantadora: eran muy lindas. La *señora Josefa Nieto de Pástor*, amiga de mi esposa, vino con ella, algunos días después, y me dijo, entusiasmada:

- Tiene Ud. un abogado, que le defiende calurosamente. Es la sobrina del Sr. Arzobispo: "No puede ser criminal, y tiene que ser puesto en libertad", le decía, delante de mí al prelado.

Sobrevino una horrible desventura. Pocos días más tarde, regresaron aquellas damas al panóptico, y me hicieron no sé qué regalo. Me hablaron con alguna confianza y me pronosticaron libertad. Fuéronse en un carruaje tirado por dos fogosos caballos, por esa calle que, desde el panóptico es largo descenso: el cochero se detuvo, por hablar con un pasajero, y se apeó, dejando sueltas las riendas: los caballos se espantaron y corrieron, con mayor celeridad, mientras más se convencían de que nadie los detenía. Desesperadas las damas pedían auxilio, pero inútilmente.- Dos de ellas se arrojaron del coche: la señora Gangotena se fracturó una pierna, la señorita sobrina del Arzobispo, murió. La señora Dolores Jijón de Gangotena era de familia de abolengo, inteligente y dechado de virtudes; la señorita sobrina del Arzobispo tenía indole de ángel, según me referían; pero los jesuitas la echaron a perder, volviéndola devota exagerada, y la ridiculizaron ya muerta: un jesuita predicó una oración fúnebre, dando a la virtud de la muchacha un colorido chabacano, que entristeció e indignó a la familia: "Era tan buena, casta, inmaculada, dijo, *que no se lavó ni una vez*; y su bendito cuerpecito estaba cubierto de perlas, que eran los piojos, en testimonio de su incesante martirio".

Amaba yo a mi esposa, más de lo que me amo a mí mismo: por mí no me sacrificaría; por ella me habría sacrificado. Mi esposa era el sol que las mañanas alegra las cabañas. Por hermosa, la amaba yo como artista; por inteligente, bondadosa y discreta, la amaba yo como a ser superior; por generosa y abnegada, le tenía respeto; por sus gracias, inebriábame en glorias; por noble y digna, me tiraba ante ella de rodillas. Ni un instante desamparó a sus hijos, ni un instante me desamparó a mí, excepto cuando nos separaba la desgracia, y por mí se obscureció, hallándose en el cenit de la existencia.

Enero de 1895

Había yo pasado meses en prisión. No era muy avanzada la noche; pero no se oía sino el grito de "¡alerta!", arrojado sucesivamente por diez centinelas, de cinco en cinco minutos, y que resonaba como clamor de salvajes, en medio del retumbo de los truenos, pues desde temprano no dejaba de llover. Mi celda tenía ventana, por la que se divisaba el panteón de San Diego, lleno de bóvedas y mausoleos, casi todos cubiertos por árboles y arbustos. Hasta el momento en que tocaron silencio las cornetas, toque en extremo lúgubre, había permanecido yo en la ventana, mechinal asegurado con hierros, en pie sobre un baúl y a oscuras, porque no me permitían alumbrado, dejando que la imaginación rompiera las tinieblas. De improviso se detuvo en el panteón de San Diego: ahí estaba sepultado mi padre. Dias antes había expirado este hombre justo, abrumado de dolor, porque pensaba que mi situación no cambiaría, animoso y sereno, eso sí, porque en la vida no dejaba huellas de maldad. No se si vertí algunas lágrimas. La imaginación volvió cansada, y se recogió en las sombras de la celda. "Llueve quizás hasta el alba", me dije. "Lo mejor es esperar la cita con el sueño". Me desvestí, me acosté, me dormí.

El señor Pástor

No puedo determinar la hora; pero el hecho fue que desperté a la impresión de un soplo en mis mejillas. No era de fresca este soplo; era por el contrario, tibio, y fue fugaz. Ha de saberse que dormía yo bajo doble cerrojo, la puerta de mi calabozo era de hierro y las paredes de sillares imposibles de horadarse. Abrí los ojos y senti a alguien cerca de mi lecho. Al despertar, hice algún movimiento, sin duda, porque el desconocido se inclinó al instante, aproximó los labios a mi oído, y me dijo:

- Vengo a salvarle la vida.
- ¿Quién es?, balbucí, incorporándome.
- Un amigo... Pástor, no se asuste.

El Sr. Pastor era empleado de la penitenciaría, persona excelente, mi antiguo amigo, quien disimuladamente, me mostraba simpatía.

- ¿Cómo ha entrado Ud.?, le interrogué.
- Es largo de contarse... esta noche muere Ud. Vine a ver si era posible salvarle .
- Continúe.

- El director vino de la ciudad, cuando empezaba a obscurecer. Apenas se desmontó del caballo, dio orden de que se pusieran candados, en los calabozos de los presos temibles, especialmente de los políticos, convocó, enseguida, a los guardianes y demás empleados, y se encerró con nosotros y los presos políticos de Tulcán, enemigos de Ud., pues son conservadores.

- Estos eran cuatro o seis jóvenes, traídos de su cantón,⁵ por una intentona de conspiración contra el Gobierno: algunos de ellos eran emparentados con el director Sierra; y todos me miraban como el perro del ladrón mira al transeúnte, con cólera reconcentrada, con venganza. Entonces el director nos dijo, que el Gobierno había sorprendido, en la tarde, una circular de los liberales de Quito, en que se convocaban para reunirse por la noche, en los alrededores del panóptico, asaltarlo y procurar la fuga de Ud.

"El Gobierno, convencido de que Uds. son conservadores añadió, dirigiéndose a los presos de Tulcán, me ha ordenado ponga armas en manos de Uds., a fin de que formen esta noche la guardia. En cuanto a Uds., dijo a los guardianes y empleados, bien sabidas tienen ya mis órdenes, respecto de Andrade. Conque así mucha vigilancia. Las órdenes respecto a Ud. son matarlo, al menor rumor en los contornos... Ya sabe todo la señora su esposa".

En este momento se oyeron pasos sordos afuera. El Sr. Pástor⁶ corrió a la puerta, la abrió, con la mayor suavidad, y salió como un viento; pero afuera no se descuidó de poner los candados. Levanteme, todo yo me convertí en oídos, ya cerca de la ventana, ya de la puerta; pero no pude percibir nada notable. A eso de media noche, volví a acostarme; mas ya me fue imposible volver a dormirme. ¿Cómo me salvaba, si acaecía lo previsto? Continuó hasta el amanecer el grito de "¡alerta!" de los diez centinelas. Amaneció y pasó el día sin acontecimiento alguno. Por la tarde vino el secretario del Dr. Sierra, a llamarme, de orden de éste.

- ¡Es Ud. ingrato, abusa de las distinciones conque aquí se le trata, díjome, con majestad grotesca, sentado delante de una mesa, en la dirección, donde se hallaban, en fila, todos los guardianes, a la izquierda; todos los presos de Tulcán, a la derecha.

- ¿Qué motiva tanta cólera?, le dije, conteniendo la risa.

⁵.- Sin duda Landázuri.

⁶.- Sin duda era el esposo o hijo de doña Chepa Nieto. Ver "Los Mancheno en el Ecuador" Quito 1992 donde se los estudia en detalle.

Tembloroso, desplegó un diario y leyó:

"Grande infamia.- Con el fin de sacrificar a D. Roberto Andrade todavía preso en el panóptico, por escrúpulo del Juez de Letras, los enemigos de aquel caballero han inventado que los liberales de Quito intentan asaltar el panóptico, para poner en libertad al patriota y proclamarle su caudillo en el centro, o acaso en esta misma capital. ¿Todavía no concluye el sistema de siniestras ficciones? Cuando llegue un instante dado, cualquiera puede fingir ataque al panóptico, acaudillando un puñado de gente, y gritar '¡Viva Roberto Andrade!', y disparar algunos fusilazos; y entonces, como alguno de los centinelas puede haber recibido la orden de matar al Sr. Andrade, al menor amago de asalto, no es difícil que sea asesinado en su celda. creemos que no habrá corazón cristiano que no se aterre ante la perspectiva de este crimen".

Enseguida leyó en el mismo diario una carta, vehemente "dirigida a los Editores de él; - "Voy a dirigirme al Supremo Gobierno, empezaba; pero antes ruego a Uds. se dignen dar publicidad a la más innoble felonía. Mi esposo corre riesgo de ser asesinado en su prisión... Yo no creo que el Dr. Sierra sea un valiente, y si que han abusado de su cobardía los que desean la muerte de mi esposo". Continuaba un raciocinio breve y lógico, admirando de que se proyectaran tales atentados, en una ciudad tan religiosa. Seguro era que las reflexiones del editor eran tomadas de la carta, la que concluía con ideas tiernas y amargas, propias de un corazón de mujer, en el mayor extremo de angustia.

- Ya ve Ud., continuó el director. ¿Es posible que insulte Ud. a quien le está protegiendo? Porque yo no dudo de que esta carta es escrita por Ud.

- Suponga Ud. que está Ud. en mi lugar, y yo en el de Ud. La esposa de Ud. sabe que me han convencido a mí de que, en alta noche, amigos de Ud. asaltarán este recinto, por dar a Ud. la libertad, y que yo he ordenado que si tal sucede, maten a Ud. Sería o no injusto que la esposa de Ud. procurase hacer escándalo, único recurso, en situación tan delicada? Ud. conoce a mi esposa, y Ud. sabe si es o no es apta para escribir cartas como la que Ud. acaba de leer.

- ¿Quién a dicho que yo he ordenado que maten a Ud.?, ¡miente!

- Puede ser mentira; pero es cierto que ha llegado esta mentira, con apariencias de verdad, a oídos de mi esposa, y ella ha procedido como debía proceder. Si hay alguna ligereza, como la de atribuir a Ud. cobardía,

Ud. debe disculparla, porque la situación de ella es violenta y propio es de un caballero disculpar a una señora.

- ¡Mentira, mentira, mentira!, siguió exclamando.

Se levantó, al fin, mandó me llevaran a la celda y salió.

Mi esposa y Carlos Espinosa Astorga hablan con Sarasti

Cuando salí de la prisión, me convencí de que la orden había sido cierta. El modo de como me liberté en aquel lance es el siguiente:

Apenas mi esposa oyó la noticia, llevada por el Sr. Pástor, fue ella sola, dejando a sus hijos dormidos, en pos del Jefe del Poder Ejecutivo. Eran las 9 de la noche. Ya el Dr. Cordero había renunciado, y dicho jefe era el Dr. Lucio Salazar, quien se encontraba moribundo. Mi esposa tuvo que buscar al Sr. Luis Salvador, Primer Ministro de Estado, quien se hallaba ejerciendo el mando. Oyola éste; pero no la atendió, por las ocupaciones de su empleo.

- ¡Aquí no se asesina a los presos, señora! ¡Aquí no se asesina a los presos!, fue toda su respuesta.

¿Qué hubiera dicho el Sr. Salvador, si esta escena se hubiera efectuado después de que Leonidas Plaza hizo lo que hizo con el general Eloy Alfaro y compañeros? Ya había ocurrido el martirio al cual García Moreno sometió al Dr. Juan Borja.

A tiempo llegó el general Sarasti, Ministro de Guerra, y recibió el encargo de resolver la petición de mi esposa.

- Tiene Ud. razón, señora, contestó, después de haberla oído. En este momento voy a mandar una escolta, mandada por un amigo de su esposo, el *comandante López Arteta*, para guardia de la penitenciaría: él desarmará a los presos de Tulcán y defenderá al Sr. Andrade.

Después de salir, reflexionó la señora que lo conseguido no era sino ofertas de mis enemigos, y fue a la imprenta de "El Correo del Ecuador", periódico que dirigían mis amigos. Expuso a los redactores sus recelos, y escribió ahí mismo la carta leída por Sierra, que fue impresa al amanecer del día siguiente. Todo esto exacerbó a Sierra. No se supo si fue real o fingido el proyecto de asalto al panóptico. Mi amigo, *D. Carlos Espinosa Astorga*, fue quien acompañó a mi esposa en las agitaciones y afanes de aquella congojosa noche.

Sierra ordena me lleven a la sala de torturas.

Caimos enfermos, tanto mi esposa como yo, con catarro y calenturas. Ocho días pasamos en cama. Al fin, recibí un recado de que estaba sana y buena, como ya lo estaba yo, y de que vendría a almorzar conmigo, al día siguiente: ella había conseguido permiso para almorzar con mis hijos y conmigo, los viernes. Al otro día, nos vimos: *fue con mis cuatro hijos*, con rostro de convaleciente, como el mío. Llegaron luego las canastas. El comedor era un cuarto inundo, inmediato a la guardia.

- No podemos tomar vino, por advertencia del médico, sino sólo una copita de Vermouth, como aperitivo.

Nos sirvió el Vermouth un guardián; y en esto, entró un indio presidiario, próximo a cumplir su pena: a estos les daban permiso para andar en todo el edificio, hasta el día de salir en libertad: ganaba el indio una moneda y traía la vajilla a mi celda.

- Denle una copa, dijo Isolina.

Tomábala el indio con fruición, en el momento en que el director de la penitenciaría pasaba junto a la puerta. Nos asustó con un grito de "¡Canalla!" y mi esposa, sentada en un sillón, se puso, trémula, en pie.

- ¡Emborrachándose en el recinto del panóptico, en el cuarto de los presos, y de qué presos, contra toda vigilancia y prohibición!, continuó gritando el director.

Dijo, entró, de carrera, agarró del cuello al infeliz delincuente y lo arrastró hasta la puerta.

- ¡Canallas!, dijo a la guardia. La culpa la tienen Uds! Prohibe el reglamento que en este lugar entre licor de cualquier clase; y ¿qué es lo que ha sucedido ahora? Ven Uds. ¿cómo se están emborrachando y como emborrachan a los demás presos, a vista y paciencia de Uds.? ¡Ud. abusa inicuaamente, y merece castigo ejemplar!, dijo, dirigiéndose a mí.

Yo estaba de pie, en la mitad del cuarto; miraba al director de hito en hito, y no me decidía a encolerizarme o a reirme.

- No es sino Vermouth, dije con calma.

- ¡Vermouth! dijo, remedándome. Ni Vermouth ni champaña puede Ud. tomar, mientras esté preso, ¿oye Ud.? Ha cometido Ud. un delito, y es necesario que sufra el castigo.

Mi esposa se hallaba de pie, cerca del director, quien no había hecho ninguna demostración de cortesía. Creyó ella necesario intervenir; y con voz que, en todo caso, era música, sonriendo con la mirada y los labios, díjole:

-La falta no es ni venial, Dr. Sierra. Debe Ud. disimularla.

Fuera de sí de cólera, volvióse como mastín enfurecido.

-¡Es Ud. una atrevida, una insolente!, exclamó.

Vila vacilar: en vez de ver a mi mujer, vi a un cadáver. No le quedó gota de sangre en el rostro, pues toda le afluyó al corazón. Apresureme a acercarle una silla y como delante de mí estaba el verdugo, arrojeme sobre él medio loco de furor.

-¡Rústico!, exclamé. ¡nunca trataste con señoras!

Corrió el a la prevención, y yo buscaba apoyo, porque ya desfallecía: la cólera me debilitó más de lo que estaba. Isolina se había sentado, y me miraba como loca: mis hijos la abrazaban, volviendo a mi el rostro lacrimoso. Comprendió el director que me tenía en sus garras, y regresó, rodeado de guardianes.

-¡Arrastren a este preso a la pared!, gritó.

La pared era un lugar de suplicio que consistía en un recinto de dos pies de fondo y dos de anchura, donde se encerraba, de pie, al preso y se cerraba la puerta, para que no pudiera sentarse ni moverse. Ninguno de los guardianes se movió. Furioso el director, increpóles con injurias; y trémulo de despecho, porque no era obedecido, arrojose sobre mí, extendiendo el brazo en además de asirme de la ropa y llevarme el mismo al paraje del suplicio. La indignación me dio fuerzas, mientras él iba perdiéndolas, porque sus deseos no eran satisfechos. Toméle del brazo y grité:

-¡Lleven a este borracho a dormir a la Intendencia!

Y le di un empujón, que le obligó a retroceder. Isolina se acercó a mí, tambaleándose, y dijome, con acento suplicante.

- Vete a donde quieran llevarte, por Dios, porque si no, te fusilan.

- ¡Vean como se me trata! ¡Arrastren a ese preso, canallas!, gritaba el director, fuera de sí.

- ¡Vamos!, dije; y sin mirar a mi familia, me dirigí a donde querían llevarme.

El director iba atrás, echando tal o cual baladrona.

-¡Ud. saldrá de aquí solamente para ir al cadalso!, me gritó.

-No eres sino esbirro, respondile. Nada sabes ni puedes comprender.

Llegué al octágono, donde se hallaba el sitio de tortura, entré a él, y los carceleros cerraron la puerta y la aseguraron: en ella no había sino dos agujeros. a la altura de los ojos. Vi en las celdas que algunos presos empuñaban martillos, azuelas y otras herramientas. El director se pascaba furioso e insultándome. Reparó en el presidiario, en el mismo suplicio, cerca de mí y gritó.

-¡Aquel infame no saldrá pronto! Merece otros 16 años de presidio. La exacerbación le tenía abrutado:

-¡Ese infeliz!, grité. Mira Sierra: cuando yo esté libre, tu serás mi cochero, yo te daré vino y no te enfadarás.

-¡Miren como me insulta!, dijo, llevando las manos a la cabeza, y se fue corriendo, dando orden de que no me sacaran de la pared sino por la noche.

Me había desahogado; y en vez de sentirme desfallecido, parecía que había cobrado fuerzas. Me moría de vergüenza de mi esposa, porque en su patria no hay hombres que ultrajen así a una señora, y me angustió la idea de su enfermedad al corazón. El jefe de los guardianes entró y anunció que el director había partido, a caballo. Abrió el calabozo y pidió una silla para que yo me sentara. Pregunté por mi familia, y me contestaron que el médico de la penitenciaría la había llevado en su coche con mis hijos.

Después de un rato, apareció un guardián, con huevos cocidos, pan y vino abocado, sacado de la sacristía. Pude leer y platicar con los guardianes: por la tarde me llevaron a mi celda.

Parece que el Dr. Sierra no era mal hombre, sino gobernado por pasiones, una de las cuales fue la vanidad. Me mandó decir, al día siguiente, que podría yo mandar llamar a mi esposa, y advertirle que volviera el día que quisiese. Le agradeci y envié un recado a Isolina, quien no tardó en venir regocijada.

-Creí que no volverías a esta casa, le dije. Si me llamas del infierno, allá voy, me contestó. Cárceles y carceleros, no me importan.

Cerca del triunfo de los liberales, Sierra desapareció de Quito. Supe que había huido a Colombia. Un día me encontré con *D. Cecilio Sierra*, el caballero que me había hospedado en Barbacoas.

-No es mi pariente el Dr. Sierra, pero es mi amigo, me dijo. está en Pasto: no hace nada en la política; pero no viene, de miedo de Ud.

-Dígale Ud. que él trató a mi padre, que los hijos tenemos su índole, y que puede venir, olvidando, como yo he olvidado, su conducta. Si algo se le ocurre, le serviré.

Reflexiones sobre Isolina

Volvió Sierra a su patria, en efecto. Un día fui a ver a un tío mío enfermo: el Dr. Sierra era su médico, y se encontraba allí; quiso huir, cuando yo entré: pero yo le tendí la diestra y saludamos.

Con mi esposa vino a suceder años después una catástrofe: era enferma del corazón, como ha dicho: poco a poco fui notando que se agravaba: los médicos me prescribieron saliera con ella a las riberas del océano. *En Guayaquil falleció*. Nunca le consagró un recuerdo a aquel ultraje; pero comprendía que él le había abreviado el período de su vida. *Cuando los daños no pueden remediarse, el olvido*: este aforismo es sacado de la ciencia de la vida. La naturaleza madre nos arrebató a padres e hijos, a esposa y a amigos: ¿podemos resucitarlos con anhelos y sollozos, o siquiera consolarnos, si delante de nosotros tenemos la perspectiva de la vida? Lo conveniente es mirar sólo a ella, y no atormentarnos con el recuerdo del bien que se nos fue. Luchemos con un enemigo al cual podemos vencer, con el hambre con el odio, con las preocupaciones y pasiones, no con esa invencible muerte, a la cual no podemos rendirla con iras ni con quejas, luego que su tarea ha sido consumada. Este es uno de los secretos que los grandes pueblos han descubierto, para llegar a ser grandes. Pueblos y hombres pequeñuelos caemos en la puerilidad de acordarnos día y noche de difuntos. *Yo me acuerdo del suceso, porque mi alegría está en lo triste*: soy inferior, y no puedo dejar de buscar la compañía de mis amados que murieron..

Ya ha referido los sucesos, acaecidos desde el crimen de Caamaño, al encubrir con nuestro pabellón, la venta del buque "Esmeraldas", hecha por Chile al Japón, en guerra con la China, hasta la venida de Alfaro y la batalla de Gatazo.⁷ A pesar de mi incomunicación, sabía lo yo todo, a causa de las solicitudes de mi esposa, *entonces yo fumaba* ahora no. Isolina me mandaba, por docenas, necesitase yo o no, cajetillas de cigarrillos de papel, y en la mortaja de cada uno, escribía, numerado, las noticias. Así me tenía al corriente de los acontecimientos principales.

Apenas llegó la noticia del triunfo del general Alfaro en Gatazo, los conservadores que llegaron derrotados a la guarnición de Quito, huyeron a la provincia fronteriza con Colombia. Amaneció un día, y yo dormía. De improviso se abrió el calabozo y apareció el *secretario Enriquez*: vino con los coroneles Arellanos y demás presos políticos. Quito se levantó, y nombró Jefe Civil y Militar al Dr. Belisario Albán Mestanza, quien vino a acompañarme desde la penitenciaría *hasta mi casa*. Dormía, por fin, tranquilo, sin que me amenazaran peligros: a las 5 y 30 minutos de la mañana, desperté: esperaba yo oír el trino de un pajarillo, en una rama, junto a la ventana de mi celda; y lo que oí fue la respiración de mis hijos,

7.- "Vida y Muerte de Eloy Alfaro"- Cap. XXV y XXVI (R.A.R)

dormidos en sus cunitas alrededor de mi lecho... Me brotaron algunas lágrimas. Apenas me levanté, mandé ensillar un buen caballo y me fui a Latacunga, donde esperaba encontrar al general Alfaro y al ejército. Era agosto de 1895.

QUINTA PARTE

LA DECEPCION DEL PODER

1895 - 1912

CAPITULO XXVI

POR FIN LA LIBERTAD

Bowen nos separa a Alfaro y a mi

Tan larga había sido mi proscripción, ¡20 años!, que ya estaba acostumbrado a ella, y no se decir si la libertad me fue muy grata. No tuve entusiasmo, y sólo la tranquilidad con que se acepta un acontecimiento ordinario de la vida. Cabalgué todo el día yo solo, a caballo, y llegué al principiar la noche a Latacunga. El general Alfaro, con todos los jefes y oficiales, se había sentado a la mesa.

- ¡Día completo!, exclamó el caudillo, al verme.

Cai en sus brazos, saludé, de uno en uno, a todos: muy pocos fueron los desconocidos. No hubo cómo hablar con el general Alfaro a solas. Cuando nos levantamos de la mesa, me rodearon muchos jóvenes: uno de ellos fue el general Plutarco Bowen. Conviene entrar en minuciosidades acerca de este muchacho, pues él fue la causa, por lo menos aparente, de la displicencia con que empezó a tratarme Alfaro: las verdaderas fueron otras de las que iré hablando en adelante. Yo estaba convencido de que Alfaro había enviado a Bowen, para que actuara en el Ecuador en su nombre y como agente. De Centro América me había escrito a Lima D. Eloy, incluyéndome una proclama de Bowen, al servicio de no se que gobierno de aquella comarca: "Mande esa proclama a algún diario del Ecuador, me decía, porque es necesario sea conocido este joven liberal, quien irá conmigo". Bowen era manabita: dio el grito revolucionario en Babahoyo, donde, en un combate antes de la llegada de Alfaro, le hirieron en el brazo. Nada más sabía yo, y este fue el motivo porque acogí a este joven con bondad. Como la confusión fue grande, no pude ver inmediatamente al caudillo, y *seguí a Bowen, quien me llevó a su cuarto*, donde al fin pude estirar los miembros. Nada hablamos, porque me dormí muy luego. Al despertar, me dijo que, por la herida, él iría en un carruaje, con un médico, y que les acompañara yo. Puse en conocimiento del general Alfaro el proyecto, y él me contestó con cierto disgusto:

- Haga Ud. lo que quiera.

Machachi.

En Machachi nos alojamos en un hotelito del camino: el caudillo y su Estado Mayor lo había hecho en el del pueblo, no lejano. En la mañana nos dirigimos a su encuentro: venía él a caballo, y detuvo nuestro coche. Llamóme, bajé y me acerqué.

- Bowen es como Ruiz Sandoval, me dijo: ya lo irá conociendo.

Y agregó algunas frases que no pude comprender, por el ruido de la aglomeración de caballos.

La Arcadia

En la Arcadia nos detuvimos a almorzar. Poco después apareció un carruaje, en el que venían mi esposa y una amiga de ella, quienes habían salido a encontrarme. El general Alfaro resolvió quedarse allí, y mi esposa y yo fuimos a Quito. Bowen me suplicó alcanzara permiso del Caudillo y lo llevara conmigo. A pesar de las palabras del general Alfaro, dichas en Machachi, yo no podía tratar mal a Bowen, pues me pareció infantil el recelo del general Alfaro, por las pretensiones de un muchacho, al cual podía dominar con una mirada imperiosa. ¡Qué prestigio tenía Bowen, qué dinero ni qué armamento! Resolvíme a observar sus tendencias, para tomar medidas posteriores: nada debía hacer y mientras no sabía los móviles de Alfaro: yo no quería obrar como simple dependiente o esbirro. Obtenido el permiso, partió Bowen con nosotros.

Alfaro ordena la fuga de Velásquez

Bowen se alojó en el hotel; pero me suplicó le ofreciera mi mesa, porque deseaba comer en familia. Esta había sido una muestra de que abrigaba malas intenciones contra la autoridad del caudillo. Conocí que era fatuo, y como a tal le empecé a tratar, pero la displicencia del general Alfaro seguía. Los amigos querían evitarme disgustos, con consejos; pero yo les contestaba que quien elegía a mis amigos era yo, frase que llegó a oídos del jefe. Tenía yo mi dignidad por base, como si en algo estuviera ella ultrajada: tenía yo el convencimiento de que nadie podría separarme de Alfaro. Un día se expresó Bowen en la mesa, en contra de nuestro caudillo, con alguna violencia; pero yo le traté de ingrato y de insolente, y no

volvió a decir un término. Venía a mi casa el Dr. Napoleón Velásquez, abogado manabita, a quien yo estimaba, por su índole afectuosa, y también en él empecé a notar impulsión a rebeldía. Un día apresaron a Bowen, y de mi casa le mandaban alimento a la penitenciaría: otro día *apresaron a Velásquez en mi casa*, cuando yo no estaba en ella; y mi esposa había suplicado al oficial de la escolta la esperara, pues iba, en persona, a casa del general Alfaro, a pedirle no ultrajara la casa de su esposo. El general le aconsejó hiciera fugar a Velásquez. Cuando juzgaron a Bowen, comprendí que él no era inocente; pero me disgustó nombraran a Emilio María Terán, fiscal en aquel juicio: Terán era de los pilluelos, educados por los dependientes de García Moreno y sucesores.¹ El general Juan M. Triviño fue también juzgado por traidor, como Bowen, y ambos fueron sentenciados a muerte; mas la pena fue conmutada por la de destierro, por Alfaro.

Desaire de Alfaro.

Mientras duraba este lance, fui, como de costumbre, a ver al general Alfaro, en compañía del general Nicanor Arellano y de Miguel Valverde: yo iba en medio de ellos: la mampara estaba cerrada: abrióla el general Alfaro y con una mano tomó a Valverde, con otra a Arellano, y los atrajo y entornó las puertas, dejándome afuera. Fue tan brutal este desaire, que resolví alejarme definitivamente a la Quinta. Al día siguiente, ya desenlazado el asunto de los militares acusados, apareció un carruaje, con el general Alfaro:

- Vengo a visitar a Ud. y a mi compañero, dijo a mi esposa.

Ni una palabra hablamos acerca de los militares juzgados; pero comprendí tenía presente el ultraje que acababa de irrogarme: quedé satisfecho con la conversación que tuvimos. El y yo éramos patriotas: él trabajaba con más esfuerzo y constancia, con más eficacia y desde mayor elevación; pero yo no daba un paso falso en mi esfera, y no podíamos quebrar uno con otro: el respeto y cariño eran mutuos. Ya empezaba a arder la calumnia, o por lo menos, los razonamientos e informes mal intencionados. Yo no procuraba averiguarlo, pues me parecía imposible que Alfaro vacilase.

¹.- Véase La "Campaña de 20 días". (R. A. R.)

Plaza: sus antecedentes.

Voy a narrar lo relativo a Plaza, porque mucho he omitido en mis publicaciones anteriores; debe ser bien conocido este hombre, causa del gran tropiezo que obligó al Partido Liberal ecuatoriano a retroceder en su carrera victoriosa, infamándole con trascendentales crímenes, mutilándolo, enfangándolo... En Barbacoas oí, por primera vez, su nombre. "Días después de la hazaña del Alajuela, dije en otra parte, hallábame de paso en Barbacoas, ciudad colombiana, donde fui visitado por el anciano D. Pastor Díaz del Castillo, D. Daniel Díaz del Castillo, D. Martín Ortiz, D. Pablo Reinel, *el médico español Dr. Monzón*, y otros caballeros respetables. Hablóse del heroísmo de los que en Alajuela combatieron: "Los buenos ecuatorianos deben enorgullecerse de este hecho", dijo D. Pastor. "También contribuimos los barbacoanos, pues uno de los soldados del general Alfaro fue Leonidas Plaza, nacido en Barbacoas, como pueden atestiguarlo los presentes" "Yo fui su padrino", dijo D. Daniel del Castillo.

No volví a oír tal nombre, hasta que estuve en Lima. El general Alfaro había partido ya de esta ciudad a Centro América: le estaba yo escribiendo, cuando entró el capitán José Félix Torres, a encargar al general Alfaro por Leonidas Plaza:

- "Fue, me dijo Torres, compañero mío en la Alajuela. Era un charlatán pretensioso: en el momento del abordaje, se escurrió por detrás de la chimenea del buque; pero el General Alfaro lo sacó a planazos, y le obligó a entrar al buque enemigo. Acabo de oír que está de Ministro de Guerra en el Salvador".

Inserté el encargo al general Alfaro en mi carta, y me contestó con la siguiente frase: "Yo no se por qué me pregunta Ud. por Plaza: este bribón esta aquí: *lo saqué yo de mi casa, por picaro*: por la calle anda con alhajas llamativas en la corbata, y no hace nada". Volví a olvidarme de él, hasta que lo conocí en Quito.

Poco después de la entrada de Alfaro, recibí de Guayaquil el telegrama siguiente: "Voy a tener el honor de dar un abrazo al héroe del 6 de Agosto.- Leonidas Plaza G."

No le contesté, porque no sabía a donde dirigirme. Pocos días más tarde, recibí una tarjeta, enviada de Ambato: "Parto mañana a conocer al héroe del 6 de Agosto y grande escritor".

Mostré al general Alfaro estas piezas.

- ¡Tenia Ud. amistad con Plaza?", me dijo.

- No le conozco sino por la carta de Ud. de la América Central le respondi.

Referiré esta conversación de opinión, a pesar de que ya la he publicado.

-" No he cambiado de opinión, porque Plaza es todavía un picaro.

No lo quise traer de Centro América, a pesar de que él se valió hasta de mi madre. En visperas del combate de Gatazo, se presentó a mí, en ademán humilde y compungido, y me pidió un empleo, diciéndome que ya no podía tragar el pan del destierro. Me entregó un carta de recomendación de D. Lizardo García:

- No hay necesidad de recomendación, le dije a Plaza: la mayor recomendación son tus hechos, los que allá fueron los de un verdadero sinvergüenza.

- Pero, general, me dijo Leonidas: la edad, la miseria, el aislamiento, la falta de relaciones... Ahora vengo a jurarle que ya no delinquiré más, porque felizmente tengo a quien imitar: seguiré su ejemplo fielmente, y pronto tendrá Ud. confianza en mí y volverá a tratarme como a hijo. No me abandone, por Dios, general.

Me enternecí y le di la Jefatura de Estado Mayor divisionario, en un batallón mandado por mi hermano.

- A mí me parece, dije, que si los antecedentes de Plaza son tan malos, no debió darle un puesto en el ejército.

- "*Al desgraciado, por infame que sea, se le debe ayudar para que salga de la infamia.*

- Eso es verdad; pero no darle armas, mientras no esté probada su reforma.

- "Suceda lo que sucediere, debe Ud. tratarlo bien: es joven, y puede cumplir el juramento de portarse como bueno: es preciso ayudarle a esto".

Así lo hice. Apenas llegó, fui a visitarlo: *fue a mi casa*, y yo le presenté a mi esposa, quien me dio muy mala opinión, a poco de tratarlo.

- "Ese Plaza no tiene cara de bueno, me dijo ella: su conversación es vulgar; pero él quiere darle la apariencia de que es de persona prominente. No estima ni al general Alfaro ni a ti. Lo que le devora es el amor al dinero. No debes confiar mucho en él".

Plaza se fue separando, al notar mi indiferencia, y al fin no supe que fue de él. No se si fue sueño u obra de la imaginación: una noche contemplaba yo el cielo obscuro en occidente: todo era una nube profundamente negra, pero cruzada por relámpagos, por algunos minutos. Poco a poco se

fue aclarando el cielo, hasta que se tornó en blanco: entonces apareció la figura negra de un hombre, con las piernas y los brazos abiertos, con la fisonomía de Plaza, y en la diestra un puñal. Desde aquella noche se me ha presentado, a menudo, esta imagen, no intimidándome, pero sí horripilándome.

Viene Abelardo Moncayo desde Otavalo

Mi cuñado Abelardo Moncayo se hallaba todavía en el silencio de la Quinta: no había aparecido antes, porque faltó ocasión; pero su nombre era conocido en el Partido Liberal.

- No ha resollado: llámelo, me dijo Alfaro.

Fui yo mismo a la Quinta: era necesidad de mi alma ver a toda mi familia, después de años de ausencia. No existía mi padre; pero mi madre, vigorosa todavía y siempre madre. Tuve que regresar pronto, a una llamada urgente del caudillo, y Moncayo no fue a Quito sino días más tarde. La vispera de mi llegada había partido Alfaro a Guayaquil después de dejarme orden le siguiera.

Viaje a Guayaquil con Sergio Pérez, octubre de 1895

Partí a Guayaquil, con el general Sergio Pérez, uno de los amigos más estimables de los que había adquirido en tal época, por la fuerza de su voluntad, su inteligencia clara, su buen juicio, la lealtad de sus procedimientos.

- "Le oí al General Alfaro que iba a mandarlo a Ud. de Cónsul a Inglaterra", me dijo.

Ya se verá la causa por que fracasaron estas buenas intenciones.

Mi llegada a Guayaquil no fue silenciosa. Habían circulado las frases siguientes:

"¡GUAYAQUILEÑOS! Hoy arriba a nuestras playas el mártir del Radicalismo ecuatoriano, ese gran carácter, única reliquia del glorioso drama del SEIS DE AGOSTO de 1875, ROBERTO ANDRADE: y como un acto de reparación y justicia, esta libérrima ciudad, lista siempre a rendir tributo y admiración a los libertadores de la patria, debe prepararse para recibir dignamente a tan ilustre huésped.

" Acudamos, pues, en tropel, al Malecón. a saludar a ese héroe que, ni la venganza terrorista, con su tenaz persecución de 20

años consecutivos, ha podido abatir su altivez, ni hacer dudar ni un instante. del triunfo de su ideal político.

RADICALES.

Guayaquil, octubre 28 de 1895."

Un gran hombre: Carlos Alberto Flores

En Guayaquil no me vi inmediatamente con el jefe: pero fui recibido por la juventud liberal con entusiasmo. Una sociedad llamada Democrática, numerosa y formada por patriotas fervorosos, tuvo una sesión, a la cual concurri por invitación de todos. En honor mio se pronunciaron muchos discursos: yo no di ni las gracias, porque me corté y aturrullé. A bordo del vaporcito que me trajo desde Durán, conocí a *Carlos Alberto Flores*, jovencito, pero de los más abnegados y leales, perseverante, benévolo, ilustrado, de carácter muy noble y muy prudente: me ha acompañado en conflictos y desgracias, me ha auxiliado en angustias, me ha defendido como si fuera yo su padre. Moriré sin haberle retribuido ni un servicio. Siempre hemos sido Cástor y Pólux, o mejor dicho, padre e hijo, y no he descubierto en él ninguna incorrección: probablemente él no ha visto en mi cosa reprehensible.

Alfaro se da por reconvenirme en público

Debo declarar que la vida palaciega, el hábito de peticiones y súplicas, así como el de majestades sobrepuestas, no son para mi modo de ser: *las humillaciones me repugnan y las ficciones me irritan*. Disminuyeron mis visitas al caudillo, desde que comprendí que no iba a visitar al amigo, sino al jefe, porque sus reconvenções me ofendían, cuando eran en presencia de extraños, y ofendido me cortaba, porque no me era posible la devolución de la ofensa. Dias corrieron sin que visitara a Alfaro.

Luis F. Carbo intriga a Alfaro contra mí. Palabras de José Luis Alfaro

Un día vinieron a mi habitación el coronel José Luis Alfaro, a quien estimaba yo muchísimo, y tres o cuatro oficiales distinguidos, y todos me insinuaron fuera a revelar al caudillo, que se iba desacreditando en Guayaquil, porque posponía a los libertadores verdaderos, a personas que le habían acompañado en la contienda, y prefería a quienes habían sido

adversarios. El coronel José Luis Alfaro era hermano mayor de Eloy; pero este no le daba oídos, acostumbrado a ser el primer jefe, como ha sucedido siempre en estos casos. Privadamente me dijo el coronel:

"Conviene que le haga Ud. saber que Luis Felipe Carbo, quien partió el primero al encuentro de Eloy, cuando este vino del destierro, no le ha dado informes buenos. Carbo está desacreditado en Guayaquil, porque se presentó como contrario de Eloy, apenas acaeció el movimiento del 5 de Junio; él difundió la voz de que no debía elegirse Jefe Supremo; él reprobó el fervor de la señora Gamarra de Hidalgo, quien remitió dinero a Eloy, para que viniera a este puerto. Eloy fue elegido, porque se atumultuaron los guayaquileños e impusieron el nombre de mi hermano a la corporación electora. Carbo fue a ver a la señora Gamarra, acto continuo, y le dio enhorabuenas por el triunfo, entre las risas de algunos concurrentes, que conocían el modo de pensar de Carbo interiormente. Carbo se apresuró a ir a encontrar a Eloy en el vapor, para prevenirle en contra de los informes que, de seguro, le darían; y como era la hora de la alegría, pudo convencer a Eloy de algunas cosas. *El fue el primero que informó en contra de Ud.*, exagerándole el odio del pueblo ecuatoriano. Para nosotros es un patriota y un héroe, le dijo; pero para el pueblo es un delincuente desvergonzado; y preciso es respetar esta opinión, por lo menos, hasta que Ud. se consolide en el poder. Evite Ud. darle algún empleo distinguido. En este momento está Eloy empeñado en darle a Carbo el nombramiento de Ministro en los Estados Unidos y en Europa."

Todo esto me pareció creíble, y comprendí el trato frío de Alfaro en Quito.

No se me acuerda en que términos me habló del diario "El Globo" el coronel, combatido o favorecido por el Jefe Supremo. Debo declarar que no me previne contra Carbo, porque ya conocía su procedimiento conmigo, referido, poco antes, por otro: dados el convencimiento y la firmeza de Alfaro, no me importaban informaciones de esta clase, al principio fui y hablé con él: me reconvino, porque había tardado tanto tiempo en verlo. Empecé por decirle que se estaba desprestigiando en Guayaquil.

"¿Cómo lo sabe Ud., si acaba de llegar, y si aquí no tiene Ud. muchas relaciones?"

-Lo sé por le Coronel José Luis, le contesté; y Ud. sabe que no es fuente despreciable.

-A José Luis le están engañando los abogados cuencanos, quienes ya aparecen como enemigos. Tengo ya conocimiento de esas ideas, que son falsas.

Nada hablábamos todavía de Carbo, cuando apareció éste en una de las habitaciones interiores. Reparele yo cuando se encontraba lejos: reparó también él en mí y se detuvo. Vi la sorpresa en sus ojos. Iba a regresarse, pero se resolvió a entrar: esta vacilación denotó que quería reflexionar un momento. Desde lejos me tendió los brazos.

-"No te he visitado, me dijo, porque para nada tengo tiempo."

El General salió y quedamos solos.

- "Ahora estoy preparando mi viaje," continuó.

- Sé que te vas de Plenipotenciario.

- "Pero si se te ofrece algo, dímelo, porque siempre he estado dispuesto a servirte. Algo hemos hablado con el general Alfaro, respecto a un puesto distinguido para ti, y no dudo que lo hallaremos"

Nos despedimos y no nos volvimos a ver, porque a los pocos días, partió a Washington. No suponía yo que me sería útil la influencia de Carbo en el ánimo de Alfaro.

Mis hermanos

Editorialista del periódico de Serrano. Ataque a Alfaro.

Necesitaba yo dinero, y buscaba como trabajar.² El que ha cometido delitos, cuida de ocultarlos, para mejorar de posición: yo no trataba de mejorar la mía, sino en lo conveniente al bien público, en la esfera en que me hallaba, esto es, en la de escritor. Mis emolumentos serían indicados por el Jefe Supremo, según su ofrecimiento, porque él conocía mi vida, mis

2.- Manuel de Jesús Andrade en "Andanzas de un colombiano" pág. 126 refiere que él visitó a don Roberto Andrade en el hotel "Gran Cardenal" en Guayaquil hacia octubre de 1895. Que poco después el Dr. Alejandro Villamar propúsole el nombre de Roberto para redactor del periódico "La Democracia" cuando éste ya estaba hospedado en una casa del Astillero, propiedad de un comerciante Moscoso. Se comprometieron a pagarle 150 suces mensuales, pero por su estrecha situación, Roberto pidió 2 meses por adelantado para poder traer a su familia de Quito. Luego indica que al finalizar el año, la esposa del coronel Zenón Sabando, propuso a Manuel de Jesús la Rectoría del Olmedo en Portoviejo, pero como éste no aceptara, le dieron el nombramiento a don Roberto.

posibilidades y la situación estrecha en que me hallaba, sabía la muerte reciente de mi padre; sabía que los hijos componíamos familia numerosa; sabía que estábamos *forzados a vender nuestras haciendas*, para satisfacer a los acreedores de nuestro padre. Se hallaban mal trabajadas; y él, quien nos conocía a todos, nos había prescrito que nos retiráramos de la agricultura y nos dedicáramos al servicio de la patria. Algún tiempo después había dicho al Sr. Frandín, Ministro Diplomático de Francia, quien me refirió a mí, estas precisas palabras: "todos estos jóvenes son indispensables para el servicio de la patria". Eramos Daniel, Modesto, Julio, Carlos y yo. *Daniel* llegó a ser Gobernador de las provincias del Chimborazo y del Pichincha, Intendente en esta última, diputado y senador; *Modesto*, Gobernador del Carchi y Diputado, y peleó en varios combates; *Julio y Carlos*, militares, son bien conocidos; yo no había cometido delito, nada tenía que ocultar, y mi profesión era conocida. Conocedor de mis circunstancias, el general Serrano, de Machala, vino a verme, y me habló de que "La Democracia", diario liberal, era de él, y quería que yo lo redactara: yo no lo leía; pero sabía que el Dr. Felicísimo López, el coronel Arsenio Ullauri, el colombiano D. Manuel Lozada Plicé, amigos míos, lo escribían; y ni se me ocurrió que podían ser enemigos del Gobierno. Acepté, pues tenía vivísimos deseos de combatir con la pluma, a enemigos, que eran muchos, en una nación que empezaba a redimirse. No escribía sino los artículos editoriales, y ni siquiera leía el resto del periódico. Me parecía ocupación pasajera, por satisfacer la urgencia de ganancia, y no me consagraba a aleccionar, a pelear hasta obtener la victoria. Me afligía la indiferencia de Alfaro. Una vez vino a referirme un soldado, compañero nuestro en la campaña de Esmeraldas, cierta arbitrariedad con él en un cuartel, y *en el periódico aludí, no sin alguna mordacidad, al Caudillo*. En la creencia de mi popularidad en Guayaquil, y presumiendo se aumentaría la venta del diario, habían puesto los empresarios "Redactor, Roberto Andrade". Leyó Alfaro mi escrito, relativo a la queja del soldado, según él mismo me lo dijo: pero no se dio por entendido. Un día me mandó llamar, y fui. Olmedo, su hijo mayor, estaba allí:

- ¿Ha leído Ud. "La Democracia" de hoy, me dijo Olmedo.

Sorprendí una guiñada del padre al hijo, y respondí:

- Yo escribo en aquel diario; pero no lo leo todavía.

Por la guiñada no continuó el diálogo.

Ignacio Robles contra mí.

No me acuerdo del asunto para el cual me había llamado el general. Apenas salí, lei "La Democracia", y vi un artículo ofensivo al general Alfaro en la crónica: averigüé quien lo había escrito, y supe que fue uno de los cronistas colombianos. A poco, recibí otro recado de Alfaro, y acudí:

- "Debe Ud. estar quejoso de mí, me dijo. Nada he hecho por Ud.; pero de mí no ha dependido. Casi todo el Ministerio es enemigo terrible de Ud.: pronunciar su nombre, en medio de él, es reventar una bomba de dinamita. Anoche volví a tratar de enviarle a Alemania, con el objeto de que trajera profesores de uno y otro sexo, para la fundación de escuelas normales, y sucedió lo que anteriormente. El Ministro Robles, en especial, se levantó, gritó y protestó".

- ¿Pero Ud. se indignaría?

- Quise saber las razones de tanto odio.

- Había una, proferí, sin exasperarme. La culpa es de Ud., general.

- ¡Mía! y ¿por qué?.

- Porque ha buscado ministros en las camarillas de Caamaño, de los conservadores y entre los que nada han hecho por el progreso de la patria.

- "Eso no ha sucedido por culpa mía, sino por la pobreza de los liberales. Ud. sabe que mi primera ocupación será la construcción de un ferrocarril: lo construirán los norteamericanos; y ellos, *si me ven rodeado de ministros pobres, se irán, comprendiendo que no podrán trabajar en nación igualmente pobre. Uno de mis ministros me ha ofrecido dar, de su peculio, cuatro millones para esta obra*".³

Los ministros, en efecto, eran los señores Robles, Seminario, Morla⁴ y otros más o menos ricos. Otro de los ministros fue también el Sr. Francisco P. Roca, muy liberal y honorable aunque no muy rico.

- ¿Y qué razón da el Sr. Robles, que justifique su indignación contra mí?, pregunté.

- La dan los conservadores, esto es, la de que Ud. es conspirador del 6 de Agosto.

³.- Modernos estudios han evidenciado lo grave que fue la Alianza de Alfaro con la bancocracia porteña, aunque evidentemente no le quedaba quizás otro camino. ver los trabajos de Manuel Chiriboga Vega y de Andrés Guerrero sobre el cacao.

⁴.- Sobre los Morla puede verse el trabajo publicado en 1988 en Estudios Histórico-genealógicos Tomo 2. Pág. 79.

- Presumo que no es esa. Ha de acordarse Ud. de que en Lima nos narraba que en 1864 fue Ud. de aquí a Lima, todavía adolescente, a hablar con el General Urbina, acerca de un movimiento político liberal, y que a Urbina le encontró en compañía del general Robles, padre del actual ministro: "Robles me pareció persona vulgarísima", nos dijo Ud.; y apenas se separó del general Urbina, tuve la ligereza o niñería de decir a éste:

¿Cómo nombró Ud. Presidente a ese hombre? Sin nombrar a Ud. cité este hecho en mi obra "Montalvo y García Moreno", en donde la ha leído su ministro.

- "Sea esa la causa o no sea, lo cierto es que yo no puedo cambiar el ministro".

- No lo cambie, está bien; pero no deje Ud. que de aquella manera me deshonren. Yo he servido a la patria y he padecido por ella, y el Sr. Robles no, y ha permanecido en holguras ligado con tiranuelos como Plácido Caamaño.

Alfaro impide una encerrada contra mi persona. Generosidad de doña Carmen Santisteban de Robles.

Sali profundamente indignado; y convencido de que mi ruptura con el Jefe supremo, era ya inevitable, escribí un editorial ofensivo al Sr. Robles y lo imprimí en "La Democracia". El escándalo fue grande, porque el Sr. Robles era de influencia, y el pueblo consideraba que yo era amigo íntimo del general Alfaro. El primer paso de Robles fue mandar comprar todos los ejemplares de "La Democracia", y el del general Alfaro pedirme, por medio de nuestro amigo el Dr. Felicísimo López, viera como suavizar el golpe, de la manera que me fuese posible. Comprendí que mi proceder no era muy plausible, porque dificultaba las operaciones del Caudillo; pero si provechoso para mí, porque me daba alguna autoridad, ya que verdad y justicia eran mis fines. Algo continué publicando en mi diario, no en vía de retractación, pues habría sido villanía, pero si de miramiento al Gobierno. Por la noche supe que el Sr. Robles había encerrado en su casa a 80 peones cacaoteros de sus haciendas, con la mira de que formaran ruido alrededor de mi casa, auxiliados por el populacho curioso, amenazándome e insultándome.

Este hecho se llama en Guayaquil *cencerrada*. Varios jóvenes guayaquileños, mis amigos, y también mi hermano Julio, ya Coronel se hallaban esparcidos en los cuerpos de ejército: acto continuo buscaron al Sr. Hidalgo, Intendente de Policía, y le suplicaron evitara, porque de lo

contrario, saldría la artillería a impedir la *cencerrada*. El Intendente informó al general Alfaro, y éste mando llamar a Robles, quien no aparecía. El Jefe Supremo fue a la casa y hablo con la señora Carmen Santisteban, madre de Robles, quien, generosa, mando a los peones a las fincas, con lo cual se disolvió la *cencerrada*.

Tomé la resolución de prescindir de la política, la obra de toda mi vida y la más conforme a mis inclinaciones, porque lastimaba a Eloy Alfaro, sin ninguna mala intención de mi parte, y él no podía el desbaratamiento del obstáculo, no por debilidad o cobardía de él, sino porque no quería desagradar a quienes ofrecían ayudarlo y lo podían. Claro es que yo no trabajaba así en pro de mi patria. Acogerme a la agricultura era una derrota; pero ¿quién me la imponía si no el infortunio? ¿Podía yo continuar la lucha contra éste, si ya había yo peleado 20 años con constancia, y no había podido vencerlo? Mis inclinaciones literarias eran como las políticas, y a unas y a otras había que vencerlas, si mi resolución era vivir.

Ambivalencia del caudillo

Recibí otra ofensa muy grave de Alfaro: hubo una reunión de liberales en los salones de la Gobernación; y vino Miguel Valverde, en nombre del Caudillo y me invitó. Al entrar, comprendí el enfado de este último, porque no me presentó a sus ministros: dile la razón, porque ninguno de ellos quería dar la mano a un asesino: ellos eran pulcros, ímpolutes: a nadie habían nunca defraudado, y adoraban a sus semejantes, inclusive el más feroz tirano. Si no me sali, fue porque mi salida hubiera parecido humillación. Con quien me ha mostrado mal gesto, no he saludado en el Ecuador jamás. Reconvine a Valverde, y él me confesó no había habido invitación de Alfaro. "A veces no se cómo proceder, dije al Dr. López: no me es posible dominar mi ingenuidad".

Mi familia en Guayaquil

Acto continuo de irrogada una ofensa, Alfaro me dispensaba alguna demostración cariñosa: parece que temía que mi desagrado no tuviese término. Por medio del Dr. López, me mandó una suma de dinero y la *insinuación* de que trajera a mi familia. Vinieron mi esposa y mis hijos; pero la dificultad con ellos aumentaba. Ya Alfaro había buscado medios de subsanar el conflicto, aunque con recursos que parecían paliativos.

Aparecieron dos personas de Manabí: el coronel *Ciro Dueñas*, hombre honorable, y el Sr. *José María Freile*, enviados por el coronel *Zenón Sabando*, gobernador de aquella provincia, para pedir al Gobierno me mandara de Rector del Colegio *Olmedo de Portoviejo*. Ya yo comprendí que era obra del general *Alfaro*. Los comisionados hablaron con él, y él les mandó al Ministro de Instrucción Pública, D. *José Domingo Elizalde Vera*. Apenas oyó la petición, dijo: "Me cortaré la mano antes de firmar un nombramiento de esa clase para *Andrade*". Me dieron esta noticia. A las pocas horas recibí el siguiente recado del Sr. *Elizalde Vera*: "El Ministro de Instrucción Pública desea ver en su despacho al Sr. *Roberto Andrade*". Llegué y fui bien recibido, tanto que el anciano ministro interrumpió sus faenas y se retiró a hablar conmigo en privado.

- "He deseado hablar con Ud., me dijo, y me ha complacido su venida. Va Ud. a ser nombrado rector del Colegio *Olmedo*. Hemos facultado al Gobernado de *Manabí* para que elija rector, y acaba de decir, por telégrafo, que elige a Ud."

CAPITULO XXVII

EN MANABI

1896

Llegada a Manabi

Dile las gracias, le pedí instrucciones, cambiamos cumplimientos y sali. A la brevedad posible, me embarqué y partí con mi familia. Desde luego, me agradó la provincia de Manabí, a pesar de su poca actividad; efecto de la somnolencia, poblaciones sin estímulos: nacen, viven y mueren sin alcanzar otra cosa que la que hallaron al nacer. Hay haciendas muy ricas: mucho ganado, mucho cacao, mucho café, mucha caña de azúcar, mucha tagua, tubérculos, cereales, legumbres, frutas sabrosísimas. Entre las industrias, la más generalizada es la de sombreros de paja toquilla. No había ferrocarril, ni alumbrado eléctrico, y las poblaciones era de las comunes. En Manabí hay mayor número de puertos marítimos que en las otras provincias, todos seguros, pero ninguno ni asomo de muelles: en Manta se desembarca a espaldas de peones. Hay hombres empresarios, industriales; y mujeres inteligentes y bellas; pero poco o nada pueden hacer, en orden al progreso general.

El clima es envidiable. Falta inmigración, porque no es muy conocida la Provincia, y por lo mismo, faltan hombres de trabajo

De Rector del Olmedo. La casa de Schumacher. El cura Gómez de la Torre

En Manta residía el anciano D. José Moreira, manabita ilustrado e inteligente, cuya conversación me ayudó en el conocimiento general de la provincia. A pocas millas de Manta, tierra adentro, está la villa de Montecristi, donde nació Eloy Alfaro: *en la plaza principal está la casa; pero ya en ruinas*: la población se enorgullece de ella; y pronto la ha de reconstruir un buen gobierno, dedicándola a algún servicio útil a la patria. *La villa es pequeña, no muy poblada, y un tiempo fue capital de Manabí.*

Una de sus industrias principales es la fabricación de sombreros de paja toquilla, que llevan el nombre de Jipijapa, población no muy alejada de Montecristi. La capital es ahora Portoviejo. El coronel Zenón Sabando, valeroso teniente de Alfaro, en la época de aquellas patrióticas contiendas, gobernador después de la provincia, fue quien *me dio*, para instalación del colegio, *el mejor edificio de la ciudad*, construido por el jesuita Schumacher, alemán, traído por García Moreno, y más tarde obispo de Manabí, por influjo del Presidente Caamaño. El edificio propio del colegio estaba en ruinas. La casa de Schumacher, en las afueras de la ciudad, próxima a un arroyo pintoresco, era alta y vasta, bien construida y solitaria: rodeábanla pequeñas praderas y bosquetes, la mayor parte de árboles gigantescos de mangos, a cuya sombra podían acogerse batallones. Los aposentos eran muchos, en los que habitaban jovencitos, traídos de Alemania por Schumacher, para que sirvieran de curas, luego que él los ordenara de sacerdotes católicos.

Manabí estaba llena de aldeas, y cada una tenía necesidad de un cura. Un sacerdote ecuatoriano, de apellido Gómez de la Torre, era quien adiestraba a los jóvenes, enseñándoles desde la lengua castellana, y luego todas las ceremonias y exterioridades eclesiásticas. Cuando ya, según la opinión del obispo, estaban aptos, él les confería las órdenes y les iba distribuyendo en las aldeas. Referían las señoras de Portoviejo, que un Viernes Santo predicó un joven alemán respecto a la muerte de Jesús: "No se puede dudar de que nuestro Señor Jesucristo murió como un jumento", dijo, produciendo risa en todo el auditorio.

Publico el libro "Seis de Agosto". Nobleza de Antonio Gil. Exito en el público. Silencio en la prensa.

El palacio de Schumacher se hallaba provisto de muebles, todos alemanes, y de varios de los elementos, necesarios a una morada episcopal: biblioteca, imprenta, ropa de obispo, menesteres eclesiásticos. Como la Imprenta del colegio no era mala, resolvíme a publicar el libro "Seis de Agosto, o sea muerte de García Moreno", cuyo manuscrito se salvó, cuando en Guayaquil me apresaron, como ya lo tengo referido. El guayaquileño *D. Antonio Gil*, grande, útil y generoso amigo mío, *me mandó papel* de su ciudad natal, y la obra salió a luz, con sorpresa de los ecuatorianos, quienes la devoraron, curiosos. *La prensa no dijo un término*, como ha sucedido con cuanto libro he publicado, menos con uno; y para gloria mía, *como sucedió con todos los libros de Montalvo*. Las causas

debieron de ser diferentes, no hay duda: a Montalvo no le contestaron, porque no tenían argumento satisfactorio, y a mí, por indiferencia o desprecio. La verdad es que dije yo la verdad, y que mis enemigos se sintieron abrumados: el desprecio fue apariencia; y yo lo comprendí muy bien. "con este libro, ha puesto Ud. a sus pies a los conservadores", me dijo Alfaro. Lo malo fue que él no me ayudó y me dejó en medio camino, merced a las intrigas de *amigos*, cosa que se verá en el curso de estas páginas. Respecto a mis amigos, su silencio reveló que ellos consideraban más a mis enemigos que a mí, lo que no me lastimó, porque es fácil de explicarse: ellos eran legión, y yo uno, sin poder, sin riqueza, sin ninguna importancia, en el orden común de la existencia. Particularmente, me felicitó gran número; pero por la imprenta, nadie. Júzguese por ahí si prevalecía la justicia en mi patria, recién salida de la escuela de los conservadores, en la que los jesuitas son maestros. Los jesuitas, mis únicos contradictores hasta el día, no han podido ocultar hechos fehacientes. Poco a poco se fue notando el efecto de aquella exposición tan sincera y espontánea, echa con el objeto de enseñar, no de fanfarrrear ni de ofender. Hombres hay todavía que me están llamando *sin vergüenza*, y pocos han conocido que hay virtud en mi franqueza. No puede ser domesticada la envidia, pasión en bestias feroces.

Terremoto en Portoviejo.

Sobrevino un terremoto una mañana. En mi casa no estábamos sino miembros de familia. Una de mis hijas, niña, salía del dormitorio y corría hacia mí, pues me hallaba en la puerta del rectorado.

-¿Quién empuja la casa, papá?, venía diciendo.

Como estaba cerca la escalera, tomé en brazos a mi hija y bajé precipitadamente. La portada daba al patio, y en lo alto de ella, había una torre elevada, que terminaba en un nicho, con un San José de plomo, de un metro de altura. Al salir del portón, con la niña en brazos, cayó la imagen, rozando el vestidito de mi hija. El suelo era arenoso, y aquella de un metro se enterró algunos milímetros. Fue casual nuestra salvación: habríamos sido triturados, sin un retardo que duró lo que un parpadeo. Subí rápidamente en pos de los demás. Hallé a mi esposa arrodillada y abrazada de sus hijos: ya iba terminando el terremoto. En la población hubo algunos estragos en los edificios; pero no desgracia personal. Mucha gente quedó sin abrigo. El Dr. *Felicitísimo López* y D. *Pastor Intriago* fueron enviados

a Manabí por el gobierno, en socorro de los damnificados; y en aquellos días se efectuaron las elecciones para legisladores.

Alfaro contra mí, por dar gusto a un gamonal.

Algunas personas también habían traído instrucciones para las elecciones. Una persona de Manabí recibió del Presidente el siguiente telegrama, y me lo mostró: "Aténganse a la lista que les presentará D. Pastor Intriago. *Roberto Andrade ha declarado guerra al Gobierno.* y no merece ser legislador. Eloy Alfaro". El coronel Sabando había indicado mi nombre al general Alfaro, y este lo rechazaba, acordándose de Robles. Todavía no procedía yo con calma, y el siguiente telegrama: "No es Ud. quien debe nombrar legisladores: si Ud. me rechaza, acusaré a Ud. ante un juez, que será la posteridad". Nada contestó y probablemente no se opuso, porque salí elegido diputado.

Diputado y en Guayaquil. Me alojo en el hotel California

Partí a Guayaquil, y llegué en la noche del 5 de octubre de 1896, cuando toda la ciudad estaba incendiada. Un hotel llamado "California" se había salvado del incendio, y allí acudí, en alta noche. Allí conocí a los doctores José Peralta y Gabriel Ullauri, ambos diputados de Cuenca. Habían oído hablar de mi elección de diputado, a pesar de la oposición del general Alfaro, y conjeturaron que ya era yo enemigo de éste último.

- Es necesario que pensemos en la organización del Partido Liberal, me dijo el Dr. Peralta: no es posible que continúe debajo del cacique de Montecristi.

Contestéle con la argumentación que empleé con el Dr. César Borja, algún tiempo antes y en Lima, de la cual hablaré cuando trate de la exaltación de este inteligente médico.

Mi defensa de Alfaro ante Peralta.

- Paréceme que el general Alfaro es el mejor caudillo del Partido Liberal, dije. Quizá por mi largo destierro no he conocido los méritos de Uds.

- Ni el Dr. Peralta ni yo pretendemos ser caudillos, dijo el Dr. Ullauri. Pero si tenemos el suficiente juicio para comprender que Alfaro no es bueno para un puesto subalterno.

Mi contestación fue vehemente: nunca la revelé a nadie: revélola ahora, para que se conozca en la posteridad, que no todo el Gobierno del general Alfaro se compuso de liberales sinceros, sino de acomodaticios, que lo arrastraron, al fin, al precipicio. El Dr. Peralta es hombre de talento, ilustrado; pero sin conocimiento de la dignidad ni la honra.

- Tal vez Uds. no conozcan bien al general Alfaro. repliqué: él se enriqueció con su trabajo honorable en Panamá, y ha logrado todo su dinero y el de su familia en la política; con un desprendimiento que Uds. no deben ignorar, pues en un mensaje, regaló a la nación todo cuanto, hasta entonces había invertido; él ha conspirado varias veces, con una perseverancia en el Ecuador sin ejemplo; él es valiente hasta el verdadero heroísmo; él es el más popular, entre los liberales de acción; él es apto para el Gobierno, como lo demostró en los decretos de reformas, expedidos en los pocos meses en que estuvo de Jefe Supremo de Manabí y Esmeraldas; él, con su actividad y sus consejos, con sus amistades valiosas y su crédito, evitó una guerra en Centro América: él ha conspirado contra los tiranos y contra los gobiernos inútiles y malos, desde García Moreno en adelante, y no se ha deslustrado en la menor de sus acciones; él es fuerte, expedito, inteligente, el mejor de los patriotas y brazo muy poderoso de Montalvo.

Mi manera de hablar, si no convenció a mis interlocutores, si les impuso silencio, y nos separamos para no unirnos sino cuando ellos tomaran mi camino.

Antecedentes de Manuel Benigno Cueva

De Presidente de la Convención fue elegido el diputado por Loja, Dr. Manuel Benigno Cueva, y a mi fue debida la amistad de él con el Jefe Supremo. En mi destierro en Lima, hablé con un *imbabureño*, llamado Julio Viteri, residente en Loja, quien me indicó los nombres de varios liberales lojanos, con el objeto de que yo les escribiera, pues sospechaba preparáramos nuevas invasiones. Escribí al Dr. Cueva y al Dr. Juan Ruiz, mi condiscipulo en la Universidad de Quito. Ambos me contestaron conmovidos, porque conocían mi historia. Hablé al Dr. Cueva de la candidatura del general Alfaro, y él quiso retardarla. Este general se hallaba en Centro América. Cueva aceptaba la revolución, y así le escribí a Alfaro, quien me contestó le invitara a entrar en acción, ofreciéndole armamento enviado por él. Aceptó y señaló puerto y persona, a quien debían dirigirse los pertrechos. En aquellos días me llamó Alfaro, y yo caí preso en

Guayaquil. Pasados los tiempos y después del triunfo de Gatazo y la entrada del Jefe Supremo a Quito, el Dr. Cueva había llegado a Guayaquil, donde el Consejo de Ministros le aprehendió, informado de que era terrible enemigo. Desde la prisión, me escribió a Quito. Presenté la carta al Jefe Supremo, y él ordenó le pusieran en libertad. El y el Dr. Ruiz fueron elegidos Diputados en Loja. Se conocieron y trataron Alfaro y Cueva, y el primero, conociendo las aptitudes del segundo, indicó a los diputados le eligieran Presidente de la Cámara. Me dijo el Dr. Cueva que Alfaro le había invitado a almorzar y preguntándole si era cierto que mi comportamiento en la Cámara era bueno. "¿Y por qué lo duda Ud.?", le había contestado. "Andrade es el mejor amigo de Ud., según me han dicho". Mi primer paso fue defender a Alfaro, contra una alusión ofensiva de Peralta.

Mi cortedad y vergüenza frente a Ignacio Robles.

Ocurrió en aquellas sesiones un incidente, en el que demostré inexperiencia, cortedad, falta de tacto social: proponía yo a la Cámara se aceptase en la Constitución el principio de igualdad de representación por distritos. Antes se dividía el Ecuador en tres distritos, Guayaquil, Quito, Cuenca, y cada uno elegía diez legisladores, siendo como es, menos poblado Guayaquil: Quito y Cuenca eran más poblados; pero *los pobladores eran, en su mayor parte, plebe e indios ignorantes*. Lo que se deseaba era que fuesen electores los que conocían sus deberes y derechos políticos, y por eso se dio preferencia a Guayaquil. García Moreno modificó este artículo: poca influencia podía tener el clero en Guayaquil, no así entre los indios, ignorantes, quienes elegirían diputados, a satisfacción de aquel gremio. Concluido el discurso, salí a la Secretaría, a donde me siguió el diputado *Sr. Ignacio Robles*, a quien yo había ofendido, a darme parabienes: le recibí secamente, y hubo de retirarse, sin expresar bien sus sentimientos. Mi conducta no obedeció a rencor, sino a la cortedad, a la vergüenza. Aquella era la ocasión de reconciliarnos, y así, sin la menor duda, lo había pensado el Sr. Robles: lo impidió mi encogimiento. ¡Si él hubiera conocido mi alma! Fue grande mi satisfacción, al oír sus conceptos; pero grande mi turbación, como si yo hubiera sido culpado. Esta es condición mía, la que indudablemente proviene de que mi niñez la pasé en una aldea, en la que no traté sino con campesinos. *Generalmente he sido tardo en la concepción de una idea y en la réplica, porque me he dejado ofuscar por la pasión*. Pero la vergüenza es prenda

altísima: nunca la perdí, aunque sí he perdido varias ocasiones de elevarme.

1897. *En Quito. mi amistad con Harman.*

La conversación continuó en Quito: poco tengo que hablar de ella, porque ya lo hecho en obras anteriores. Diputado distinguido fue Abelardo Moncayo, quien fue Presidente de la Cámara, pues el Dr. Cueva pasó a Ministro de Estado. Fue digna la conducta de los legisladores en aquella histórica asamblea: no fue conocido el soborno, a pesar de que se trataron asuntos importantes, como la construcción del ferrocarril. A mí me propusieron participación en el petróleo, personas que proyectaron emprender esta industria. Mr. Harman llegó a tener confianza en mí, como yo la tenía en él; pero nunca me hizo el menor regalo: pequeñas cantidades de dinero me daba, para que yo las pusiera en manos de encargados de buscar minas en Oriente, y de periodistas que escribieran en favor de la venta de las islas Galápagos. Yo era partidario de esa venta, hasta que Alfaro me manifestó que él no entraría en tal negocio. Si se vende el Archipiélago, debe ser cuando el Presidente sea como Alfaro, incorruptible, previsor, activo y enérgico. Si es un Caamaño, un Plaza u otro semejante, habrá que escribir un epitafio al Ecuador. "la dictadura de Ayora, en 1926", acaba de decir un escritor de esperanzas, "convirtió a la mayoría de los ecuatorianos en mercaderes". Es recto y justiciero el que así escribe; pero no siempre, no en todo. Ayora no puede ser comparado con Plaza, el verdadero propagador de la corrupción que ahora predomina. Juan José Flores y Leonidas Plaza, mandaron en el Ecuador y le legaron esta afrenta: la de Flores se estaba extinguiendo, merced a Montalvo y a Alfaro; la de Plaza no desaparecerá, si no vienen otros apóstoles como éstos.

Un abrazo con Alfaro. Gestiones amistosas del Gral. Franco

Debo referir que yo no me presenté al general Alfaro. sino que él me atrajo. Cuando estuve en Quito, él me mandó saludar con el general Morales. Un día me encontré con el *general Franco* en la calle; y él, sin advertirlo yo, me llevó frente a la casa del Presidente. Al vernos pasar, el coronel Vargas Plaza, en pie en el portón, se acercó, me tomó del brazo y quiso llevarme a dicha casa. Me resistí, al principio; pero luego reflexioné que cometía yo un disparate, si era claro el desecho del general de reconciliarse conmigo. *Alfaro me abrazó con emoción.* Ni él ni yo dijimos

un término; y después de un rato, pasamos a hablar de los asuntos públicos.

- Venga Ud., venga todos los días, venga a almorzar y a comer, pues hace Ud. falta, me dijo, al despedimos

Mientras duró la Convención, vivía yo en *Quito*, con mi madre y mis hermanas, saboreando las delicias de mi niñez y adolescencia. Hacíanos falta mi padre; pero ya todos sus hijos estábamos formados, y continuábamos la lucha, sin separarnos de su ejemplo. Mi padre fue un *chagra* perillustre. Cinco éramos los varones y cuatro estábamos de legisladores, por diferentes provincias, sin que nadie hubiese buscado tal honor. Todos éramos unidos, y ninguno víctima de vicios.

Las obras de Montalvo.

Alfaro me habló de la importancia de imprimir los escritos de los principales liberales antiguos y modernos, como Espejo, Mejía, Morales, Quiroga y otros patriotas de 1810; las de Hall, Moncayo, Rocafuerte, Carbo, Rinfrio, Espinel, Borrero, Malo, Vásquez, Aguirre, Vivero, Campos, Montalvo. Propuse a la Cámara, y aceptó, con la condición de que la erogación fuese anual, por la pobreza del erario, y de que se diera preferencia a Montalvo, muchos de cuyos escritos estaban inéditos. La primera suma designada fue de 40 000 sucres. Fui yo el encargado de esta diligencia, y se designó Barcelona para la impresión de estos escritos. Son curiosos y aflictivos los accidentes de esta empresa, y serán referidos en el curso de esta obra.

Entonces volví a ver a Plaza, pues se hallaba también de diputado, porque quiso favorecerlo el general Alfaro. Se ausentó en breve a Centro América, por no se qué urgencia personal. Contribuí yo a darle el grado de general como lo tengo referido.¹

Regreso a Manabí. 1897. Mis alumnos

De regreso a Manabí, empecé de nuevo la enseñanza. Los profesores no eran malos, pero poco adelantaban los alumnos, a causa de la absoluta indisciplina. No pasaban de 60, y la mayoría era ignorante, de manera que no había cómo formar clases diferentes. Se me acuerdan los nombres de algunos alumnos, como *Juan Idelfonso Mendoza*, *Medardo*

1.- "Campaña de 20 días". 11 y 12. (R. A. R.)

Cevallos y otros, niños inteligentes y dóciles, estudiosos y de buenas costumbres. Quizá todos eran inteligentes; pero difícil era aprovecharse de esta prenda. La mentira era otra enfermedad que a todo alumno inficionaba. Nadie sospechaba que en la mentira había maldad, y todos la acostumbraban como ocurrencia ingeniosa. Pocos padres se preocupaban de la infección de la mentira; al contrario, la fomentaban, por entretenimiento, por recreo. Mientras mejor mente un niño, es más ingenioso, más amable. ¿Y cómo no va a mentir, si tarde y mañana oye a sus padres mentiras, ya al manifestar regocijo por una visita que, a solas, la llaman fastidiosa; ya al llorar por una ausencia que les es muy grata; ya al estrechar entre las propias unas manos que desean ver quemada? Si reflexionamos en el mal de la mentira, comprendemos que este mundo es un infierno, y que lo preferible es no nacer. Se yo que nací, que vivo, que he de morir; pero no se de dónde vengo, en dónde vivo, a dónde voy. Presumo que en la tierra está el principio de la vida, ¿o proviene de otra parte? Todos mis semejantes me enseñan; pero sus enseñanzas no son terminantes, sino basadas en especulaciones, más o menos evidentes. Es cierto que la tierra proviene del sol; pero el sol... ¿de qué proviene? Toda la humanidad ha afirmado que de Dios; pero a Dios nadie lo conoce, y la humanidad no ha tenido con quién consultar. Dios, es, hasta ahora, hijo la humanidad. Los fundadores de religiones, como Confucio, Zoroastro, Krishna, Budha, Brahma, Cristo, Mahoma, llaman a Dios Todopoderoso, Supremo en todo linaje de divinos atributos, y *ellos se han rodeado de toda clase de hombres, que nos han venido trasmitiendo ideas que son inverosímiles*. Todos los hombres nos conocemos ya unos a otros, por empeño que pongamos en aparecer semidioses: todos somos embusteros y fingidos, y en cada uno hay empeño de que prevalezcan sus creencias. ¿Qué clase de prueba real nos trae nadie, si todavía no conocemos el principio de la vida? la revelación, el milagro, ya pasaron. Estamos, pues, entre mentirosos, los que a la humanidad han hecho un daño irreparable, el de haberla retrasado siglos, que podían haberlos aprovechado progresando. La mentira es, pues, cobardía, desacredita a la humanidad y origina este mare magnum de odios, que nos arrastra, con velocidad, a los infiernos. La ciencia es la única que nos dice la verdad desnuda.

En el colegio, el asunto principal era la disciplina, y esta carga tuve que echármela yo. Poco conseguí: los niños no aprovecharon las lecciones, a causa de que no prestaban atención, por falta de hábito.

En las noches hice dos textos de historia y geografía.

El influjo de mis tristes circunstancias me obligó a continuar la lucha palaciega, la que me parecía la más odiosa de las luchas. Me servía de conferencias para enseñar geografía e historia ecuatorianas, pues no había textos buenos: súpolo el general Alfaro, y por telégrafo me pidió uno y otro, con el objeto de comprarlos. Los alumnos me proporcionaron copias de las conferencias: mi esposa escribía y yo dictaba; y en pocas noches, de las 9 p.m. a las cinco de la mañana, compusimos los dos textos. Los remití por correo. Pasaron quince días, y recibí otro telegrama del general Alfaro, pidiéndolos. Contestéle que ya los había enviado. Replicóme que no habían llegado. Telegrafíé al ministro, y también él me dio respuesta negativa. Resolví ir yo mismo a Quito: no tenía dinero, y se lo pedí al coronel Centeno, capitán del puerto de Manta. Llegué a Quito, y me presenté al Presidente, en su despacho. Con él se hallaba el Ministro de Instrucción Pública, Dr. Rafael Gómez de la Torre. Hablábamos de los textos, cuando entró un empleado de dicho Ministerio.

- "¿Los textos del Sr. Andrade? Ahí están: llegados hace muchos días".

Agustín Yerovi intenta no pagarme 2.000 sucres.

Púsoles el general en manos de tres personas competentes: el Dr. Belisario Albán Mestanza, D. Abelardo Moncayo y el Dr. Manuel Benigno Cueva, tres ministros de Estado, para que informaran. Creí que lo harían pronto: anduve de casa en casa de ellos, quince o más días, y al fin lo hicieron. El informe era bueno, y me compró los textos el Gobierno. Dos mil sucres debían pagármese al contado; pero no fue posible: el general Alfaro partió a Guayaquil, después de dejar orden expresa a su sustituto el Dr. Cueva, y al Ministerio de Hacienda; pero este último no la obedecía. Mi esposa me pedía dinero, pues también los sueldos eran mal pagados. Un día tomé de sorpresa al Ministro de Hacienda; y le exigí:

- "No es Ud. buen patriota, me dijo, pues Ud. sabe que el Ecuador esta en revolución."

El ministro Yerovi era uno de mis compañeros en la conjuración del 6 de Agosto.

- "Quien no fue patriota fue Ud., le dije, porque hallándose tan cerca, no contribuyó al ataque al tirano."

Sin contestar un término, diome la orden de pago.²

La profesora Andrade Cevallos

En la capital de Manabí residía una señora, ya anciana, digna de toda consideración por su conducta, su procedimiento, sus virtudes. *Doña Amalia Cevallos* era respetada y querida por todo el vecindario. Desde joven, se había distinguido como profesora de niñas, y había educado al bello sexo, que entonces florecía. Ella era la única educadora de niñas, hasta que yo salí de Portoviejo.

Por entonces escribía yo una como monografía ecuatoriana, que se imprimía, en "La Revista de Quito", en forma de cartas: no se concluyó: algunas cartas existen inéditas.

El Congreso de 1898

Vino el Congreso de 1898, al cual yo no concurrí, porque no fui elegido diputado: en él ocurrió una discusión asaz interesante. Estaba de Ministro de Gobierno D. Abelardo Moncayo, quien, en uso de facultades extraordinarias, por conservar el orden público, había confinado a personas distinguidas, entre las cuales estaba el Dr. Modesto Peñaherrera, senador y consejero de Estado. Interpeló éste al ministro; y como ambos eran hombres de talento, la discusión llegó a ser interesante. Al ministro le asistía derecho; pero el senador había sido gravemente ofendido. Ambos probaron fuerza y constancia; mas la contestación de Moncayo adquirió fama, por lo bien traída de los argumentos. No se puede dudar de Moncayo fue uno de los ministros de Alfaro, que mejor desempeñaron su papel.

Fundo un semanario en Manabí.

Había fundado yo un semanario en Manabí, ya por necesidades laicales, ya por defender el Partido Liberal, en todas las provincias calumniado. La crónica de asesinatos aterraba: había poca vigilancia, y la impunidad era frecuente, porque la abogacía se preparaba a conseguirla, y la venganza no hallaba correctivo, estimulada por ejemplos bochornosos.

².- Fue el Dr. Agustín L. Yerovi: lo declaro, para evitar resentimientos infundados. (R.A.R.)

Sucedió un caso singular: destruyó el terremoto una casa, donde se hallaban depositados procesos contra criminales: dichos procesos fueron sustraídos y vendidos secretamente a delincuentes interesados.

Crimen de Josa y complicidad de Sabando

Vino, por ciertos negocios, un joven norteamericano, apellidado *Alexander*, a quien yo había conocido en Quito; y él me refirió que, de un día a otro, iba a acaecer en Quito un gran escándalo: un comerciante de los más ricos debía cosa de medio millón a comerciantes de Guayaquil, y los plazos ya estaban vencidos. Con Alexander habían venido apoderados, quienes iban a ejecutar al deudor. No quiso decirme el nombre de éste. En el semanario, que debía salir al día siguiente, aconsejé a Manabí respetara cuidadosamente su crédito, porque la provincia necesitaba capitales de otras partes. No pasaron muchos días sin que vinieran a mi casa dos jóvenes alemanes, residentes en Manta, con el objeto de comprar *Tahua*³, el colombiano D. *Jorge Vásquez* y algunos guayaquileños, a agradecerme y a darme pormenores acerca del asunto. *El deudor era Josa*, chino de origen, jefe de la mejor casa de comercio; los alemanes D. Carlos Reichou y D. Pablo Gonzambach, apoderados de comerciantes guayaquileños. El síndico de la quiebra fraudulenta de la cual el chino estaba ya acusado, era D. *Jorge Vásquez*. Ellos me dijeron que un individuo de Portoviejo, rábula inteligente, había aconsejado a Josa no pagara, hasta que los acreedores le ejecutaran; caso de ejecución, se defenderá con una escritura de cesión de todos sus bienes a sus hijos: éstos se presentarán con ella en tercera. Los acreedores habían iniciado ya el pleito, con pedir la declaración de quiebra fraudulenta, la que seguramente sería concedida, porque el asesor estaba, con tiempo, sobornado. La ley mandaba que, cuando fuera necesario, se pidiera a las autoridades militares, auxiliara con escolta la ejecución del embargo. Tal era la causa porque venían a verme aquellos señores, pues conocían mi amistad con el coronel Sabando, jefe de la guarnición. Acto continuo, obtuve dicha escolta. Vino el decreto de embargo, y se le principió al momento. Los Josa habían sobornado a la tropa, que, por las noches, guardaba el almacén; y los mismos soldados trasladaban las mercaderías a un depósito secreto. Los acreedores habían descubierto el traslado, y vinieron a informarme, en la creencia de que yo podía

3.- *Tahua* es el fruto de una palma hermosa de las selvas, que sirve para hacer botones. (R. A. R.)

ayudarles, pues conocían mi amistad con el general Alfaro. El coronel Sabando era compadre de Josa, y se vio obligado a ciertas tolerancias. Comunicé *al general Alfaro el crimen, por telégrafo, y él reconvino a Sabando, el mismo día, ordenándole mayor respeto a la justicia.* Vino Sabando a mi casa, y me manifestó sospechas de que yo había telegrafiado al Presidente. Mi contestación fue presentarle el telegrama, en copia. No era el Gobernador muy inclinado a injusticias; pero sí condescendiente, cuando se trataba de lazos amistosos.

- El ejército está indignado con Ud., me dijo, porque sospecha que Ud. está obrando contra mí.

- Ud., sabe que no es así, le contesté; y confío en que Ud. ha de defenderme.

Continuamos buenos amigos. El ejército me dio algunas muestras de aversión: "Abajo el segundo Shumacher!", gritaban los soldados cuando yo pasaba delante del cuartel.

Ataque a Vásquez Cobo

El asesor era un abogado quiteño, residente en Chone, no distante de Portoviejo. Después de decretada la quiebra fraudulenta, se había dejado sobornar, otra vez, por los Josa, y concedido una suspensión del embargo. Mientras este se hallaba suspendido, los chinos iban desocupando todo el almacén. Vino a Portoviejo el asesor, persuadido de que eran ignorados sus crímenes; pero todos los conocía el Sr. Vásquez. Amigablemente invitole a un paseo; y ya en el campo y a solas, le reconvino con dureza: le obligó a arrodillarse y a besarle los pies, incriminándole, hasta que obtuvo promesa de decidirse en contra de los Josa. Vásquez Cobo era un hombre de fuerza hercúlea, hermano del general de Colombia, que ahora está venciendo a las tropas del Perú. Por la tarde fui a ver al Dr. *Napoleón Velásquez*, defensor de los acreedores, quien *habitaba en el mismo hotel que Vásquez.* No hallé al primero, pero me encontré con el segundo, quien me invitó a su habitación. Las ventanas estaban cerradas, y en el fondo, vi a un hombre de pie: era blanco, de buen aspecto, joven, pero con traza de indio esclavizado, en el momento en que el amo le da azotes: tenía la cabeza desnuda y el pelo caído sobre la frente sudorosa; los brazos colgados, las piernas y todo el cuerpo temblorosos. No articuló una sílaba.

- Este es el jurisconsulto asesor, me dijo Vásquez. Mírele Ud. Yo le egalé mil pesos, para que acusara de quiebra fraudulenta a los Josa, y cusó. En seguida, los Josa le han dado mayor cantidad, y él ha revocado

el primer decreto. Esta mañana me ofreció volver sobre sus pasos; pero en este momento se desdice, probablemente en razón de un nuevo cohecho. Le he desafiado mas no acepta; he puesto en sus manos ese machete para que me ataque aquí mismo mostrándole que no tengo arma alguna, y no lo hace; le digo que es un bandido, un cobarde, un miserable... ¡Nada!

- Vea. Sr. D. Roberto, me dijo el abogado (menester es advertir que no nos habíamos conocido ni de lejos). D. Jorge quiere que peleemos y yo no quiero pelear, porque no estoy acostumbrado. Eso es todo.

- ¿Pero cómo, deshonra Ud. a su gremio, ya con el prevaricato, ya con la vileza con que se deja sobornar e insultar? Yo no puedo presenciar tranquilo estas escenas, añadí y salí a prisa.

El comisario Rafael Almeida y nuevos problemas con Sabando

Toda la guarnición estaba corrompida por Josa, y también una buena parte del pueblo. Ya había salido yo de la casa episcopal, y *residia en las inmediaciones de la plaza*. Una noche oí un disparo lejano, y luego confusión de voces altas. A poco apareció una persona en el portón, y me llamó con insistencia: era el Dr. Napoleón Velásquez, manabita, abogado de los demandantes, cubierto de sangre, a quien había herido la plebe de la plaza. En seguida vino el comisario *Rafael Almeida Suárez*, y me pidió le aconsejara, porque el gobernador había dispuesto de todos los soldados que servían en la policía: el comisario estaba solo y nada podía hacer en el desorden. Lo que había sucedido era grave: en un billar jugaba un Comandante colombiano, apoderado de uno de los acreedores de Josa, con un individuo de Portoviejo, partidario de los chinos: disputaron, y el colombiano escupió en la cara del otro: éste salió a prisa y fue a entenderse con los Josa. El pueblo se levantó enseguida, e hirió al Dr. Velásquez, y acometió y echó a tierra al comandante colombiano, a quien hirió el ofendido en el billar, por la espalda, *rompiéndole la columna vertebral*. Fui con Almeida a casa de Sabando, quien se mostró partidario de los Josa. Hícele cargos porque era autoridad y debía castigar el crimen y restablecer el orden, por medio de la comisaria, a la que mandó algunos soldados. El joven colombiano, su esposa e hijos, me enternecieron: la herida era gravísima, y murió al día siguiente.

En Manta. De nuevo en Guayaquil

Como el embargo no se efectuaba, y la soldadesca era partidaria de Josa, empecé a recibir amenazas: los jóvenes alemanes me ofrecieron una casa *en Manta*, y me trasladé a ella, en unión de mi familia. Indignado porque triunfaba Josa, es decir por telégrafo, me puse en comunicación con el general Alfaro. Explíquele todo lo ocurrido, pedile relevo de la guarnición, lo que realizó en el acto. Regresé a Manabí, renuncié el rectorado y volví a Guayaquil a preparar habitación. Mi esposa y mis hijos irían, días más tarde.

Injusticia con el cura Santisteban

Di una muestra de consideración a los hombres: mientras viajaba en un vapor de Manabí a Guayaquil, vi a bordo un equipaje, tirado en un ángulo del puente, y a un sacerdote en pie, delante de él. Comprendí que el sacerdote era pasajero y que no le habían dado camarote: fui, acto continuo, a buscar al contador, quien fue conmigo a ver el espectáculo. Supimos que era el canónigo guayaquileño Santisteban, persona de las más respetables y virtuosas.- "Aquel señor es el último de los pasajeros, me dijo, y no ha habido en dónde acomodarlo". "Que venga a mi camarote, le contesté, pues allí hay espacio". Desde entonces fuimos amigos cordiales, y conservo cartas de aquel respetable prebendado.

CAPITULO XXVIII

EN GUAYAQUIL

1900 - 1902

En el Tribunal de Cuentas en Guayaquil

Supé que el general Alfaro había dicho que convenía que el Partido Liberal se uniese con Plaza, porque había el riesgo de que éste se uniese con los conservadores, si le dejaban aislado. Todavía duraba el enojo entre el general Alfaro y yo.

Luego de mi renuncia al rectorado del Colegio Olmedo de Portoviejo, vivía de los ingresos de la edición de mi novela "Pacho Villamar", y luego, sin haber mediado gestión alguna de mi parte, fui designado Ministro del Tribunal de Cuentas de Guayaquil, organismo que fue creado por 1900, y designado yo su presidente. Mi independencia de criterio en asuntos políticos y legales, llevome a una seria controversia con el Gobierno de Alfaro respecto a la designación de dos gobernadores de la provincia del Guayas, los señores Emilio Estrada, primero, y Luis A. Dillon, después, por razones que quedaron claramente expuestas en el Informe que el Tribunal de Cuentas de Guayaquil presentó al Congreso de 1901. Mi posición fue delicada pues se acusó al Gobierno de violaciones a la Constitución de 1897 y, a la sazón, Abelardo Moncayo, mi cuñado, estaba de Ministro del Interior, y, ante la disyuntiva, preferí resfriar mis relaciones con Alfaro antes que ser detenido como su aúlco.

Excelsitud del amor

Había tenido yo seis hijos: uno de los últimos murió en Manabí y otro en Guayaquil, y los cuatro fueron educados por su madre, con algún profesor a domicilio, cuando la presencia de ella no era necesaria. Era adorada en su hogar aquella incomparable mujer, quien no echaba de menos la riqueza, pues la sustituían sus hijos, los que componían todo su universo. Rica fue en su adolescencia: ya habían empobrecido sus padres.

cuando la muchacha llegó a contraer matrimonio. Con ella, yo era rico, pues sus prendas eran numerosas y valiosas. En medio de mi pobreza, por las tribulaciones ya referidas, *fui dichoso en los 14 años de casado*, poco menos que cuando viví al lado de mi madre. *Para mí, la felicidad está en el amor, de cualquier linaje que éste sea, con tal de que siempre sea retribuido*: amor de progenitor y descendiente, amor de amado y amada, amor de esposa y esposo, amor de colaterales, amistad, ternura, compasión, cualquier sentimiento ordenado del ánimo. La mujer debe concurrir en todo amor, con el fin de que él exista; y he aquí el verdadero papel de la mujer, fundamento de la felicidad, en cualquier circunstancia.

Los que han juzgado a la mujer, desde los más grandes filósofos, no en todo han acertado, porque no la han conocido plenamente, a causa de que no ha salido a la luz en esta época: ahora mismo no está en su verdadera plenitud su fulgor. Ya lo he dicho varias veces: al principio fue pospuesta, porque le faltó fuerza muscular, la única preferida por el hombre primitivo; y no conocía su fuerza moral, porque el hombre la ha venido privando de la facilidad de comprenderla. El triunfo de la libertad la está sacando a la luz, y en breve la adoraremos, al juzgarla tal cual es. El verdadero mundo lo forma el amor, o sea el ligamento entre los dos sexos, que lo pueblan. Intereses infames de dinero han contribuido a esta desunión, especialmente en las religiones mal entendidas y peor interpretadas. El matrimonio es el más humanitario estado, ya exista como hoy, ya modificado por leyes y costumbres. Enseñanzas imprudentes de virginidad, de castidad, de recato, de celibato, de monjio, de todo lo que contribuya a alejar a la mujer del hombre, es contra la naturaleza, y debe desecharse y sustituirse con la confianza entre los sexos, cuando ella no degenera en crimen, en escándalo. Lazo eclesiástico o lazo civil, no debe ser sino con el objeto de que la autoridad proporcione auxilio al débil. El lazo está en la simpatía entre uno y otro contrayente.

El placer que a una madre causa un hijo, no es animal, sino divino, y ella tiene razón, si lo busca con ahínco. ¿Será moral atormentar a la mujer con este anhelo, a pretexto de virginidad, de castidad, de honestidad hipócritas, cobardes? Día llegará en que el bello sexo alcance la autoridad de proponer matrimonio al hombre a quien elija, de entrar al matrimonio como reina a un palacio, no como corderilla, que va a ser sacrificada.

Siguiendo los pasos a Rousseau

A los 80 años estoy leyendo las "Confesiones de Rousseau", y he dado con un incidente, que a él le ocurrió, cuando tenía treinta años. Salvó de una fiebre. "Renuncié para siempre a todo proyecto de fortuna y prosperidad", dice. "Resuelto a pasar en la independencia y la pobreza, el poco tiempo que me restaba de vida, empleé todas las fuerzas de mi alma en romper las cadenas de la opinión, y en hacer, con valor, todo lo que me parecía bien, sin cuidarme de nada del juicio de los hombres". Hablaba del poco tiempo de vida, porque un médico le había pronosticado seis meses. La independencia la conseguiría con su talento y su carácter. "En medio de la independencia, dentro de la cual quería vivir, era preciso pensar en mi subsistencia, e imaginé, al efecto, un medio muy sencillo, que consistió en copiar música, a tanto por página".

Yo no me comparo con Rousseau, yo soy un átomo, en comparación con él; pero las circunstancias, en este caso, son iguales. Ya tenía yo la necesaria experiencia, ya conocía a mis compatriotas lo bastante, ya había saboreado 20 años sus bondades, en una persecución en premio de un sacrificio por su dicha, ya tenía la renta que producían mis textos...; ¿qué cosa mejor que la independencia, escribir lo que me viniera en voluntad, prescindir de la política y no dar mi opinión sino cuando descubriese algún error, y me pareciese que ella podría remediarlo? ¿Para qué buscar empleos, si tal vez yo no podría desempeñarlos?

Abelardo Moncayo, mi cuñado,¹ hombre de verdadero talento, fue elegido Ministro de Estado: a ello había cooperado yo desde antes. Su habilidad fue comprobada en años que duró su ministerio. Peralta fue también nombrado ministro, por empeño de Moncayo: nadie conocía el modo de pensar de él, respecto del caudillo, manifestada a mí en el incendio de Guayaquil; pero sí conocían todos la carta que Peralta escribió al Dr. José María Carbo Aguirre, vituperando al dicho caudillo.

Felonia de Peralta

Fue un grande error haber buscado independencia, con una renta que debía ser suministrada por gobiernos, en los cuales no todos eran mis amigos. *Nunca se me pagó en el plazo convenido.* Ya he narrado cómo

¹.- Moncayo fue Ministro del Interior o de Gobierno de Alfaro en 1898. lo fue hasta 1901. Peralta fue canciller en 1897 y luego de 1898 a 1901.

se me pagó el primer dividendo: referiré hasta el fin cómo fueron pagados los otros, hasta que se deshizo el contrato, cuando *llegó la usurpación de Plaza*. Reclamé el segundo dividendo: era el Ministro de Hacienda el Dr. Peralta: no importaban órdenes del general Alfaro, quien las daba hasta importunar, porque a él le gustaba la exactitud. "No hay dinero", era la contestación repetida del ministro. Me valí de Abelardo Moncayo, quien me pidió los documentos: se los llevé y los puse en manos del subsecretario, por orden del ministro de él. Después de muchos días, los papeles permanecían en donde yo los dejé. "Es imposible", me decía Moncayo: "no hay un minuto de tiempo". Corrieron otros días. Volví a ver a Peralta, y éste me dio la contestación consabida: "no hay dinero". Volví a ver al Presidente: "¡Cómo!", me dijo. "¿Todavía no le pagan?". Supe que había reconvenido a Peralta, pero éste le apaciguó, forjando, sin duda, mentirillas. Un día hablé con el tesorero, persona muy decente y amigo mío "ahora si hay dinero, me dijo: puedo pagarte hoy mismo". Le supliqué subiera conmigo al Ministerio: él se quedó en la antesala y yo entré. - "He dicho a Ud. muchas veces que no hay dinero, me dijo Peralta. Por otra parte, hoy es día de correo, y suplico a Ud. me deje solo". - Precisamente por eso insisto, respondile: mi familia estaba distante y en las mayores estrecheces. Puede Ud. preguntar al tesorero si hay o no dinero, pues está en la antesala. Se efectuó la entrevista, y el ministro tuvo que dar la orden de pago.

Engaños de Plaza. Los papeles de Montalvo

Leonidas Plaza subió al poder el 1° de septiembre de 1901 y luego de pocos meses mi hermano Julio me escribió entonces, desde Quito, que Plaza quería emplearlo, y yo le contesté que le aceptara y fue designado Comandante de Armas del Distrito de Cuenca. Al siguiente año, luego de mi regreso de Lima, como yo desempeñaba un Ministerio del Tribunal de Cuentas de Guayaquil, y frente al desamparo de mi hogar fueme forzoso traer de Quito a dos de mis hermanitas menores, para que en mi casa, acompañaran a mis hijos. Ha de acordarse el lector de que estaba yo encargado de imprimir las obras completas de Montalvo, y de que la Convención había dispuesto me dieran dinero: nada se había hecho hasta entonces. Plaza le habló a Julio de la obligación en que estaba el Gobierno de enviarme a Barcelona: y con este motivo empezó una larga correspondencia entre Plaza y yo.

Telegrafí a Plaza agradeciéndole por el recado, y él me contestó que, acto continuo, solicitaría a la familia de Montalvo las obras inéditas

de este escritor. "Su telegrama llegóme a tiempo que Modesto Chacón (yerno de Montalvo), hablaba conmigo. Le abordé de lleno, con toda franqueza sobre el asunto obras de Montalvo, a lo cual accedió gustoso". Siendo así no hay objeto de su viaje a Ambato.

Le hablaba de este viaje, porque me parecía conveniente ir a recibir yo los manuscritos.

Con empeño gestionaré conseguir los manuscritos del gran Montalvo, decíame por telégrafo, días después me mandó algunos; pero muy pocos.

Meses más tarde, en enero de 1902, me escribió. Copio cartas completas, para que se vean otras pruebas de la índole de aquel hombre:

"Quito enero 8 de 1902

"Sr. D. Roberto Andrade

"Muy estimado amigo:

"No me he descuidado de gestionar en favor de la empresa literaria, que he tenido a bien confiarle. Me entenderé con el Sr. Suárez,² para conseguir todos los escritos de Montalvo, que posea: he sabido que uno de estos días *llegará de Ambato el primogénito de Adriano*,³ trayendo toda la colección. Con el Dr. Vela voy a hacer el negocio, que Ud. sabe, para la adquisición de impresos y manuscritos, con la inclusión de la fe de bautismo del Cosmopolita. Para todo tenemos tiempo, desde que, con tanto acierto, ha fijado Ud. la fecha del viaje a Europa en el mes de Abril.

"Como estoy bien *limpio* y lo mismo está el Gobierno, no puedo ir a Guayaquil; no tendrían para pagar el carruaje, en caso de proponerme ir allá a dar una sorpresa a los amigos. Mis deseos, a este respecto, quedan aplazados para después del invierno.

Ya por telégrafo le previne que si consiento que Ud. vaya a Lima es con la condición de que no contraiga, en esta vez, segundas nupcias. Desde que he confiado a Ud. la publicación de las obras del más grande de los ecuatorianos, se ha convertido Ud. en una especie de Príncipe Real, y tiene que obedecer a las razones de Estado, para reprimir sus impulsos matrimoniales. Después de realizada la em-

2.- Quizás don Julio Suárez Salvador, dueño de una conocida imprenta en Ambato.

3.- Se refiere a Adriano Montalvo Sevilla, sobrino dilecto de don Juan. El hijo de Adriano era Alfonso Montalvo Suárez.

presa de Barcelona, quedará libre y en mejores condiciones para ofrendar su corazón y su nombre a cualquiera de las hijas del Rimac.

"Le encargo mil cariños para sus chicos: recuérdelos que mucho quise a la madre de ellos y que como buen amigo hago votos porque sean felices.

"Soy de Ud. muy atento amigo y S.S.

"L. Plaza G."

"La empresa literaria que he tenido a bien confiarle", dice. Todo ecuatoriano sabe que tal empresa me la confió el Gral. Alfaro. ¿No había de saberlo yo? Lo primero que inspira la falta de vergüenza, es desprecio. En las frases burlescas, me trata con más confianza que la acostumbrada en nuestras recientes relaciones: ya de Presidente, habían de ser otras las costumbres. Eso era por cartas: cara a cara, había más respeto. Entre los palaciegos, cundió el rumor de que yo era un *niño*, y todos querían tratarme como a tal, excepto los que valían algo.

La penosa venta de textos. 1901 - 1903

Pasado algún tiempo, vendí otra cantidad de textos. Hay que saber que la venta era frecuente, pues el Ministerio de Instrucción Pública,⁴ por orden del general Alfaro, había enviado una circular diciendo a todos los colegios y escuelas comprarán, de preferencia, mis textos. El Presidente era ya Leonidas Plaza, y con él hubo que hacer otro contrato. "No hay dinero y vuelva Ud." fue la contestación de todos los días. Plaza no me decía esto, sino que ya había dado orden. Un día me refirió el ministro, en confianza, que Plaza le había ordenado no me pagara. El ministro era el Sr. Francisco Game, mi amigo y persona honorable.⁵ Lo que Plaza quería, era comprarme, tener a su devoción mi pluma.

Corrieron dos o más años. Si no se me pagaba por los textos, yo no tenía renta alguna, y forzoso me era vivir de prestado. A todos ha conestado que no he tenido un solo vicio, y que no he derrochado o malgastado. Los textos vendidos a particulares me producían algún dinero, pero poco.

4.- El ministro de 1897 a 1901 era el mismo José Peralta.

5.- Lo fue de 1901 a 1906 Ministro de Hacienda

Un recuerdo de 1887: el origen de la enemistad entre Alfaro y César Borja

Un día me encontré con el Dr. César Borja Lavayen en Guayaquil, y saludamos. Nuestra amistad había durado una noche en Lima; pero a mí me dejó huellas, y también a él, según después lo comprobamos. Era 1887, cuando el general Alfaro negociaba el vapor Vilcanota, con la casa comercial Grace, en Lima: Alfaro no tenía la suma necesaria; pero debían enviarla los patriotas de la generosa Guayaquil. El Dr. Lorenzo Rufó Peña, rico guayaquileño, también desterrado, fue el garante. Luego empezó a manifestar cierta intención de no cumplir con este compromiso, y el general Alfaro trataba por persuadirle lo cumpliera. Supo que el Dr. Borja estaba en Paíta, también desterrado, y que era muy amigo del Dr. Peña: llamole por cable, y llegó Borja a Lima. En el Callao habló con Peña y, por la noche, en Lima, con Alfaro, quien estaba ya persuadido de que había acogido las intrigas de Peña. Me hallaba yo con Alfaro, en el momento en que entró Borja.

- "Vengo a su llamada, general", le dijo.

- "Ya no lo necesito", contestó Alfaro.

- "Ud. sabe, general, que soy pobre, y en el viaje he tenido que gastar dinero".

- "Se le pagará", fue la respuesta.

Yo me despedí, a poco, y el Dr. Borja se despidió detrás de mí. Alcanzóme y anduvimos hasta muy alta la noche, en discusión acalorada, porque quería persuadirme que Alfaro era hombre inútil. La discusión fue como la sostenida con Peralta y Ullauri años después, y mi parecer, concluyente. A media noche nos despedimos, interiormente indignados. Nada dije al general Alfaro, *porque odio el chisme*, y ahora no lo tomo como tal y me arrepiento. Tal vez hubiera evitado grandes disgustos posteriores. Sabía que *se reunían Borja y Peña en casa del general Proaño*, enemigo del patriota, y se esforzaban en destruir cuanto proyecto conocían de este último. Conocía yo que nada alcanzaban; y por esta razón, nada dije a Alfaro. Cuando en 1895, triunfante la revolución del 9 de julio, Alfaro desembarcó en Guayaquil, supo que Borja conspiraba en compañía de D. José María Sáenz, liberal guayaquileño preclaro, y, por otros conceptos, estimable, y también de un hijo del general Sarasti, y desterró a los tres. Borja permaneció en Centro América, donde procuraba desacreditar a Alfaro en poesías, pues era poeta, y distinguido. De aquel destierro

volvió cuando empezó a gobernar Leonidas Plaza; y permaneció en Guayaquil hasta la exaltación de D. Lizardo García.

1900: forunculosis y una novela

En 1900 vivía yo en Guayaquil, con mi esposa y mis hijos, con la renta que me producían los textos, y caí con una enfermedad molesta, propia de los climas ardientes, llamada de forúnculos. Eran horribles los dolores. Me encerré en mi escritorio y me consagué a componer una novela. Concluida, la leyó mi esposa y le corrieron lágrimas.

- Hay algo de arte, me dijo, y pensé en imprimirla.

Mi vecino Felicísimo López

Tuve experiencia de una verdadera amistad entre hombres, que es muy rara, con el Dr. Felicísimo López, médico quiteño, entregado al estudio, al libre examen, al servicio de su prójimo, con una profesión tan adecuada a sus tendencias. Schumacher, obispo de Manabí, le persiguió hasta con crueldad por sus escritos, pues excomulgaba hasta al que miraba al Dr. López, y su familia no podía ni comprar viandas. Nunca mentía, ni en broma: nunca dejó de cumplir sus deberes, fueran cuales fuesen los obstáculos. Por desgracia era físicamente débil, y en lo moral, muy modesto; pero demostraba energía, si defendía la justicia y la verdad. Nuestra amistad fue cultivada con esmero y sencillez, y en ella no intervino interés individual. Eramos vecinos, y su familia se trataba fraternalmente con la mía. Mucho me sirvió él en mis contiendas políticas, más de lo que yo pude servirle, porque era menor mi eficacia. Entonces se hallaba de Ministro de Estado en Quito. Tenía imprenta, la que entonces no estaba ocupada. Se la pedí a la señora, tan bondadosa como él, y me la cedió, para la impresión de la novelita "Pacho Villamar", que se editó en Guayaquil en 1900. Fue muy elogiada y circuló con profusión; pero no hubo como reeditarla. Esta novela fue el único libro mío, elogiado en los diarios ecuatorianos; y quizá lo fue, porque la elogiaron en Venezuela y Centro América. Yo no he buscado elogios jamás, porque me ha impedido mi amor propio: he creído que no los merezco. si los busco.

Mi suegro. Muerte de Isolina.

Vino de Lima mi suegro a visitar a Isolina, a mediados de 1901 y la entrevista fue conmovedora. Después de horas de charla, tocó ella en el piano cuanto agradaba a su padre. Ella adolecía de enfermedad del corazón, y sabía la situación en que se hallaba.

Empezó a caer en tristeza, a pesar de su indole festiva. Nada alarmante me decía; pero a veces se quejaba de dolor, sin pensarlo. Llevé al Dr. César Borja, quien la examinó, la auscultó:

- No disimule, doctor, dijo ella, sonriendo: mi enfermedad es insuficiencia aórtica.

Hizo los esfuerzos posibles el médico, por desmentirle, recetó y salió. A solas, me dijo tristemente:

- ¡Valor, don Roberto. La señora fallece, en estos días!⁶

Entré al cuarto de ella, diciendo tales y cuales gracejos; pero con el alma en agonía.

- Ni finjas, me dijo, mirándome con la mayor insistencia. Me ha desahuciado el médico.

- ¡Qué deseos tienes de morir, hija, pero la naturaleza te dará vida hasta que tengas 80 años.

- No la quiero, con este dolor constante al corazón.

Volví y me acerqué a un espejo, a peinarme los bigotes.

- ¡A engalanarse! Apenas yo muera, te has de volver a casar porque eres viejo verde.

La abracé, la besé y salí de prisa, porque ya no podía contener el llanto. Después de pocos días, vino una fiebre leve: no quiso volver el Dr. Borja, porque comprendió se iba a cumplir su pronóstico. Fueron varios médicos y la medicaron de varios modos: yo les referí el pronóstico del Dr. Borja. Cierta tarde estuvo allí un médico, y ella conversaba tranquilamente: gesticuló apenas, y el médico le tomó el pulso: al tomarlo, se asustó:

⁶Años antes de 1902 mi esposa había enfermado, y él acudió a recetarla. Desde la primera visita me dijo que ya no había remedio, pues la enfermedad era del corazón y se hallaba en grado incurable. Murió a los pocos días. A mí me salvó la vida, pues me curó una fiebre pernicioso. A su tiempo hablaré de la manera como terminé nuestra amistad.

- Nota Ud. que me voy a morir?, dijo ella, sonriendo.
- Es necesaria una bebida, dijo con voz trémula, el médico.

Escribió la receta, la tomé y volé a la calle. Cuando regresé, oí llanto.

- Acaba de expirar, me dijo una señorita.

Me precipité en el cuarto mortuario, vi a mis cuatro hijos, quienes lloraban, de rodillas, abracé rápidamente al cadáver y *huy hasta la casa del Dr. Felicísimo López, al frente*, a donde, por orden mía, fueron inmediatamente mis hijos. Yo no lloraba, ni decía nada, ni quería hablar con nadie. Al fin me puse a acariciar a mis hijos, y a su vista, me inundé en lágrimas. Amigas y amigos solícitos se encargaron de sobrellevar las faenas del entierro.

Fue entonces cuando demostré firmeza de carácter. *Mi amor por mi esposa era como mi amor propio, quizá inmoderado, insano*; pero sellé mis labios, tragué mis lágrimas, alejé mi pensamiento de Isolina, haciendo esfuerzos sobrehumanos. Cuanto dijera yo en elogio de ella, no sería por todos leído con la ternura que yo experimento. Me parece muy difícil el hallazgo de una esposa cual la mía. Mis hijos y yo éramos su mundo; y con nosotros no quería otra cosa, fuera de lo que a nosotros agradara. Incidentes hay que no deben referirse por triviales; pero que darían idea completa de esta mujer para esposa.

Solo atendí yo, a cada minuto, a mis hijos, proporcionándoles las posibles distracciones, y me contraje a los preparativos de *viaje al Perú*. Las señoras amigas de mi esposa, pocas pero afectuosas, solícitas, generosas, y mis amigos, en su mayor parte jóvenes infatigables, se entendieron en las faenas mortuorias. Nos embarcamos. En todo el viaje no pude ni leer: mi pensamiento volvió a ser de Isolina. Mi suegro iba inconsolable. No hablaré de la desolación de la familia de ella apenas llegamos al Callao.

En Lima: 1901

No tenía otro objeto mi viaje, sino el de buscar consuelo en la patria y en la familia de Isolina. No estaba sin dinero, pues algo me restaba de la venta de mis textos. Nada tenía yo que hacer en Lima: no vivía, sino que morí en aquella ciudad, con la vista de los sitios por donde andaba con mi esposa, con el trato con las amigas de ella. Supe que Leonidas Plaza había sido elegido Presidente en septiembre de 1901, que el general Alfaro había

venido a vivir en Guayaquil; y tuve que volver a mi patria, sin haber hallado consuelo y esperanza.

Incendio en Guayaquil. Nos salva Alberto Flores 1902

Residíamos en una casa nueva, vasta y alta, en el centro de la ciudad, mis hermanas, mis hijas y yo. Al anochecer se originó un incendio en las proximidades, y muy pronto llegó a amenazarnos. Habitábamos en el piso más alto, y ya los vecinos empezaron a trastear. Nuestra situación era difícil, porque era yo el único hombre, y no había sino una muchacha de servicio. Ya las llamas se apoderaban de las casas de nuestra manzana. De repente apareció, en lo bajo de la larga escalera, un grupo de hombres del Cuerpo de Policía, guiados por un joven que ascendía a toda prisa; era Carlos Alberto Flores, amigo escogido, años atrás, por la Providencia. El y sus hombres nos salvaron, y con una precisión, un acierto admirable.

Todo lo dirigía mi amigo. El mismo había conseguido hospitalidad en casa de una familia amiga de los dos, y allí pasamos dos o tres días, hasta que conseguimos morada, tomada en arriendo. Nada me sorprende tanto, como el interés de cada guayaquileño en la suerte de los otros, sean quienes fueren; cualquier infortunio ajeno es de él, y procura remediarlo, como le sea posible: la generosidad es una condición ingénita, y parece que no hubiera síntoma de envidia. Como es natural, en la benevolencia hay grados; pero el superior llega a lo sublime; en él se hallan en Guayaquil los bomberos, quienes, en un momento psicológico, no piensan sino en el socorro del viviente. Se indignan contra el fuego, luchan y lo ahuyentan sin siquiera una queja, si se abrasan. Como los guayaquileños son bien inclinados, se han acostumbrado al sufrimiento y a la fraternidad entre todos los vecinos. Mucho provecho puede sacar un gobernante sabio, de las condiciones de la hermosa Guayaquil.

Plaza me envió un telegrama, acto continuo: "mucho me alegro que Ud. haya salvado manuscritos", me decía. "Espero carta que me anuncia. Saludo afectuoso.- L. Plaza G."

En Playas. Muerte de mi hermana menor en 1902

Continuamos la correspondencia con Plaza. Había pasado abril de 1902, mes designado para mi viaje, y no designaba otro, obligándome a esperar. Sobrevino el invierno y salimos a orillas del mar, a Playas, balneario casi desamparado, pero de clima delicioso. Los telegramas y

cartas de Plaza no faltaban; y por fin llegó a decirme: "Sería bueno que mande a sus hermanitas a esta capital, a fin de que quede expedito para su próximo viaje, que, según arreglos, lo debe efectuar bien pronto. Hubimos de alojarnos en una casa no muy limpia, y a los pocos días la menor de mis hermanas cayó con fiebre amarilla, suceso que lo referí en "Vida y Muerte de Alfaro", tiempo en el que no tenía ni idea de escribir lo que ahora escribo: no pudo resistir y expiró. Era inteligente y bella, de salud envidiable y la menor, yo fui el autor de su muerte, porque yo la traje desde Quito, y los engaños de Plaza la colocaron en el sitio del peligro, ya que una vez que llegamos de Playas, al desembarcar, recibo este telegrama:

"Hay que retardar su viaje algunos meses: incendio ha destruido Babahoyo, y otras desgracias ha sufrido el Gobierno. No hay plata. L. Plaza G."

Recibí otro telegrama: "Un incendio de Babahoyo me obliga a gastos inesperados y el viaje de Ud. tiene que retardarse". He dicho que no era aseada la casa donde nos alojamos, y la fiebre amarilla guasaba todavía; ésta mató a la menor y más bella de mis hermanitas, y engendró otro dolor, el causado por la idea que Alegría era otra víctima de la vida que había escogido por dar libertad al Ecuador. Esta muerte fue causa de que renunciara yo el Ministerio del Tribunal de Cuentas de Guayaquil y partiera, con mi familia a Quito, por salvar a otra de mis hermanas de la terrible fiebre amarilla.

CAPITULO XXIX

EN QUITO

1903

*Historia de Violeta. Mi hija Rosa
Estábamos en Guayaquil*

La mayor de mis hijas, de ocho años de edad, entró al caer la tarde, trayendo de la calle una perrita recién nacida, arrojada en la basura, que los celadores iban a transportar en su carreta. La acariciaba con ternura de madre, y acto continuo le dio leche y le proporcionó mullida cama. Al día siguiente nos fuimos a Quito: no había aun ferrocarril, y desde Babahoyo hubimos de cabalgar en mulas. Rosa había preparado el viaje de la perrita consiguiendo una canasta y encargándosela a uno de los peones camineros. Sus solicitudes en el trayecto me agradaban: nunca se descuidó de proporcionarle alimento, de cuidarla de las insolaciones y los cierzos. Violeta era la preferida entre todos los viajeros. En Quito le proporcionó un rincón adecuado para que pasara las noches, y jugaba con ella de rato en rato, evitando dar molestias a otros. Todos mis hijos querían a Violeta, porque siempre estaba sana, aseada, y aprendía varias morisquetas. Rosa se afligía porque no podía enseñarle a leer ni a escribir: charlaban, eso sí, y se entendían fácilmente.

Un día fuimos de paseo al campo cosa de cincuenta personas de familia, pocos viejos y pocas viejas, varios jóvenes de ambos sexos y multitud de niñas y niños. Fue un día de gloria para Rosa, la más alegre del concurso. Corrimos, cantamos, bailamos, chacoteamos, antes y después de deliciosas francachelas. Rosa andaba siempre en carreras, por llanuras y portillos, seguida de Violeta, que ladraba, loca de alegría: a menudo se sentaba a acariciarla, o a castigarla, si no obedecía sus mandatos. Regresamos a la última hora del día, y entrábamos en la ciudad, al empezar la noche.

- ¡Violeta! oí a poca distancia, y me precipité en pos de Rosa, que era quien buscaba a su nena.

- ¡Se ha perdido mi Violeta!. me gritó despavorida.

Me tomó ella de la mano, y anduvimos preguntando, investigando, cavilando. Mientras los demás avanzaban, nosotros regresamos largo trecho, y buscábamos a Violeta en las cabañas de los incendios. Se perdió... No es posible describir la situación de Rosa. No había dormido la pobre, y al amanecer comprometió una sirvienta, madrugaron en silencio y fueron al lugar donde habíamos paseado el día anterior. Todo fue inútil: Rosa volvió bañada en lágrimas. Es difícil describir la situación de mi hija en todo aquel tiempo. Transcurrieron tres meses. Una mañana, las niñas se habían ido al colegio, y yo me hallaba solo, leyendo cerca de una ventana baja, que daba a unos tiestos de rosas. De repente oí una respiración agitada, cayó un tiesto, saltó un ser por la ventana y vino sobre mis rodillas llorando: era Violeta: la emoción brillaba en sus ojos, pues lloraban, y sacudía todos sus miembros, pues temblaban. Con las manos me raspaba el pecho, y con la lengua me lamía el rostro, el cuello y las manos. Miró a todas partes, como buscando a Rosa, y saltó y echó a correr por andenes y aposentos, alarmando a cuanto habitante aparecía. Corría, corría y corría. Había penetrado al jardinito, y yo no dejaba de seguirla: tornaba muy a menudo a acariciarme, y emprendía otra vez sus correrías. Cuando oí la voz de mis hijas, no sabía qué decirles, si llamarlas o esperar se sorprendieran.

- ¡Violeta! gritó una de ellas, de improviso, y cayó ahí mismo de rodillas porque Violeta no le permitió avanzar. Saltó la perrita en los brazos de Rosa, y empezó una escena difícil de ser copiada con la pluma: una y otra derramaban lágrimas; y Rosa musitaba voces tiernas, mientras Marina procuraba atraer a Violetita. Ambas le dirigían preguntas, hasta que Marina vino a mí, y se informó de la manera como Violeta apareció. Asombrada la niña, ratiocinó enseguida:

- La doctrina cristiana dice que las potencias del alma son tres: memoria, entendimiento y voluntad: la misma doctrina dice que los irracionales no tienen alma, es decir, que carecen de memoria, entendimiento y voluntad; ¿pero no está patente la memoria de Violeta, puesto que ha regresado a los tres meses a su casa y ha dado muestras de haber conocido a cosas y a personas? El entendimiento y la voluntad son evidente consecuencia.

- Violeta no es irracional, Marina; dijo Rosa: Violeta es la más inteligente de todas las criaturas divinas y humanas.

En La Quinta

Varios meses transcurrieron, y por fin tuvimos que viajar a La Quinta, cerca de Otavalo. La cabalgata se componía de mis cuatro hijos, yo y varios compañeros. En la cima del nudo de Mojanda nos detuvimos a tomar un trago los mayores; pero sin dejar las monturas. Violeta era llevada por uno de los sirvientes, quien la dejó saltar a tierra, mientras él servía el coñac. De repente Violeta dio un grito lastimero: *la había pisado un caballo*. Salió corriendo del grupo y tomó aceleradamente el camino recorrido, que culebrea en línea horizontal, cortando una ancha escarpa del Mojanda. A una voz mía, uno de los sirvientes lanzó su caballo a contenerla: corrió cerca de una milla, y la perrita adelante: lancé también yo mi caballo, alcancé al sirviente; pero como el camino se encorvaba, ya no la volvimos a ver. Avancé yo, sin embargo, llegué a la curva, de donde comenzaba una pendiente; y abajo vi a Violeta, que a manera de ratoncito, corría sin descanso. Hube de regresarme. Llegué y todos mis hijos lloraban. Rosa lloró hasta que llegamos a La Quinta.

Quince días más tarde, tuve que regresar a Quito yo solo, por el mismo camino de Mojanda. Pasé el punto donde se extravió Violeta, y me detuve en Malchinguí a almorzar: en la misma casa había almorzado con mis hijas. En un corredor me habían puesto la mesa, y me senté. De repente salta sobre mis rodillas Violeta, tan emocionada como cuando asomó en Quito. Me acariciaba como loca: yo no la rechacé, aunque estaba muy sucia. Di algunas monedas a la posadera, después de que me refirió conmovida, el regreso de la perra.

- Yo dije, añadía: algo le han de haber hecho. Noté la cojera y le curé la pierna.

Partí con la resolución de recobrarla a mi regreso; y así se efectuó, al cabo de ocho días. ¡Cómo se regocijaron mis hijas, especialmente Rosa quien se indignaba cuando le decían que Violeta no era racional! Hubo de costarle nuevas lágrimas cuando, algunos meses más tarde, regresamos a la capital, porque ya no fue posible cargar con Violeta, la que había contraído matrimonio en La Quinta. La infeliz murió olvidada, porque nadie la consideró como mi hijita.

Inicio del Gobierno de Plaza

De ola en ola, de rompiente en rompiente, de abismo en abismo, hemos llegado a un desierto, donde no hay una gota de agua, ni un brizna

de verdura, ni un hilo de claridad, que deje entrever la esperanza. Aridez, soledad, tinieblas. "El Ecuador está al borde de un abismo", ha sido la frase consabida, la expresión trivial, la muletilla de las parcialidades políticas, siempre que han embestido con vigor a la parcialidad erguida en el poder. ¿Y qué dicen ahora todos esos bandos, todos, porque son todos los caídos, al mirar en perspectiva inmensa, en un edificio llamado Palacio de Gobierno, a uno como ecuatoriano, que se cantonea solo, solo, pero galoneado y con banda, dando voces a un millón de tumbas, llenas las manos de oro de la patria, sin que le sea posible hallar un compañero? ¿Será dignidad, será vergüenza, será miedo, será asco, será presentimiento de la corta duración del gobierno? Me reconciliaré con el Ecuador, si se prolongara esta actitud, hasta que sobreviniera la justicia. ¡Cual no será el regocijo de los naufragos, cuando habiendo arribado, en la obscuridad, a un islote, perdida la noción del tiempo, sorpréndeles la luz del alba, y con auxilio, entrevén oasis, a lo lejos!

Para ocultar sus planes la *primera medida de Plaza* fue llamar a ministros a los señores Abelardo Moncayo y José Peralta, los de más confianza del general Alfaro, y ellos aceptaron, completamente ignorantes de los antedichos planes, quizás con anuencia del mismo general Alfaro, porque él quería que los liberales rodearan a Plaza. Parece que en el nuevo ministerio estuvieron poco tiempo.

En Quito firmé un contrato con el Gobierno, para la publicación de las obras de Montalvo; pero como Plaza no cumplió, como su conducta empezó a ser infame con su protector el general Alfaro, me alejé de dicho Plaza.

Problemas de mis hijas en la Providencia. 1903. Viaje de mis hijas a los E.E.U.U.

Puse a mis hijas en un colegio, el de la Providencia, dirigido por monjas francesas. La directora me ofreció no obligarlas a confesarse, porque eran muy niñas. Habían corrido pocos meses, cuando la menor me refirió que las monjas les enseñaban a mentir: les impedían la lectura de Montalvo, y les aconsejaban dijeran que si las leían. Sucedió algo más grave: la mayor se había confesado, y lo supe por informe de la menor, no como chisme, sino en presencia de la acusada:

- No pude resistir a la curiosidad, papá, me dijo mi hija: pero tendremos que salir de aquel colegio, acto continuo.

Se acercó, me acarició, me abrazó y me relató cuanto le había acontecido:

- ¿Cómo se llama Ud.?, me dijo el cura, que era joven.
 - Rosa Andrade. le contesté.
 - ¿De qué Andrades?
 - Mi papá se llama Roberto Andrade.
 - ¡Misericordia! ¿Ese asesino?
 - Quise levantarme.
 - Pero si es un impío, un deslenguado, un hereje, un corrompido, continuaba diciendo.
 - Me levanté. ¿Por qué insulta Ud. a mi papá?, le dije: corri a la puerta y grité. Vino la directora, y yo lloraba.
 - Yo no me confieso con ese señor, porque insulta a mi papá, dije.
 - Yo soy franco dijo el cura.
 - ¿Insultar al padre de una hija de confesión, delante de ella?
- Será mejor que salga Ud. de aquí, dijo la madre Eudoxia.

En vano procuraron enjugar las lágrimas de mi hija: ambas se empeñaron en salir del colegio y salieron; y sin aspavientos, me refirieron el escándalo. Hube de buscar profesores a domicilio. Los dos varones, por disposición del general Alfaro, se fueron a estudiar a los Estados Unidos.

Plaza suprime mi empleo

El Ministro Miguel Valverde, entonces mi amigo, se empeñó en que yo dirigiera los institutos normales de niños y niñas, recién fundados por el coronel Olmedo Alfaro: el de niñas tenía por profesores a Mr. y Mrs. Compton, norteamericanos, y no hay más que decir y el de niños, el ilustrado colombiano D. Manuel de Jesús Andrade. Ambos han sido útiles, porque en la República hay ahora buenos profesores nacionales. A Plaza acababa yo de desairar, con la devolución de una esquila en que pedía versos para una sobrina de él, y él suprimió mi empleo.

El Tuerto Calle

Parece que por entonces llegó a adquirir fama el escritor Manuel J. Calle. Plaza le presentó a su esposa¹ y le invitaba a su mesa, y Calle

¹.- Debió suceder esto en 1905, pues el General se casó en mayo de ese año con doña Abelina Lasso.

publicaba por la imprenta cuánto Plaza le mandaba. Como era ingenioso, algo había leído en su vida y no ponía freno a su pluma; como, por otra parte, su educación era plebeya y empleaba voces chabacanas, alcanzó popularidad en toda la república. Llegaron a decir que era superior a Montalvo, y él hasta censuró al grande escritor, tratándole aun de manera desdeñosa. "Calle es mejor que Montalvo", decían, "porque sus escritos mueven al populacho y le incitan a indignarse: Montalvo no ha pasado de tener un puñado de admiradores". Calle no tenía un amigo entre las personas aseadas y decentes: era un plebeyo, asqueroso, *bajito*, renacuajo, *cutis amarillento*, tuerto como fueron sus intentos y *no andaba sino borracho*. Un inglés le siguió una cuadra, por verlo bien, pues no podía creer que esa zupia de hombre escribiese. No hay en sus escritos una sola máxima moral. Su alma no era solamente zahurda, sino un lugar a donde concurren todos los vicios existentes, aun los más nefandos y monstruosos. Era vocero digno de Plaza. Tales escritores no sobresalen sino cuando hay tales presidentes.²

*Viaje al Carchi. Mi oficio de curador
Lo que voy a contar sucedió en 1903*

Poco a poco iba yo adquiriendo buenas amistades con familias partidarias de los jesuitas y devotas de Garcia Moreno. Jóvenes conservadores me saludaban en la calle, y personas serias confiaban en mí. Una excelente señora llamada Mercedes Fierro, nacida en Tulcán, rica, viuda, y con algunos hijos, religiosa y devota, me confió el cuidado de dos adolescentes, hijos de ella, para que como curador de ellos, recibiera una hacienda que ella había dado en arriendo en Tulcán. Fui con los hijos de ella y con dos hijos míos, niños todavía, por muy escabrosos caminos. Coronamos el páramo del Chiles, totalmente desierto, en cuya extensa cumbre no hay otra vegetación que un arbusto llamado *frailejón*, palo de dos o de tres metros de alto, con hojas enormes y gruesas, y de color de paño plomo. Nuestro lecho estuvo al aire libre, pero se duerme bien en barraquillas fabricadas con el dicho arbusto, y sepultando el cuerpo en dichas hojas. Por aquellas sendas había yo huido a Colombia, después de la hazaña del 6 de Agosto de 1875. La hacienda a donde íbamos, fértil y pasto de ganadería vacuna y caballar, no muy distante de Tulcán, me fue

²- Los conceptos de Andrade tienen el matiz pasional. Hay excelentes estudios sobre Calle, de Antonio Lloret Bastidas y de G. Humberto Mata.

entregada por el arrendatario, prolija y honradamente. Se me ha olvidado el nombre de él: era un caballero que peinaba canas, colombiano y con fama de honradez acrisolada. Regaló a mis hijos dos toretes.

Al regreso vine por el Puntal, hoy Bolívar. Volví al lugar de mi nacimiento a los 35 años de ausencia.³ Dos leguas antes de llegar, vi a un jinete que caminaba de vuelta encontrada y a quien no conocí, desde luego. Conforme se acercaba se iba enrojeciendo, y al fin extendió los brazos, exclamando con voz de llanto:

- ¡Papá Rafael!

Me confundió con mi padre; era mi contemporáneo y condiscípulo, ahijado de mi padre y se llamaba Amadeo Pavón. Cayó en mis brazos. Regresó a la aldea por acompañarme. Ya mi casa era de otros dueños, corrieron algunas lágrimas, pues todavía vivían personas a quienes yo había conocido. Todos hablaban a una voz, y esta voz era un himno en elogio de mi padre y de mi madre. Yo no hacía otra cosa que llorar, en silencio. Eran míos todos aquellos con quienes saludé. Desde entonces no he regresado, y quizá ya no volveré a ver a mi patria, a mi cuna.

Tenemos que volver, por un momento, atrás.

Historia de Dolores y Mercedes Gallo. Un almuerzo en casa de Alfaro

Una señora llamada Dolores Gallo, iba a visitar en la penitenciaría a su esposo, preso allí por asuntos políticos: se amistó con mi esposa y le prestó servicios, porque era amable y comedida. Ya en libertad, y mi familia ausente en Manabí, Dolores Gallo me refirió las escenas siguientes:

Tenía ella un hermano en Latacunga, donde murió dejando a una hija en una hacienda, la que fue parte de una herencia; la otra parte era una casa en Quito. La muchacha tenía apenas quince años. En las proximidades residía un rico de Quito en hacienda en la cual había servido el padre de ella. El rico fue a dar el pésame a la hija, y a proponerle le vendiera las propiedades raíces, porque para ella, más conveniente les sería el dinero que los fundos. No consintió la muchacha, a pesar de las incesantes instancias. Apeló el interesado a la seducción amorosa. Sin embargo de ella, no se realizó el negocio; pero el rico obligó a la muchacha a ir a Quito, a pretexto de comodidad para el alumbramiento. Efectuado éste, el rico arrebató al niño y lo llevó a una Inclusa, creyendo así obligar a la infeliz a la realización de la venta. Ella vivía abrumada y sin otra

3.- Entró a la Universidad en octubre de 1868.

esperanza que la muerte. La persuadió, por fin, el rico que lo mejor era entregarse a devociones, confesarse y comulgar con un sacerdote que él le indicaría. Un condiscipulo de él era fraile, en el convento *de los mercedarios*, y él fue el elegido. Se comprende que el sacerdote, para salvar el alma de ella, había de aconsejarle la venta de los fundos; mas ella resistió siempre indignada. Por consejo del rico, el confesor citó a la muchacha a concurrir al convento, donde ya tenía un escribano, con todos sus trabajos. En un vestíbulo se hallaba el escribano, con escribiente, mesa y utensilio: se presentó la devota, con el aspecto de humildad. Inmediatamente apareció el padre confesor: "Voy a sacarte del infierno, hija desgraciada, donde ya te veo abrazada en llamas y devorada por centenares de demonios: librate de ese suplicio eterno. No tienes que hacer sino firmar esa escritura y recluirte en tu cuarto, con tu libreta dada por uno de los Bancos, para disponer de tu dinero como gustes, y con tu hijito, quien te será inmediatamente devuelto. Así vivirás consagrada a Dios, y desaparecerá hasta el pensamiento de pecar. Venga mi hijita; tome la pluma y escriba nada más que su nombre".

La infortunada firmó. El precio constante en la escritura era seis veces menor que el neto y legítimo. Apareció el comprador, y le dio allí mismo quinientos sures, lo que podía necesitar por el momento, y le designó una habitación en la misma casa que ella le vendía: por el alquiler tenía que pagar el doble o el triple del verdadero precio. No se le dio libreta de banco, no se le pagaba con regularidad, y alguna vez se le enviaban tercios de raspaduras, de una hacienda que el rico tenía en Imbabura, para que ella las revendiera.- Parece que el hijito había muerto, pues no volvió a verlo la madre. Abrumada ésta acudió al remedio de la fuga: anocheció y no amaneció en la casa, y fue a refugiarse en la tienda de una viejecita, amiga de sus padres, a quien empezó a pagar mensualidades. Se le concluyó el dinero, al cabo de algún tiempo; y entonces se acordó de la *tía Dolores*, por remembranzas hechas por la vieja. Fue a buscarla, y Dolores la acogió con lágrimas: si antes no se había acordado de la sobrina, había sido porque se resintió con el hermano y no supo el fallecimiento de él. El marido, leguleyo, se propuso demandar al rico, por la lesión enorme, y lo realizó, al momento; pero sin buen resultado, a causa del poderío de la parte contraria. Mercedes Gallo, (este era el nombre de la muchacha), iba sola, por el barrio de la Cruz de Piedra: de repente le acometió un accidente causado por la inasistencia en la enfermedad del alumbramiento, y cayó en la calle, perdiendo el sentido. Se aglomeró la gente en torno a ella. Al mismo tiempo se acercó el rico consabido, quien,

por casualidad, pasaba. Mucho había buscado a Mercedes, para obtener el finiquito, lo que le daría propiedad indisputables de los fundos.

- ¡Merceditas!, le dijo.

Al conocerlo, la mujer se cubrió la cara con las manos y dio un grito de terror. Se alejó el hombre, a prisa, y entró al hospicio, que se hallaba inmediato: era administrado por un hermano del rico.

- Acabo de encontrar a una hija de Gallo, mayordomo de nuestras haciendas, le dijo: ha caído en la calle, en un ataque de locura. Hay necesidad de que la cojas aquí y la recluyas en el departamento de locos.

Así lo hizo el dicho hermano, valiéndose de las Hermanas de la Caridad, que servían en el Hospicio.

Perdida la muchacha, la tía Dolores la buscaba con afán, hasta que adquirió noticias de su paradero. No fue posible sacar a la supuesta loca, y Dolores se contentaba con tales o cuales visitas. Días después, ya no la dejaron entrar, alegando era necesario el permiso del Arzobispo. Pasaba los días, esperando el permiso en la antesala, y rara vez le era concedido. Al fin ya no lo obtuvo: en algunos años pudo adquirir noticias: más tarde, ya ni esto le era fácil.

- Siete años ha permanecido presa, y no sé si todavía viva, concluyó Dolores. Sólo supe que el rico había ido, con un abogado y un escribano, a obtener el finiquito.

El objeto de esta relación fue averiguar si podía yo influir en la libertad de esta mujer. Hablé con el marido de Dolores y la relación fue confirmada. En casa del general Alfaro comí aquella tarde, y le referí lo narrado. Conmovido el Presidente, dijome ordenara al Intendente de Policía, fuese en pos de la mujer recluida. Llegó al hospicio el Intendente, preguntó por Mercedes Gallo; y las hermanas de la Caridad le contestaron que allí estaba, pero tardaron en sacarla. El Intendente le gritaba, paseándose por aquellos andenes. En un recoveco se abrió una puertecita, y apareció una mujer, vestida de andrajos, toda mugrienta y repugnante a la vista. La cabeza eran un enmarañado de cabellos, nunca lavados ni peinados, donde probablemente anidaban insectos diminutos; el semblante un terrón de suciedad, donde brillaban unos ojos, abiertos hasta la exageración y que revelaban idiotéz.

- Es Ud. Mercedes Gallo?

- Sí, señor.

La contempló y entró con ella a la Secretaría: allí escribió una tarjeta a Dolores. Mientras la esperaban, Mercedes se había sentado en el

suelo, a espaldas del Intendente, a quien, de rato en rato, le tiraba de la ropa, diciéndole:

- Señor, ¿no me ofreció sacarme de aquí?

Llegó la tía, y hubo lágrimas de ella: la otra no hablaba sino despropósitos. Las dos vinieron inmediatamente a mi casa, a agradecerme. Reclamó también el Intendente unas joyas, valor de \$700,°° que la muchacha había dejado a la viejecita, en cuya casa se asiló: ésta las había entregado a las monjas del hospicio de cuyo valor las tomó el Intendente. Denuncié este suceso a la Cámara, y pedí se nombrara una comisión de su recinto, para que visitara los principales lugares de reclusión de la República, en averiguación de iguales crímenes; pero no quiso decretarlo. El criminal quedó impune.

Me alejé yo de Quito y *permanecí en Manabí, algunos años*. Muerta ya mi esposa en 1901, volvía a Quito. Una mañana se presentó en mi casa un escribano, y me pidió reconociera un documento, firmado por mí, ocho o nueve años antes: era por el valor de \$130,°°, que yo debía a Dolores Gallo, por sumillas de dinero, que ella había prestado a mi esposa, cuando me hallaba en la penitenciaría.

- La firma es mía, dije yo; y si no he pagado, es porque Dolores Gallo me aseguró había roto el documento, en agradecimiento a una acción mía, en favor de su sobrina. Hoy no tengo; pagaré otro día; pero reconoceré mi firma.

En el mismo día encontré en la calle al esposo de Dolores, quien había muerto también.

Ocho años ha guardado Ud. ese documento, y no me ha pedido el pago: yo no lo he pagado, porque según me dijo su esposa, había sido quemado.

- ¿Cómo se va a quemar una cosa que vale dinero?

- La gratitud por una buena acción es más que el dinero, contesté molesto.

- ¿Y cuánto le costó a Ud. esa buena acción?

Me retiré, porque comprendí que ese no era hombre con quien podía yo discutir.

Mi pobreza era extrema, y no hallaba medio de ahuyentarla. A poco, recibí notificación del juez, porque mi acreedor me había demandado: descansé en un abogado y me desentendí del asunto. Me ausenté otra vez, por largo tiempo. A mi regreso -sería 1904-, recibí notificación de que la deuda de \$130,°°, había ascendido a \$ 600,°°, por intereses de 9 años y costas judiciales. Me apresuré a hablar con el demandante, quien era un

abogado, apoderado de mi acreedor, y le di \$200,°° en pago total de la deuda, con la condición de que rompiera el documento. Aceptó, y yo di por concluido el asunto. Corrieron los tiempos. Un día se me presentó un individuo a exigirme el saldo, pues el documento no había sido roto. El abogado ya no existía, y el apoderado era otro. Me dijo éste que sólo habían rebajado los \$ 200,°°; pero con él arreglaría yo de la manera más conveniente, al día siguiente, en la escribanía tal, porque se hallaba ocupado. Por la madrugada había partido a Europa de cónsul; y se me presentó un agente, con los papeles del caso en compañía de un matrimonio a exigirme el pago. El matrimonio, un carpintero y su mujer, acreedores del cónsul, por muebles vendidos, habían aceptado el pago con mi deuda. Llévelos a mi casa; pero no alcancé a pagarles todo. Fui a casa de ellos, después de varios días, llevándoles otro pequeño dividendo. Años más tarde, volví a ver al Sr. Cónsul, y quedó a pagar al carpintero el saldo.

Contratiempo con el abogado Cajiao. Dos años en una finca. La fractura de mi brazo

Me acaeció también otro contratiempo en Quito, tan sin importancia como el anterior; pero que da idea clara del dominio de la devoción y la pereza, de la hipocresía y la mentira, en que han mantenido al pueblo los llamados conservadores, ahora *derechistas*. Tomé en arriendo una finca próxima a Quito, de habitaciones destartaladas y terrenos, al parecer, infecundos: el dueño me pagaría mejoras: *vivi como dos años*. De repente se presentó un individuo, y me dijo había comprado la finca, debía yo desocuparla.

- Debe Ud. pagarme mejoras, le dije, sin pensar en otro inconveniente. Las mejoras ascienden a \$ 700,°°.

No habrá inconveniente, contestome.

A los pocos días desocupé la casa y fui a informar al nuevo propietario, quien estaba ausente. La esposa se alegró mucho, y me suplicó la acompañara a conocer la casa. La conoció, la examinó, calculó las mejoras.

- Sirvase darme la llave, me dijo. Ya nada tiene Ud. que hacer aquí. Mi esposo pagará a Ud. las mejoras, apenas regrese.

Creo que nadie habría vacilado *en entregar* la llave a la señora. Se la entregué. Esperé varios días, y no vino el pago. Fui a casa del propietario. Me recibió con semblante adusto.

- ¿Qué mejoras tengo que pagar a Ud.?, me dijo ¿Qué contrato ha celebrado Ud. conmigo? Desde que Ud. entregó la llave, todo concluyó entre nosotros.

- ¿Me roba Ud.?, le dije.

- No le robo, sino que no pago lo que no debo. Demándeme Ud.

- ¡Qué le demande! Ha de ser Ud. leguleyo.

Y sali.

- Se va Ud. a enredar en un pleito molestísimo, me dijo un abogado. Este es Cajiao, colombiano avecindado en Latacunga, quien se ha enriquecido como rábula.

Mientras residía yo en aquella finca, iba a caballo a otra, donde tenía yo otro caballo a mesada, y al entrar al patio, un portón pesado de madera me sacó de la montura y me lanzó sobre las piedras que formaban el pavimento: el codo dio contra ellas y me fracturé el brazo derecho. Me levanté, dolorido, e iba diciendo "¡ay Jesús!" Un niño de seis años se aproximó a mí y me dijo: "Cómo, siendo Ud. hereje, dice, "¡ay Jesús!", Sr. Andrade?" Me reí, y comprendí que aquella casa era de conservadores. Yo no conocía a la familia. Tuve que volver a mi casa a pie, pues el dolor no me permitía montar; vinieron médicos de Quito, me operaron, y después de algunos meses, ya estuve sano y bueno. Una dama de la buena sociedad de Quito, me encontró en la carretera, el día de la fractura; y como le referí que el herido era el brazo derecho, dijo ella con la mirada: "El brazo con que hirió a García Moreno!" ¡Cuál no sería su admiración, cuando, después de poco, me veía en la calle sano y bueno! Era una señora respetable, hermana de un Ministro de García Moreno.

CAPITULO XXX

SUCESOS ENTRE 1903 Y 1904

Plaza intentó asesinar a Alfaro por 1903

La primera idea de Plaza, al dedicarse a la consecución de la Presidencia de la República ecuatoriana, no fue otra que *allegar dinero*, sin elección de medios, porque comprendió que no sería castigado, si conseguía la complicidad del ejército. La consiguió, y le fue fácil, e inmediatamente se consagró a buscar la de los liberales de valía. Si el ejército estaba ya ganado, no le fue difícil hallar liberales indignos, y con tanto mayor razón, cuanto se propagó el consejo del general Floy Alfaro, consistente en que los liberales debían rodear a Plaza, pues si no lo hacían, Plaza acudiría a los conservadores. Rodearon a Plaza liberales dignos, en el *primer periodo de éste*, pero debieron separarse luego que conocieron que sus intenciones eran deshonorosas, como la de querer asesinar al general Alfaro en Guayaquil, suponiéndole conspirador; la de querer apropiarse de los millares de libras esterlinas, dejadas por el Gobierno de Alfaro en poder de Glyn Mills Currie en Londres; la del interés en querer interrumpir la construcción del ferrocarril, etc. Hubo liberales que acompañaron a Plaza, cuando sacrificó al gran patnota y a otros liberales, que acompañaron a sus dependientes, enemigos, por lo mismo de los liberales genuinos históricos, leales, verdaderos. ¿No fue Plaza quien dividió al Partido Liberal por medio de un abismo, el que jamás podrá salvarse, porque corre por él sangre augusta, que significa la felicidad de la República? Liberales de Plaza no son liberales. Llevan en su frente una responsabilidad ingeniosa, ahominable, la de haber contenido al Ecuador en el proceso, la de haberle obligado a retroceder cuando avanza, pisoteando una civilización que había sido tan costosa para el pueblo. Cuántos hombres habían caído luchando, y precisamente de los más excelsos, como lo han demostrado sus acciones. ¿Por qué cayeron, sino por el empujón de un extranjero, ayudado por una parte del Partido Liberal del Ecuador, de

los favorecidos por los sacrificios? Esos hombres son carroña, pestilencia: no vengan a pedir galardón a nosotros.

Vargas Vila: algunos pormenores. Recuerdos de Gustavo Monroy

Después de que mi hermano Julio fue nombrado Ministro de Instrucción Pública por Plaza, apareció un escrito del colombiano Vargas Vila contra éste, quien se empeñó en que yo contestara. El artículo se refería a la vida de Plaza en Centro América, vida de aventuras poco dignas. En uno de mis escritos, "Imprenta Chanflona", reconvine a Vargas Vila, diciéndole que Plaza había sido elegido por el Partido Liberal, el que le rodeaba en el gobierno, y que Vargas Vila no tenía derecho de infamar a este partido, con alusiones extemporáneas. Vargas Vila replicó de un modo violento e injurioso, por demás injusto. Yo me callé, por consideraciones al Gral. Alfaro, a quien el colombiano encomiaba. Posteriormente me elogió varias veces: pero ya mi cariño se había enfriado, en razón de faltas no insignificantes.

En Barranquilla, Colombia, se encontró con mi compatriota y amigo D. Gustavo Monroy Garaicoa, quien narra en hoja volante:

"Vargas Vila hace recuerdo de nuestros escritores, y termina citando a Roberto Andrade, que él conceptúa lo más destacado y agrega, refiriéndose a Andrade: es un notable escritor, cuya personalidad aprecio, y cuya mano debe ser estrechada por los hombres libres y altivos de América, como que todavía está caliente con la sangre del tirano García Moreno: mano que los gobiernos liberales deben honrarla después de su muerte, mostrándola a las generaciones venideras, desde los bancos de la escuela, como una enseñanza de libertad".

Vargas Vila, digno de atención por su frase musical, enérgica, inspiradora, especialmente cuando trata de tiranos, aunque *repugnante por su odio a la mujer*, escribió acerca de mí, ya encomios, ya vituperios, sin asomo de disculpa a estos últimos. Yo lo admiré: pero le desprecié por sus insultos. Un escritor de Cuba, el Sr. Jorge Mañach, reprueba su furor contra los tiranos. "A los tiranos no se les derriba con huracanes de palabras", dice, al escribir acerca de la muerte del gran escritor. ¿A quién no sorprenderá este concepto, en el biógrafo de Martí? La palabra es la más potente y eficaz de las armas, que sirven a la humanidad, para el exterminio de tiranos. Cuando ella falte, relampaguee el puñal de la salud. Si inmediatamente vienen otros tiranos, es porque el pueblo tiranizado es,

en su mayoría, imbecil e ignorante, como sucede por los dominados por jesuitas.

Miguel Valverde

Miguel Valverde tradujo, por aquel tiempo, la famosa obra "Religión y Religiones", de Víctor Hugo, y yo le aplaudí en términos vehementes. "Se me alcanza que en literatura, le decía, y también en cualquiera de las operaciones de tu vida, eres como el autor de *Hamlet*, indiferente a la fama, inclinado a la vida sencilla, enemigo de los pomposos triunfos del mundo". Recuerdo este hecho, porque en breve fui premiado con ofensas calumniosas, como se verá páginas después.

Baquerizo versus Luis Martínez. 1904

El Dr. Alfredo Baquerizo se hallaba de Vicepresidente, y ocupó la Presidencia, porque Plaza estaba en Pomasqui: me encontré con él en la calle: "Mañana le pagaré a Ud. el dividendo de sus textos, me dijo, bondadosamente. Vaya Ud. al despacho. Game está enfermo, y Miguel Valverde es el Ministro de Hacienda"¹. Fui al despacho, en el momento en que Valverde salía del gabinete presidencial.

- "No hay lugar, me dijo. Cuando Baquerizo me daba orden de que te pagara, Luis Martínez, Ministro de Instrucción Pública, intervino: "Es gasto inútil, le dijo: la Sección de Especies está llena de los textos de Andrade: comprarlos es desperdiciar el dinero". Diome contraorden y salí. Sin perder tiempo, entré al gabinete: por dicha no estaban allí sino Baquerizo y Martínez. Detuve a éste, porque ya salía:

"Sírvasc escucharme un momento, le dije en alta voz, para que ésta llegase al Presidente. Cuando mi hermano Julio era ministro y Ud. subsecretario de él, presentó Ud. a él una monografía de Ambato, que agradó al ministro y se la compró en mil sucres. El día del pago, vino Julio a hablar con Plaza. "No, General, respondió éste: cómo vamos a comprar eso en circunstancias en que tanta necesidad tenemos de dinero?"

- "Pongo mi renuncia, replicó mi hermano".

1.- Es un error. Valverde fue ministro del Interior de Plaza en 1901, 1902 y 1903.

- "La firma de un Ministro de Estado debe ser más respetada que la de cualquier banquero; pero Ud. quiere desacreditar la mía".

- "No, Julio, no peliemos por eso", replicó Plaza, y dio orden de pago.

Martínez salió aturrullado, y Baquerizo, sonriendo mandó se me pagara.

Director de las Escuelas Normales. 1904

Plaza me había nombrado Director de las Escuelas Normales, ya establecidas con profesores norteamericanos, Mr. y Mrs. Compton, personas muy idóneas; pero sin considerar en el empleo publiqué una "Carta Política" a Plaza, porque este había cometido la arbitrariedad de destituir del Ministerio de Guerra al Gral. Flavio Alfaro, en preparación de la candidatura presidencial de D. Lizardo García. Pocos días antes me había dado Plaza mil enhorabuenas, por mis escritos acerca del matrimonio civil y el titulado "Las dos potestades". A Plaza le atribuyen ahora los ecos sin voz, la institución del matrimonio civil en la República, Plaza sabía de ello lo que puede saber un correveidile en casas poco santas. ¿Hubiera habido tal ley y las otra buenas, promulgadas en la época de Plaza, si Alfaro no da el triunfo al Partido Liberal, y el ejemplo con la promulgación de otras leyes de igual indole discurridas por Alfaro y compañeros? ¿Pensaba Plaza en otra cosa que el allegar dinero, bien o mal habido? En "Las dos potestades", puse yo en sitio relevante a la autoridad política, representada por Plaza, en el matrimonio civil. ¡Qué orgullo el de él! "Guerra Civil", "El Sufragio del Ejército", "Presidente", fueron otros escritos míos, que entonces llamaron la atención.

Muerte de Rafael Portilla: junio de 1904

Porese tiempo murió Rafael Portilla, uno de los principales conspiradores del 6 de Agosto de 1875. Era de familia distinguida -hermano menor de un jurisconsulto notable-el Dr. Antonio Portilla, rico, inteligente, patriota, activo, desprendido, perseverante, con fe profunda en el progreso y respetuoso por las nobles afecciones. A menudo me decía, lleno de tristeza: "No se cuando he sido joven: mi juventud fue como el sol en invierno: pasó cubierta por las sombras de la tiranía de Gabriel García Moreno". Poco ha me decía, esta frase un hombre que frisa con los sesenta años, melancólico, meditabundo, cuya mirada narra historias tristes, cuyos

labios no han tenido la costumbre de reír. Era contemporáneo de Rafael Portilla, el patriota.

Portilla vivió así, observando, cavilando, escabullén-dose; pero enardeciendo al frío, dando fortaleza al débil, de comer a quien todo lo había perdido en la lucha, y poniendo pólvora en la mina cuando se humedecía o escaseaba. Actividad como la de Portilla es rara; y su desinterés, su inteligencia, su determinación, su cordura, le convirtieron en la piedra angular en Quito, del edificio que a menudo caía, pero que volvía a alzarse, a esfuerzo de los conspiradores liberales. Portilla era el nombre que pronunciaban los patriotas de toda la República, cuando, enardecidos o angustiados, se acordaban de esta capital. Era idolatrado por los suyos, temido y aborrecido por los adversarios a quienes les alcanzaba su potencia. Su carácter era como una barra de acero, infrangible, pero él no se cubría de herrumbre; pues era incorruptible. Y su bondad resplandecía en medio de los nubarrones de ira que acumulaban en su pecho las injusticias humanas, las deslealtades, las cobardías, las traiciones, las miserias, los egoísmos, los embustes, las fanfarronadas, todo lo que es espinas o bazofia en la misera naturaleza del hombre. Como el verdadero médico, que cambia de fisonomía y se yergue al oír describir una enfermedad, con la mirada quiere curar al enfermo, y se lanza a la operación con el convencimiento de curarle, Portilla se ponía hermoso a la idea de suministrar alguna protección; y la suministraba rápido, sin siquiera vacilación instantánea; pero todo en secreto, como si se tratara de un delito. La naturaleza le había dotado de buen semblante, *de frente noble, de nariz elegante, de ojos sobremanera elocuentes, de barba abundante* y que contribuía a dar soberanía a su rostro; pero su estatura estaba lejos de ser la de un pisaverde; ¡Ah Portilla! Yo le estimaba más a él que a Semblantes y a Comejo Cevallos, a pesar de que los últimos eran también literatos. Rafael Portilla no lo era, y, no obstante, había leído y leía todo cuanto le era posible a un quiteño: quiteño de aquellos tiempos, digo, cuando era preciso ser Zahori para conseguir un libro prohibido por la Iglesia. Recreábase en Tácito y Gibbon, y en todos los escritos enemigos de tiranos. No era tampoco elocuente; aún en las tertulias hablaba muy poco y se limitaba a oír y observar. Cuando era locuaz era cuando hablaba entre íntimos amigos, o mano a mano con persona de la cual no abrigaba desconfianza. *Su conversación, interrumpida por desaforadas risas, era ingeniosa, chispeante, rebozada en agudezas y profundas reflexiones.* Pocas veces he oído conversación tan inspiradora para escritores afilosofados, a la manera de Tcofrasto o Montaigne. Montalvo mismo

tomó de ellas muchos de los apólogos que resplandecen en sus obras. Sobrabanle buen criterio, discreción: era como ciertos directores de buenos periódicos; nada escriben, pero inspiran, corrigen, elogian, censuran con acierto. Dirigió algunos periódicos liberales en Quito, de los de batalla por supuesto, como "La Razón", "La Candela", "El Siglo", dirigíalos con diligencia admirable, y como entonces pocos compraban periódicos en Quito. Él era quien suministraba dinero para todo. A los gobiernos personalistas y conventuales pasados, debemos el que siquiera hayan enseñado a leer, pues la generación presente puede sostener en la capital dos o más diarios. ¿O dependerá tal vez de la mayor influencia de extranjeros?

Portilla: escolta de Montalvo

Rafael Portilla debió nacer en 1848 o 1849. Su familia ha sido rica y expectable; su hermano fue el Dr. Antonio Portilla, mucho tiempo magistrado, Ministro de la Corte Suprema, y también senador en algunos congresos; Rafael era el Benjamín de la familia. No bien entró en posesión de su no despreciable patrimonio, fallecido ya su buen padre, consagróse con toda asiduidad al comercio. La aparición de Montalvo en 1867 quizás, dióle a conocer el verdadero objeto de su vida; sacrificarlo todo por la consecución de la libertad. Al principio no trabó conexiones personales con Montalvo, porque era todavía casi un niño; pero devoraba el "Cosmopolita" y formaba parte de los grupos que custodiaban a Montalvo sin que él lo supiese, cuando la vida del escritor estaba amenazada. Portilla era un verdadero carácter, de aquellos que es indispensable se formen con las tiranías que destruyen a los pueblos. Sólo con caracteres como el de él pudo haberse contenido el rayo del tirano... Fue conspirador activísimo en todo el año 1868; pero su previsión y cordura le libraron de la barra de grillos o el patíbulo. Lo admirable es que ni en la revolución de Agosto de 1875 fue mencionado su nombre, a pesar de su cooperación fogosa e incesante. Desde el escondite auxiliaba a los patriotas prófugos, les suministraba noticias y facilitaba su salvación, siempre que ocurría riesgo inminente. El fue, por decir así, la familia de Montalvo en Quito desde 1875 en adelante. Recibióle cuando el grande hombre volvió del destierro en 1876, *proporcionándole alojamiento decente*, rodeóle de las consideraciones que Montalvo merecía, y tomó a su cargo la impresión de "El Regenerador". La ausencia de Montalvo le sumergió en profundo abatimiento y se resolvió a nuevos sacrificios con tal de que el patriota pudiera regresar. Ni un instante dudó del triunfo de Alfaro. Arriesgó el resto de su

capital en el comercio, comprometió a un niño, cuya madurez conocia² y envióle a Guayaquil a obtener cincuenta mil pesos a crédito, con el objeto de auxiliar a los revolucionarios de la Costa. Realizóse lo previsto, a pesar de que el comisionado murió, apenas pisó las márgenes del Guayas: Semblantes llevó el dinero a Alfaro, y pagólo este general apenas triunfó en 1883. Y no se desalentaba Portilla, no obstante los infortunios del Partido Liberal! Ya no le restaba sino la vida, y no vaciló en entregarla al sacrificio. En 1885 salió a Colombia llevando cuanto le quedaba de dinero; y con los generales Arellanos y Francisco H. Moncayo, también con algunos jóvenes de Pichincha e Imbabura, acaudilló en el Carchi a las huestes que secundaban el cañón del Alhajueta. Nuevo infortunio, pero nueva ocasión para revestirse de energía. Volvió Portilla al escondite a Quito, pero al cabo fue domado por una de esas leyes impías y espantables, que son obedecidas, causen o no indecibles agonias. *El patriota enfermó del corazón*, casi al mismo tiempo en que acaeció la muerte de Montalvo en 1889: el triunfo de las armas liberales, sobrevino cuando ya un gran liberal estaba desarmado... Partió en busca de salud a Europa y falleció en París. Siquiera tuvo el consuelo de preveer que su sepulcro se abriría a lado de su amigo, su maestro. Y al morir no oyó sino una voz de su patria. ¡Dichoso el que conserva el eco, eco quizás lastimero, del último acento de mi amigo!

Roberto Andrade
Quito, junio 22 de

DESDE UNA ROCA

En prueba de gratitud al Sr. D. Miguel Valverde

¡El mar! este elemento poderoso
Imagen de lo grande y lo sublime
¿A quién que le contemple en su reposo
Inexplicable asombro no le imprime?
¡El mar... ! este, de Dios en los enojos,
Instrumento terrible de venganza,

2.- Rafael Andrade de veinte años de edad, hermano menor del autor de estas líneas. (R. A. R.)

Hoy, bello, ante mis ojos
 Dilátase en magnífica honanza
 Déjame, o mar, que heba de tus fuentes
 Sagrada inspiración que pueda luego
 Derramarla a torrentes
 En expresión de fuego.
 Oh mar, tu me arrebatas

Tú me llenas de amor, tu me engrandeces
 Y arrastras a los mundos del misterio
 Que incógnitos dilatas
 En los antros profundos de tu imperio

Oh noble Pensamiento
 Tú que tiendes audaz las hreves alas
 y subes hasta Dios y allá le miras
 Escúchame un momento:
 Tú que todo escudriñas de hito en hito

Mi último noviazgo Muerte de ella

No concibo yo bondad, tranquilidad, bienestar, felicidad, sin que la mujer intervenga en nuestros actos, cualquiera que sea el título con que se presente a nuestra vista, en son de contribuir a nuestro bien. ¿Para qué fue formada la mujer, sino para la propagación de la especie, indispensable para que la vida sea vida, y perpetua? Si la mujer es madre de la humanidad, debe esta divinizarla como hija, porque la mujer es diosa de sus hijos. ~~hombre que no ha amado a una mujer, ya como hijo, ya como esposo, ya como padre, no merece la atención, porque no es nadie. Tenia yo hijas, pero ellas necesitaban madre, y yo una amiga de confianza, que me llevara a un hogar verdadero. ¿Qué es en la vida un varón sin hogar?~~ Murió mi esposa, ~~para mi, mujer perfecta, y todavía yo no envejecia.~~ Desde antes se me ocurrió esta idea, pero carecia yo del dinero necesario.

Una señora de buena posición social, rica, hermosa y de virtudes, habia sido mi amiga desde la adolescencia: se casó, tuvo varios hijos y murió su esposo. Empecé a visitarla, desde que llegué a Quito, pues nuestra amistad era casi familiar. Su conversación era agradable y dulce, como suele serlo la inocencia, el ingenio y el cariño, y conmigo era solícita.

accesible. A veces nos intimábamos: pero con delicadeza y respeto, de mi parte, y de parte de ella, con gracia y ternura femeninas. Una vez le dije, de improviso:

- Ud. debe tener esposo, pues está joven y es bellísima, yo debo tener esposa, porque me hace falta compañera. Yo amo a Ud. ¿Sería difícil que Ud. y yo nos casáramos?

Sorprendiéndose, sonrió, guardó silencio y luego dijo:

- Hay un inconveniente. No todo lo que Ud. dice es verdad. Ud. dice que me ama, y esto no es sino porque estoy...

Tornó a guardar silencio.

- ¿Rica?, continué yo. Ud. piensa así porque no me ama; si me amase no se le habría ocurrido tal idea.

- Lo que sucede es que estoy en edad de pensar, no de obedecer ciegamente al corazón.

- ¿Y cómo no ha pensado Ud. en que me ofendía?

- Yo creía que Ud. no se ofendería.

- Mi alma es muy delicada: yo no cambio el dinero con la felicidad.

- ¿Cree Ud. que será feliz, si se casa conmigo?

- Sí, porque la amo.

Me tomó la mano y la estrechó.

- El dinero no es extraño a esta declaración, porque desgraciadamente soy pobre, pero Ud. de sentimientos muy nobles.

Desde entonces empezaron los preparativos. Mis visitas fueron más frecuentes, y ella me manifestaba complacencia, aunque solía abstraerse en meditaciones continuas. Mis rendimientos aumentaban, pero también mis investigaciones. En su casa era ella la única señora; pero por el matrimonio de una hija, se hallaba ligada a una familia enemiga mía en política. Nada pude averiguar, a pesar de mi diligencia y constancia; y ella no me demostraba sino amabilidad y cariño. Al hablar de mis costumbres, de mi prescindencia en asuntos eclesiásticos, hacia imperceptibles esguinces y retraba de mí la mirada. Yo no le reprochaba sus devociones, las cuales no eran de mojigata.

Un día la encontré en la calle, iba yo a saludarla, pero noté que rehuía el semblante, ocultándolo detrás de una amiga, que andaba con ella. Derribé el sombrero, sin mirarla; y desde entonces me abstuve de ir a verla. No era posible un alejamiento repentino, yo la amaba, y era quizás el último amor de mi vida. Ilusiones, pero que habían pasado de la imaginación al corazón. Corrieron algunos días. Vila entró a la casa, a la distancia y apresuré el paso. Entre, pero una criada me dijo que no estaba.

- Acabo de verla entrar, le contesté

- No está señor, replicó.

Comprendi que no le agradaban mis visitas, y me separé definitivamente de ella. Definitivamente, según era mi resolución, no la del destino.

Después de muchos días, nos encontramos, ella y yo, en la calle y en el portón de su casa. Saludamos conmovidos

- Entre, me dijo, y caminamos silenciosos. En el aposento, me echó los brazos al cuello y me besó. Y retirándose un paso.

- ¡Váyase!, me dijo enérgicamente.

- ¡Qué es esto? ¿Qué sucede?

- ¡Por Dios, váyase! No conviene que esté Ud. aquí ni un minuto más.

En cualquier caso mi deber era respetarla. Me incliné y salí. Fueron para mí los días muy tristes. No la veía por ninguna parte, ni a nadie oía hablar de ella. Mi ánimo era desistir, a pesar de que el desistimiento de ella era casi evidente. Un pariente mío la visitaba, y vino a verme.

- ¿Por qué no visitas a la señora.? me dijo, ella te ha estimado y te estima. Anoche me habló de ti largamente. Llegó a comunicarme, en secreto el compromiso de matrimonio; y añadió que un padre agustino, confesor de ella, se había opuesto, con indignación, y la había amenazado, que ella, al principio, resolvió obedecerle.

- ¿Te pidió me lo refirieras a mí?

- No.

Soporté con entereza y me resolví a tomar resolución, persuadido de que ella estaba arrepentida de su desistimiento. Ya yo no estaba en la edad de las luchas. Las mujeres de Quito son amables, tiernas, condescendientes a la voz del marido, si no es ordinario, bajo, vulgar; pero no cuando se trata de devoción, de obediencia al confesor. La perspectiva de un nuevo hogar, con el cura en él, tarde y mañana, las devociones, los trisagios, me disgustaban, me asustaban. Mi novia era incomparablemente buena, adecuada para esposa de un hombre maduro, de mi índole, de mis ocupaciones; ¿pero cómo le convenía, a la edad de ella, de que el cura no debía aconsejarla, de que no debía poner los pies en mi casa, ni cómo borraba en su alma las creencias desde la infancia imbuidas? Es claro que no me asustaban las creencias religiosas; pero si las supersticiones e intolerancias. Me amaba, y yo también la amaba, y de ello estaba yo convencido; pero quién me probaba que el cura no tenía en ella las influencias que los curas llaman divinas? Me intimidaban también las conexiones con la familia adquirida por la hija. Para mis ocupaciones, necesitaba aislamiento.

Nos encontramos en la calle, y la saludé cortésmente. Temblorosa, me tendió la mano.

- ¿Por qué no va Ud. a visitarme?, me dijo, sonriendo.

Vacilé, callé, hice un grande esfuerzo y dije:

- Es muy tarde... No puedo negar que la adoro... Estoy viendo el día: pero tengo que preferir la noche.

Me incliné y me alejé.

Procedí como un gánzápiro, tal vez. *Al poco tiempo supe que había muerto.*

Como éste son los métodos católicos de los sacerdotes del Ecuador, y así dicen que en el Ecuador hay libertad.

En materias religiosas, no posee nadie la verdad, o la poseen todos, a la vez: si es cierto lo primero, la religión no tiene razón de ser; y si es cierto lo segundo, no hay motivo alguno de disputa. Si hay duda no hay religión; si no la hay, toda religión es verdadera; lo que es imposible. Toda religión tiene sacerdocio; y el objeto de este no es sino buscar dinero.

Refiero aún estos secretos, que deberían ser sagrados, para convencer a mis conciudadanos, que la influencia ilimitada del clero es perjudicial a la libertad individual.

Avaricia: asesinato de Ana Vásconez Jijón de Miño

¡Qué acontecimientos! Se entristece, se exaspera, se espeluzna, se consterna, se anonada el linaje humano, por ciertas desventuras. Son obra de la Providencia, dicen los ignorantes y necios, y los empecinados en disfrazar la verdad, aun a riesgo de poner en ridículo al Altísimo. ¡Dios autorizando crímenes! ¿Qué provecho sacáis de enseñar estos absurdos a la adorable niñez? Los crímenes son obra de malos instintos, de mal temperamento, de malas circunstancias, de mala educación, de malas compañías, del encenegamiento en los vicios, decimos nosotros, cuando el suceso es tan horrible como el que acaba de conmover a la ciudad y de obligarnos a meditar sobre las tumbas. ¡Dos tumbas cavadas sin ningún atenuante, por instintos netamente criminales y en castigo de costumbres criminales! Una la de una anciana avara, otra la de un adolescente vicioso.

Descendía de estirpe española, la primera, de los ennoblecidos acá en nuestra América. Había sido casada con un hombre útil,³ y desde su viudez vivía sin fomentar conexiones. Era muy rica y muy avara. Tenía

3.- El famoso abogado y bibliófilo Ramón Miño Valdez

riqueza cuando tuvo a bien huir de los otros, de sus parientes, de sus amigos, de todos. No aumentaron sus caudales, porque no los puso en giro: limitóse a guardarlos, a esconderlos, a enterrarlos, y no los disminuiría ni para saciar el hambre de ella misma. Su vida era sórdida, como puede ser la de un mendigo. Habitaba en una casa grande, propia de ella: cómoda hubiera sido por el número de cuartos; *pero todos estaban sucios*, las paredes agrietadas, el maderaje carcomido e inmundado el pavimento, como suele ser cualquier cochambrería.⁴ Como inquilinas no tenía sino mujeres plebeyas, porque éstas le prestaban servicios gratuitos. Hacer mandados, cocer coles y locro, lo que costaba menos en Quito. Su cuarto estaba cubierto de basura y saliva, basura no removida en años, cáscaras, excrementos de gatos y perros, huesos, andrajos, bazofia, todo lo que exhalaba olores nauseabundos. Muebles desvencijados de viejos, restos de cortinas, ya perdido el color; uno que otro cristal destrozado, telarañas, mendrugillos, trapos sucios, y todo cubierto con capas de polvo, sobrepuestas en el transcurso de los años. A las inquilinas, cuando volvía de misa y de confesarse y comulgar, les pedía de limosna mendrugos de pan. Refería una señorita joven, que un día fue a casa de la avara, por acompañar a una dama y sobrina de la familia de esta última. Almorzaba detrás de un biombo mugriento, un plato de arroz de cebada, guardado desde el día anterior, sin pan, sin servilleta, sin mantel: una jarra de lata con agua era el único huésped en aquella mesa como el arenal del desierto:

- Ya vienen estas sanguijuelas, dijo entre dientes; pero, las visitas le oyeron.

Entró despavorida la acompañante de la que iba de visita: ésta entró serena: ya conocía las costumbres de su tía, quien se deshizo en demostraciones de cariño y complacencia.

- Boniticas, les dijo, acabo de almorzar, y ya no tengo qué brindarles. Siempre estoy de dieta, porque mi mala salud no me permite comer nada substancioso. La leche me llena de viento, el queso me agría el estómago: pan, carne, papas, huevos, legumbres, dulce, no puedo digerir.

El cuartucho era tan inmundado que las visitantes apenas podían respirar. Parece que la pariente había ido con el objeto de pedir dinero a la avara, cosa incomprensible, porque de repente ésta exclamó, con ademán de terror:

- ¡Un peso! ¿Estás loca?

⁴- Esta casa ocupa el ángulo sur-oeste de la Guayaquil y Sucre

En seguida levantóse y descendió la escalera, como si huyese del diablo. ¿A dónde iba, dejando a gente extraña en su casa? Era bondadosa: iba a hacerles un regalo. Acto continuo volvió, con un pedazo de pan en la mano.

- Toma, si quieres comer, hijita: dinero no puedo darte, porque ¿de dónde he de tener?

El vestido era de lo más raro, digno de llamar la atención hasta de los pordioseros. Faldas y manto que habían sido negros, y que ahora eran de color verdoso, repugnante. Vecinas hay, ya entradas en edad, que aseguran haber visto a doña Ana con ese único vestido, en veinte o treinta años. La basquiña le daba a media pierna, (y todavía no era hora de las desnudeces del sexo femenino), las medias blancas, y siempre remendadas y sucias, y los zapatos, de hombre, zapatos de los que se ven en basureros.

- Parecía pájaro, decía la señorita que nos narraba el suceso.

- La señora tenía un sobrino buen mozo y jovencito;⁵ pero pobre y vicioso, quien espiaba la manera de dar pábulo a sus vicios. ¡Cuántas veces había subido a ver a la tía; pero siempre había bajado sin poder robarle ni una hilacha. Un día consiguió llegar y ocultarse, sin que nadie le viera, debajo de la cama: llevaba un cuchillo bien afilado. *La ocultación se efectuó a las siete de la noche.* Sonaron las diez, y él no se movió. La señora rezó, larguísimo rato, arrodillada delante de imágenes vetustas, se santiguó multitud de veces, y por fin, se sumergió en las sábanas. El joven ni respiraba, en espera de que la señora se durmiese y reinara en toda la casa silencio: a las once empezó a deslizarse muy despacio: púsose en pie y se acercó a una cómoda, en cuyas gavetas había visto monedas de oro y plata: pero le pareció que la señora se movía: no quiso herirla, pues temió gritara: con ambas manos le apretó el cuello, y empezaron horribles ronquidos y violentas contorsiones. Días antes había la anciana alquilado a una dama distinguida, su parienta, el cuarto más inmediato; y la dama se despertó al ruido: arrojóse del lecho, abrió un balcón, por el que se miraba la calle, y dio gritos angustiosos. Entre tanto el joven, ya estrangulada la señora, llenose los bolsillos de monedas de oro y plata, de piedras preciosas y de billetes de banco, y se precipitó, escalera abajo. Tiró los cerrojos del portón, el cual se abrió: en el instante aparecieron dos

⁵.- Era Luis Saá Vásconez. Alias el Tucro Saá. Más detalles en nuestra obra *Los Saá: mas allá de las fronteras*. Tomo 2.

celadores armados: y antes de que atraparan al bandido, éste se hirió con el cuchillo la garganta, y cayó muerto.

En la casa, al amanecer, había como un jubileo, pues la avara era emparentada con toda la aristocracia de Quito. En todas las habitaciones se hallaron monedas de oro y plata, abundancia de billetes de banco, podridos debajo de las alfombras de los pisos, en las grietas de las paredes, en los intersticios de puertas y ventanas, detrás de los muebles pegados a las paredes y de los cuadros colgados de ellas, y piedras preciosas en otros lugares. La crisis de la avaricia aparecía en formas muy extravagantes.

La reconciliación 1905

Poco antes del combate del Chasqui, el Dr. Alfredo Baquerizo, Vicepresidente de García, se hallaba en Guayaquil; y a una insinuación de Plaza, asumió el poder, y nombró ministros de Estado, uno de los cuales fue César Borja. Ya victorioso Alfaro, el Club de la Unión de Guayaquil le dio un banquete, en el que Borja pronunció un discurso en su alabanza. Alfaro le estrechó la diestra afectuoso, y poco después le nombró Ministro de Estado. Apareció en una revista una poesía hermosa de Borja, y yo la elegí, y llegamos a ser buenos amigos.

1905: Cumplimiento de Lizardo García

El tiempo transcurrió sin que se me pagara el otro dividendo, y ya el plazo estaba vencido. Vino al Gobierno el D. Lizardo García, elegido por Plaza, y por consiguiente, enemigo mío. - "Si hay contrato, lo cancelaremos, me dijo, pero aunque el Gobierno debe retribuir los servicios de Ud., yo deseo que Ud. no vuelva a presentarse con contratos". - *Yo no deseo que el Gobierno me sirva, le contesté, sino que pague el servicio que yo acabo de hacerle con la composición de mis textos. El los necesita, y tiene que comprarmelas a mí, como compra cualquier especie, en el lugar donde se vendía.* Me pagó.

En breve vino al poder el general Alfaro, se repitieron los contratos y se regularizaron los pagos, con el inconveniente de retardos. Años más tarde, cuando fue asesinado el patriota, fui yo desterrado, y ya no se imprimieron los textos, porque nadie los compraba, en razón de disposiciones supremas. Mi destierro era Lina, y allí vine a tener conocimiento de una usurpación propia de Plaza. La última edición de mis textos se verificó en la Escuela de Artes y Oficios, donde se publicaban otras y otras

ediciones, que, en profusión las vendía el Gobierno, hasta la aparición de textos de diferentes autores.

El proyecto de independencia fue un sueño, y contribuyó a desvanecerlo otra circunstancia: fui elegido diputado, y luego senador, y también Ministro del Tribunal de Cuentas. Los diputados y senadores no ganan en el Ecuador sino una dieta diaria, mientras duran los congresos. Desentenderme de la política no fue posible, porque quería ver el futuro de mis actividades primitivas, las que después de 20 años, empezaban a tener realización. Yo no solicité ningún empleo: sin saberlo yo, me nombraron Ministro del Tribunal de Cuentas.

CAPITULO XXXI

SEGUNDO GOBIERNO DE ALFARO: ANDRADE SENADOR
1906

*Alfaro forma el gabinete de acuerdo a mis indicaciones
1905 fue otro año tedioso. en enero de 1906 Alfaro derrotó a García .*

Referiré una oferta del Gral. Alfaro. no cumplida, y mal interpretada por quienes querian infamarme. En la mañana del día siguiente al que entró a Quito, después de la batalla del Chasqui. *concurri a su casa*. por advertencia de él, hecha en la víspera. Nos hallábamnos los dos solos, y me habló del nombramiento de ministros interinos. Mencionéle al Dr. José Peralta y a D. Abelardo Moncayo; pero no los aceptó, porque necesitaba de ellos, para la rebusca y citaciones de leyes, para la redacción de decretos y otras diligencias de la mayor importancia. Indiqué a los Dres. Cueva y Albán Mestanza; tampoco los aceptó, porque estaban de ministros de la Corte Suprema, donde le eran necesarios para la acusación a D. Lizardo García y a Leonidas Plaza, por el robo de 80 mil libras esterlinas, depositadas en Londres, en casa de Glyn Mills Currie y Co.; aceptó al Dr. Manuel Montalvo, a D. Camilo Echanique y al Gral. Francisco Hipólito Moncayo, también indicados por mí, y les dio los ministerios de Gobierno, Hacienda y Guerra y Marina, respectivamente. Tiempos atrás habíamos hablado acerca de la imposibilidad de que yo fuera ministro, por mis libros por la muerte de García Moreno y contra los conservadores. El y uno de los recientes ministros entraron a otro salón. Momentos después salieron, y Alfaro vino para mí y me dijo:

- Ud. sabe que yo no puedo nombrarle ministro. Ya hemos hablado de eso.

- ¿Le ha dicho algo el Gral. Moncayo? Yo no le he dicho ni un término.

Alfaro me ofrece una casa. Mis tuteos con Carlos Freile

- Siga Ud. de legislador, como antes. No tendrá Ud. por qué quejarse de mí. Hoy mismo voy a dar orden de que se le den 20.000 sucres, a fin de que compre una casa para sus hijitas. Atribuiremos esta suma al precio de sus textos, pues tiene que continuar el contrato acerca de ellos, ya que son de primera necesidad en la República. El adelanto no es dádiva.

En los días siguientes no le recordé la oferta, y *pasaron meses* en silencio. La timidez, el recelo de obrar mal, ha sido uno de mis peores defectos; y he tenido que caer en el de pedir prestado, con esperanzas casi nunca realizadas. El Dr. Freile Zaldumbide, Vicepresidente, díjome un día:

- Antes de que gastes los \$ 20.000, cómprame una imprenta, para la publicación de tus libros; no vale sino \$ 6.000.

- ¡Sabías tú de esa oferta? díjele

- El Gral. Alfaro me habló de ella.

- No me ha dado hasta ahora nada, repuse

- Recuérdale. Si no quieres hablarle, escríbele.

Incidente desagradable con Alfaro

Debió ser mediados de 1906

La escribí entonces, pidiéndole \$ 6.000, y no me contestó ni un término. Pasó algún tiempo, hasta que llegó el congreso en que acusé al Sr. Jorge Marcos y a otros ministros. Entraba yo un día al Gabinete presidencial, y el Gral. Alfaro me llamó a prisa:

- ¿Para que ha publicado Ud. la carta que me escribió. hace tiempos, pidiéndome \$ 6.000?, me dijo.

- ¿Qué carta? Yo no la he publicado.

- Vaya y búsquela. Esta en un diario de Guayaquil.

Había sucedido que el Gral. Alfaro dejó la carta en la mesa, de donde la tomó un individuo, la leyó y la guardó. Alfaro no se volvió a acordar de ella. Dio con la carta un pariente de Marcos y la imprimió en Guayaquil, titulándola "De Cuerpo Entero". Al instante la reprodujeron en Quito y la distribuyeron en las mesas de los senadores, pues estaba instalado el Senado, y también yo era senador. La comenté en estos términos:

No me doy cuenta hasta ahora de la razón por qué el general Alfaro no dio cumplimiento a su oferta, hecha sin solicitud mía ni de nadie. Fue probablemente a causa de reflexiones de quienes poco me estiman.

fundándose en que yo era un niño, de que no consideraba en consecuencias, de que quería aparentar rectitud, de que mi proceder era solo para con él y de que me preparaba luego a censurarle más tarde. Esta última reflexión se me ocurre, al ver que la publicación de la carta no se efectuó sino cuando yo acusaba a los ministros. No la ordenó el Gral. Alfaro, incapaz de tal conducta, sino un amigo de él, pariente de uno de los ministros acusados. En Guayaquil anduvo de periódico en periódico, pues no quisieron aceptarla, ni por sumas de dinero: la aceptó un majagranzas, impelido por el interés de la ganancia. Con el Presidente, no volví a hablar acerca de ello.

Sea esta la ocasión de declarar que son falsas las imputaciones contra mí de dádivas del gobierno, en pago de publicaciones por la imprenta. Imprimí un libro, que contenía los opúsculos "A la Nación", obra de don Vicente Rocafuerte; reimprimí varios tomos de "Cuestión Histórica", "Campaña de 20 días" impresos en Lima, por Nicolás Augusto González, y varios opúsculos míos; pero no me concedieron por estos trabajos, sino el derecho de venderlos en provecho mio. Solamente Plaza, en el principio de su Gobierno, cuando tratábamos de mi viaje a Europa, me dio una orden por 500 sucres, no me acuerdo por qué publicación.

Historia de un periodista en Guayaquil
Retrocedo a 1902

La historia de este periodista es infame: el general Flavio Alfaro se hallaba de Intendente en Guayaquil, cuando llegó a sus manos un sumario, levantado en contra de dicho periodista, por una estafa escandalosa: había falsificado papel sellado, y se estaba ya enriqueciendo, pues con esta base estableció un diario. ¡Un estafador de este linaje, convertido en luz del pueblo, por medio de un órgano tan noble y que sólo debe ser instrumento de manos impolutas! El general Flavio Alfaro iba a dar curso al proceso; pero se lo impidió el Presidente, quien era ya Leonidas Plaza. Ni una sola acción ha de hallarse en la historia de Plaza, que no sea contraria a la moral, a la decencia, a la dignidad ecuatorianas: él quitó el expediente al general Flavio Alfaro y con él fabricó un periodista, que no ha podido ser útil sino a él. Le abrumó con subvenciones, con facilidades para engrandecer su diario y ahora le está pagando el servicio para su séptima Presidencia. ¡Qué en América, el continente libre, aleccionado por Bolívar y Washington, se repita tanto escándalo, que fácilmente ha podido

evitarse, debe avergonzar a las naciones donde ellos acaecen! ¡Que se perpetúe en la Presidencia!

CAPITULO XXXII

EN CHILE Y EN QUITO

1906 - 1909

*Cinco meses en Chile: mayo a abril de 1906**En busca de una herencia*

En 1906 recibí una carta del Dr. Alejandro Arenas, uno de los primeros jurisperitos de Lima, acerca de una pertenencia salitrera valiosa de mi suegro, D. Benito Arana, adquirida en Antofagasta, cuando esta provincia era de Bolivia. Mi suegro, peruano, permanecía allí de cónsul, en 1873, cuando en el Toco se descubrieron salitreras. Denunció una extensión inmensa de las que llamaban estacas descubridoras, en compañía del Dr. Manuel Antonio Lama, Cónsul del Perú en Cobija, del Dr. Walter, chileno, y el Sr. Alanis, boliviano. Hecho el denuncia, corrieron los años, sin que la adjudicación se efectuara. Sobrevino la guerra del Pacífico; y Antofagasta pasó a Chile, como hipoteca o prenda pretoria. En 1904, Bolivia y Chile celebraron un tratado, por el cual Antofagasta pasó a propiedad definitiva de Chile y Chile se comprometió a respetar cuanto el Gobierno de Bolivia había dispuesto respecto de dicha provincia. Entonces se despertó el asunto de salitreras; y el Gobierno de Chile ordenó se fueran entregando, conforme a los libros de denuncios, que en Antofagasta habían permanecido guardados. A la brevedad posible fueron presentándose denunciadores, muchos de los cuales resultaron embusteros. Entonces el Gobierno chileno suspendió las adjudicaciones, ordenó que los libros se depositaran en el Ministerio de Hacienda, en una oficina, que vino a llamarse de *defensa fiscal*, y que allí se dieran copias de los denuncios respectivos. Esto me decía el Dr. Arenas, y agregaba que no existía el denuncia de mi suegro y compañeros, y que era menester buscarlo en Chile. Yo, según él, debía ir, porque la familia de mi esposa estaba pobre. Mi suegro y mi esposa habían muerto, y tenía yo cuatro hijos. Tenía reunido el precio de mis textos, y con él emprendí viaje, sin tardanza.

Engaño del Dr. Lama a mi suegro

El Dr. Arenas, en Lima, me narró cuanto se refería al negocio: en el espacio de 1873 a 1904, año de la muerte de mi suegro, éste había caído en la pobreza, y cedido tales o cuales de sus salitreras a personas que querían darle algún dinero, sumas exiguas, se entiende. Uno de sus socios, el Dr. Lama, había muerto, y un hijo de él, abogado, tuvo conocimiento del tratado de 1904, y se resolvió a partir a Chile, con la intención de reclamar su pertenencia. Antes de partir, fue en pos de mi suegro y le reveló su proyecto, para que él le facilitara poder, como condueño. Mi suegro consintió, y le pidió que, como abogado, le extendiera el poder. Al día siguiente apareció el Dr. Lama y Ossa en carruaje, en un arrabal por donde caminaba mi suegro, ya muy anciano y enfermo, y le suplicó firmara el poder, añadiéndole que inmediatamente iba a tomar el ferrocarril del Callao, donde se embarcaría rumbo a Chile. Fue tal la urgencia del joven, que el Sr. Arana firmó el poder en un tenducho, sin siquiera dar lectura al documento. Lama y Ossa partió para Chile. Al día siguiente, el Sr. Arana tropezó con un anciano, empleado en la escribanía donde se había extendido la escritura, y éste le reconvino amigablemente, (pues eran contemporáneos y amigos), porque había regalado sus salitreras. Aturdido el Sr. Arana, fue a la escribanía a leer la escritura en copia, y halló que, en efecto, no era poder, sino donación entre vivos, en pagos de servicios profesionales, al hijo de su socio. Telegrafió a Chile, acudió con escritos al juez, reclamó por la imprenta, hizo cuanto pudo para impedir el curso de la escritura en cuestión; pero no hubo remedio: había llegado el falsario a Santiago, formado un sindicato, con influencia de sus parientes, pues su madre era chilena, y reunido cosa de trescientos mil pesos chilenos, antes de que las salitreras le fueran adjudicadas.

- *Debe Ud. acercarse a él tranquilamente*, añadió el Dr. Arenas, *y oír sus argumentos. Nada de amenazas, de exasperaciones.* Nosotros podemos probar hasta la evidencia, en el pleito, que el joven no ha tenido tiempo de prestar servicios profesionales al Sr. Arana. Yo me encargo de eso. Antes y después de esta entrevista, debe Ud. conseguir copia del denuncia, en la oficina del Consejo de Defensa Fiscal.

La Virgen del Parpadeo. 1906

En Valparaíso -mayo de 1906- encontré al Dr. Rafael Elizalde. Ministro del Ecuador en Chile. Fui a Santiago. El me presentó a un

diplomático chileno en el ferrocarril, en el pullman. Iban en él señoras y más caballeros.

- *¿Qué noticias ha tenido Ud. de la Virgen del Parpadeo?*, preguntó el diplomático, cuyo nombre no recuerdo, a Elizalde.

- *Acaba de llegar de Quito el Sr. Andrade, y él se las dará a Ud.*, contestó.

- *No tienen gran interés: fue una de esas comedias que a menudo se repiten en donde hay jesuitas*, dije.

- *¿Comedias? ¿Jesuitas? Sirvase explicarse. Mucho me llama la atención lo que Ud. dice.*

- Referiré lo que oí y me ha parecido la verdad, contesté.

- En un cuarto de estudio se hallaban niños en el colegio de los jesuitas: la estampa de la Virgen colgaba de una pared: un niño levantó la vista y quedó sorprendido, al ver que las pupilas de la Virgen se movían: llamó la atención de los demás niños, y todos salieron sobresaltados a dar la noticia del suceso a sus condiscípulos. En poco tiempo se supo en la ciudad el milagro y el colegio fue invadido por el pueblo: no pudo presenciar todo el que iba; y los jesuitas informaron que exhibirían la Virgen en el altar mayor del templo. Lo hicieron así, y el concurso del pueblo fue inmenso. *Mis dos hijas, muy niñas*, habían concurrido con una mujer mayor. Me dijeron que habían conseguido llegar cerca de la imagen, que la vieron perfectamente; pero que no notaron movimiento en las pupilas.

- *Quizá fue porque la gente se interponía a menudo*, dijo una de ellas.

La muchedumbre salió en procesión, llevada por los jesuitas, y recorrió todas las calles de Quito, entonando cantos sagrados. Al día siguiente, vispera de mi viaje, estuve en una fotografía, a momentos en que el fotógrafo sacaba de la imagen miles de copias.

- *¿Será ésta la estampa del milagro?*, pregunté.

- *¡Oh, no señor!*, dijo el fotógrafo. *Aquella está en el altar.*

- *¿Vio Ud. de cerca la copia del milagro?*

- *No, señor: no lo consienten; pero se comprende fácilmente cuál es el artificio*; han quitado delicadamente las pupilas y las han superpuesto, con habilidad admirable, colocándolas en cartoncito movable por hilos, que pasan por la pared, probablemente muy delgada: del otro cuarto pueden moverse los hilos.

Esta conjetura la oí a otros en la calle; pero yo no me he detenido a averiguación ninguna.

Acabo de hallar en Guayaquil, (15 de agosto de 1935), la solución del problema de la Virgen del Parpadeo, suscitada por los jesuitas en Quito, hace ya cerca de 30 años. Para mí no fue problema, como no lo sería para personas que conociesen la historia de aquellos. En cierto día de 1906, presentaron a los habitantes de Quito, una pintura pequeña de la Virgen de Dolores, cuyos párpados o pupilas se movían. Los jesuitas sostienen que es milagro. A todos asombró, y aún asombra, y la Virgen del Parpadeo es objeto de piadosa devoción. Los jesuitas fundan en este milagro la absoluta autoridad de ellos en el Ecuador; y aún han convocado congresos, compuestos de jesuitas y personas de su séquito, cuyo nombre es Virgen del Parpadeo. Varias de las señoras de Quito son creyentes, y nosotros lo seríamos también, porque no nos apasionan creencias religiosas, si nos ayudara la fe, en este caso.

Acaba de invitarme un abogado guayaquileño respetable, a ver un cuadro en su casa: es de una tercia de alto, y de una cuarta de ancho, y se admira el busto de un Cristo coronado de espinas. "*Es copia de un cuadro grande, me dijo; y lo compré en Alemania, admirado de lo que Ud. va a ver.* Una señorita muy devota de esta ciudad, se entusiasmó al ver el cuadro, y se lo regalé. Hoy le pedi me prestara para que lo viera Ud.

Lo vi. en efecto, y es pintura muy bella. Los ojos, lo interesante, están cerrados, y las líneas donde cierran los párpados, son muy negras.

Fijese Ud., y verá como los párpados se abren, dijo mi amigo; y luego se cierran. Veía la línea que cierra los párpados; pero no se abrían. Levanté un poco la mirada, y descubrí dos pupilas casi imperceptibles, sobre los dos párpados, que les daban el aspecto de ojos abiertos. Cuando la mirada baja, se ven los ojos cerrados: cuando sube, se ven abiertos. Todo depende de la habilidad del artista en pintar pupilas, casi imperceptible, como he dicho. Así debe ser la Virgen del Parpadeo. El artista es alemán y se llama Gabi Max. Si se ven ojos cerrados, las devotas llaman al Cristo, el Señor de la Buena Muerte; si abiertos el Señor de la Agonia.

- *Los jesuitas se aprovechaban de todo para allegar dinero. dijo un europeo. en especial. en pueblos atrasados.*

- *Como todo hombre, dijo otro.*

- *Los jesuitas, si quieren ser jesuitas, deben ser pobres, porque Jesús detestaba a los ricos. ¿Y allegar dinero con embustes, que perjudican a otros?*

El semblante del diplomático tomó un aspecto de seriedad, de aquellos que intimidan. Era grueso y corpulento como un toro.

- *Yo tengo a los jesuitas por los más prudentes, respetables y sabios del mundo*, dijo.

- Es Ud. dueño de pensar lo que guste; pero yo también soy dueño de referir un acontecimiento, conforme a la verdad y a mi criterio.

- El criterio de Ud. es contrario a la Historia, al de las naciones más cultas del mundo.

Los jesuitas han andado, en cuatro siglos, por las naciones más cultas del mundo; pero ellas no han acogido generalmente sus doctrinas.

- Ud. lo dice; pero otros dicen lo contrario.

- La misma dificultad hay respecto a Ud., señor Ministro.

Las señoras y caballeros rompieron en risa. Cambiamos de conversación. En la historia hay centenares de ejemplos de esta clase.

Entrevistas con Lama. Presencia de Rafael Elizalde

Habíamos convenido con el ministro ecuatoriano, a quien referí el objeto de mi viaje, y a quien el general Alfaro me había recomendado por cable, me amistara con el Dr. Lama y Ossa, amigo íntimo de él. El ministro me presentó al abogado falsario, a quien había invitado a almorzar. Noté en Lama y Ossa una petulancia excesiva, con el objeto quizás, de deslumbrarme. En Lima me habían referido antecedentes malísimos de él. Concluido el almuerzo, y ya en el fumador, en presencia sí del Ministro y uno que otro caballero, entregué a Lama y Ossa varias cartas: una del Dr. Javier Prado y Ugarteche, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú. Al leer esta carta, el abogado falsario se mostró sorprendido.

- *¿Ud. viene a reclamar las salitreras del Sr. Arana?*, me dijo. No habrá inconveniente para la devolución; yo ya he manifestado que las devolveré a su dueño, porque yo no quiero vivir de lo ajeno.

Mi sorpresa fue mayor, le agradeci y pedile me expusiera la forma de la restitución.

- Presentaré un escrito al Juzgado, contestó. Eso se arregla fácilmente.

Acudí a varias citas de él; pero a ninguna concurrió. Una ocasión tropecé con él, en la Alameda de las Delicias.

- Estas salitreras no pueden ser entregadas a Ud. porque son mías, me dijo. Consta en escritura firmada por el Sr. Arana, en Lima.

Era ocasión de estallar; pero todo lo hubiera perdido, si me indignaba.

- ¡De manera que, le dije en buena forma, es falso lo que me aseguró Ud., en casa del Ministro ecuatoriano!

- Le ofrecí, pero ahora no le ofrezco; perderá Ud. el tiempo, si insiste.

Y se fue. Lo que yo hice fue ir a la casa de D. Rafael Elizalde, el ministro ecuatoriano, y le manifesté que su amigo no tenía intención de cumplir su promesa. Yo no manifesté a éste rencor ni desconfianza.

- Vamos a ver a Lama y Ossa, me dijo. No es posible no cumpla, cuando la promesa fue hecha delante de mí, y a un amigo a quien yo le había presentado.

Llegamos, pero él entró solo: yo fui a esperar en otra habitación.

A poco rato vino y me manifestó que el día siguiente vendría la devolución, por escrito. La recibí, en efecto; pero redactada en términos injuriosos para la familia de mi esposa: donaba a una familia, que se hallaba en la indigencia, unas salitreras que eran de él, y con la condición de que no dispusiera de ellas sin consentimiento del donante. No era, pues donación o restitución, porque el donante jamás habría aprobado cualquier negociación del donatario acerca de dichas salitreras. Parecióme una burla injuriosa: fui acto continuo a ver a Elizalde y le presenté una carta mía, en que le pedía repitiera las palabras de Lama y Ossa, al ofrecerme la restitución. Me preguntó el objeto; y yo le contesté que iba a partir al Ecuador, convencido de que Lama y Ossa no cumpliría la promesa. "Me es necesaria, añadí, la firma de Ud., para convencer a mis poderdantes acerca de la verdad de mi actuación". Al pie de mi carta firmó él otra muy correcta.

Fui a mi cuarto y escribí a Lama y Ossa una carta en que le incluía la respuesta de Elizalde y la escritura que él me había mandado. "Ha de ver Ud., le decía, que hay contradicción entre lo que manifiestan estos documentos. Sírvanse decirme cuál declaración es la válida". La contestación fue la autorización al ministro ecuatoriano para que él y yo hiciéramos la escritura, con la promesa de que él la firmaría, lo cual se realizó.

Indecencia de Lama

Fui a despedirme de Lama y Ossa, porque iba a partir yo al Ecuador. El y yo éramos condueños, y él quedaba encargado de continuar el reclamo. La primera vez no le hallé en casa: dejele una tarjeta, suplicándole me esperara al día siguiente: volví y no cumplió: me prometió

el administrador del hotel, me esperaría seguramente al otro día. Fui, y el administrador me dijo que me esperaba; un sirviente fue a mostrarme el cuarto. Ibamos a llegar y el muchacho se adelantó a anunciarme. Regresó, después de demora, y me dijo no estaba. "No quiere verme", reflexioné y parti.

Había sobrevenido un horrible terremoto que destruyó a Valparaíso, grande y bella ciudad, habitada por personas industriosas, inteligentes, activas, empresarias. Nos quejamos de que la humanidad es criminal; pero no reflexionamos que la naturaleza es peor: terremotos, naufragios, incendios, huracanes, mil catástrofes; y cuando menos lo piensa el pobre hombre, y sobre buenos y malos igualmente: castigo, dicen los tontos, y no se sabe por qué ni quién lo impone. Dios no se ocupa de estas cosas, es la más sabia y profunda verdad. Ya van cesando los escapularios y aguas benditas, las disciplinas y quebrantos, las rogativas y milagros. El esfuerzo y la inteligencia del hombre van procurando resguardarnos de estos sobrenaturales cataclismos.

En "El Ferrocarril", diario de Santiago, empezaron a publicarse artículos, escritos en el Perú, que denigraban a Chile, atribuyéndole culpa en la destrucción de Valparaíso: leíase que Dios había castigado a Chile, nación usurpadora, ladrona, y pendenciera, y que las primeras familias de Lima habían bailado de contento. Quiso el Ministro Elizalde que yo leyera estos escritos; pero yo no lo hice, por descuido. Me embarque en octubre de 1906 y llegué a Pisco, puerto inmediato al Callao. Dos amigos míos, el Sr. Gana, Secretario de la Legación chilena en Quito, y el Coronel Nicolás López, mi compatriota, eran compañeros míos: ambos desembarcaron en Pisco, y volvieron cuando ya el vapor iba a zarpar. Me trajeron el diario de Lima "La Prensa", publicado el día anterior, donde se hallaba el siguiente cablegrama:

Una inmensa maldad contra mi

"Tacna, Octubre 16 de 1906.- El autor de las publicaciones contra el Perú en Chile, en viaje al Callao.- A bordo del vapor 'México' llegó a Arica el ecuatoriano Roberto Andrade, el mismo que sigue viaje al Callao en esa nave. Andrade, no obstante ser casado con una limeña, la señora Isolina Arana, hija del malogrado explorador D. Benito Arana, y de que sus hijos nacieron en Lima, cuando él, que sufría merecida proscripción, por su complicidad en el asesinato de García Moreno, recibía cariñosa y desinteresada hospitalidad, ha

sido el autor de aquellos infamantes y calumniosos artículos contra el Perú, que acogieron en sus columnas el diario santiaguino 'El Ferrocarril', a raíz de haber enviado nuestro país algunos auxilios a las víctimas del terremoto de Valparaíso".

Comprendí el origen del telegrama, no me arredró la calumnia y no quise quedarme en Pisco, a pesar de que me lo aconsejaban cuantos me conocían a bordo. A la madrugada del día siguiente llegamos al Callao: vino el contador y me dijo quería hablar conmigo el médico venido del puerto.

- La familia Arana acaba de llegar, me dijo el médico, y me ha suplicado diga a Ud. que no desembarque.

- *Me parece que no hay peligro*, le dije, y *mi resolución es desembarcar*.

En aquel instante llegó mi cuñado, y me aseguró no se oiría ni amenazas: el Ministro del Ecuador en Lima había pedido al Gobierno impidiera aglomeración del pueblo.

Mi primera visita en Lima fue al Canciller Prado y Ugarteche, quien me recibió con frialdad.

- Parece que Ud. duda de mi formalidad, le dije.

- *Todavía Ud. no se ha vindicado*.

- Es desgracia, repliqué, que nuestra amistad sea reciente: de haber sido antigua, Ud. habría comprendido que soy incapaz de llevar un chisme de una persona a otra, y menos de una nación a otra, ambas amigas. Al Perú le debo un servicio inmenso, mi tranquilidad, mi libertad, mi vida. Yo no escribo anónimos, señor. No me he vindicado, porque no ha habido tiempo: en los diarios de esta tarde saldrá un esclarecimiento.

Cambió la actitud, y desde entonces fue uno de mis mejores amigos de Lima. En "El Comercio" se había publicado el mismo telegrama. Copio una de mis aclaraciones:

"En Pisco supe ayer que en esta capital se había publicado una calumnia: yo no puedo ofender al Perú con imposturas: soy peruano. así como soy ecuatoriano y chileno, porque considero que el haz de la tierra es mi patria y toda la humanidad mi compatriota. Yo firmo todo cuanto escribo, y en todo cuanto he escrito hasta el día, no he faltado a la verdad y a la justicia. - Roberto Andrade".

También el Dr. Germán Leguía y Marínez, quien escribía "El Sol" en Piura, dijo, en el número del 3 de noviembre.

"El escritor ecuatoriano Roberto Andrade, a quien se atribuyeron los artículos injuriosos para el Perú, del diario 'El Ferrocarril' de

Santiago ha desmentido categóricamente la especie, al llegar a Lima. Lo celebramos. Andrade es amigo nuestro, amigo del Perú; y la actitud agresiva de que se le acusaba, habría sido el más amargo de los desengaños. Pues que ha hablado, y *hablado con la indignación y la altura de que sólo es capaz quien se halla inocente*, deber de hidalguía es devolver al acusado la estimación que en el Perú se le tenía y dejar las cosas en su lugar".

Ley venérea

A hordo había estudiado algunos proyectos de ley, tomadas de mis observaciones en la capital de Chile, una de las más cultas de la América española. Estaba yo de legislador. Poco conocía yo el procedimiento, en privado, para que una moción fuese aceptada y discutida, y me presenté como novicio, sin siquiera consultar a mis amigos, los legisladores de experiencia, con una proposición que parecía peliaguda. En Santiago contraí amistad con una familia de apellido Vergara Iñiguez, y uno de los varones era miembro de la municipalidad, corporación de las más respetables y útiles en Chile. El Sr. Vergara Iñiguez me llevó al municipio y me dio a conocer multitud de providencias, para el mejoramiento de aquella capital. No tuve tiempo de estudiar sino muy pocas, una de ellas la profilaxis para las enfermedades venéreas, totalmente desconocida en la capital del Ecuador, en cuyos cuarteles, colegios, corporaciones de jóvenes, producían efectos desastrosos, sin que se suministrasen precauciones. Causó escándalo la proposición en la Cámara; pero solamente a pocos diputados. Se levantó un anciano y dijo "Legislador he sido cosa de 30 años, y nunca vi una moción tan inmoral, tan deshonesto, e indecorosa de esto no debe tratarse sino en lupanares". Estas palabras despertaron una discusión fervorosa, en la cual los diputados de occidente demostraron que *raciocinaban* en justicia. "Debe legislarse acerca de aquello que mira por la vida, la salud y la conservación del género humano", dijeron. No fue, con todo eso *aprobada*, pero en el Congreso siguiente lo fue, y ya es ley de la República.

Mi discurso en 1908. Dos batallones me lo encargaron

Llegó el ferrocarril a Quito, el 25 de junio de 1908. Ya esta ciudad tenía agua potable, en los domicilios, luz eléctrica, plaza de mercado, facilidad de asco por los desagües, muchas otras mejoras. En los salones

del Congreso hubo una fiesta, en honor de los que construyeron el ferrocarril, de Alfaro, especialmente. He aquí mi discurso entonces:

"SEÑORES:

"La felicidad no es sino efecto de la voluntad humana, influyendo en la naturaleza. Quien quiere ser feliz, lo es, a pesar de transitoria pesadumbre. El que nos dio la vida, no fue injusto al dárnosla: puso en nuestra manos un instrumento mágico, más que mágico, divino, que ahí hace brotar prodigios, los que en vuelo delicioso, levantan a la humanidad al cielo de la dicha. ¡Voluntad, oh encantadora, tú sola puedes convertir el triste mundo en paraíso!

"Jorge Stephenson dio un camino desaforado en el camino de la dicha, o sea del progreso de nuestro linaje. Los grandes hombres no son felices con la felicidad propia, la que es suplicio para ellos, si ven desventurados a los otros, y si su vida está consagrada a buscar dicha para todos. Por eso les llamamos ilustres los del vulgo. El egoísmo es larva que debe desaparecer debajo de los pies de los mortales. Jorge Stephenson se propuso elevar a la práctica la idea del Mártir del Calvario: aproximar a los hombres los unos a los otros, para que se amaran como hermanos. El ferrocarril no es una obra mecánica; es un apostolado. El 15 de septiembre de 1830, día de la inauguración del ferrocarril entre Liverpool y Manchester, fue el origen de una transformación universal. Entonces comenzó la disminución de los odios, el triunfo del cariño mutuo, la deslumbradora propagación del amor en todos los corazones humanos. Ved la historia: las guerras que desde 1830 han entristecido al mundo, han sido menos desastrosas, menos frecuentes, menos largas que todas la de los tiempos anteriores. Si todavía hay guerras y en las guerras hay matanzas, una de las principales causas es que todavía los hombres no han podido tratarse íntimamente.

"Fuera de duda está que la confraternidad universal es una de las principales consecuencias del descubrimiento del prohombre de Inglaterra - Nada hay que decir acerca de las demás consecuencias. Lo más grande es que los hombres podamos amarnos. ¡Qué hermosa es la confraternidad, señores! ¡Cómo se inebria el alma en excelencias, cuando tropieza con otra alma, que es como ella! *La sociabilidad no es mero instinto: es necesidad*, suceso ineludible, sin el cual no hubiera en el planeta habitantes.

"No nos sorprendamos de que haya tardado casi un siglo en llegar a nuestra patria la obra que ha conmovido a todos los hombres. La locomotora no es juguete de niño, no es para divertir a ociosos, no humea como incienso al pie de los altares. Si es juguete, lo es de cíclopes; si divierte lo hace con los héroes del trabajo; si es incienso, humea ante el dios del progreso, ante un arca que es tan grande, tan alta, tan vasta, y tan magnífica, como para el mundo es la órbita celeste. Su respiración es como la del núcleo interno del globo, por la boca de nuestro grandioso Cotopaxi; su potencia como la del mar, despeñándose en cascadas; su rapidez como la del relámpago en la atmósfera.

"García Moreno, el devoto, oyó sin embargo la voz de la conciencia, y fue el primer Presidente que dejó ver aquel hermoso penacho de humo en nuestras vistosas y solitarias campiñas. Algunos de sus sucesores continuaron la obra; pero ninguno pudo levantarla a los Andes y traer aquella población proyectil, al través del risueño valle andino, para que saludara a esta ciudad de los Shyris, acá en un silencioso pliegue de los montes.

"Oh Alfaro, varón insigne! En vuestro corazón se agolparon los anhelos de vuestros antecesores, los ecuatorianos que armaron a su patria, y el vuestro puso en ejecución esos deseos, en obediencia a una voluntad templada en la fragua de los genios! Los ecuatorianos se han puesto de pie hoy día, en su territorio de 600.000 kilómetros, y estallan en aplausos a vos, respetable hombre, en voces de agradecimiento íntimo, por el beneficio que acabáis de dispensarles. ¡Ya no tendréis enemigos, venerable Presidente! El ferrocarril es lazada incommensurable, que une a un millón y medio de hombres, tan resistente que no se romperá jamás, y a cuya comprensión simpática, esos hombres serán más dichosos que hasta ahora, y en su dicha, bendecirán vuestro nombre y el de cada uno de vuestros descendientes.

"Archer Harman es quien ha puesto por obra el generoso proyecto de Alfaro. Buscad a los norteamericanos, si acaece algún acontecimiento útil en el mundo. Los Estados Unidos son el eje sobre el que está girando la civilización contemporánea. Los Estados Unidos no miran a sí solamente, miran a la redondez del planeta. ¡Oh gran pueblo, oh sublime pueblo aquel que no se engrandece sin engrandecer, al mismo tiempo, a los otros! Dichosas las naciones que, como

la del Ecuador, se dilatan en el mismo continente que aquella nación robusta y soberana, así como liberal y humanitaria.

"¡Dos cuerpos de ejército me han encargado que os salude en este día, a nombre de ellos, general! El Batallón Vencedores, N° 1°, que guarnece a Guayaquil, y el Batallón Pichincha, N° 3°, que guarnece a Latacunga. Esos cuerpos se componen de bizarros que os ayudaron a vencer en frecuentes y cruentas batallas, que por obligación empeñasteis, a fin de conseguir victoria en la más gran batalla del trabajo. A esta victoria han querido concurrir aquellos impertérritos soldados, y concurren por medio de estotro soldado humilde, para quien es alta honra poner en vuestras manos dos significativos presentes: aquel cuadro, copia de uno de los más difíciles pasos del ferrocarril, al ascender a los Andes, es regalo del batallón 'Vencedores'. Esta medalla es regalo del batallón 'Pichincha'.

"¡Seáis bendito, General! El Ecuador, gracias a vos, acaba de entrar al templo donde se muestran majestuosas las naciones más felices de la tierra!"

Alfaro me aleja de su círculo

El Presidente me encargó colectara todos los discursos y los mandara a imprimir en un volumen. Al día siguiente me llamó y me dijo:

-El Ministro Dr. Borja, no quiere que esto se haga- trágame los discursos.

Había yo notado que, en el Gobierno, ministros y no ministros, todos los empleados, excepto el general Alfaro y otros, en número escaso, atendían a sus intereses personales antes que a los públicos; y esto me parecía indecente, contrario a los deberes de un empleado público. A la entidad Gobierno la miraban como a un enemigo, a quien se le debía explotar en toda justicia, sin la menor sombra de escrúpulo. Me avergonzaba e indignaba esta costumbre; pero al mismo tiempo, *me avergonzaba ser chismoso*. Cuantos me rodeaban notaban en mí, y también en mis hermanos, estas cualidades o defectos, y unos se reían a escondidas, y otros se recelaban de mí y me odiaban. De ahí empezó a venir mi aislamiento y los informes que, contra mí, llovían en los oídos del general Alfaro. Añádase a esa circunstancia, *la severidad de mis escritos*, en aquella época, en defensa del partido liberal genuino, la de mis discursos en las cámaras, y se comprenderá por qué fui objeto de difamación en la prensa, no limitada a los conservadores. Como el Presidente no

quería desagradar a algunos de sus empleados, especialmente si eran ministros, *dio en la flor de alejarme*, poco a poco, del círculo de sus consultores íntimos. Mi nombre era, además, escandaloso: la mayor parte del Ecuador se componía de eclesiásticos, partidarios de García Moreno y jesuitas. Todos mis escritos habían sido de polémica, en ella lastimaba a todo este partido. No me ofendía la negativa del Presidente a emplearme, y más cuando aprobaba que concurriese yo siempre al Congreso. Una vez me dijo:

- "Ud. y sus hermanos caen siempre en la lengua de los que me traen informes acerca de la idoneidad de los empleados de gobierno".

Quizá nadie creerá que yo no hice sino mirarle al rostro. Nunca le dije un término en contra de los doctores *César Borja* y *José Peralta*, *enemigos conocidos míos*. Mis hermanos ni prestaban atención a las hablillas. Di a entender a Alfaro que descansábamos en la opinión de él, en absoluto. Sabía yo quienes eran los chismosos; pero nunca les di el placer de darles a entender me eran conocidos.

Nueve periódicos en mi contra

Después de la batalla del Chasqui, como el general Alfaro empezó a manifestar condescendencia y tolerancia, los dictérios infestaron la atmósfera, de manera que la prensa de oposición impedía, hasta cierto punto, el progreso. Ya estaba cerca de concluirse el ferrocarril de Guayaquil a Quito, en esta ciudad, ya tenían agua potable en los domicilios, luz eléctrica, plaza de mercado, facilidad de aseo por los desagües, muchas otras mejoras; y sin embargo le llamaban tirano, usurpador, asesino, ladrón, perverso y otras injurias. A mí me decían lo que antes, asesino, deícida; pero también ladrón, pues *ponderaban las dádivas de Alfaro a mí y a mi familia*. Soy escritor, y también luchador, polemista, según las circunstancias; y escribí "*¿Cáin?*", "*Moscas*", "*Campaña de 20 días*", "*Patriotismo*", episodios de historia, en que desacredité a Flores y a García Moreno, ídolos del pueblo jesuítico. Los escritores que me contestaban no eran de los mejores, ni en su partido, y lo hacían locos de furor, mas sin desvanecer uno solo de mis argumentos. Los periódicos que, desde antes, desempeñaban este oficio, eran "*La Ley*", "*Fray Gerundio*", "*El Ecuatoriano*", "*La Opinión Nacional*", "*La Prensa*", "*La Patria*", "*La Semana*", "*La Sabatina*". "*El Diario Ilustrado*" y otros. Varios de los escritores de estos diarios, en los que hasta me daban puñaladas, son mis

amigos. Mi venganza consiste en su arrepentimiento, pues ahora ven que yo no decía sino la verdad.

La "Campaña de 20 días" fue escrita con imparcialidad; pero con buenos informes, con la indignación, eso sí, que causan las injusticias.

Tengo que renovar resentimientos, volviendo a referir un hecho vergonzoso, porque es indispensable sepa la posteridad pormenores ya que puede creerse fue humillante la manera como fui tratado por personas inmorales.

Desfalco de Jorge Marcos

Un Ministro de Hacienda, guayaquileño y amigo mío, llamado Jorge Marcos, partió a Europa, con licencia y a curarse de una enfermedad. Apenas partió se reunió el Congreso; y yo, senador, recibí informes de *fraudes y desfalcos* escandalosos del mencionado ministro. Fui al Ministerio de Hacienda y pedí los libros de "Acuerdos". En ellos encontré cantidades hasta de un millón de sucres, tomadas por el ministro, con diferentes pretextos. Todos los acuerdos llevaban la rúbrica del Presidente. Fui a hablar con éste, acerca de mis temores de robo.

- Temo que lo haya, me contestó el General; pero temo al mismo tiempo, que Ud. se equivoque y salga rechiflado.

Le mostré una lista de los "Acuerdos".

- Yo no puedo ponerle inconveniente, agregó; pero necesario es que estudie Ud. el asunto con mucha detención.

Fui al Senado y pedí se presentaran las cuentas del Ministro de Hacienda. Se alarmaron los senadores guayaquileños y atribuyeron a precipitación mía tal sospecha. El Presidente del Senado nombró una comisión para que fuese al ministerio a ver los libros: yo fui de la comisión y supliqué a un empleado de él recorriese los libros, para evitar a los senadores trabajo; y entonces uno de éstos me acusó de buscar cómplices. Todo se volvió barullo, y regresó la comisión sin ver los libros. En el Senado pedí fueran éstos presentados; pero no se atendió a mi petición. Insistí en la verdad de mi propósito y se aplazó la discusión para otro día. Antes de clausurarse el Congreso, llegó el *Cónsul del Ecuador en París*, y refirió que *el Sr. Marcos le había pedido todo el dinero que había en el Consulado*, en obediencia a un documento que llevaba: éste era el nombramiento de Visitador de los Consulados, que decía: "En consideración a los servicios prestados por el Sr. Jorge Marcos al Gobierno, ha tenido a bien nombrarle Visitador de los Consulados; y en consecuencia,

ordeno a cada Cónsul ponga en manos del Sr. Marcos el dinero que el Gobierno tuviese en el Consulado respectivo". El nombramiento iba firmado por el coronel *Belisario Torres*, antes sustituto de Marcos en el Ministerio de Hacienda. Apenas partió Marcos, se había descubierto este fraude en el Gobierno; al copiar las circulares, para remitirlas a su dirección, notó la falsificación el empleado y fue a enseñarla al general Alfaro: preguntó éste al ministro, quien contestó que había firmado sin leer el documento, seguro como estaba de la orden presidencial. Entonces se enviaron cables a todos los cónsules. Insistí en que debía imponerse alguna pena a Marcos; pero también esta petición fue aplazada.

Problemas con los dos César Borja

En el examen de los libros de *Acuerdos* encontré varias cantidades de miles de sucres, entregadas al Dr. César Borja, después de la reconciliación con el general Alfaro, y antes de que desempeñara ningún empleo, averigüé, y todos dijeron que eran dádivas del Presidente a su amigo. No creí este proceder en tan honorable Magistrado, y pedí se presentaran al Senado las cuentas con el Dr. César Borja, ya nombrado Ministro de Instrucción Pública. Mi intención no era molestar a él ni a nadie; mas aún esclarecer un asunto que daba margen a interpretaciones ofensivas. El Dr. Borja tomó en mala parte mi moción y envió al Senado un manifiesto en el que me lastimaba duramente, atribuyéndome malas intenciones. Entonces acudí a la Ley de Hacienda y comprobé que no se le había dado dinero legalmente. Se exasperó él, púsose a la cabeza de todos los empleados en el Ministerio y acudió a la barra del Congreso a llamar envidiosos a los que le estaban acusando, y a oír los gritos de "¡Viva el Dr. Borja!", elevados por los dichos empleados. Gritó insultó, se dio golpes en el pecho y salió. *Mi hermano Daniel*, también Senador sentado cerca de la barra, palmoteó y exclamó: "¡Muy bien, calvito!, pues era calvo el Dr. Borja. Un hijo de él, quien había oído mis discursos, salió diciendo, según me lo refirieron en la Secretaria: "¡Este nos la pagará en Guayaquil!". Sabía que yo me iba a Chile.

Clausurado el Congreso, emprendí viaje, pues sabía que se estaban entregando las salitreras del Toco, en Antofagasta. Fui con mis dos hijas en la flor de la adolescencia, y cada una de ellas llevaba una criadita de 7 y 8 años; la primera, mesticita muy graciosa, fue regalada a mi hija por la madre, una lavandera, y la segunda, era expósita, sacada por mis hijas de la inclusa.

Garrotiza en Guayaquil. Me cura Antonio Falconi

Cuando llegamos a Quito, nos alojamos en casa de mi hermano Daniel,¹ y la cocinera tenía un hijo muy simpático, de dos a tres años, del cual se aficionaron mis hijas y lo cuidaron con esmero. Días después dejó de llevar la cocinera al niño: había sido expósito y lo pidieron las monjas de la inclusa. Enternecidas mis hijas, me rogaron lo buscara: di con él y llevé conmigo a las niñas. Tomaron la costumbre de ir un día en la semana: el niño comenzó a enflaquecer, enfermó y murió; las monjas supusieron que la enfermedad le acometió por ausencia de mis hijas. Mientras éstas visitaban la inclusa, repararon en una niña de 5 años, blanca y graciosa, y la acariciaban y mimaban. La sacaron valiéndose de lavanderas y la llevaron a mi casa en triunfo. Fueron las monjas a reclamarla, pero cedieron a los ruegos de mis hijas y míos, y la dejaron con nosotros. Estas dos chiquillas fueron nuestras compañeras de viaje. Al llegar a Guayaquil, vi al hijo del Dr. Borja en la calle; pero no se me ocurrió lo que iba a acaecer. Los amigos me previnieron que anduviera con cuidado y no me demorara en la ciudad. Cuatro eran los ministros a los cuales yo había acusado, todos estos de Guayaquil y de familias distinguidas. Esta última reflexión me infundió confianza, porque los distinguidos son incapaces de embestidas alevosas, siendo, como era, la causa acto elevado. Narré este incidente en otra parte; pero me es forzoso repetirlo, con agregaciones indispensables. Poco conocía y conozco a la población de Guayaquil, pues sólo la había experimentado en sus acciones patrióticas. No fue la población la culpada del hecho de que fui entonces víctima; pero si fueron jóvenes de buena posición, acompañados de guapetones insolentes. Nos alojamos en el Hotel Guayaquil, y ya compré pasajes para un día determinado. La víspera en la noche, quedaron en el hotel mis hijas, y yo salí a despedirme de algunos amigos. Cerca de las 11 p.m. volví, acompañado de mi amigo, el escritor D. Carlos Alberto Flores, redactor de uno de los principales diarios. Me dejó en la esquina y se fue, comprometido a volver en la mañana. Entré al portal donde se halla el hotel. En la calle reinaba silencio, y sólo vi a dos o tres jóvenes, que vinieron del portal del frente. Iba a llegar al portón del hotel, cuando sentí pasos precipitados detrás de mí. Antes de volver la cabeza, me abrazaron por la espalda y me sacaron el revólver: en el mismo momento, aparecieron dos jóvenes, detrás

1.- Era en la García Moreno y Esmeraldas, pegada a la iglesia de Santa Bárbara.

de una columna del portal y *cayeron sobre mí, a garrotazos*. Quien me abrazaba era muy fuerte: los brazos se asemejaban a una gran tenaza. Los golpes *en la cabeza y el rostro* fueron repetidos, y ya no podía decir sino "¡canallas, cobardes!". Se oyeron pasos en el extremo del portal, y mis asaltantes me dejaron y huyeron. Yo estaba bañado en sangre: el sombrero, los anteojos y el paraguas habían caído: me los alzó un agente de policía, quien ponderaba su valor, aunque no había podido llegar a tiempo. Dije dos palabras a un muchacho del hotel, ordenándole no despertara a mis hijas. Fui a una botica, acompañado de otro muchacho. De allí me mandaron a casa del *Dr. Antonio Falconi*, cirujano distinguido, y quien había sido *mi condiscipulo*: al momento me llevó a la Botica Alemana, me curó. Mandé recado a mi incomparable amigo Flores, de quien acababa de separarme, y vino; El y el Dr. Falconi me llevaron a mi cuarto, cerca del amanecer. No me ha negado la suerte, en los más complicados trances, amigos como los que acabo de nombrar; pero pocos han sido tan prolijos, tan solícitos y benévolos como éstos.

Al amanecer desperté y vinieron mis hijas, contentísimas. Estaba con la cabeza entrapajada, el semblante hinchado, verdoso y con apósitos: quedaron estupefactas. Acto continuo les vinieron las lágrimas y me acariciaron y besaron. En seguida vinieron los jueces a tomar declaración informativa.

- *Debe Ud. quejarse por tentativa de asesinato, porque está Ud. horriblemente herido*, me dijeron.

- *Yo no me quejo de nada*, les dije; *y mi deseo es no haya acto judicial de ninguna clase*. El compromiso será para el general Alfaro, porque los asesinos y el asesinado son amigos de él: los primeros son Ministros de Estado, y el segundo es Senador.

- Pero la justicia debe brillar.

- Justicia en estos lugares y estos tiempos, no es posible.

Apenas se publicó en un solo diario y todo vino a quedar olvidado.

Salieron los jueces y vino la notificación de otra autoridad, con un telegrama en la mano: era de un alguacil de Quito a otro de Guayaquil, pidiéndome me emplazara, hasta que pagara yo cierta cantidad de dinero. Firmé la notificación y el agente se fue.

Luego vino el escritor Carlos Alberto Flores. Dijele que mi equipaje estaba a bordo y eran cosa de 40 bultos. Hizose cargo de todo, y se fue inmediatamente. A las dos o tres horas regresó, con una licencia, para que fuera yo al vapor y con la noticia de que éste zarparía al día siguiente. Se me presentaron un caballero norteamericano y su esposa y me preguntaron

si algún individuo de mi familia estaba en *Nueva York*. Mis dos hijos estaban allí: *Roberto y Gastón*; habláronme largamente de ellos, pues en un colegio habían sido sus profesores.

Nobleza de Carlos Alberto Flores y del Dr. Rafael Guerrero. Venganza de Urbina Jado

Por la tarde vino a bordo un oficial de policía, con orden de obligarme a desembarcar; no quise porque ya entraba la noche; mis amigos y yo, y aún el capitán del barco, reflexionamos que desembarcaría al día siguiente, para entenderme con los jueces: el vapor zarparía después de medio día. Pude al día siguiente dejar a una de mis hijas en compañía de la señora de Noel, mi reciente amigo, y desembarqué acompañado de la otra. En la capitania del puerto no hallé sino a un caballero silencioso: me acerqué y le di mi nombre, preguntándole por el Capitán.

- Yo soy el Intendente de Policía, me contestó. Ud. debe ir al hotel, donde ha permanecido.

- Me es imposible posponer mi viaje, le argüí

- Está Ud. emplazado en el lugar, hasta que pague una suma de dinero que adeuda en Quito.

- Yo no sé qué dinero sea, respondí.

- El dinero es, dijo el joven Carlos Alberto Flores, mi providencia. en aquellos angustiosos días, quien apareció en aquel momento, una suma que debe Ud. a la imprenta donde se están publicando sus textos.

Entonces supliqué al Intendente me permitiera hablar con un abogado, y así lo hizo. Acompañado de mi hija, fui en pos del Dr. Rafael Guerrero, coprovinciano y contemporáneo de Montalvo, amigo íntimo de él y también mío, bueno y honorable jurisconsulto. Me dio un escrito para el Alcalde Municipal. El dueño de la imprenta donde se publicaban mis textos se hallaba en Guayaquil; y yo no sabía si le debía o no, pues le había pagado varias cantidades y él no me entregaba todavía la obra. Descubrí que la demanda contra mí no era sino consecuencia de otro acto de justicia mío en el Senado. Rechacé, en éste, la Vicepresidencia de la República, o sea, la Presidencia del Senado, prometida por el general Alfaro al Sr. Francisco Urbina Jado, guayaquileño, a solicitud del Dr. César Borja, su amigo íntimo, y para ello, me apoyé en la Constitución. Triunfé; y aunque Urbina quedó de senador, los votos para presidente fueron a favor de Abelardo Moncayo. La venganza de Urbina no fue de Senador, sino de un hombre vulgar: dijéronle que yo debía a la imprenta,

compró la acreencia, me demandó y pidió mi emplazamiento. Di poder a un amigo para que contestara la demanda y volví al vapor y parti. Todos entonces pudieron ver que, alejado el General Alfaro de Quito a Guayaquil, por consejo de un médico, todo el dinero del tesoro habria sido trasladado a Europa, por el Presidente y ministros Urbina y Borja, quienes después se hubieran enfermado y caído en la necesidad de ir a curarse en Europa.²

Acusaciones a Carbo y a Puga

El tercer acusado en aquel Congreso fue el Sr. *Luis Felipe Carbo*, Ministro del Ecuador en Washington, persona por cuyo medio se consiguió la iniciación de los trabajos del ferrocarril de Guayaquil a Quito. Pasado algún tiempo vino al Ecuador, por no sé qué asunto personal; pero no renunció la Plenipotencia. Mientras estuvo en Quito fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores, con sueldo menor del que ganaba en Washington; pero sin perder éste, pues le fue conservado. Como la Constitución prohibía el pago de dos sueldos a una misma personas, acusé a Carbo y el Congreso aprobó mi acusación. El general Alfaro había lamentado este incidente en la noche, y todos los legisladores le ofrecieron reconsiderar. Se instaló la sesión, al día siguiente, y se empezó la reconsideración: iba ya a aprobarse, cuando yo me puse en pie: "El Sr. Ministro de los Estados Unidos en Quito, dije, comunicó ayer, por cable, a su Gobierno, que la acusación al Sr. Carbo había sido ya admitida por la Cámara: hoy comunicará que la Cámara ha *reconsiderado*. Si este es nuestro proceder, ¿cuál será la opinión de las naciones extranjeras, respecto a nuestras costumbres privadas y públicas?" No hubo reconsideración; y el Sr. Carbo hubo de venir después de un año, en busca de indulgencia. Se le retiró la acusación con consentimiento mío.

El último acusado fue *D. Amalio Puga*, Ministro de Hacienda, porque, como tal, no se opuso a estas ilegalidades.

².- Está referido este lance. en "Vida y Muerte de Eloy Alfaro", pág 418. Se ha repetido la relación, por dar a conocer las molestias sobrevenidas en el tal emplazamiento. (R.A.R.)

CHILE OTRA VEZ

De nuevo en Chile: 1908

Llegamos pues con mi familia a Santiago

Referiré la siguiente escena, ocurrida en Santiago de Chile. Seguía de Ministro D. Rafael Elizalde, y yo fui a buscarlo, por no sé que motivo. Apareció en bata de dormir, pues era muy temprano y teníamos confianza, y al verme, echó una carcajada. Yo no le tendía la mano, hasta que dejara de reír. Reía y reía, y yo en profundo silencio; por fin, me acerqué a tomar mi sombrero.

Dispense Ud., D. Roberto, me dijo. Río, acordándome de la conducta de Ud. en el Congreso.

Quedé mirándole detenidamente.

- ¿Cómo fue Ud. a acusar al Dr. Borja, la persona más eminente de Guayaquil?

- Como hubiera acusado a Ud., si Ud. delinque como él, repuse.

- ¿Delinquir? Eso no es posible en el Dr. Borja.

- Referiré a Ud. los pormenores.

- Será inútil: no me convencerá Ud., ni yo convenceré a Ud.

- Mi deber es justificarme delante de una persona de tan alta posición como Ud.

Le convencí y me lo manifestó con algunas referencias, relativas especialmente al Sr. Jorge Marcos. Había conservado, sin embargo, amistad con el Dr. Borja, ya nombrado Ministro de Hacienda como me lo demostró, enseñuida.

Incidente con el Ministro Elizalde. Miedo de César Borja

No me fue posible ningún negocio con las salitreras, porque el pleito se hallaba en el mismo Estado, esto es, en primera instancia. En venta, me ofrecían precio inaceptable. Tenía yo que volver al Congreso, y el pasaje debía dármelo el gobierno de mi patria. Lo pedí al Ministro, y me lo negó, alegándome que no tenía dinero. Se me había concluido el destinado a mis gastos privados, y lo pedí al general Alfaro, quien me contestó por cable, diciéndome me enviaba cien libras. Días después, hablé de este asunto con el Ministro y me dijo había recibido 65 libras, enviadas por el Banco del Ecuador, las que suponía eran para mí. Dije yo que eran ciento y él me ofreció preguntar por cable, al banco lo que no verificó. Repetidas veces le

pedí porque me era indispensable dinero; mas él insistió en no darme nada, alegando que sentaría mal precedente, si, como ministro, se dejaba engañar por un banco. Amenacéle entonces que en un periódico publicaría su conducta, la que no era arreglada a los deberes de un ministro. Me pagó las 65 libras; el resto había sido descontado por el banco. Eso me dio a comprender que el *Dr. Borja había escrito a Elizalde, me detuviera en Chile*, lo que había sido verdad, según lo supe en Quito.

El pasaje no me era posible conseguirlo. El general Alfaro me había comunicado, por cable, que me lo daría el Cónsul del Ecuador en Valparaíso; pero él me contestó hablara yo con el ministro. Este me repitió: "Sin libras esterlinas, una sobre otra, no se puede conseguir pasaje; y el cónsul no tiene dinero ni para su sueldo". Quedé sin esperanza, pero no desmayé.

El Sr. Pinto Agüero, Ministro de Chile en Quito, mi distinguido amigo, hablame dado carta de recomendación para un hermano de él residente en Santiago, también caballero distinguido; habléle de mis cuitas y él me encaminó a un personaje, encargado de enviar a Quito a comisionados a la exposición, que debía celebrarse el 10 de Agosto, centenario de la Independencia de Quito, en 1909. La Comisión debía de partir en buque especial, alquilado por el Gobierno, pero no fue así; el personaje me dijo que el buque era alemán, y en él había tomado pasajes. Al día siguiente fue a mi hotel un caballero de cuyo nombre no puedo acordarme, y me dijo:

- Soy el subdirector de la comisión que va al Ecuador, y traigo Ud. el valor del pasaje que Ud. busca, para que me lo devuelva en Quito.

Esta conducta tan comedida y caballerosa, me causó gratísima sorpresa. El caballero iba a entregarme 28 libras esterlinas, valor de un pasaje.

Los pasajes que yo necesitaba son tres, le dije. Van conmigo de hijas mías.

- ¡Sépalolo yo un rato antes!, exclamó. Ya he gastado lo que me sobraba.

Me conmoví de manera intensa; pero no pude aprovecharme de una acción tan bella y meritoria. El Sr. Pinto Agüero me reconvinó después me obligó a aceptar inmediatamente el préstamo. Las 28 libras no alcanzaban sino para pagar el hotel.

Yendo por la calle, vi en un edificio un rótulo: "Vapores Alemanes Entré. ¡Cuál no fue mi sorpresa, cuando me encontré con un joven, a quien había conocido entre los que iban al Ecuador en la Comisión: saludome me presentó a un caballero alemán, encargado de la venta de pasajes.

- Es senador ecuatoriano, le dijo, al presentarme.

Acto continuo le pregunté si podía dar pasajes a una familia ecuatoriana, quien pagaría en una letra, firmada por el Ministro y a cargo de la Tesorería de Hacienda en Guayaquil. Diome la letra y yo mismo fui a hacerla firmar por el ministro, cuya sorpresa fue indescible.

-¿Quién enseñó a Ud. este camino? ¿Cómo dio Ud. con la compañía alemana de vapores? ¿Quién le dijo que yo podía firmar letras?.

-¡Firme Ud.!, fue mi única respuesta.

Yo ardía de indignación, al imaginar que iba a ser víctima del capricho de un impostor, de acuerdo con un estafador; pero disimulé perfectamente. El Ministro Elizalde logró la Plenipotencia en Chile, mediante benignidades del general Alfaro; más tarde, Alfaro murió, asesinado en la prisión; y Elizalde siguió de ministro de Plaza, como si ignorase el crimen. Muchos años duró su diplomacia; y nadie ignoraba su complicidad con Plaza y ciertos chilenos, en dar por vendido el buque *Marañón* regalado por la generosidad del Presidente Mon al general Alfaro.

En Quito y con Pinto Agüero

A mi llegada a Quito fui visitado por el ministro diplomático Sr. Pinto Agüero, quien me preguntó si mi intención era continuar la acusación contra el Dr. César Borja, ya Ministro de Hacienda. Comprendí al momento que esta pregunta me la hacía a insinuación de dicho Borja, y le contesté que probablemente sí. Fui a pagarle la visita: nos hallábamos él, la señora su esposa y yo; y él empezó a referirme la historia de su diplomacia:

- Era yo miembro de la oposición en la Cámara de Diputados me dijo: un político antiguo y muy diestro de Santiago, me aconsejó cambiara de proceder, porque mi conducta no obedecía a ningún principio, sino a mero capricho: lo hice; y bien pronto fui Presidente de la Cámara, y luego ministro diplomático. A Ud. pueden darle cien mil sures y enviarle a Barcelona a imprimir las obras de Montalvo.

- Desgraciadamente los casos son diferentes, contesté. El Senado debe vigilar en la inversión de las rentas nacionales y castigar a los que las disipan: hacer lo contrario es volverse cómplice.

Fui y referí el incidente al general Alfaro, quien enmudeció.

Otro proyecto de ley traje de Chile e informé a la Presidencia. Dos escuelas profesionales, para enseñanza del sexo femenino, había en Santiago, y me sorprendí al ver su alcance. Allí puede la mujer adquirir una profesión, que le sea útil, más conforme con sus inclinaciones, sus

facultades, sus virtudes. Puede convertirse en aya, ama de llaves, modista, costurera, bordadora, camarera, lavandera, aplanchadora, sombrerera, cocinera, guisadora, confitera, contadora, traductora, estenógrafa, mecanógrafa, telegrafista, telefonista, pintora, escultora, pianista, dentista, cantatriz, peluquera, florista, recitadora, u otra profesora.

Algo para la historia de la Casa de la Exposición

Al oírme el general Alfaro, firmó un decreto, en que señalaba 40.000 pesos, como base, para los primeros gastos. El y yo habíamos determinado *una casa grande y vieja*, de propiedad del Gobierno, *situada en barrio de la Recoleta de Santo Domingo*³. La señora Dolores Jijón Gangotena, presidenta de una asociación de señoras católicas, interesada en la posesión de dicha casa para fundar en ella un beaterio, mandó llamar y me expuso con franqueza su proyecto, diciéndome suplicara a general Alfaro, en nombre de ella, accediese a la fundación de dicho beaterio. Fuese forzoso negarme y disgustar a tan distinguida y respetable señora. Me ausenté de Quito, en breve; el Dr. César Borja, ya Ministro de Estado, *consiguió dedicara aquella casa a exposición*, para celebrar el centenario del 10 de Agosto de 1809. Cuando regresé, ya se estaba edificando aquel palacio, que después ha quedado reducido a cuartel.

³.- Antes fue de la familia Cevallos - Cevallos.

CAPITULO XXXIII

PLAZA

El general Julio Andrade declaró que Plaza le propuso victimar a los Alfaro

En diarios, en opúsculos, hasta en libros, he narrado lo que ahora voy a referir, en parte, muy suscintamente, por cierto, a fin de que la ilustrada Cuba no vaya a juzgar de ligero lo que actualmente está aconteciendo en mi patria. No lo narraría, por vergüenza, pero tengo que hacerlo, por justicia. Todo el mundo sabe cuánto se ama a la patria, sea ella o no delincuente o insignificante, y por mucho que sea el amor que uno profese al semejante.

En el primer año de este siglo concluyó la Presidencia del Gral. Eloy Alfaro, tan conocido en Cuba por sus méritos. Sucedióle Leonidas Plaza, hombre ordinario y oscuro, ya criminal en las sombras, pues había sido empleado en un establecimiento de mal prestigio de Managua. Era colombiano y tenía exterior de caballero, lo que le servía para ocultar su alma de bandido. El Gral. Alfaro le había protegido desde joven, ascendiéndole en la carrera militar, y por eso pudo llegar a ser Presidente. No bien se halló en este empleo, se extremó con peculados, y quiso asesinar al Gral. Alfaro. La popularidad de este patriota impidió el crimen. Al concluir su periodo, Plaza eligió su sucesor, y él fue designado Plenipotenciario en Washington, a donde no llegó, porque se lo impidió Alfaro. Este hizo cuanto pudo por impedir las indignidades de esos hombres: les acusó ante la Corte Suprema, la que se negó a juzgarlos. Entonces Alfaro empuñó las armas, dio una sola batalla, y llegó a ocupar, por segunda vez, la Presidencia en 1906. En 1911 terminó este otro periodo; y el sucesor, con aprobación de Alfaro, fue un amigo de él, D. Emilio Estrada. A éste lo desahucieron los médicos, si residía en las alturas de Quito, pues su enfermedad era del corazón; y el Gral. Alfaro le propuso renunciara, antes de que llegara a ocupar la Presidencia, por temor de que su muerte acaeciera en esos días, cuando al Partido Conservador no le era difícil conspirar. Estrada se

indignó y rechazó la idea, porque supo que otro pretendiente intrigaba, a fin de nulitar su elección. Estrada sobornó a los cuarteles, los que se sublevaron y destituyeron a Alfaro, asilándolo en la Legación de Chile. Plaza, emigrado en Nueva York, partió a Quito, a donde también partió el Gral. Julio Andrade, Ministro Plenipotenciario en Caracas; ambos se encontraron en Panamá, y se embarcaron en un mismo vapor, rumbo a Guayaquil. A bordo manifestó Plaza su odio contra Alfaro, pues propuso al Gral. Andrade entregar al Gral. Alfaro a la ira popular. - "En pago de haber traído al partido liberal al poder, y de habernos puesto a nosotros en la situación en que ahora nos hallamos?", respondió Andrade. Plaza guardó silencio, y no volvió a hablar sobre el asunto.

A Quito llegaron ambos, antes de que Estrada subiera al poder; y Plaza manifestó la mayor solicitud por el Presidente a quien habían destituido; él se empeñó en que lo dejaran ir a Panamá. Inauguró su presidencia Estrada; pero a los pocos meses tuvo que trasladarse a Guayaquil: falleció, a poco de llegado. Entonces Plaza presentó su candidatura, en hojas volantes suscritas por gente de poco más o menos. Comandante Gral. de Guayaquil era el Gral. Montero, quien telegrafió a los gobernantes de Quito, no se empeñaran en la candidatura de Plaza, a la que calificaba de ridícula. La moralla de Plaza insistía; y Montero levantó el estandarte liberal, a la cabeza de toda la guarnición de Guayaquil, y a solicitud de todo lo florido de aquel puerto. Plaza fue nombrado General en Jefe en Quito. Antes de marchar comprendió que iba al mando de enemigos, porque todo el ejército de Quito era formado por el Gral. Alfaro, inspirador indudablemente del levantamiento en Guayaquil. Manifestó el gran peligro al Jefe del Gobierno, el Dr. Carlos Freile Zaldumbide, a quien pidió nombrar Jefe de Estado Mayor General al Gral. Julio Andrade, amigo del Gral. Alfaro y bien visto en el ejército: Freile Z. habló con Andrade: "Esta guerra es por la candidatura de Plaza, dijo éste: yo no iré a verter sangre, y sangre de mis conciudadanos, copartidarios y amigos, por apoyar una candidatura ajena y que no apruebo". Apenas supo Plaza la contestación de Andrade, fue a casa de éste y se precipitó en sus habitaciones: "¿Cómo niega Ud. a un amigo un gran servicio?", le dijo, en tono suplicante. "No derramaré sangre, por apoyar ambiciones ajenas", dijo Andrade. "¿Pero qué ambiciones tengo yo?", replicó Plaza. En presencia de Ud., del Presidente y los Ministros, renunciaré mi candidatura, hoy mismo. ¡Vamos! Yo no voy sino por patriota, por defender con mi espada al Gobierno". "Ni el de Guayaquil ni el de Quito son gobiernos legítimos", respondió Andrade.

Antes de que continuara Plaza, se le ocurrió a Andrade una idea: "Si renuncia su candidatura, iré yo en compañía de él, siempre que el Gobierno acepte una condición que le pondré. Si esta guerra es entre militares liberales, no hay justicia en que quede yo en mi casa, con mi espada colgada y en su vaina. La condición es indispensable al bien público".

Ambos se presentaron en el despacho presidencial, y Plaza desistió de su candidatura, irrevocablemente. Entonces Andrade dijo que aceptaría la Jefatura de Estado Mayor, si el Gobierno acepta la condición siguiente: "Que el Gobierno autorice al comando militar celebre la paz, sea cual fuere la situación de la guerra". Todos aceptaron entusiastas; y el ejército púsose en marcha, al día siguiente.

En Riobamba, ciudad intermedia entre Guayaquil y Quito, Plaza se enfermó. Entre tanto, el Gral. Montero había enviado ya dos mil hombres al combate. Partió el Gral. Andrade, también con dos mil hombres, al encuentro. El enemigo había llegado a Huigra, a donde envió Andrade la noticia de que podían y debían mandar proposiciones de paz. Mandólas, en efecto, el Cnel. Belisario Torres, Jefe del Ejército enemigo. Andrade las recibió; pero no abrió el sobre, porque él no era sino subalterno: pasaron a Riobamba. Plaza tampoco quiso resolver, y las mandó a Quito, insinuando a Freile Z. que las tales proposiciones no eran sino añagaza para sorprender a Andrade y vencerlo, y que Freile debía ordenar a Andrade combatiera. Recibió Andrade una orden terminante y se vio obligado a dar una batalla, en la que triunfó, después de la muerte de 800 hombres. Puso en libertad a cuantos cayeron prisioneros, inclusive al Cnel. Torres; pero llegó Plaza y los mandó a la prisión, y a los principales de ellos a Quito, donde el Cnel. Torres y otros, fueron asesinados, al llegar. Luego marchó a Guayaquil, con mil hombres, con todo el aparato triunfal, dejando al Gral. Andrade en Huigra. A corta distancia se habían emboscado 40 enemigos, los que le mataron más de 100 hombres. Llegó Plaza hasta cerca de Yaguachi, aldea cercana a Guayaquil, donde encontró otra División de dos mil enemigos. "Venga a dar otra batalla, pues yo no soy para el caso", telegrafió a Andrade, quien partió con el resto del ejército, dio otra batalla y también venció. Plaza no había concurrido, pues se escondió en un carro blindado; y apenas concluyó el combate, partió a Guayaquil, en un carro de mano. Lo supo Andrade, y también partió, en seguimiento de Plaza, porque se sospechó el objeto de éste, cual era matar al Gral. Eloy Alfaro, quien había venido de Panamá a Guayaquil, a ver si podía poner en orden las cosas. Plaza se había detenido en la estación *Eloy Alfaro*,

última del ferrocarril, pues de allí se dilata el río, ancho de una legua, en cuya ribera opuesta está la bella ciudad. Plaza alcanzó a mandar a sus partidarios para que perpetraran el crimen, en el supuesto de que no tenía guarnición; pero estaba custodiado por el batallón *Esmeraldas*, el cual lo defendió. A poco llegaron los cónsules de los Estados Unidos e Inglaterra, enviados por el Gral. Alfaro, con proposición de capitulaciones. El general Andrade, ya unido a Plaza, redactó las dichas capitulaciones, que firmadas, fueron mandadas a Guayaquil con los cónsules, quienes las entregaron a los generales vencidos. Decía el primer capítulo de ellas. "El Gobierno concede amplias garantías a las personas civiles y militares, que por cualquier motivo directo o indirecto, hayan tomado parte en el movimiento político de 28 de diciembre de 1911". Añadía que los generales podían salir al primer puerto extranjero. Plaza, Andrade y el ejército se embarcaron y llegaron, por la tarde, a Guayaquil, donde inmediatamente fueron aprehendidos los generales Alfaro. Por orden de Plaza, el Gral. Montero fue juzgado por un Consejo de Guerra, el que lo condenó a prisión; pero en presencia del tribunal, de Plaza y de la multitud, levantóse un soldado y disparó a Montero un balazo en la frente; el cadáver fue arrojado a la calle, donde soldados lo arrastraron hasta una plaza y lo incineraron. En una de las mañanas siguientes, de acuerdo ya con el Gobierno, mandó presos por el ferrocarril a los generales Eloy, Flavio y Medardo Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y al Cnel. Luciano Coral: fueron enviados a la penitenciaría, y cada uno a un calabozo; minutos después, todos fueron asesinados por soldados. Como el populacho rodeaba la penitenciaría, los soldados abrieron las puertas al público y le entregaron los cadáveres, para que los arrastraran por las calles. Poco después llegó Plaza a Quito, y por sus secuaces fue recibido con vitores. Presentó la candidatura de que había desistido; pero el pueblo estaba indignado. Días más tarde llegó el Gral. Andrade, a quien recibieron con pompa, y ya se comprende que sincera, y presentaron su candidatura las personas honorables.

*Impunidad de Plaza*¹

Cuando se zarandeaba Leonidas Plaza en el poder, no era extraño se abstuviesen los congresos de ordenar el enjuiciamiento de los criminales del 28 de enero y 5 de marzo de 1912. Siendo o no siendo él Presidente, otros legisladores habrían impuesto castigo, porque es deber de los personeros del pueblo tratar de lo que le incumbe a éste, ya en su prestigio, ya en su desprestigio. En la vida del Ecuador no han acaecido acontecimientos más horribles; no son comparables ni con el del 2 de agosto de 1810, tan deplorado y maldecido por las generaciones de un siglo. No es crueldad pedir el castigo de atentados de esta clase. Crueldad es dejar impune al delincuente, conociéndolo, y consentir en que goce, no de su impunidad tan sólo, mas aún de la alta prerrogativa de que ha gozado y está gozando todavía, señor de vidas y haciendas, rico con la riqueza nuestra, condecorado con nuestras insignias, riendo con nuestros dolores; pero manchando lo que toca, con la sangre de ecuatorianos que ilustraron a su patria. Crueldad es esta conducta con los congresos, porque, lejos de beneficiar al pueblo con buenas leyes, de estimular a la virtud con prácticas virtuosas, de darle lecciones de valor, justicia y entereza, le prostituyen, afrentan, envilecen, le enseñan la traición, el robo, el homicidio, con el hecho de perdonar, y aún premiar, a un malhechor en vez de castigarlo.

*Desconsuelo de Montalvo*²

Tiempos ha murió Montalvo. Estremece de horror esta muerte, porque no se presenta quién lo imite en la faena de defender a los pueblos. Los que resucitan a millares son los exterminados por Montalvo: los asesinos, los ladrones, los hipócritas, los malhechores, los que se entregan

1.- Estas páginas -extremadamente duras- fueron escritas a raíz del asesinato de su hermano el Gral. Julio Andrade; de allí su odio desbordado. Las publicamos solo por respeto al manuscrito original. Además don Roberto estuvo desterrado en Lima desde 1912 hasta mayo de 1917, una de las más aciagas épocas de su vida, quizás peor que la de 1875 a 1895. Esas las explicaciones del atroz odio al Gral. Plaza.

2.- Todas estos pensamientos rompen quizás la cronología de las Memorias, porque le embargarla el dolor por un lado y, por otro, el periodo 1911 - 12 está estudiado en su folleto "Sangre ¿quién la derramó?"

a todo exceso con el trabajo de sus conciudadanos, a quienes ni se acuerdan de educar, de estimular al bien, de proporcionar solaz, felicidades, como es su obligación. Cabe aquí un cuadro de Ezequiel, reproducido por Hugo, con la admirable concisión de este poeta: "Había una llanura, y en ella huesos secos. Yo dije: ¡huesos, levantaos! Miré y vinieron nervios, y una piel que los cubrió; pero el espíritu no vino. Y yo grité: ¡espíritu, ven de los cuatro vientos, sopla, y que resuciten estos muertos! El espíritu llegó; él sopló, entró en ellos, y se levantaron; y fue un ejército y un pueblo". Entonces dijo una voz: "Seréis una sola nación, no tendréis ni más juez, ni más rey que yo, y yo seré el dios que tiene un pueblo, y vosotros seréis el pueblo que tiene un dios". "Me llamo Plaza, el alcahuete de Managua", habría agregado la voz, en estos tiempos. Multitud de pelagillos tomaron armas, y fueron el ejército: el pueblo cayó boca abajo... ¡Oh placistas, oh indignos, oh miserables, oh réprobos! ¡Vendéis todo lo que es virtud, honra, mérito; y con el mismo dinero de esta venta, compráis todo lo que es vicio, deshonra, corrupción. Sois el pueblo de Montalvo, sois de los que escucharon esta voz; sois de los que experimentaron a García Moreno, a Veintemilla, a Caamaño; muchos de vosotros sois de aquellos a quienes enorgullecía la oposición a estos despotillas; y ahora estáis sirviendo a un nuevo tirano?.

¿Dónde estáis, Montalvo qué decís, cómo calificáis el procedimiento de este pueblo?. Volvéis a mí una mirada tierna, y en vuestro rostro firme hay consuelo: "Los pueblos no se corrigen en una década, ni en dos, decís. Los ecuatorianos se están aprovechando de los servicios hechos por nuestros antecesores, por Alfaro y por mí; y esto nos es grato, aunque nos olviden o nos odien. El olvido es ficción, el odio es miedo. Olvidar a quienes trabajamos porque la patria mereciese el nombre de república, de la cual ellos se aprovechan, aunque con innobles arterias; odiar a quienes les arreglamos la casa, donde se han entregado a excesos inauditos, no es posible. Fingen odiarnos, porque quieren aparentar que nosotros no hemos hecho nada, y ellos todo; nos temen, porque corren el peligro de ser sorprendidos con la mano en la gonzúa. Esos están encenegados: pronto se pudrirán y evaporarán en miasmas. No han de tener imitadores, porque la civilización no ha de dar tiempo. El Ecuador, formado por Espejo, por Morales, por Mejía, por Ante, por Olmedo, por Rocafuerte, por Moncayo, por Carbo, por Alfaro y por mí, no puede perecer en la pocilga de Juan José Flores y Leonidas Plaza".

He ahí cómo habla Montalvo; pero una esperanza tan remota, apenas puede consolar a un patriotismo que no es joven, que ha luchado 50 años y que en la patria nada ve mejor que las tumbas.

Falta de corazón

"El hombre, para desempeñar su ministerio en la tierra, posee tres órganos", dice Víctor Hugo: "el cerebro, el corazón y el estómago". En Plaza y sus íntimos, el estómago ha absorbido las funciones del corazón y el cerebro. Corazón, en primer lugar, no existe en ellos. El corazón ama, se enternece, se alegra, se extasia, odia el mal, es origen de todos los poderosos afectos, que vienen embelleciendo el medio en que el género humano respira. El amor al dinero es la única pasión que no es del corazón, sino del vientre. "Si hay amor al dinero, dice Stendhal, ya no puede haber otra pasión: es la única, y viene a ser feroz". Rabelais descubrió que el amor al dinero era pasión del estómago. *¿A quién ha amado Plaza jamás*, sino al dinero? Tampoco odia a nadie: la moral prescribe odiar, pero solamente al malvado. Si Plaza odiara al malvado, se odiaría a sí mismo. Por odio no hace daño nadie, a pesar de que su sistema es hacer el mayor daño posible a cualquiera, si ha de redundar en provecho de él, de su intestino. Ternura, alegría, dolor, arrobamiento, si los experimenta, pero cuando los causa el dinero. Dicen que cuando le destituyeron, con un puntillazo en las posas, de ese lugar infame de Managua, se le fueron las lágrimas. En el momento en que le dijeron: "El Gral. Andrade está muerto", su alegría fue de insensato: "¿Usted lo vio, usted estuvo allí, usted le vio caer?", repetía dando saltos. ¿Qué temor han de tener de la historia hombres como ese? "Cuando se escriba la historia, ya estaré muerto", son palabras de él. ¡Y ha tenido quien le ayude en tal empresa! Navarro, Sierra, Intriago, Cabrera, Oliva, ¡cuán majestuosos están vuestros rostros, bañados con tanta sangre ilustre, por satisfacer la pasión de un tiranuelo! Se debe matar a un hombre; pero sólo cuando la causa es noble y santa. Defended a la humanidad, defended a vuestra patria, defendeos a vosotros, y matad, si os veis urgidos. A la humanidad se la defiende cuando un desalmado vive de la violación de toda ley, ya natural, ya moral, ya civil, y al quebrantador le castiga el verdugo en el cadalso. A la patria se la defiende cuando los enemigos le declaran guerra injusta o usurpadores y tiranos la oprimen, la maltratan. Vosotros podéis defender vuestra vida... ¿Pero matar a protectores, a favorecedores, a glorias y esperanzas del pueblo, y matarlos por dinero?...

La campaña de 1911

¿Qué diremos del cerebro? Podrá haber cerebro en quien tenga panza de marrano, apta para recibir un mundo, hábil para digerirlos ahí mismo, de modo de quedar en disposición de recibir otros dos mundos. El cerebro es para pensar es el más noble y excelso de todos los órganos de la naturaleza humana. Para desempeñar su ministerio, le es indispensable que todos los otros órganos no desempeñen el suyo con exceso, porque él es de una región distinta, elevada, a la cual solo, el corazón puede penetrar en muy pocas ocasiones. ¿Qué tiempo ha de tener de pensar el que engulle, que engulle incesantemente, de manera de no dar lugar al nacimiento de una idea? Si brotan algunas ideas, todas tienen que descender, por fuerza, al intestino. "El intestino es, dice el grande Hugo, una culebra que tienta al hombre, le traiciona y le castiga. Del intestino a la podredumbre no hay más que un paso". Aquel cuyas necesidades en la vida se reducen a las que suministra el intestino, está podrido, y por consiguiente ha dejado de ser hombre. Uno que no es hombre, ¿cómo ha de tener cerebro? Si lo tuvo, lo ha perdido, arrastrado por las funciones intestinales: una impulsión irresistible le precipita en pos de dinero, para dar placer al vientre y a todos los órganos dependientes de él. De los siete pecados capitales, señalados por nuestra santa madre Iglesia, todos provienen del vientre, excepto el primero, el cuarto y el sexto, que son del corazón y del cerebro. El hombre en quien prevalecen los pecados del estómago, vaya a presidio o a domar potros, pues no nació para gobernar a pueblos. Plaza no pudo dirigir un ejército, ¿cómo ha de gobernar a una nación?. En 1911, cuando la campaña en la que el Gral. Andrade se volvió digno de ser asesinado, Plaza se detuvo en Riobamba, derribado por una enfermedad intestinal, a la que los soldados le apellidaron miedo. El ejército enemigo había salido ya de Guayaquil. Plaza se hallaba en un camión, apretándose con entrambas manos la barriga, y quejándose con voz de presidiario, tomando día y noche purgante tras purgante. La oficialidad reía o se indignaba. "¡Esta barriga! Si no me perteneciera, me la pagaría hoy mismo!", decía. Entró el Gral. Andrade; y obligado a encubrir la indignación con sonrisas, porque la situación era peliaguda, dijo: "El Cnel. Torres, con dos mil hombre, cae sobre nosotros de un momento a otro. ¿Usted se propone combatirle con purgantes? ¡Ay, Julito, salve usted la situación de cualquier modo!" contestó Placita, a quien los retortijones de tripas no le concedían tregua. Temía poner el ejército en manos del Gral. Andrade, porque le consideraba capaz de traición. Lo comprendía Andrade: pero no veía otro recurso que

su inmediata salida a vanguardia. "Yo marcharía hoy mismo con 2.000 hombres, si usted me diera por compañeros a los jefes de más confianza de usted". De este modo se desvaneció la desconfianza, y partió Andrade. Plaza quedó tendido a la bartola, hasta que lo levantó el cañón victorioso de Huigra.

Otras reflexiones sobre Montalvo y el liberalismo

Montalvo dijo una vez: "No soy enemigo de individuos ni de clases sociales: donde está la corrupción, allí está mi enemigo; donde están reinando las tinieblas, allá me tiro sin miedo". Esto mismo acabo de oírle a un periodista inteligente, y por ello se granjeó mi más entrañable estimación. "Yo no soy liberal ni conservador, radical ni ultramontano, rojo ni blanco, personalista, como son nuestros compatriotas de la América española. Soy escritor, mi enseña es la verdad, y defendiendo la honradez y la virtud"³. Hay claridad, sinceridad, majestad en esta manera de decir. ¡Qué cosa tan apreciable es la unión, en el ámbito donde resplandece el bien. Lo imposible para el bueno son las conexiones con los enemigos de los hombres. La bondad y la maldad son dos banderas, que flamean en ejércitos opuestos, prontos a despedazarse uno a otro. El de la maldad trata de incendiar al mundo, para pescar en él, a río revuelto; el de la bondad lucha por apagar el fuego, por medio de la liberalidad, de las virtudes.

Y ésta es la razón porque nuestro partido político no debe dejarse despojar del calificativo de liberal, dado por los que lo fundaron, lo defendieron, lo propagaron, lo levantaron a la mayor altura en nuestra patria; por Espejo, el primero que habló del alma llamada libertad; por Mejía, el que la defendió con su elocuencia; por Morales y Quiroga, los que por ella derramaron su sangre; por Ante, el tanto tiempo atormentado a causa de ella; por Olmedo, el que la divinizó con su numen; por Rocafuerte, el que la estableció en el gobierno; por Moncayo, Roca, Riofrío, Urbina, Carbo, Espinel, miles más, que vinieron a la posteridad, enarbolando el pabellón de su partido; por Marcos, Ayarza, Maldonado, Borja, Baquerizo, Wright, Viola, otras víctimas, cuya sangre está estimulando a su bando con el atractivo de la gloria; por Abelardo Moncayo, Felicísimo López, Manuel Semblantes, los Arellano, los Portilla, los

3.- D. Jacinto López, venezolano, redactor de "La Reforma Social". (R. A. R.)

Comejo, Constantino Fernández, Marcos Alfaro, Infante, Avellán, Viteri, tantos luchadores constantes, que merecen nuestro aplauso y nuestras lágrimas; por Montalvo, el que descuajó florestas de ignominia, cegó pantanos de vicios, dejó levantada la compuerta, para que la civilización fertilizara nuestra patria; por Alfaro, el esforzado, quien sembró la planta de la libertad de límite a límite, y la custodió, arma al hombro, hasta lo último; y al verla marchitarse, no vaciló en suministrarle riego con su sangre. Vargas Torres, Clemente Concha Torres, José María Concha Torres, Carlos Concha Torres, cuatro hermanos héroes, se adelantaron también a dar su vida, y la dieron en ara iluminada, que deslumbró... ¿Y no la dio también Julio Andrade?.

No debemos olvidar que quienes actuaron en la formación del partido liberal, en primer término, fueron Bolívar y Sucre, el primero con el poder de las luces, el segundo con el de las virtudes, y uno y otro con la sublimidad del heroísmo.

La historia merece respeto, cuando es cierta: los héroes, los apóstoles, los mártires, merecen que la posteridad cuide de sus nombres y no permita que la avilantez los falsifique. La historia verdadera no la escriben impostores, y los apóstoles vienen a nosotros, depurados de las calumnias con que la iniquidad los persiguió. Pensad en la historia los que no sois malos; imitad a los apóstoles los que tenéis algo de elevado; pero déjese la escoria de pretender llamarse liberal. Liberal no es solamente el que aborrece a frailes, a sus sostenedores devotos, mojigatos, sin consultar si los llevó al frailismo la inocencia, y si su conducta y porte son benévolos. ¿Liberales los asesinos de enero; los traidores y asesinos de marzo; los que bebieron la sangre de sus protectores y padres; los que cubrieron de infamia al pueblo, atribuyéndole las atrocidades por ellos perpetradas; los que han empleado en vicios, en disoluciones, en alucinar y embobecer al pueblo, los beneficios que, con tanto trabajo, dispensaron al Ecuador los liberales: los que en indignidades pasan los días, lejos de contraerse al buen desempeño de la magistratura que usurparon; los que en presidencias, en ministerios, en legislaturas, en cuarteles, en universidades, en tribunales, no han favorecido a nadie, antes de extender la mano al cohecho, los que han robado, han saqueado, han arrasado al Ecuador, hasta dejarlo como las langostas dejan los sembríos... esos se llaman liberales?.⁴

⁴.- Debe verse que por estas elocuentes cláusulas, que el Sr. Andrade no aprueba las candidaturas de los señores Intriago y Córdoba, porque

El General Oliva y Plaza

El amor al dinero no solo corrompe al hombre, sino, en consecuencia, a los estados: este amor debe tener un solo límite: el de la adquisición del caudal por medios sanos. ¿Cuándo llegará el día en que los caudales de dinero corran paralelos a los caudales de virtudes? El que tiene dinero bien adquirido hace bien de gastarlo en opulencias, si al mismo tiempo no mira a sus semejantes como a perros, les pisa si están caídos, sino que ayuda a levantarse a los de mérito. El canalla que roba y tiene haciendas, asalta y anda en automóviles, asesina y da banquetes a sus cómplices, vierte en abundancia la sangre del pueblo, y todavía desnuda a los huérfanos, ese, debe hallarse con cadena en el presidio, es merecedor de que el pueblo le destroce, y en pedazos eche sus entrañas a los cuervos. "Rico está, millonario está, goza y tiene que gozar en esta vida", dice la miseria, "Le visité en sus haciendas, acaba de decirme uno de esos. Para él, la agricultura ha sido una mina que le ha dado millones. Da gusto ver la riqueza del *General*" El *General* no le llaman sino cuatro sinvergüenzas, que también se han enriquecido ayudándole en el robo. Millonario, dichoso. ¡No, imbéciles! Diablos y demonios son los que, todos los días, a cada hora, a cada minuto, persiguen a ese rico, a ese dichoso, a ese que por criados tiene a presidentes, a generales, a plenipotenciarios, a legisladores. Mientras estaba en el palacio, todavía tenía panza enorme, cachetes y buen diente. De presidente, no despachaba nunca en palacio: tenía miedo de poner un pie en la calle: la casa parecía un cuartel por los soldados, todos por supuesto, generales. Bastaba, para conseguir el generalato, saber lavar los platos y cuidar el dinero de Plaza. De *Oliva* decían en Quito: "¿en qué se parece el Gral. *Oliva* a la pobreza? En que es un mal *general*".

Plaza en Managua

¡Qué vergüenza es para un ecuatoriano encontrarse con un centroamericano que conoció las primeras aventuras de Plaza! Las que el Dr. Lerva, de El Salvador, cónsul posteriormente de su patria en Londres,

ambos fueron cómplices, amigos, camaradas y ministros del famoso Leonidas Plaza, autor de nuestra ruina. El aprobaria la del liberal, cuyo programa fuera barrer del Ecuador la basura de los BILLETES FALSOS, cuyo autor es el aludido Plaza. (Nota del primer Editor de la obra, que no salió al público)

refería. ¡Oh ecuatorianos! Los que le elevaron a la primera presidencia, Peralta y Vela, lo supieron, por los labios del mismo Gral. Alfaro; pero a ellos poco les importaba esa mancha, comparada con las ofertas hechas por Placita. Ese hombre os ha gobernado.

Reacción de Plaza a mi opúsculo "Sangre"

Placita no entra a poblaciones. Cuando en 1912 leía ¡"Sangre! ¿quién la derramó?", se había levantado trémulo, y le dijo a uno que leía con él: "¡A mí me arrastran vivo, y a usted también!" Desde entonces está prófugo. De Sanmillán a Zuleta, de Zuleta a la Ciénaga, de la Ciénaga a Machachi, como un oso amenazado, que cambia de guaridas en las florestas. Todas esas haciendas son robadas; él no tenía otro capital que el que ganó en el lupanar de Managua y en las cervecerías de Panamá, donde lavaba las botellas. Los herederos de D. José María Lasso deben dar noticia de la sabia diplomacia, por medio de la cual Placita despojó a los propietarios. El Cnel. Juan Manuel Lasso, cuñado de Plaza, ha comprendido que su familia se infamó, siendo como era de abolengo y sin chafarrinadas tan innobles, y con frecuencia acude a la tumba de su padre, a consolarse con amargas confidencias: su padre le ha de aconsejar el cumplimiento de su deber con la Patria...

Rafael Palacios y el chileno Cabrera

El rico, el millonario, se recrea con juegos de suerte. Cuentan que al Cnel. Rafael Palacios le embobeció con su habla sedosa, que no es persuasiva sino para los que no tienen intención de resistir. Le halagó con connivencias y le volvió un muy buen instrumento de robo: dióle el empleo de colector de sal, muy lucrativo, con el que atesoraba buen dinero del erario. Plaza le mandaba tarde y mañana un recadito: "mándame 500 sueres, mándame 1.000 sueres u otra suma. El empleado le enviaba, sin argüir palabra. Por la noche le invitaba a su casa con el chileno Cabrera, otra sanguijuela, a jugar el pocker, y entre los dos, jugando grueso, desnudaban a Palacios. Llegó el caso en que los tribunales condenaron a éste a la restitución de 200.000 sueres: no pudo restituir y fue al panóptico.

Vició al juego a un joven de la familia de su esposa: una noche le ganó 40.000 sueres. Al día siguiente se le acercó Placita, y le dijo: "anda alistando esos suerecitos: me han venido como pedrada en ojo de botica-

rio". El interpelado sacó el revólver: "Conozco tus ardides, ¡canalla!, le contestó. En el juego no hubo lealtad. Si me exiges el pago, libertaré al Ecuador, dándote un balazo". A un grito de Plaza, aterrado, arrebató el revólver al joven un esbirro.

A otro joven le perdió también: le nombró depositario de dinero para un ferrocarril; y probablemente comenzó a disponer de él con recados; el joven apretó de Zuleta, antes de que el gran señor dispusiese de todo.

¿Quién puede descubrir todas las marañas en que tan gentil pieza ha enredado a la juventud ecuatoriana, especialmente a la sencilla interandina, en el tiempo en que lleva él de gran visir? Ciertamente que ninguno de los dos jóvenes mentados es interandino; pero cierto también que hay menos experiencia en la juventud de las regiones frías de los Andes.

Vela y Peralta no tienen perdón

¡Oh y qué crimen el cometido por los que lo elevaron!. Le engañaron al Gral. Alfaro; le hicieron comprender que la facultad de elegir no era solamente de él, que ellos componían mayoría, y con este argumento triunfaron. Déjoles el campo libre el patriota, quien ya mucho había combatido hasta con sus mismos amigos. ¡Oh Vela, oh Peralta, siempre seréis malditos por el Ecuador, porque siempre permanecerá en su memoria esta época, de desastre, de desenfreno, de retroceso, de pauperismo e ignominia!

Los conservadores continúan con el prurito de insultar a los liberales, quienes, como se ha visto, tanto hemos luchado; quienes hemos despertado el espíritu público; quienes hemos procurado purificar las doctrinas, quienes volvimos respetables la libertad y el patriotismo; quienes enseñamos al pueblo a buscar la felicidad, por medio de las virtudes sociales; quienes le resguardamos de la inhumanidad de potentados e insolentes, quienes, construimos ferrocarriles, embellecimos las poblaciones, mejoramos la industria, dando facilidades a la agricultura y al comercio... Este trabajo ha sido también para ellos... ¡Insultarnos!

SEGUNDA PRESIDENCIA DE PLAZA

El periodo 1912 - 1918

"Mercurio, el dios vicio, auxilia a Júpiter,
el dios crimen. Este servilismo en el mal, aún se
advierte hoy en la veneración que los rateros
tienen por los asesinos"

Víctor Hugo. "Guillermo Shakespeare"

El cacao desde 1910

Antes de la postrera usurpación de Plaza en 1912, *por el año de 1910*, fundóse la "Asociación de Agricultores, protectores del cacao", seria y patriótica, con el objeto de consagrarse honradamente a la venta del cacao, principal elemento de exportación de toda la República: él ha sido nuestra riqueza y él ha mantenido en lo alto nuestra reputación, en lo concerniente a la agricultura y al comercio. Una operación cautelosa sobrevino en dicha venta para el Ecuador, las consecuencias de esta operación tenían que ser mortales. Consistía en que especuladores sin escrúpulo vendían el cacao, antes de la cosecha, a los respectivos fabricantes. Cuando la cosecha llegaba, para el cacao sobrante ya no había compradores forzoso venía a serles a los productores vender muy barato el cacao, pues no tenían otro comprador que los mismos especuladores. El agricultor venía arruinándose. No eran, pues, la oferta y la demanda las únicas que servían de norma a la compraventa del cacao, sino el deseo de ganar por cualquier medio, a combatir este fraude quería dirigirse la asociación de que tratamos. Los asociados solicitaron al Congreso expidiera una ley que impusiese un suere por quintal a los exportadores, con el objeto de que la asociación tuviera dinero de que disponer, en las necesidades para ella indispensables. *El Congreso de 1911* no alcanzó a resolver la petición. *En enero de 1912* fue asesinado el Presidente Alfaro, y en marzo usurpó Plaza el Gobierno, con el asesinato de su competidor Andrade. Ya fue, pues, dueño del Ecuador.

Mis lectores han de conocer el móvil de todos estos atentados. Se le frustró a Plaza la adquisición de 30 millones de dólares, por la venta del Archipiélago de Galápagos; se le frustraron varios empréstitos intentados en Estados Unidos y en Europa; se le frustraron otros proyectos inicuos: vio un resquicio en la Asociación de Agricultores, que trataba de la exportación de la única riqueza y emprendió la fácil tarea de apropiársela.

Parecer de Clemente Ponce

En agosto de dicho año de 1912, antes de que el Congreso resolviera algo usurpó una facultad que era de este cuerpo, como lo ha demostrado un jurisperito ecuatoriano⁵, aprobó como Ejecutivo, el Reglamento y los Estatutos de la asociación. Según dice el Dr. Ponce, la usurpación fue causa para que la asociación no tuviese existencia jurídica. Privada de este carácter, convertida en pandilla, por un simple conjuro de Plaza, ella ha venido a fraguar la ruina ecuatoriana, hasta un extremo que parece fabuloso, como lo verá el que concluyere estas páginas. A continuación el Congreso, la principal herramienta de Plaza, "autorizó al Ejecutivo para que, de acuerdo con la Asociación de Agricultores, o por cualquier otro medio, hiciera las gestiones conducentes a obtener el más alto precio posible para el cacao nacional". Entonces se decretó el impuesto de un sucre por quintal de cacao que se exportara; pero no para que la asociación dispusiera de él, mas aún, para que dispusiera el Poder Ejecutivo. El dinero ya no iba al colector de la asociación, sino al tesoro nacional. Cambió la esencia de la asociación, en virtud de aquel infame decreto. Es de suponerse que acaecieron cambios en el personal de dicha asociación: Guayaquil es ciudad de Rocafuerte, Olmedo, Carbo y tantas otras personas probas: muchos de sus vecinos han sido antes ímpolitos: no todos, en la actualidad, son codiciosos, egoístas, menospreciadores de la tranqui-

⁵.- El Dr. Clemente Ponce, actual Ministro de Relaciones Exteriores. Su obra se titula "El empréstito de la Asociación de Agricultores del Ecuador": y ella nos ha mostrado parte del abismo donde al Ecuador le están estrangulando. Fue dada a la estampa en 1918. Si el Ministerio fue debido al folleto, el Dr. Tamayo merecía nuestro aplauso, a pesar de la bandería a que el Dr. Ponce pertenece. ¡Pero Plaza es muy artificioso! En el Ministerio el Dr. Ponce, ha debido probar que es digno e independiente, y sobre todo, que tiene compasión por su patria agonizante. (R. A. R)

lidad ajena, como Plaza, Urbina, Baquerizo. Creíble es que con una transmutación tan absoluta, con haber dejado la asociación de ser protectora del cacao, y pasado a ser protectora de un hombre tan indigno, se separaron los hombres honorables, y fueron substituidos por personas sin escrúpulos. Apenas se promulgó el decreto del Congreso, la nueva asociación formuló nuevos reglamentos y estatutos. Concurrió la aprobación del Ejecutivo, ésto es, de Plaza. En los nuevos reglamentos y estatutos no se respetaba la ley del Congreso: ésta había impuesto un sucre por quintal a los exportadores; Plaza la impuso a los productores. Así, la contribución vino a ser más grave: el cacao de los productores es sucio, y pesa más; el cacao de los exportadores es limpio, pues para exportarlo lo limpian. Plaza acomodó los tales estatutos, de manera que el impuesto produjera la mayor suma posible de dinero. Más tarde lo aumentó a 3 sucres: sorpréndeme que el Dr. Ponce no mencione este aumento. El mejoramiento del precio del cacao ya no fue sino pretexto; aunque la asociación estuviera compuesta de hombres de buenas intenciones, imposible les hubiera sido conseguir su objeto, ora porque no contaba con las otras naciones productoras, ora porque no poseían el dinero necesario, ora porque les faltaban datos estadísticos, comerciales, etc., ya que el Ecuador está tan alejado de los lugares donde se consume el cacao. Tenían que continuar con la empresa, y lo hicieron sin la necesaria previsión. A Plaza no le importaban ganancias en la dicha empresa, pues la operación no era sino medio para absorberse la riqueza ecuatoriana.

Alfaro y el patrón oro

El Presidente Alfaro había fundado el patrón oro en el comercio, y dejaba acuñada buena cantidad de moneda de este metal, cóndores, equivalentes a libras esterlinas. Plaza palidecía cuando veía un cóndor: "Soy Presidente, se decía: El Presidente puede hacer lo que le da la gana en este pueblo: todos los cóndores tienen que ser míos". Sabía que la mayor parte de los cóndores estaban en los bancos, y que por medio de éstos podía recoger los que no se hallaban en sus cajas, y a los bancos les echó directamente la visual. Acudió a ellos, a pretexto de la Asociación de Agricultores. Los principales bancos son dos, el "Ecuador" y el "Comercial y Agrícola", ambos de Guayaquil. Con el primero no pudo contar, por la rectitud y probidad de este banco. Parece que al principio, ni el segundo quiso darle más dinero, pues era acreedor del gobierno en la suma de siete millones. Plaza comprendía que en el Ecuador no podía conseguir mucho

oro: pero como el cacao se convertía en oro, en mercados extranjeros, *su intención fue exportar la mayor cantidad de cacao posible*. Lo que importaba era conseguir dinero, aunque fuera en billetes, para facilitar las remisiones; y lo consiguió, por fin, en dicho banco. La asociación empleó cerca de 5 millones, en 1913, en compra de cacao, preparación para exportarlo, pago de contribuciones, etc. Lo que sufragaron los productores, no conforme a la ley, sino al reglamento, no pasó de 900.000 sucres; lo restante lo pagaba el Banco Comercial y Agrícola. No es difícil comprender de qué manera alcanzó Plaza la cooperación de este establecimiento. Lo bueno y lo malo se consigue, siempre que hay algún halago a los intereses personales. Lo prestado se le reembolsaba al Banco, con *giros contra los embarques hechos*, es decir, a cargo de los compradores extranjeros, con la garantía del mismo cacao exportado. En hecho de verdad, el capital de la asociación, no era otro que los 900.000 sucres mencionados. Con esta cantidad no podía adquirir todo el cacao ecuatoriano, requisito indispensable siquiera para intentar el alza del precio. La mayor parte del cacao era adquirida por exportadores antiguos, quienes no se hubieran retirado del negocio ya establecido con compradores extranjeros. En 1914 los gastos fueron mucho más crecidos: con el de 8 millones, se remitieron cosa de 400 mil quintales: el capital de la asociación, formado por contribuyentes, no pasó de cien mil sucres. "Naturalmente, dice el Dr. Ponce, el Banco Comercial y Agrícola hubo de seguir suministrando los fondos necesarios para aquellas compras y gastos, cuyo valor excedía en millones al producto del impuesto. Durante el año se le entregaron 5'766.418,06 sucres, sin duda, todo o casi todo, en letras sobre el exterior; y al fin del año se le debían 150.000 sucres. Hubo momento en que el banco no podía ya seguir proporcionando fondos para las compras; y el directorio de la asociación las suspendió... "Bien arregladas las cosas", continúa en otra parte. "es claro que el Banco siguió después suministrando los fondos necesarios".

Los monederos falsos

En dos palabras diremos cómo Plaza arregló las cosas: instituyó oficialmente una banda de MONEDEROS FALSOS... El Ecuador está agobiado: alguno debe apresurarse a confortarlo... Vais a decir que me estoy empujando en demasía, con la pretensión de hombrearne con Montalvo: pero que tal pretensión es *insensata*... Montalvo fue grande, y yo pequeño: Montalvo contó con Eloy Alfaro, yo con nadie: Montalvo fue

genio, yo soy vulgo. Los hombres como Montalvo no vienen sino de siglo en siglo, dijo un europeo. Yo no pretendo igualar a Montalvo. Lo que hago es tomar el azote, dejado por él en las cumbres de mi patria, irme con él en contra de tanta espalda indigna, dar, si me es posible un escándalo, hasta que el Ecuador pueda castigar a tan osados salteadores. Y hay enorme diferencia entre los enemigos de él y los míos, entre los ecuatorianos corrompidos de su tiempo y los depravados actuales: García Moreno, Borrero, Veintemilla no deben ser comparados con este señor de Barbacoas, hijo de un maestro de escuela de los Micos,⁶ prófugo de la casa paterna, correveidile en Managua, ordenanza del traidor Ezeta, Comandante Vaina en San José de Costa Rica, lavabotellas en las cervecerías de Panamá... Los primeros habían pisado escuelas y colegios, empuñado espada o pluma, alternado con personajes de algún mérito: ese gallaruzo no tuvo nunca un amigo, sino entre los mozos de paja y cebada de hoteles y los de aquel benemérito establecimiento de Managua.

Antecedentes: Plaza en Managua

Para los que duden, va otro testigo, a más del Sr. Leiva; es un caballero de Guayaquil, cuyo nombre lo saben muchos individuos, a quienes ha referido lo que ahora voy a recordar. No sería leal ponerlo aquí. Navegaba el Dr. N. de Colón a New Orleans: había comido una noche con un caballero de Costa Rica, y como ya contrajeron amistad, salieron a pasearse juntos en el puente:

-¿Con que el Presidente del Ecuador les gobierna a satisfacción de ustedes?, preguntó el costarricense.

- Todo lo contrario, respondió el guayaquileño. De lo menos que sabe aquel individuo es de gobierno.

- ¡Cómo! ¿Y por qué le eligieron?

- El usurpó el poder, guiado por personas sin amor a su patria ni virtudes.

- ¿Conoce usted los antecedentes de él?

- Algunos, pero muy vagamente.

- Voy a referirle uno. No se avergüence usted. Comprendo que no es usted culpado, sino víctima; y debe saber lo que va a oír de mis labios. Laza vivió en Costa Rica y en Nicaragua. Me hallaba en Managua: una

⁶.- El hecho de llamar "Micos" a los barbacoanos, evidencia el prejuicio de Andrade en contra de los africanos

noche un amigo y yo recorriamos las calles; entramos a una casa donde oímos música: había sido una casa de diversión. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando veo, en pie junto a una puerta, barbón, con mandil, desnuda la cabeza, con todo el ademán de empleado secundario,⁷ a un sujeto a quien yo conocía: era Plaza. Aparenté no reconocerlo, pusimos monedas en su mano y entramos, mientras él nos saludaba con una profunda inclinación de cabeza.

Ha de haber ecuatorianos que me llamen enemigo de mi patria, porque hago estas revelaciones nefandas. "Se equivoca usted", le contestaría yo. Apenas publicada mi obra "Campaña de 20 días", 1908, tuve conocimiento de esta profesión de Plaza: nadie me habrá visto con él desde entonces; y en varios de mis escritos, he rogado y amonestado a mis amigos, se enmienden, dejando una amistad que les deshonra. ¡Cuántos han preferido gozar de sueldo, aparentando tenerme a mí por calumniante! El estigma es espantoso, y los ecuatorianos están en el último grado de infamia.

¡Presidente un reprochable personaje, y Presidente por quince años, semejante a García Moreno, el Constantino, el Carlomagno!. D. Jerónimo Carrión vino a ser Alfredo Baquerizo, el Dr. Javier Espinosa vino a ser... ¿Y por qué vamos a causar al Dr. Tamayo, cuando está demostrando que atenuará aquellos crímenes, que si en su gobierno se cometen algunos, no son de él, sino de sus dos antecesores, que él sería liberal a las claras, si no se viere obligado a complacer a aquel indigno, para obtener la redención de su patria? ¡De echacuervos a Presidente, y de Presidente a imitador de García Moreno en la perpetuidad, porque nada le ha sido fácil como convertir en su herramienta al Ecuador! En aquel hombre arguye astucia: en mis conciudadanos, ¿qué arguye? Diremos ignorancia, porque la América Central no está cercana al Ecuador? Y no os reveló tal ignominia por la imprenta? Le tenéis por embustero, después de haberle oído 50 años? Se hablaba en voz baja de esta afrenta, y ella contribuyó a excitar a Carlos Concha, héroe sin comparación en nuestra época, último de los ecuatorianos, así como Bruto fue último romano. ¡El amor al dinero os ha perdido, miserables; y ahora no pasáis de ser mandil de un rufian, y de haber degradado a la patria, hasta la comparación con mancebías!⁸.

7.- Don Roberto -víctima de los prejuicios de su época- ataca el trabajo manual. Creemos que todo eso honra al Gral. Plaza.

8.- Ha dos años, cuando fueron escritas estas páginas, tuve la debilidad de leerlas a un ecuatoriano, pues me engañó su apellido: es hermano de

Entre naciones americanas, las hay que son muy desgraciadas: como el Ecuador, ninguna", dijo Montalvo⁹ "Este es el país de América más atrasado". dijo Rocafuerte¹⁰. Ya voy a morir, a dejar de tener por patria al Ecuador. Pero quedan mi familia, mis amigos, tantas personas a quienes desde la infancia he amado, y que son incorruptibles, inocentes... No será brillante, pero sí es bien vivida la vida de quien ha podido atenuar en la lucha, la amargura de contemplar espectáculos odiosos, como el de su patria oprimida por un aventurero como Plaza.

Concepto de Plaza sobre Alfaro y sobre si mismo

Un periódico ecuatoriano acaba de decir: "Plaza, conversando con amigos íntimos, dijo: "Los hombres intelectuales y de muchas campanillas, no han resultado buenos magistrados: en las medianías si hay hombres, y de éstos necesita el país. Alfaro y yo no fuimos sino medianías, y sin embargo hicimos más que aquellos hombres de tanta ciencia, pero nulos para mandar"¹¹. Plaza en primer lugar, igual a Alfaro; el vago, el miserable, el cuasi idiota, el prófugo del hogar, cuando niño, el sirviente, el ordenanza, el traidor, el alcahuete, el cobarde, el asesino, el embaidor, el embustero, el vil, el secundón en las cervecerías de Panamá, ¡igual a Alfaro! ¡Es también superior a Rocafuerte! El Ecuador resplandece con la educación, la instrucción, las luces suministradas por Plaza deslumbran las virtudes, prevalece la República con el espectáculo de tanto progreso,

cuatro héroes: "¡Alcahuete, hediondo!". exclamó, levantando las manos, después de concluida la lectura. "Yo me he educado en Alemania e Inglaterra, y no tengo costumbre de oír esas palabras". - "Si se ha educado en aquellas dos naciones, dije yo, habrá usted leído a Schiller, a Goethe, a Macaulay, a Dickens, y también a Balzac, a Víctor Hugo, a todos los escritores que han querido ser comprendidos y producir impresiones eficaces. Y entre nosotros, no ha leído a Montalvo? Yo no soy como ellos, verdad es: pero derecho tengo de procurar asemejarme, si lo requieren verdad y circunstancias. Estos escritos son para hombres, y de mundo, no para damas, damiselas ni currutacos de los que se alimentan con morfina. Los hechos de Cain, de Judas, de Nerón, los de los prostíbulos, las tabernas, los garitos, no pueden ser referidos con el estilo del "Cantar de los Cantares". (R.A.R.)

9.- Catilinarias". sexta. (R. A. R.)

10.- Carta a Flores: Quito 30 de marzo de 1836. (R. A. R.)

11.- "El Fiscal" - Cuenca, 5 de Noviembre de 1922. (R. A. R.)

tanta reforma, tantas comodidades como no se vieron en sus ámbitos. El lo ha dicho, y los ecuatorianos tiene que dar crédito. ¡Qué clase de amigos íntimos serían los que escucharon tales frases! Serían Manuel Moreno, Sierra, Navarro, Monteverde, Miguel Angel Albornoz... ¡Y qué clase de periódico el que las transcribe sin añadirle comentario! El miedo o el sueldo, la vileza y la abyección.

Otro diario acaba también de quejarse, porque el Ecuador está aislado, porque ninguna de las otras naciones tiene consideración por él; y atribuye este menosprecio a la negligencia del Dr. Tamayo.¹²

En presencia de la hecatombe de Guayaquil, el 20 de enero de 1906; del asalto de Plaza al Tesoro; de los asesinatos horribles a la entrada del Panóptico; de la mortandad del 28 de enero de 1912; del nuevo sacrificio y la usurpación del 5 de marzo del mismo año; del saqueo a pobres empleados públicos; de esos congresos indignos, peores que las *doctrinas de indios*, convocados por esos párrocos de aldea; del escandaloso fraude en las exportaciones, durante la guerra de Europa; de la venta de la triste nacionalidad ecuatoriana al Emperador de Alemania, cuando este hombre quiso carbón para sus buques en Galápagos, y una estación inalámbrica secreta en cualquier punto del territorio ecuatoriano; del robo general y monstruoso de toda la moneda metálica, de acuerdo con un banco y una asociación, y con todo lo más corrompido de nuestros excelentes compatriotas de todas las parcialidades políticas; del anonadamiento ecuatoriano en todo orden, porque no tiene una moneda, no tiene dignidad ni vergüenza, no tiene un hombre de energía, capaz de dar un buen consejo a sus paisanos, no tiene virtud, virtud, virtud, que es el temor de ser canalla, de hundir a sus conciudadanos en el menosprecio del mundo. Nadie se acuerda del Ecuador sino con risa, pocos son los que dicen: "¡Pobre Pueblo!", con el acento indiferente del dichoso. ¡Qué culpa ha de tener Tamayo, si él no ha cometido otro error que el de haber entrado a esa cochinería, donde no ha encontrado sino andrajos, muchos de ellos empapados en sangre de patriotas?. Lo que sobra en el Ecuador actualmente son jesuitas y placistas. Los jesuitas son placistas, porque son naturalmente aristócratas, y Plaza pertenece a la aristocracia quiteña por su matrimonio.

La moneda representa el precio: sin moneda no son posibles transacciones. Privar a uno de la moneda es reducirlo a la mendicidad, por rico que sea en otras producciones. Plaza ha cometido un crimen en que están reunidos todos los malos instintos que pueden infestar la naturaleza

12. - "El Universo". Guayaquil, diciembre 4 de 1922. (R. A. R.)

humana: hay depravación, hay egoísmo, hay avaricia, hay menosprecio por la suerte ajena, por la de todos, entre los cuales pueden hallarse deudos del mismo aprovechador; hay envidia, hay vicios, hay anhelo furioso de robar, de apañar, de ahucar, sea a quien fuere, de no dejar clavo en pared, en la extensión del territorio ecuatoriano. Apenas dejó aquel establecimiento ilustre de Managua, y vino al Ecuador a pompearse entre gente de bien, apenas columbró la inocencia, la cortedad, la sencillez de mis amados compatriotas, y conoció el sistema económico, reflexionó que a las arcas del que manda puede entrar toda la renta ecuatoriana, que los mandados pueden quedar sin blanca, si aquel no distribuye el caudal, según su voluntad. "Un poquito de paciencia, no exasperar a ninguno de estos niños, disimulo y circunspección, y toda la renta será mía". Cómplices no le faltaron, así como no faltan moscas sobre una mortecina. "Codicia que se arroja a las plantas de un malvado, ambición que se echa al rostro mandadas de estiércol, son vicios que matan al hombre y le sepultan en la vergüenza. Y he aquí los sustentáculos de la tiranía. Sin estos viles que pasan por todo, estos buscavidas condecorados, ministros de prostitución y servidumbre, antes que de justicia, los picaros irán quedando solos, y al fin, por falta de pared donde se arrimen, ciegos, con paso torpe, se despeñarán al abismo"¹³.

Consecuencias del crimen de marzo

Las personas de dignidad no le aceptaron a Plaza un solo empleo, apenas se verificó la usurpación de marzo de 1912; la juventud de Quito renunció los que tenía. La hez de los letrados, los postulantes sin mérito, la escoria de todas las banderías políticas, andaban como locos por acomodarse con Plaza; y muchos se acomodaron, y ahora están hasta de plenipotenciarios. De éstos están saliendo los candidatos para la presidencia futura, con la seguridad de que Plaza continuará siendo el único elector. ¿Y qué dirán ahora que Plaza está de candidato?.

¹³.- Montalvo "Catilinarias". 5a. (R. A. R.)

Plaza y los dos bancos de Guayaquil. El financiamiento de la campaña contra Concha.

En 1914 convocó Plaza a los gerentes de los bancos guayaquileños "Ecuador" y "Comercial y Agrícola". "Deben ustedes ayudar al Gobierno", les dijo: ayudarlo es ayudarse a ustedes mismos. La revolución de Esmeraldas, acaudillada por el Cnel. Carlos Concha, va a triunfar; y si triunfa, ustedes y yo seremos arruinados. Si ustedes me prestan dinero, venceré a los revolucionarios, en pocos días".

"No podemos prestarle", respondieron los gerentes, porque el Gobierno nos debe millones, y en la actualidad no tenemos moneda metálica, porque toda la hemos entregado a usted, y los billetes apenas alcanzan". Entonces se atrevió Plaza a una proposición criminal, en presencia de los gerentes del Banco "Ecuador", experimentados, honorables e integros: "Ustedes en el Ecuador son los más ricos: monedas pueden tenerlas al momento: no tendrán otro trabajo que el de estampar billetes y emitirlos". "¿Qué emitamos billetes, sin atender a la Constitución?", contestaron los dichos gerentes. "Voy a promulgar una ley, replicó Plaza, que conceda moratoria a los bancos". "Hágalo usted, fue la respuesta; el Banco "Ecuador" no entra en el negocio, porque lo considera ilegal, en cualquier caso". Se retiraron estos gerentes, el principal de los cuales era el colombiano Eduardo Arosemena, retiraron los billetes que el banco tenía en circulación y prohibieron la recepción de billetes de otro banco. Estos dignos ciudadanos salvaron la honorabilidad del Ecuador; pero no pudieron salvar su riqueza de un escandaloso robo. Con los gerentes del Banco Comercial y Agrícola si entró en compromisos: el principal de éstos era el Sr. Francisco Urbina Jado. El 6 de Agosto de 1914, promulgó Plaza un decreto, que dice: "Considerando que la conflagración europea actual es origen del malestar económico del mundo... decreto: Aplázase el cambio de billetes con oro, en los Bancos de toda la República, por el término de 30 días". ¿Fijó este término, porque el Congreso tenía que reunirse el 10 del mismo mes y Plaza tenía ya seguro que los legisladores aprobarían el decreto? He aquí el origen de la llamada *Ley de moratoria*, que faculta a los bancos a emitir billetes y *demorarse* en cambiarlos en monedas de oro o plata: el billete, pues, es inconvertible en moneda verdadera.

El 30 de agosto expidió el Congreso la ley ordenada por Plaza: "Apuébase el decreto ejecutivo del 6 del presente, decreto que seguirá rigiendo, mientras puedan normalizarse las operaciones bancarias y las comerciales de importación y exportación... Mientras

dure la suspensión del canje, no podrá exigirse el pago en oro de los depósitos de los Bancos e instituciones de crédito".

Caida del precio de los billetes

Hasta ahora rige esta ley: el precio de los billetes decayó, y ahora está casi a cero; la moneda metálica desapareció en su totalidad. Todos los congresos posteriores a la ley han tratado de derogarla, pero no ha sido sino por dar a entender que los legisladores se han preocupado del público: no se ha hecho caso de él. El Ecuador está abrumado por las repetidas emisiones de billetes. ¡La derogación ha venido postergándose por consideraciones a Plaza y a sus cómplices! El pretexto ha sido que la moneda metálica saldrá de la República, con la derogación de la ley. ¿Qué moneda metálica, si en el Ecuador ya no circula? ¿Acaso no tuvieron buen cuidado de depositarla en otra parte, los que la sustituyeron con moneda falsa, con billetes? ¿Por qué no se han detenido esos legisladores en comparar cualquier daño con el causado por la circulación de un papel que no es moneda? Los monederos falsos van a presidio en todas partes: en el Ecuador están ostentando insignias del poder. "El General", le dicen al jefe de la pandilla, procurando dar a la voz el tono de respeto!

El mismo Congreso que aprobó la ley de moratoria, autorizó a Plaza para que negociara un empréstito de 10 millones en los Estados Unidos: Plaza ofreció el dinero al Banco Comercial, en pago; gestionó el empréstito, pero no pudo, por dicha, obtenerlo.

El Ministro Agustín Cabezas Guerrero. Su muerte violentísima y en vendetta

Fue nombrado Ministro de Hacienda un joven honrado de Quito, perteneciente al partido conservador. Plaza se propuso aprovecharse de que este joven no tenía conocimiento de las iniquidades del mundo, a pesar de su inteligencia, porque su experiencia se limitaba al ámbito de Quito, y podemos decir, a su familia, en la cual había personas de virtudes¹⁴. Era D. Agustín Cabezas, joven dedicado al comercio. Al principiar el año 1915, fue sorprendido por el balance del 31 de diciembre de 1914, presentado por el Banco Comercial y Agrícola: y tuvo una conferencia con el

¹⁴.- D. Agustín Cabezas fue yerno del Dr. José María Bustamante, una de las personas más honorables de Quito. (R. A. R.)

Directorio y los gerentes. Según se deduce de una carta dirigida por el ministro al presidente del directorio, con fecha 15 de febrero, carta que está publicada, el ministro reconviene a los banqueros por la falsedad del balance, o sea, por emisiones fraudulentas. "Le consta a usted, dice, que todos los argumentos con que el Sr. Urbina Jado trató de defenderse en la discusión, fueron refutados de mi parte, con tanto éxito, que ese caballero tuvo que acogerse al recurso final de declarar que su procedimiento, en cuanto a lo que él llama RETROS DE EMISIÓN, no tenía por base sino una costumbre establecida desde época muy anterior, costumbre de la cual existía constancia en los libros de contabilidad del Banco". Esta última aseveración del Gerente resultó efugio, pues no pudo comprobarla. De varios otros modos prueba el Ministro, en dicha carta, las emisiones fraudulentas. "Los señores gerentes presentarán, agrega, en el impostergable término de 48 horas, la renuncia de sus cargos, alegando en ellas las causas que juzguen más adecuadas para evitar llegue a conocimiento del público el verdadero motivo de su separación. Bien entendido que dicha renuncia debe presentarse con el carácter de irrevocable, renuncia que debe ser aceptada inmediatamente por el Directorio". Ni siquiera había comprendido el joven Ministro, la jefatura de Plaza en aquella empresa infame; le parecía imposible que estuviera de Presidente un hombre de esa calaña. *Entre Cabezas y Urbina hubo un desafío*, que probablemente no tuvo resultado, porque Urbina apeló a Plaza, quien llamó a Cabezas con dulzura, y Cabezas fue a referirle todo, con la sinceridad de un niño, como si lo refiriese a su padre. El castigo a los gerentes fue propuesto, por el tierno corazón de Placita; pero le pareció conveniente alejar a Cabezas. Se le ocurrió una comisión a la Argentina, y allá lo mandó: parece que en esta nación recibió orden de pasar a los Estados Unidos y dio aquella inmensa vuelta. No sabemos cuántos meses duró el viaje. Regresó, y probablemente no se desentendió del juicio de los gerentes. El hecho fue que renunció, a poco, y se hizo cargo de una institución de crédito, llamada de *Préstamos y Construcciones*. Algo dijo en conversación privada, es indudable, y Plaza y los gerentes lo llegaron a saber. A Plaza no le convenía que un secreto de esa clase fuese conservado por un individuo joven y honorable. Sucedió que un día salió de la oficina el Sr. Cabezas, con dolor violento en las entrañas. Expiró apenas llegó a su morada. Alguno de la familia habló de veneno; y casi inmediatamente recibió dicha familia una carta anónima, con una mano negra en una de las páginas, en que decían que el Sr. Cabezas había sido, en efecto, envenenado, y que el veneno le había

propinado la mano negra, en castigo de la conducta como Intendente, cuando, la inmólación de Eloy Alfaro y compañeros.

Estas son las astucias cautelosas de Plaza. En la capital de la República corren rumores que asustan, acerca del fallecimiento de aquel malogrado ecuatoriano.

Papel del Banco Comercial y Agrícola

Desde entonces, el Banco Comercial y Agrícola asumió su verdadera categoría en la "Asociación de Agricultores". Probablemente pasaron a accionistas del banco muchos de los que componían esta Asociación. El banco era el más rico: adquirir dinero le era tan hacendado como a un impresor imprimir tarjetas. La asociación pudo comprar, en 1916, mejorando el precio, todo el cacao ecuatoriano, con moneda falsa, o sea, con billetes inconvertibles. Casi desaparecieron los demás exportadores. El banco suministraba el dinero, y era reembolsado en *letras contra los embarques hechos*. "El tipo de cambio sobre Londres y Nueva York era entonces enorme", dice el Dr. Ponce en los anexos a la "Memoria", se le calcula al 230% sobre Londres, el 242% sobre Nueva York. Como consecuencia de que los billetes no podían convertirse en metálico, el banco monopolizaba el negocio de Letras de cambio e imponía el tipo a su albedrío. Desapareció el interés de buscar el mejoramiento del precio del cacao: el único que ardía era el de especular con todo el Ecuador en el monopolio de la compra de letras. "La máquina es ingeniosa, pero terrible, dice el Dr. Ponce: Su eficacia es incontrastable, y de su alcance nadie escapa, ni el pobre, ni el rico, ni el agricultor, ni el industrial, ni el comerciante, ni el artesano, ni el infeliz jornalero, ni los empleados públicos, ni los oficinistas particulares, nadie, pero nadie. Motor, el torrente de billetes de Banco, máquina, la Asociación de Agricultores: materia prima, el cacao: producto, el otro torrente de Letras que, con tipos monstruosos, está a la continua cayendo en las arcas del Banco Comercial y Agrícola. El torrente de billetes inconvertibles se ha convertido, pues, en torrente de Letras monstruosas, que absorben todas las manifestaciones de la propiedad y el trabajo nacionales".

El importador envía dinero, en pago de lo que importa, a los lugares de donde viene lo importado, y para ello tiene que comprar letras de cambio: éste puede ser uno solo; pero él tiene que entenderse con todo ecuatoriano, ya que todo ecuatoriano está obligado a consumir productos importados, o a tener algún negocio con los que lo consumen: el

importador tiene que subir el precio de dichos productos, ya que le han subido el tipo de cambio de las letras. He aquí una prueba de que ningún ecuatoriano puede estar libre del alcance de aquella máquina homicida.

Lo que admira al Dr. Ponce, y debe admirar a todo ecuatoriano, es el cinismo de la asociación, cuando habla de la enormidad de su crimen: "Se comprometió con el Banco Agrícola a pagarle los adelantos, con todas las letras giradas contra los embarques hechos, etc., que es el usual, añade, desde el comienzo de la guerra: esta frase equivale a esta otra: *que es lo usual desde que comenzó nuestro robo*. "Qué frase la textualmente copiada de la Memoria", dice el abogado. "¡Qué confesión la que el Directorio hace a la República!". Y habrá todavía quien cierre los oídos para no oír, y los ojos para no ver?". Dr. Ponce: el Ecuador no tiene ojos ni oídos, porque está en la tumba, y usted, es individuo de su gobierno que rige en cementerio. ¡Pero ese gobierno puede tener poder para volver la vida a muertos!.

CAPITULO XXXIV

BAQUERIZO EN EL PODER MI ULTIMO AÑO EN LIMA

*Septiembre 1916 a mayo 1917**Los Baquerizo Moreno y el embellecimiento de Guayaquil*

Cuando en 1916, Plaza dejó la presidencia visible para agazaparse en la invisible, empezaron latrocinios de orden diferente. No me es posible entregarme a una averiguación prolija de éstos. Plaza puede defenderse diciendo que no todos los nuevos empleados fueron sus antiguos cómplices; pero es innegable que si colocó a un subalterno, solo fue para que l resguardara las rentas, las principales de las cuales provenian de l Asociación de Agricultores y del Banco Comercial y Agrícola. El tenia ejército, esa piara de infelices, cuya significación no está sino en el am que manejan. Entonces vino a presentarse ocasión para robar, no la mor... da, sino las producciones de la tierra ecuatoriana. Desde 1914 hasta 1919, hubo gran demanda de éstas, con motivo de la guerra europea. Todos los propietarios se apresuraron a exportar. La exportación fue contenida por un decreto, propio de un galopillo de aquel mandarín ventrudo. "La exportación matará de hambre al Ecuador, decia el decreto: suspéndase". La exportación continuó, no obstante, en abundancia; pero ya hecha por quien podía, por su altura, enviarla con seguridad a los mercados demandantes, previo el disimulo con que se preparan estos crímenes. No ganaba el agricultor, pero si el *homicultor*: no el cultivador de sus campos; pero si el cultivador de sus hombres. Los ciudadanos del Ecuador vinieron a ser más laborables que un terreno y más comprables y vendibles que una vaca. ¡Y cuántas apropiaciones, y cuántas defraudaciones, y cuántas detenciones cobardes, no ocurrieron en aquellos cuatro años, poco menos negros que los cuatro que acaban de pasar! Uno de los empresarios en este negocio de mala digestión, acaudalado de la noche a la mañana, siquiera hizo el favor a Guayaquil de embellecer sus calles y levantar estatuas, con la condición de que el beneficiado, por el *desinterés, hombría de bien, respeto por la*

vida ajena y otras prendas del susodicho empresario, levantara la estatua de éste; pero patas arriba.

Lo que falta averiguar es si merece agradecimiento un beneficio hecho con el dinero del beneficiario, si una parte de él benefició al benefactor. El Presidente Alfaro fue quien expidió una ley, por la que se formaron millones para el mejoramiento de la ciudad de Guayaquil: uno de los Baquerizo tomó esta suma, cuando el hermano era Presidente; y de allí vienen las estatuas y el famoso *bulevar*; pero también en un palacio para que se refugie el obrero. ¡Se hacen tantos aspavientos, ocultando la verdad histórica!

Hasta 1918 estudió el Dr. Ponce las operaciones de la asociación: no sabemos si otro ha continuado este trabajo. Lo que sabemos es que dicha asociación pidió al Congreso de 1920 autorización para otro empréstito; dicha fue que se disolviera el Congreso, antes de considerar en tan enorme desvergüenza.

Todavía está vigente la ley de 1914; todavía el Banco Agrícola sigue con el privilegio de emitir billetes y no cambiarlos ni en oro, ni en plata, ni en cobre; todavía estos valores no son sino de la propiedad de Plaza y sus cómplices; todavía los ecuatorianos mueren de hambre, a pesar de que tanto trabajan, tanto sudan... Vendrá el *Crak*... Tiene que venir, porque es indispensable...

Vino; pero fue ahogado en sangre.

Graves disturbios en Guayaquil

En Guayaquil, los gremios, las industrias, todas las corporaciones trabajadoras, todo obrero, todo ciudadano, excepto los privilegiados, que ahora son muchos, porque gran parte de los ricos, tentados por la prosperidad del Banco Agrícola, sin formar concepto del origen de ella, se complicaron con él tomando acciones, se movieron en reunión popular y reclamaron al Gobierno auxilio, porque ya no podían soportar tanto trabajo y tanta hambre.

- "¿Qué quieren?", dijo el Gobierno.

- "¡Dinero, nuestro dinero, el dinero que nos roban y han robado!", contestó el pueblo.

Lejos el Gobierno de encarcelar a los ladrones, y entregarlos a los tribunales de Justicia, para responder satisfactoriamente al pueblo, dejólos en libertad de obrar, y ellos obraron.

Conocieron que la exasperación del pueblo era fundada; que iría hasta amenazar al Gobierno con arrebatárle el poder; que esta amenaza podía obligar al Presidente a dar órdenes contra ellos; y aparentaron patrocinar al pueblo, le enviaron agentes y auxilios, se quejaron con el pueblo del latrocinio del Gobierno, le estimularon al triunfo, comprometiéndose a dar la vida por el pueblo. ¡Era con el objeto de que el poder viniera a ellos, para ver si encubrían los robos, para evitar que les arrastraran a la horca, para continuar, inocentitos, en las empresas anteriores! Envalentonado el pueblo, amenazó, con incendio a la ciudad, y *se entregó al saqueo de almacenes*. El Gobierno se vio obligado a enviar a batallones para que ahogaran en sangre el tumulto. Enseguida aprehendió a pocos de los verdaderos culpables, y les honró con pena de destierro, lejos de mandarlos, a puntapiés, a la picota. Aprovechase de una manifestación indispensable y justa, para en ella hacer su agosto, renovando los atentados en contra del mismo pueblo, al cual le están empujando al sacrificio, crimen es de tal grandeza, que en los Estados Unidos habría sido castigado con la silla eléctrica¹.

1917

Entre el oro y el cacao

Plaza ha dejado el poder, pero su obra destructora está vigente

Después de las lecciones de Montalvo, ese formador de hombres libres, nuestra patria ha producido más esbirros que ninguna otra nación contemporánea. Antes hubo esbirros de militares, de atrabiliarios, de espadachines, de fanfarrones, de crueles; pero ahora los hay de tiranuelos. *¡Oh ecuatorianos, oh compatriotas: ved el albañal en que vivís, y esforzaos en considerar que habeis nacido para ser escarabajos!*

"¿En el Ecuador no hay imprenta?"; preguntan los extranjeros, al conocer que un solo hombre ha falsificado la moneda ecuatoriana, y que, lejos de estar en presidio, hállase de caballero feudal, en castillos almenados. Es el mismo que asesinó a Alfaro y a Andrade; y un Congreso le declaró inculpable, contra el testimonio de toda la nación. No hay imprenta: no puede haber luz donde hay tinieblas. En la dominación de esc malvado no ha aparecido un solo diario justiciero, con el necesario despejo, la necesaria permanencia, la necesaria entereza, para empujar ante los

¹.- Entre los muertos se hallaron varios de los secuaces de Plaza y Baquerizo. (R. A. R.)

tribunales de justicia al delincuente. El que ha querido ser "Cosmopolita", "Regenerador", autor de "Catilinas", ha enmudecido, porque le han cortado la lengua. ¿Cuáles han sido los Montalvo, que no se han dejado llevar a la espesura, con el atractivo infame del cohecho? Los diarios de más circulación han sido subvenidos por los monederos falsos, a quienes han defendido a todo trance, sin habilidad, sin prudencia y sin vergüenza. En todo caso se han opuesto a la derogación de la ley de 1914, alegando que la moneda tuvo que falsificarse, en obediencia al influjo de la guerra europea, que era universal, y a pretexto de que, con la derogación, emigraría todo el oro de la patria. ¿La guerra europea vino a falsificar la moneda ecuatoriana? Ni la guerra entre nuestro mundo y la luna hubiera podido falsificar nuestra moneda, habiendo buena fe en el gobernante. ¡Qué saldría el oro de la patria! Hay dos artículos, el oro y el cacao (entiéndase por oro la moneda metálica circulante, y por cacao, todo lo que puede ser exportado). Las monedas de oro son forjadas con el objeto de que circulen en todas partes, no pueden consumirse, como se consume el alimento y se emplean en la adquisición de lo útil en la vida; el cacao es producido para consumirse, y es adquirido por el cambio con el oro. No importa que el oro del Ecuador haya emigrado al Indostán; si el Ecuador produce cacao, el oro tiene que volver. ¿Y qué oro tenían que saliera, si como hemos dicho, todo había salido, aún el robado por los monederos falsos?

La prensa: Manuel J. Calle y José Abel Castillo

Estas verdades son evidentes: pero los periódicos del Ecuador sostuvieron lo contrario, alabando al monedero falso, e injuriando a los que defendían la honradez y la justicia. Tengo a la vista un folleto en que un tal Calle, un diario de un tal Castillo, injuriaban, en 1917, a una Junta de Quito y al Gobernador de Guayaquil. Calle y Castillo, ¡qué eminencias! Pero Calle sabe escribir, Castillo no sabe ni lavar platos, pero ya está muy rico. No ha habido imprenta más infame: toda era pagada, porque, ¿qué le importaba a Plaza pagar a periódicos, cuando él tenía el dinero de toda la nación? Solo hay gusanos donde hay podredumbre. Esos no eran periodistas: era gente de la más baja escala social, elevada a criados, con la orden de escribir periódicos.

La prensa es de la humanidad: el que la apropia, si no es para ejercer sacerdocio, comete el más grande de los crímenes, porque usurpa a la humanidad el más sagrado de sus fueros, con el objeto de corromperla en su provecho. Los que se dejan corromper no son de los mejores: son

inexpertos, cobardes o viles. Para corregirles, no basta la prensa sana, ora porque su voz no se oye, ora porque la enfermedad es tan contagiosa como el cólera: indispensable viene a ser la destrucción de los microbios. "La sumisión de una nación a un hombre no es cosa natural ni sana, dice Spencer: revela un estado enfermizo; y si puede ser necesaria en una sociedad llena de vicios, hay que procurar poner término a este estado, lo más pronto posible". Todas las naciones se han sometido a un solo hombre, mientras han permanecido enfermas; pero ninguna ha sido arreada, como piara de borricos.

CAPITULO XXXV

DE LIMA AL ECUADOR. UNA EXCURSION EN 1917

Después de cinco años de residencia en Lima, me embarqué en el Callao el 1° de junio de 1917, rumbo a Guayaquil, puerto de mi patria. Cuatro días duró la navegación, cosa rara; y el viaje fue tranquilo, aunque no divertido, porque por mar, no lo es sin amistades. Si no sobreviene el mareo, la uniformidad del espectáculo fatiga el cerebro y le priva de la facultad de pensamiento: la lectura misma no puede prolongarse. Agua y gua, en ondas temerosas, rara vez limitado el círculo por la majestad o splendor de los celajes. La navegación no es sino somnolencia, especialmente para las personas de actividad, trabajo y eficacia.

Una amiga de Alfaro

Una señora viuda, habiendo sabido que era yo compatriota y amigo general Eloy Alfaro, buscóme con insistencia: era mexicana, se había casado en Cuba, y residía en Caracas cuando, en 1890, Alfaro llegó a esa ciudad; había sido amigo del esposo, un señor del Río, y éste le llevó a su casa, donde permaneció cuatro días, pues el general quería trabajar en silencio, lejos del ruido del hotel, en sus lucubraciones políticas. "Era el taller más honorable que he visto, me decía la señora. Años después, cuando ya estuvo de Presidente en Quito, celebrando la inauguración del ferrocarril, fue mi esposo a visitarle, y fue recibido con la efusión de siempre. Celebraron un contrato para el cultivo del tabaco, como en Cuba, en una fértil floresta ecuatoriana; pero no pudo llevarse a cabo, a causa del fallecimiento de mi esposo". Era distintivo de Alfaro afanarse por lo que redundaba en beneficio de su patria. El recuerdo de la muerte atroz de un compatriota ecuatoriano, arrancó lágrimas a aquella excelente señora mexicana.

Las playas del Perú y del Ecuador

Me conmovió la vista de tierra ecuatoriana. Yo no tengo por virtud el patriotismo, pero sí por afecto tierno, propio de un alma honrada, de aquellas a quienes causa gozo una avechilla, un panorama, un árbol, de los que solía ver en su niñez. No es patriota el viejo que no llora al ver su cuna, de la cual ha vivido años separado. El patriotismo no puede ser virtud, porque limita nuestra prolijidad y cariño a una porcioncilla del globo, procurando excluir de ellos lo restante.

Me embelesaba la contemplación de la lozania ecuatoriana, así como me había entristecido la de las arideces del Perú. Las compensaciones son ley natural: árido es el litoral del Perú; pero más facilidades ha habido en él para que se difunda la civilización. Desde las inmediaciones de Huacho hasta las de Tumbes, en la extensión de centenares de millas, no llueve, el suelo es arenoso, y permanecería desnudo, sin el riego artificial. Merced a éste, la tierra produce enormes riquezas, en la caña de azúcar, el algodón, la uva, la aceituna, mucho de lo más noble de la agricultura en nuestros climas. Es inmensa la cantidad que de estos artículos se exporta a los Estados Unidos y a Europa. Los puertos, aunque sin bahías o ensenadas, excepto Chiclayo y Paita, están dotados de costosos muelles de hierro, que entran a gran distancia en el mar. Demoran los vapores mucho tiempo en cada puerto, por la faena de carga y descarga, y ésta es la razón del retardo entre el Callao y Guayaquil. Raro es el vapor que viaja directamente entre estos puertos. Por desgracia, yo no he podido desembarcar en los puertos intermedios peruanos, excepto en Paita, y no he gozado en la contemplación de los cañaverales, de aquella vegetación que brilla como el oro, que ella vale, y es manifestación del trabajo de los hombres. El valle de Chicama, dicen, es una de las fisonomías más atractivas del Perú.

¡Cuán diferente es el frondoso litoral ecuatoriano! Llueve en abundancia, en todo él; y se atribuye a la corriente de Humboldt, más ancha que la del Gulf-Stream del Atlántico, y que se acerca a tierra, desde Atacama hasta Tumbes, impidiendo que los vapores de agua del Océano pasen a fecundar el territorio. Desde Tumbes hasta la frontera con Colombia, la fronda es incomparable, por lo espesa, variada y gigantesca, en especial, en las inmediaciones de los grandes ríos, como el Jubones, el Guayas, el Esmeraldas, el Santiago y el Mira, y todos sus hermosos afluentes. La tierra produce espontáneamente, y sus frutos son preciosos, como el cacao, el café, la caña de azúcar, el caucho, la tagua, el algodón.

como el cacao, el café, la caña de azúcar, el caucho, la tagua, el algodón, el plátano, la naranja y toda clase de frutas tropicales. Lo que acontece es que en el Ecuador se duplica el trabajo, en razón de la necesidad del desmonte, del desagüe de pantanos, de la conveniencia de evitar inundaciones y precaver la reproducción tan frecuente de malezas. Esta lucha tiene que volver activo al montañés ecuatoriano.

En Puná

Una prueba de que había arraigado la civilización, a causa de la riqueza, más en el Perú que en el Ecuador, la obtuvimos cuando arribó nuestro barco a la Puná. El vapor subía, rompiendo la corriente del río Guayas, poderosa cuando llega al mar; y debía esperar una visita del puerto, la que consistía en un práctico, que evitase encallara el vapor en una barra inmediata y peligrosa. Se desprendió un bote, al que le era imposible atravesar directamente el río, hasta donde fondeó el vapor, pues avanzaba conducido por remos. Hubo de subir el río por la orilla, donde la corriente era menos fuerte, hasta una distancia grande, para encontrar al vapor al descenso y abordarlo, operación en que empleó cerca de dos horas. Se evitara este desperdicio de tiempo, con falúas, con motor de gasolina. La barra puede también dragarse.

El despego entre Ecuador y Perú: 4.000 peruanos en Guayaquil

No pasa inadvertido el despego entre ecuatorianos y peruanos. Ya no es posible esta displicencia mutua. Un ecuatoriano no puede ir con toda confianza al Perú, un peruano no puede llegar con toda libertad al Ecuador. El desprecio hierde más que una puñalada; los obstáculos para el trabajo ofenden más que un cañonazo. *Solo en Guayaquil hay cosa de 4.000 peruanos*, quienes viven en sus trabajos, de sus industrias, y contentos. Quizá sea porque los peruanos son más suaves de indole, y se asimilan con más facilidad; y también porque los que llegan, poseen ciertos conocimientos industriales. En Lima es más notable el desvío, por más que la buena crianza lo atenúe. Los ecuatorianos son desdeñados por la mayor parte de las gentes, pues la minoría es siempre la más culta, en todas partes. ¿Por qué los desdeñan, sino por la superioridad usurpada que ejercen en la controversia de límites?

En el principio fue el Perú un grande imperio, y el Ecuador, un Estado menos poderoso. El Perú conquistó al Ecuador. Luego los españoles

metrópoli fue Lima. En lo sucesivo, ya el Ecuador perteneció al Virreinato del Perú, ya al de Nueva Granada. *El Amazonas fue descubierto por el Ecuador, cuando aun no formaba parte del Perú.* Cierto es que, a las veces, fue subalterno del Perú, mientras ambos lo fueron de España, y quizá la idea de superioridad sea atávica. El territorio del Perú es más extenso, pero el del Ecuador más bello; en el Perú hay más facilidad de explotar las riquezas naturales, por ser mayor el número de pobladores e inmigrantes, porque son mayores los caudales y por la disposición topográfica; pero el Ecuador no ha sido manirroto en las raras ocasiones en que ha habido buenos gobernantes. El Perú posee la evidencia de que retiene territorio ecuatoriano. Una persona de expectación de Lima, díjome, en un momento de confianza: *"Todo peruano ilustrado está convencido de que debemos entregar algún territorio al Ecuador"*. Y en número considerable son los peruanos ilustrados, porque en el Perú hay poderosa inclinación a la paz, a la tranquilidad y al estudio. "Por qué no lo hacen?", dije yo.- "No llega la oportunidad", fue la respuesta. "Al Ecuador no le tememos", añadió.- "Pero a cada uno debe darse lo que es suyo", volví a decir.- "Esto es lo que repito a mis amigos", concluyó mi interlocutor. De donde deduje que la oportunidad llegará, tan luego como se disminuya la influencia de Chile en el gobierno ecuatoriano. Ya lo he dicho varias veces: a Chile tiene razón de odiar el Perú. Es poderosa la convicción que hay en el Perú, de que nosotros vivimos bajo la protección de Chile.

Entre muchos amigos, todos peruanos distinguidos, me hallaba en otra ocasión.

"Soy amigo de Uds., en el asunto con Chile", les dije; pero no en el asunto con el Ecuador, no porque el Ecuador sea mi patria, mas aún porque no hay justicia en el Perú. He aquí una prueba: todo el mundo sabe que nuestra posesión no disputada, desde tiempos inmemoriales, se ha extendido hasta el bajo Napo y varios de sus afluentes: ¿por qué en todos los mapas del Perú está trazada la línea divisoria por la cordillera oriental, atrás de nuestras posesiones en el Napo. En los susodichos mapas, el Ecuador aparece más pequeño que una provincia peruana - "Eso lo será en los mapas oficiales", dijo uno de los caballeros concurrentes. "Pero los mapas particulares tiene que ser copia de los oficiales", replicó un tercero. Yo dije: "Son Uds. los que, con tales mapas, contribuyen a exasperar al pueblo ecuatoriano: allá los reimprimen y propagan, cuando sobreviene alguna nueva queja". "Tiene razón el Cnel. Márquez: yo he residido mucho tiempo en el Amazonas, y puedo afirmar que los ecuatorianos..."

alguna nueva queja". "Tiene razón el Cnel. Márquez: yo he residido mucho tiempo en el Amazonas, y puedo afirmar que los ecuatorianos tienen posesiones mucho más acá de la cordillera, ésto es, de la línea trazada en los mapas peruanos".

Como por los malos gobiernos, y también porque no poseemos grandes poblaciones orientales, nosotros no podemos repeler las invasiones del Perú, en el territorio amazónico. Poco a poco va desposeyéndonos. Si el Perú quisiera distribuir justicia, ecuatorianos y peruanos vendríamos a ser amigos verdaderos.

La desembocadura del Guayas

La desembocadura del Guayas es muy ancha. El espectáculo es realmente bello. Los innumerables deltas van apareciendo como canastillos de verdura amarillenta, colocados en un desaforado espejo tembloroso. En los canastillos, la imaginación busca grutas, donde sueña un hada encantadora, meciéndose en hamaquilla de seda, entre margaritas, rosas y jazmines. *Despiértase la idea de la mujer y el amor*, de todos los hechizos de la naturaleza, en donde puede prodigarlos. Cuando la nave está fondeada, el calor es muy intenso; cuando no, el viento acomete colérico, luego busca salida y huye. El cielo está blanquecino. Al Oriente se ven azulados picachos de los Andes. A cada curva se presenta un nuevo islote, o al principio de dilatadas selvas, muchas de las cuales van a concluir en estribaderos andinos.

Guayaquil en 1917

Me quedé todo el mes de junio en el puerto

Guayaquil se va extendiendo a orillas de la majestuosa ría: su prolongación en ella es de cosa de una legua. El primer aspecto recrea: torres y techumbres altas aparecen entre numerosas palmeras y árboles frutales; y el espectáculo se extiende, reflejándose en el espejo de las aguas, siempre turbias, por desgracia. A medida que se aproxima el buque, vense muchos edificios nuevos, con galerías llamativas, fábricas y astilleros amplios gentío trabajador, aglomerado en el dilatado malecón, siempre cruzado por tranvías, automóviles, carruajes, velocipedos, carretas. En parajes vense rimeros de frutas, de las provocativas en la zona ecuatorial. Los montículos que circundan la ciudad por la espalda, crespos, verdinegros, selvosos, en su mayor parte desiertos, danle un aspecto religioso.

Mortandad de serranos y de niños

No hay muelles bien contruidos; y en toda la extensión del terraplén se amontona fango hediondo, causa de enfermedades contagiosas, a pesar de que alternativamente lo cubre la marea. Se me ha asegurado que ha desaparecido la fiebre amarilla; la residencia de los norteamericanos tiene que ser la causa de este beneficio. Lo que da lástima es la mortandad de los pobres serranegos: se aglomeran muchas personas en un cuarto, duermen allí, como ganado en establo, no tienen costumbre de asearse, engullen las frutas que encuentran y en cualquier momento; y para curarse carecen casi siempre de la asistencia de personas competentes. Pocos tiene comodidad de ir a hospitales. Mueren como perros aquellos desdichados. Peor todavía es la mortandad de los niños: hay enfermedades terribles, y la mayor parte dimana, por ventura, de defectos en la lactación, provenientes de la poca higiene de las madres. La ciencia médica está muy bien servida en Guayaquil: hay médicos de primer orden; y he admirado a algunos que curan a los pobres como el médico Abba-Umma, en la Edad Media, de quien dice un historiador, "Que tenía por deber no aceptar ninguna remuneración a los pobres y les prodigaba asiduos cuidados". La negligencia ha de provenir de aquella enfermedad social que grasa en nuestra patria, en la cual todas las virtudes se adormecen. Consiste en el recuerdo de escenas horrorosas, en el remordimiento de no haberla evitado, en el hecho de haber consentido en galardonar a un monstruo. Recuerdo del 25 y 26 de diciembre de 1911 cuando presencié el suplicio del Gral. Montero, y el principio del *via crucis* del Gral. Alfaro y compañeros, sin haber ni intentado defenderlos... Luego consintió, en silencio, en la exaltación del espantoso victimario... Le agobia el arrepentimiento de no haberse mostrado como antes, y la impotencia actual de alzar el brazo y exclamar: "¡Yo no consiento a malhechores!" La prensa es vocinglería tabernaria, las asociaciones egregias han muerto, todo estímulo para las acciones elevadas y patrióticas ha desaparecido por completo. Lo que prevalece no es sino amor impúdico al dinero, enfermedad inoculada por Plaza. Hay bancos, asociaciones rentísticas, agrícolas de comercio y otras, que no han tenido vergüenza de complicarse con ése que usurpó el poder, como bandido, y es causa de la aversión de la República. En la juventud no se ve la fuerza, la espontaneidad, el brio que en mejores tiempos se veía: estas condiciones son de la libertad y la conciencia recta, no de desdichados siervos delincuentes. Guayaquil, en lo moral, es un montón de escombros, en cuyas

espontaneidad, el brío que en mejores tiempos se veía; estas condiciones son de la libertad y la conciencia recta, no de desdichados siervos delincuentes. Guayaquil, en lo moral, es un montón de escombros, en cuyas grietas crecen ortigas, y por las cuales no se arrastran sino lagartijas y alacranes. Lo vital, lo virtuoso, lo honorable, es la mayoría; pero ella no está en relieve: yace como los cristianos antiguos, agazapada en catacumbas. Volverá a salir, y será la claridad del Ecuador.

Elogio de un sobrino de García Moreno

Las calles de Guayaquil son anchas, relativamente bien empedradas, pero en algunos sitios extremos, aún en las avenidas centrales, hay todavía pantanos en invierno. Hay edificios buenos y hermosos, como el de la Biblioteca Municipal, la Universidad, el Colegio Vicente Rocafuerte, un manicomio, un hospicio, un palacio para escuela primaria, los bancos, algunos templos y muchas casas particulares. El hospital es otra de las obras notables: por la situación de este edificio, amplitud, servicio, comodidad, aseo, y decencia, tal vez pueda ser digno de algunas de las capitales de América española. Como éste, de construcción nueva, amplios, fáciles de asearse, son muchas de las calles principales, próximas al río. El edificio de la Sociedad Filantrópica debió mencionarse antes que todos: sirve de Escuela de Artes y Oficios, es institución concurrida, y su beneficio se extiende a toda la República. Dicen que su Director, D. Francisco García Avilés, filántropo de los que han nacido para el servicio de sus semejantes, no tiene otra ocupación que el cuidado de la escuela, la que es administrada con la escurpulosidad más absoluta.

El comercio

La anchura de la ciudad es de un kilómetro, y casi toda ella está servida por tranvías de sangre y eléctricos, por alumbrado eléctrico y de gas. Hay fábricas de chocolate, de confites, de cerveza, de hielo, de mosaicos, de sacos, de jabón, de fósforos, de calzado, de cigarros, sastrerías, tiendas de modas, almacenes hermosos, bazares bien dispuestos, muchas librerías y papelerías, oficinas de artes y oficios, de abogados, de médicos y otros profesionales. Se han esmerado los guayaquileños en erigir estatuas a los benefactores de toda la República: Bolívar, Sucre, Rocafuerte, Olmedo, Carbo, Montalvo: no sé por qué han olvidado a Pedro Moncayo: ningún tirano, ningún impostor y fanático, ningún advenedizo audaz.

discernimiento de un pueblo verdaderamente culto y noble, educado en la libertad y dispuesto a sacrificarse en bien de los demás. Casi todas estas estatuas están levantadas en parquecillos floridos, paseos elegantes, con árboles y arbustos vistosos. Actualmente se está construyendo un gran monumento a los héroes del 9 de Octubre de 1820, en la hermosa avenida de este nombre. ¡Ah, pero qué pena! Asusta, por otra parte la insalubridad de Guayaquil. *Mientras no se asegure la salud de los vivos, no debe glorificarse a los muertos*, con erogaciones de caudales.

Incendio de la Gobernación. Los bomberos

No se cansa el enemigo eterno y formidable de la población más enérgica, laboriosa e industriosa: el fuego acaba de destruir el edificio de la Gobernación, un verdadero palacio, donde los poderes públicos daban cumplimiento a sus deberes. El ánimo de los guayaquileños no decae con estas espantosas catástrofes. Trabajar es ser feliz, y el hombre debe conquistar la felicidad, aún al otro lado del infierno. Y aquí conviene recomendar la institución de los Bomberos grande y aún sublime, porque tiene por objeto la salvación del semejante, de uno de los riesgos más evidentes, con peligro de la existencia propia, muchas veces bombero en Guayaquil es quien quiere serlo. Acuden, apenas hay alarma, ven el abismo y van a él, y en silencio ponen en ejecución las órdenes del jefe, persona popular en la ciudad. La disciplina es admirable. *En aquella lucha se ve gran parte de la juventud bizarra y fuerte, manguera o hacha en mano, trepada entre torbellinos de llamas, destruyendo incendiadas cornisas, para cortar el fuego, impeliendo columnas de agua a los lugares más amenazados, en ocasiones, con mujeres y niños en los brazos, personas casi asfixiadas por inmensos remolinos de humaredas.* Y en Guayaquil es bombero todo el que ha nacido allí, porque ve que el fuego es el peor enemigo de su ciudad natal.

Alfaro hubiera convertido a Guayaquil en una tacita de oro, como él decía. En la actualidad subsiste la idea, en pocas personas, por cierto, de trasladar la población a otro paraje mejor dotado de condiciones higiénicas. Háblase de ferrocarril al océano, en cuya costa hay varios sitios adecuados, como la rada de Chanduy. La traslación no podría ser nunca total: pero el arribo de los grandes buques se efectuaría en este último puerto, enlazado por el ferrocarril con Guayaquil, donde morarían los que tuvieran a bien. Guayaquil seguiría siendo metrópoli comercial de las provincias serraniegas, hasta que a éstas les fuese posible obtener otra comunicación con el océano. Otro proyecto existe, y de más fácil realiza-

ción, por ventura: Guayaquil, distante del océano cosa de varios kilómetros, recibe agua pura del mar, por un costado. De esta ventaja no goza tal vez, ninguna ciudad del mundo. Por qué el Estero Salado, que sirve de lugar de baños, de ordinario, no ha de poder ser profundizado y ensanchado, de manera que pueda entrar la más grande embarcación. Antes de recibir el océano al Guayas, envía un caudal de agua por un bosque de mangles, y esta agua es la que viene a formar el Estero Salado, en sitio paralelo al río, dejando al centro la ciudad, la que, en realidad, está en una península. Con la fisonomía de Guayaquil vuelta al estero, no hay duda de que mejoraría el estado sanitario. Realizado el primero o segundo proyecto, se evitaría la gran barra, en el Guayas, que impide la navegación de navíos muy enormes.

Guayaquil me pareció huérfano: sus trazas son de cohibido y está triste y taciturno, a pesar de su apariencia de alegría. Fáltale la jovialidad antigua, la que viene de las prácticas cotidianas buenas, de trabajar y allegar caudales, con el cumplimiento del deber, de haberse dado autoridades honorables, no habiendo tolerado imposiciones; de haber defendido al virtuoso y combatido sólo contra el malo, como lo hizo muchas veces, hasta 1912.

Con Browning. Muerte de una hija mía

En Guayaquil conocí a Mr. *Webster E. Browning*, neoyorquino de aspecto noble, sacerdote, literato, propagador de enseñanza, individuo de una sociedad de cuyo nombre no me acuerdo, y viajero al Uruguay: se sirvió consultarme una conferencia, que pronunciaría en Lima. Comparaba a los literatos de Estados Unidos con los latinoamericanos; y en verdad, según mi leal saber y entender, favorecía a nuestros compatriotas. Para él, si no estoy equívocado, no había historiador superior a Sarmiento ni a Barros Arana, en los Estados Unidos. Poco pude corregirle en su juicio acerca de nuestros escritores: a *Montalvo*, por ejemplo, le colocaba en grado inferior al de su crítico *Rodó*. Este caballero me dio su dirección en New York, para que yo le escribiera. El partió al sur, y en seguida murió mi hija en Lima. En New York, busqué su casa: me dijeron que se hallaba en Bolivia; pero que podía yo acudir a una casa de *Madison Square* donde se hallaba la sociedad a la que él pertenecía. Fui muy bien recibido en ella: a su sustituto en la presidencia, había ya escrito acerca de mí. Este señor me presentó al Director de "La Democracia Moderna", revista que la sociedad editaba: era persona de condiciones muy estimables. español, de

conversación instructiva y halagüeña, franco, decente y generoso. Me invitó a almorzar: tenía por esposa a una neoyorquina muy señora y elegante, y adornaban su hogar dos niñitas incomparables. Fui colaborador de la revista citada.

-Fui fraile franciscano, díjome, y estuve en Quito, en la época de García Moreno.

Hablamos de las costumbres largamente, y deploró la influencia jesuitica. El me dio la primera idea del libro del padre Mir, y me lo prestó: era muy raro, porque los Jesuitas se apropiaban de él y destruían las ediciones.

CAPITULO XXXVI

DE GUAYAQUIL A RIOBAMBA

Durán y sus orígenes por 1886

Pocos días permanecí en Guayaquil: vi a mis amigos tristes como yo, y partí a Quito.

La estación principal del ferrocarril, donde se compran boletos de pasajes, está en el Malecón, a orillas de la ría, la que está llena de embarcaciones fluviales, que viajan por todos los hermosos ríos tributarios del Guayas, entre multitud de desembarcaderos, para el transporte de producciones del suelo y de la industria. La vía fluvial es la más gran ventaja de la rica provincia del Guayas, y esta vía circula por las más vistosas selvas, ricas en los más deliciosos frutos tropicales. Quien por el ferrocarril va a viajar, debe embarcarse en un vaporcito, que cruza la ría en 20 minutos, hasta Durán, caserío moderno, con pocas, pero buenas casas, estación y factorías construidas por norteamericanos. La ría es ancha de una legua, y solamente se ven bosques en la orilla opuesta de ella. Durán es población fundada en la época de la presidencia de Caamaño.

Los Yanquis

Aprovecharé de que menciono a yanquis, para decir alguna cosa acerca de ellos. Son los hermanos mayores de todos los americanos europeos, y nacieron en América con mejor conocimiento de la vida, con el corazón bien formado y educado, con la inteligencia salpicada de percepciones y advertencias, para conseguir la venturanza. Su zona es de clima más propio para la robustez, la actividad y la energía, cosa que también sucede en Chile. Les favorece el atavismo y recibieron mejor enseñanza que nosotros. En la actualidad han llegado a puesto culminante en la redondez del globo, en lo tocante a la generalización de las virtudes políticas, a la aplicación de las ciencias a la industria, al anhelo de propagar las ventajas que van todos los días adquiriendo. No hay pueblo menos egoísta

y más sincero. Es preocupación la de que lo absorben todo, que todo cuanto ejecutan es en interés de ellos, que miran con menosprecio a los pueblos inferiores. Muchos son, entre nosotros, los que opinan de este modo; y la ignorancia es más general que la mala fe, en los latinoamericanos. Si egoistas fueran los yanquis, no gozaríamos nosotros de tanto descubrimiento asombroso, del beneficio de su trabajo y capitales, quizá ni de nuestra emancipación, porque ya nos hubieran reconquistado europeos. Se apropian de lo que desperdicia otro y lo desecha, y para volverlo provechoso aún al primer poseedor. Es cantaleta indigna la que se oye entre hispanoamericanos, contra la liberalidad de los yanquis. Nación que no es egoista ni envidiosa, es la más noble. Los norteamericanos más se ocupan en curarse una herida, que en abrirse otra; en dar pasos adelante, que uno atrás o permanecer inmóviles; en cavilar, que en dormir; en adquirir vigor, que en allegar dinero sucio; en reír, que en llorar; en amar, que en aborrecer; en vivir, que en pensar en tumbas. Los Estados Unidos viven en la mejor forma de Gobierno, la conservan con cuidado y todavía la mejoran. Se aprovechan, como es natural, del auxilio ajeno; pero siempre lo compensan. Si un crimen trascendental se ha cometido en la República, no volverá a cometerse, porque ha de imposibilitarlo la misma República, al instante. Los Estados Unidos se componen de atletas, y pueden ayudar a los hispanoamericanos a pasar, con tranquilidad, el puente de la vida. El odio de ciertas parcialidades ecuatorianas apolilladas, o contaminadas con nuevas inmundicias, que tanto se resistieron a la fortaleza de Alfaro, hasta que le inmolaron y profanaron sus restos, recayó también contra los yanquis y los excluyó de la concurrencia al saneamiento de Guayaquil. ¡Quién había de pensar que la prensa del Ecuador ofendería todavía a los norteamericanos!

Defensa de Hartman

Un periódico de Cuenca se complace del adelanto de la ciudad de Quito, lo atribuye al ferrocarril y concluye: "No hay ferrocarril caro. Quiéramos tener un ferrocarril en Cuenca, aunque quienes lo construyeron fuesen un viejo testarudo como Alfaro, y un norteamericano ladrón como Hartman". Con la injuria y la calumnia, nada se consigue.¹ Vi indignarse a

¹.- Andrade era hombre muy sensitivo: recibió siempre buena acogida en los Estados Unidos y de allí su defensa. En problemas nacionales nuestros aparece muy acertado: en lo internacional tiende al desacierto

cuantos leyeron esta frase. ¿Es bien educado, buen escritor, quien agradece así un beneficio?. Si testarudo no hubiera sido Alfaro, el Ecuador no habría salido todavía de su sórdida pocilga. Mr. Harman no fue ladrón: trabajó con esfuerzo no común, convencido de que el Ecuador era pobre y despoblado, y de que no hallaría compensación a su trabajo: trabajó por un punto de honra, pues en el trabajo está la vida de los yanquis. Y porque le aseguraba en lo porvenir alguna indemnización a su crédito como trabajador infatigable. Escritores que no estudian, y sólo oyen el eco de odios infundados, son los que están calificando a Harman de ladrón. Lo que debemos hacer es levantarle estatua.

Junio de 1917: rumbo a la Sierra

Curiosidad tenía yo de ver los efectos del ferrocarril en los cinco años de ausencia. No la satisface, como lo deseaba, porque no pude detenerme en ningún punto. Subí al tren, a cosa de las 8 a.m. de uno de los últimos días de junio. Los carruajes ya eran buenos, y no como los primitivos, que no tenían ni vidrios, y en toda circunstancia estaban desaseados: condiciones indispensables del estreno en nación pobre.

Doña María Pérez Chiriboga

Al principio, la campiña por donde rueda el convoy, no es amena como todo el territorio del Guayas, sino cenagosa y sin cultivo. Matorrales muy altos, tal o cual pradera con vacas y carneros, algunas linfas con márgenes floridas, ésto es todo. A eso de una hora de camino empieza el bosque, árboles desafortunados y de impenetrable sombra, entre ellos y de trecho en trecho, cacaotales, cafetales, naranjales, limoneros, cocotales, mangos, platanales, cañaverales, chirimoyas, guadales, plantíos de anana o piña, de papayas, sandías y melones, y madera fina de construcción, vegetación toda útil, si se supiera apreciarla, aprovecharla. Las poblaciones son risueñas, los ingenios de azúcar, magníficos; quintas con cacerías galanas, en medio de bosquetes y bellísimos jardines. Al detenerse *el tren en Chobo, un joven de mi familia, reside allí,*² me regaló un aromático ramillete de jazmín del Cabo. Las flores llevan siempre la imaginación a la mujer: en el vapor, entre Guayaquil y Durán, había yo visto a una hermosa señora de la clase de su posición de Quito, a quien conocí en mi adolescencia,

2.- Se refería a sus primos los Andrade Tapia

y cuando ella era todavía niña. Iba en el asiento más próximo al mío. Noté que me miró una vez, como revelando conocermc. Acercuéme a ella, con mi ramillete en la mano. Preguntéle si era hija de D. Rafael Pérez Pareja, y ella me respondió interrogándome si yo no había sido amigo de su hermano Juan Nepomuceno. Le regalé el ramillete y empezamos una conversación amena, deliciosa. Mucho tienen que platicar dos que se han conocido cuando jóvenes, y la señora unía la discreción a la belleza: la conversación con ella fue el mayor recreo de aquel viaje, fuera de la contemplación de aquella naturaleza embelesante. La señora era María Pérez de Pérez Quiñones, esposa de uno de los caballeros útiles de Quito.

Pasó el tren por Yaguachi, Chobo, el Milagro, Naranjito, Barraganetal, Bucay, Huigra, La Nariz del Diablo, Alausí, Tixán, Palmira, y llegó a Guamate, en el otro borde de la gran meseta andina occidental, borde que domina el valle donde se abriga la mayor parte de las poblaciones de toda la República. El Gral. Alfaro tomó a su cargo el trabajo de construcción del ferrocarril, desde 1895. Todo lo construido antes fue ensanchado y reformado. De Naranjito fue dirigida la vía a la derecha, se construyó otro puente en Chimbo y se continuó el trabajo por el lecho del Chanchán, colocando muchos puentes de hierro sobre aquel torrente. Hubo que fundar las estaciones de Bucay y Huigra, las que ahora se están convirtiendo en poblaciones de estilo moderno. Nadie, quizás ni cuadrúpedos, transitaban por las orillas del Chanchán, hasta entonces. Huigra es población fundada por los norteamericanos: es el punto de transición entre la temperatura fría y la caliente. Huigra es, para mí, un lugar donde es forzoso parar el pensamiento: allí acamparon los 2.000 hombres que combatieron con igual número, venido de Quito, al mando de mi hermano, quien combatió, venció y murió, en las garras de Plaza, su compañero de campaña.

La Nariz del Diablo

El ferrocarril tropieza con la Nariz del Diablo, gigantesco estriadero de los Andes, cuya cumbre no se puede distinguir desde la base, a causa de la interposición de rocas y malezas. El ferrocarril asciende un gran espacio por la izquierda, vuelve y sigue ascendiendo a la derecha, luego vuelve a la izquierda ya por mucha altura en la escarpa del peñasco: ha formado una S casi vertical. El paso de la Nariz del Diablo aterra a las mujeres: pero sirve de recreo a quienes consideran que la línea férrea fue construida con más solidez allí que en otra parte, en razón de la importancia del peligro. Quien sube por primera vez por aquel verdadero precipicio,

tiene que experimentar que su sistema nervioso es instrumento de cuerda en manos de un músico embriagado.

Alausí: allí fue insultado Alfaro por la plebe

Alausí es la primera población de la meseta, suspensa como en un descenso de la escarpa: en la actualidad ya es población asaz considerable. Me agobió el dolor desde que el tren iba aproximándose: la indignación acrecentaba el pesar. El autor de las principales reformas en la patria, el que enseñó la democracia con el ejemplo y la práctica, el que propagó el trabajo y aumentó el dinero en el erario, el que propiamente construyó el ferrocarril por donde yo viajaba y quien vivificó y ennobleció a la aldea de Alausí, Eloy Alfaro, fue injuriado e insultado en esta villa, cuando en el mismo tren debido a sus esfuerzos, pasaba preso sin culpa, inerme, cansado, anciano, para que le asesinara un protegido... ¡Oh Plaza! ¡Y todavía hay quien escobille tus zapatos, debiendo extender el pie, para que tú escobillaras el de él, en una nación que debe borrar la menor huella de tu nombre! En *Alausí fue donde mi hermano Carlos*, coronel, vencedor en Yaguachi, en viaje desde Huigra, por orden de mi otro hermano Julio, para que custodiara al Gral. Alfaro, resistió con sus voces una embestida de la insolente plebe, en alta noche. Allí se vio obligado a unir su firma a la de un verdugo, Sierra, porque presumía obtener así la salvación de aquellas víctimas. ¡Y desde Huigra vinieron hallando pretextos para la comisión de un atentado en el camino! "Pasada la Nariz del Diablo, dijo mi hermano por la imprenta, el maquinista se detuvo y comunicó que había obstáculo en la vía. Encontramos, en efecto, muchas piedras en la línea. Salvóse pronto el inconveniente. Cerca de Alausí, otra detención: de una manera intencional, se había querido destruir el tanque de agua, a golpe de hacha, para inundar la vía; pero llegamos a tiempo, y la obra no pudo consumarse. Más adelante, una piedra enorme resultó colocada en la línea".

Se comprende que Plaza tuvo agentes en aquellos sitios, para que prepararan, como les fuese posible, un cataclismo sangriento. Y quizá la escolta no buscaba sino un pretexto para alegar que los amigos de los prisioneros pretendían arrancarlos de la escolta, y con este pretexto darles muerte. Desecho estos horrorosos recuerdos, y quedo petrificado de asombro, al considerar que después de cinco largos años, el victimario de Alfaro está todavía insolente en el poder. Mi patria no es nación, menos República.

Ascendimos al puente de Chucos, puesto para salvar un precipicio sin agua, y entramos a la gran meseta, que forma, por decir así, el techo de los Andes; meseta sin vida, estéril, pedregosa, donde reina un viento que es como el soplo de la muerte. Llegamos a Guamote, aldea triste, ya un poco más poblada, y de donde empieza a descender el tren al valle interandino. Descúbrese majestuosos cerros, algunos con cumbres niveas; pero ya plomizas nubes los aplastan. No puede contemplarse a gusto toda la esplendidez del horizonte. Tras de la rama del frente, al sudoeste, vese la cima temible del Sangay, volcán casi siempre en erupción. Los demás volcanes los veremos mañana, a la salida de Riobamba en la aurora, en horizonte despejado. Una joven escritora norteamericana, Mrs. Blair Niles, entró por casualidad, al valle de los Andes, y dijo, verdaderamente admirada: "A Quito se va por una avenida de espléndidos nevados". Deberían ser felices los hombres, pobladores de tales campiñas, decoradas por montañas como éstas, cubiertas por cielos como éstos, ornamentados por tan bellos arboles. ¿Felices? Lo son, sin la menor duda, los pobladores de nuestras selvas, los nativos, porque sus necesidades son al momento satisfechas.

Los campos de Galte y de Gatazo desde el tren

Pasamos por el campo de batalla de Galte, donde triunfó el Gral. Veintemilla, en nombre del partido liberal, en 1876; pero el triunfante no fue el partido liberal, aunque el vencido fue el conservador: cosas de la política estafalaria de mi patria. Pasamos por las orillas de la laguna de Colta, bella en su tristeza, como todos los lugares que traen a la memoria a los indígenas. Poco después de Cajabamba esta el campo de batalla de Gatazo, donde triunfó el Gral. Alfaro, en nombre también del partido liberal. ¡Sangre y sangre por este partido, en nación de tan escasos habitantes! En esta vez sí, el triunfo fue de él, quien a la postre trajo la regeneración del Ecuador, interrumpida por la proterva acción de un monstruo. Alfaro triunfó y evitó persecuciones y más muertes, como Sucre en Tarqui: hé aquí por qué este campo de batalla civiliza.

Riobamba en 1917

Por fin llegamos a Riobamba. Es una ciudad ventajosamente situada: la llanura es grande, casi en mitad del valle interandino, aunque no

es fértil, por la escasez de riego³. A alguna distancia se hallan los ríos Chibunga, Chambo y Guano. El ferrocarril, en primer lugar, el amor al suelo natal, en segundo, y el deseo de ganancia y la diligencia de personas ricas de la ciudad, en tercero, han contribuido a la construcción de acueductos, que llevan abundancia de agua pura, saludable y embellecedora a todos los barrios. Ya hay quintas hermosas con floridos jardines y muchos edificios de construcción moderna. La atmósfera es despejada y transparente, y da paso con facilidad a la mirada, que por donde quiera contempla cumbres nevadas, que se alzan sobre bases verdinegras, y ostentan su magnificencia en fondo luminoso, adornado con celajes admirables. *En Riobamba hay gente chapada a la antigua, pero que, sin dificultad, está entrando por los hábitos modernos, desde que el ferrocarril los derrama con profusión.* La gente distinguida es de fisonomía ibérica genuina: las mujeres son muy hermosas y muy sanas, y los hombres a su apostura unen el valor. Con el ferrocarril ha adelantado inmensamente

3.- Es conveniente copiar el siguiente trozo del sabio Boussingault: Cuando relata una ascensión al Chimborazo: "Nuestros guías, que eran indios de Calpi, (inmediaciones de Riobamba), nos condujeron a una caverna (en Yanaurco), en donde se escuchaba claramente el ruido de una cascada subterránea, y según la intensidad de él, la masa de agua que la ocasionaba, debía ser considerable. Hasta entonces no dejaba de sorprenderme la aridez del terreno desde Latacunga hasta Riobamba, porque no podía concebir cómo tantos nevados y montañas elevadas, que dominan aquella planicie, no la regaban con abundantes riachuelos. Después ya me persuadi que la sequedad de aquella comarca es solamente superficial. Parece cierto que las aguas que provienen de las montañas, penetrando por este terreno permeable, circulan más o menos hondamente en el interior de la tierra. Las cascadas de Yanaurco es una prueba. Si se baja a las quebras profundas, que atraviesan por donde quiera el terreno aluvial de la planicie, se ven a veces salir abundantes manantiales. En las inmediaciones de Latacunga, entre esta ciudad y el Cotopaxi, existe una fuente que se encontró, cavados algunos metros de profundidad, en el conglomerado de piedra pómez, y que los indios llaman Timbopollo. Es, en realidad, un arroyo subterráneo, en el que el agua se renueva sin cesar, y en el cual se percibe bien de qué lado viene la corriente. No hay duda añade el traductor, de que la construcción de fuentes foráminas o albijos artesios, (parece quiere decir pozos artesianos), sacaría a la superficie de la tierra todas estas aguas subterráneas, dando mayor valor a las propiedades de aquella hermosa región".
(R. A. R.)

Riobamba. *Las familias de Guayaquil ya no salen en invierno a ciudades del Perú: prefieren la ciudad del Chimborazo.* Como es natural, aumentan el atractivo de la sociedad riobambeña. Ya hay tranvías, luz eléctrica, muchos edificios nuevos y elegantes, hoteles no mal servidos. Para evitar el estrago de los vientos, que se desencadenan con frecuencia, se están multiplicando las plantaciones de vegetación arbórea, en especial, de eucaliptos, árbol de crecimiento más rápido que todos, alrededor de la ciudad. Pronto ha de ser Riobamba ciudad deseada, hermoseedada, habitada por individuos extranjeros. Yo creo que su clima es incomparable. Puede proporcionarse riego a aquellas campiñas ahora estériles: pueden ellas producir abundantes cereales, legumbres y tubérculos; pueden perfeccionarse la cría y medro del ganado, puede haber minerales en las montañas próximas. Hay que convencerse: *el Ecuador es de toda la América, la nación donde se ha trabajado menos, y por consiguiente, hay más riqueza oculta.*

Los indios de Riobamba

Los indios de Riobamba, como en todas las villas, aldeas y campiñas serraniegas, generalmente habitan en los campos, en miserables casuchas, rodeadas de diminutas plantaciones de maíz, habas, papas, mellocos, chochos o altramuces y otros comestibles. Generalmente el casucho no tiene sino una habitación, y no está adornado por un solo mueble. Junto a la choza hay, por lo regular, aves y animales domésticos, y las gallinas y cuyes habitan en el mismo sitio que la gente. Todos los comestibles los vende el indio, y él no se alimenta sino con polvo de cebada, maíz tostado y chicha. No le quitéis la chicha al indio, porque le arrebatardéis la vida. No posee otro consuelo.

El licor de los pueblos del orbe

Y sabido es que toda la humanidad escancia algún licor. En los pueblos de la raza blanca ha prevalecido el vino, desde tiempo inmemorial: los chinos toman un licor de arroz sazonado: los tártaros, una leche de burra fermentada; los árabes, un vino de palma: los persas, un licor muy alcohólico, fabricado de frutas aromáticas, en especial, de naranjas: los negros de África, una especie de cerveza, hecha de sorgo: los insulares malayos se embriagan con un licor comprado en Java, parecido al de los tártaros: los pieles rojas de la América del Norte, tienen un ron como el de

caña; en la América Central, los indígenas fabrican un licor de substancias mascadas, como la *kava* de la Polinesia; en México se embriagan con pulque, y en casi toda la América del Sur, es la chicha la bebida indispensable. Los germanos y eslavos inventaron la cerveza; los ingleses y norteamericanos toman whisky; los franceses, españoles e italianos, vino. Todo cerebro trabaja; y parece que el cerebro que trabaja, experimenta necesidad de exhalaciones adormecedoras de que por la boca entren substancias que produzcan somnolencia. El único pueblo que odia la embriaguez es el de Nueva Celedonia. Letourneau cree que tal inclinación proviene de que los celedonios son más modernos en civilización y más cercanos, por consiguiente, a la barbarie. Los tahitianos aborrecían la embriaguez, cuando los viajes de Cook, dice el mismo observador; pero se reconciliaron con ella, apenas se convirtieron al catolicismo. ¡Digno es ésto de meditación, católicos! Dejará el hombre de embriagarse, cuando la vida le sepa a néctar de los dioses: mientras tenga el sabor de hiel, de acibar, de purgante, fuerza es que el hombre busque algo agradable en la embriaguez. Letourneau dice que en todos los pueblos domina, más que en los civilizados, el ansia bestial de embriagarse. "El hombre verdaderamente civilizado, añade, tan delicado como inteligente, tiene horror a la embriaguez". Será a la embriaguez; pero no a saborear un delicioso jerez o valdepeñas. Mi opinión es que poco adelantarán las sociedades contra el alcoholismo, si su propósito es extinguir el uso de toda bebida espirituosa. La dificultad consiste en limitar el deleite, en evitar que pase a estrago.

Un real, una peseta es gran caudal para los indios. Su vestido es el más miserable del mundo; jamás usan calzado, ni las prendas que en las poblaciones usa el populacho. Calzoncillos anchos de tela burda y cusma, el hombre; ratal de bayeta, envuelto en la cintura, la mujer. El indio es la mejor herramienta agrícola: trabaja de la mañana a la noche, generalmente bajo la dirección de quien no se diferencia de él sino en el vestido y el temperamento adquirido; y el fruto de su trabajo no es para él sino para sus amos. Soporta lluvia, sol, hambre, golpes, contumelias, no puede desahogarse nunca, y no tiene otra esperanza que la muerte. Ni siquiera sus afecciones son respetadas: sus hijos le son arrancados con violencia, por cualquiera que posee la más insignificante autoridad: sus hijas son, por lo común, pasto de la salacidad de los blancos.

Ataque a los indigenas en las haciendas de don José María Lasso

Se hallaba en el primer puesto de la República el usurpador salvaje, que tan a menudo salta en mis escritos, para ensuciarlos con sangre: refiérese que su suegro se quejó, porque indios vecinos de su hacienda, no siquiera sus peones, no trabajaban en su propiedad cuando él quería: halló un sayón en uno que ejercía cierta autoridad comercial, y le ordenó enviara tropa para que pusiera fuego a todas las casuchas de los infelices indigenas. Se les castigó sin delito... No pudieron defenderse... No hubo quién les defendiera... Yo creo que hay ciertos trances, en los cuales el suicidio debe ser derecho natural.

El minifundio: mi solución para los indios

Todos señalan la llaga, nadie la medicina, dirán mis lectores. Hace años *propuse yo se constituyeran propietarias a familias indigenas, concediéndoles parcelas o porcioncillas de terreno*, en los extensos baldíos. Hay fundos inmensos especialmente de personas eclesiásticas, en cuyos limites hay secciones que pueden ser expropiadas, sin ningún perjuicio de los dueños actuales, ya que al fin puede ser una restitución a los primitivos propietarios. Los que se opondrán serán los que tengan por herramienta al indio, y no quieren sustituirle con otra, porque erogán dinero; pero ésto no debe ser obstáculo para gobiernos que traten del provecho patrio. Ya los congresos han multiplicado escuelas en los caseños de indios; mas las autoridades no han propendido a la consecución del objeto. ¿Cómo se civilizará el niño, cuando no es civilizado el padre de familia? Si sólo cambiara el trato con los indios infelices, si se les tratara como amigos, otra vendría a ser su situación, andando el tiempo.

Mi condiscípulo Emilio Guarderas Klinger

En Huigra había tomado el tren un condiscípulo mío en la Universidad de Quito, el *Dr. Emilio Guarderas*, largo tiempo enfermo, infortunadamente. "La naturaleza de la costa es magnífica, dijome él; la de la Sierra, bella y aún sublime. Pertenecía al partido conservador y era de mucho talento, instruido y no consagrado a aborrecer. Su conversación me entretuvo, porque era agradable, amena, instructiva. Apenas llegamos al hotel, se presentó a mi cuarto y me dijo: "Este hotel no tiene ya habitación desocupada: estoy con familia y en un cuarto muy pequeño: ¿quieres

cambiarlo? Lo cambiamos inmediatamente. La enfermedad le había llevado al clima de Huigra: por desgracia murió en Quito, apenas llegado de aquel viaje.

CAPITULO XXXVII

DE RIOBAMBA A QUITO

A las 6 a.m. partió el tren de Riobamba a Quito: se ve hielo y se siente frío, y por donde quiera aparecen indios afligidos. La primera estación es Luisa, en paraje arenoso y triste. Llegase a la de Urbina, apellido de uno de los presidentes semiliberales: pásase al nudo de Sanancajas, al pie del Chimborazo. El Chimborazo no está lejano: ya se había descubierto el cortinaje de nubes, y pudimos contemplar aquella maravilla. No es completamente blanco, ni su altura es la mayor de América, ni es regular en su forma, como el Tungurahua, el Cotopaxi y otros volcanes; pero atrae la mirada con el poder de los más grandes espectáculos. Es volcán evidentemente apagado. Es ceñudo e imperioso, y parece que desdeña a quien le mira, porque éste no es Humboldt, Boussingault, Hall, Stübel, Whimper, sobre todo Bolívar, ésto es, la libertad de un mundo, y a quien le plugo trepar aquel soberbio monte, para probar que nunca le detuvieron obstáculos.¹ Multitud de cúspides nevadas, algunas de las cuales ocultan cráteres ardientes, decoran aquel horizonte esplendoroso en las irradiaciones matinales: el Chapaurcu, el Cubillé, el Tungurahua, el Chimborazo, el Altar, el Cariguairazo.

El campo de Sanancajas: recuerdos de Julio y de Carlos

Sanancajas fue otro campo de batalla, en 1899, ventajoso para el partido liberal. En él se distinguieron mis hermanos Julio y Carlos, y otros de mis parientes. ¿De qué ha servido este triunfo para el bienestar nacional, en estos días?... Percibía yo el olor de la pólvora, oía estampidos y voces bélicas, y hasta me parecía ver guerrillas, la sombra de mis hermanos erguida, en la cumbre de los otros pajosos, no distantes. ¡Facultad

¹.- Bolívar, según Vicente Lacuna no subió al Chimborazo. Véase nuestra obra "La noche de los Libertadores" Quito 1992. 2 Vol.

atormentadora es la memoria, cuando la imaginación la ayuda, en la evocación de recuerdos amargos!

Empieza el descenso, sin tocar la aldea de Mocha, donde García Moreno cometió asesinatos; pero sí se toca en una estación de este nombre, pasa y ondula el convoy, por quebradas y montículos, que toman el nombre de "Oreja del Diablo", puesto indudablemente por los trabajadores del terraplén; se desliza por terreno árido, en parajes cultivados, sin esperanzas de cosecha abundante, y otea otros campos de batalla de amarga memoria, pues el triunfo no fue de los defensores de la civilización: uno es de Huachi, donde fue derrotado Sucre; otro, el de Miñarica, donde Flores asesinó a 800 derrotados. ¡Qué comparación con la conducta de Alfaro, en Gatazo!

El polvo cegaría en esta aridez atormentadora, si no fuéramos resguardados en carruajes. Solaz es ver, donde nos detenemos, a humildes vendedoras de frutillas, en cestillos improvisados de hojas frescas: es delicioso tomar esta fruta tan jugosa, en aquellos fatigosos sequedales. Hay algunas granjas y vegetación arbórea, cerca de llegar a Ambato; pero a la entrada no hay sino arcas, cardos y rocalla.

Ambato.- Recuerdos de Montalvo en 1866.- Ficoa y su casa

Ambato es otra ciudad risueña, llena de vegetación, por el lado por donde torrentea el riachuelo, que casi circunvala la ciudad. No es al literato solamente, sino también al patriota, al apreciador de la hombría de bien, del carácter severo y firme, de la abnegación, de los sacrificios y constancia, en favor de la libertad y en contra de tiranías crueles, a quien le conmueve el arribo a la modesta ciudad en donde nació Montalvo². Ficoa está en las márgenes del río: es una humilde quinta, cuya casita se esconde entre los árboles. La aromatiza un jardinito. *Arboles frondosos la cubrían, especialmente uno, al que, según cuenta la familia, amaba mucho, el escritor, y que fue destronado, porque amenazaba derrumbar la casa. Esta sólo tiene cuatro habitaciones, una de las cuales tiene una ventana que mira a un huerto lleno de árboles frutales. Era el aposento de Montalvo... De ordinario escribía en una gran piedra, situada en el*

2.- Nos asombra un caso: hay un individuo en Ambato, quien pretende admirar a Montalvo, y quien es administrador general de los bienes que Leonidas Plaza robó al Ecuador, asesinando a los mejores: a ese deben lapidarlo Ambato. (Nota reciente). (R. A. R.)

declive del huerto. leía a la sombra de los perales, ciruelos, pérsicos o melocotoneros, albaricoqueros, manzanos y dormía en barraquillas improvisadas. en especial cuando *escribía* "El Cosmopolita", pues todos los días le iban con aviso de que pretendían aprehenderlo. En su familia, todos fueron inteligentes y buenos, y todos respetaron sus gustos, desde que comprendieron que inmortalizaría el apellido. Allí empezó Montalvo a conocer la vida, a prepararse para ser modelo de sufridores, de apóstoles, de pensadores y escritores de arrebatadora elocuencia. Nadie, en su ciudad natal, ni siquiera en su República, aparece hasta ahora con su genio. Han aparecido Judas, eso sí, hombres que habiendo sido sus discípulos, han acabado por áulicos de aquellos a quienes el maestro más abominó. En el centro de la ciudad hay un parquecito enverjado, construido para teatro de la estatua de Montalvo. Honra a Ambato la erección de esta estatua, a pesar de que no es obra artística perfecta. Fue construida en la nación del arte, en la bella Italia, actualmente víctima de la injusticia y soberbia de Alemania; pero dicese que quien la construyó, seguramente desestimador de Ambato, en la estatua de un senador de Italia, cuya construcción le habían recomendado a él, le puso la cabeza de Montalvo, impaciente por la repetida exigencia ecuatoriana, para que la obra fuese pronto concluida. No resultó la majestuosa elegancia del autor de "Los Siete Tratados". Sea como fuere, el hecho es que Ambato, ciudad pequeña, se preocupó de consagrar uno de los más solemnes homenajes, verdad que con el auxilio directo del Presidente Alfaro, a la memoria del civilizador de su patria. No es bueno suscitar rivalidades; pero cabe una reflexión que no entraña nada de egoísmo: ¿por qué llaman a Rodó el maestro de América, cuando ha existido Montalvo, y existe González Prada, el austero ciudadano del Perú, las frases de cuyas páginas son chispas luminosas?. Quizá es cosa de improvisación de periodistas infantiles. En la plaza donde está el parque, en un ángulo del sudeste, *hay una casa grande de un solo piso, antigua, de cuatro lienzos*, con las comodidades para la época en que fue construida; y ahora, con tiestos de geranios bellísimos, alrededor del patio. En aquella casa nació Montalvo. La convención de 1897 dio una ley que ordenaba la adquisición de aquella casa para escuela; pero hasta ahora no se ha ejecutado. Los obreros, no la clase literaria, ni la artística, ni la científica, ni la acaudalada, han colocado en la pared exterior de aquella casa, esta inscripción grabada en metal: "AQUI NACIO JUAN MONTALVO". No toda la clase distinguida aborrecía a Montalvo, en su ciudad natal; lo que ha acontecido es que muchos de sus admiradores, amigos, discípulos, se desviaron de la senda del maestro por el vicio, la debilidad de carácter,

el amor apasionado al dinero, y se han desentendido de rendirle el más insignificante homenaje, por no desagradar a aventureros, por si éstos les priven de ganancias... *Diriase que Montalvo es visto con indiferencia en Ambato.*

Los indios constructores de la Matriz

Allí me detuve pocos días, a mi regreso de Quito, y pude visitar la población. Se está construyendo un buen templo, la Matriz, a inmediaciones del parque mencionado. Es un edificio suntuoso, con atrios, arcadas, pórticos, columnas, cornisamentos, arquivadas, capiteles, rosetones, y todo labrado como a cincel por artistas aborígenes. Admira ver a los indios, consagrados a aquel trabajo, sin haber pertenecido a escuela alguna arquitectónica. El edificio está inconcluso: Ambato dará prueba de singular constancia, si, al revés de lo que sucede en toda población ecuatoriana, aquel templo se construye prontamente.

Los tres Martínez y D. Abelardo Pachano

La única escuela normal de agricultura, que hay en el Ecuador está en Ambato, y fue fundada por influencia del entusiasta joven D. Luis Martínez, fallecido no ha mucho tiempo, y cuyo busto han levantado los ambateños agradecidos, en una plaza frente al pórtico. El plantel se halla en un edificio nuevo y lindo, en las afueras de la población, y está provisto de cuanto aparato, utensilio, instrumento se ha tenido por indispensable para la enseñanza de aquella ciencia, la más importante entre nosotros. La tierra es nuestra mejor amiga; ella nos inspira más confianza que los hombres: con ella debemos entrar en negocios, sin peligro de ser engañados, defraudados. Tanto más fácil no es la agricultura, cuanto mayor es la fecundidad de nuestro suelo. Ya lo he dicho en otro lugar, consagrándome a la agricultura, que pondríamos en mercados extranjeros artículos de gran precio, cacao, café, caucho, quina, tagua, cereales, legumbres, mantequilla, queso... y de allá traeríamos hasta muebles, vestidos, herramientas, utensilios hasta de cocina, mejor fabricados que lo que son acá. *El Director de la escuela es D. Augusto N. Martínez, hermano de D. Luis, persona muy dedicada a ella, inteligente y con los conocimientos necesarios. La prensa periódica, donde se publican artículos de él, confirma este dictamen. Es su colaborador el joven D. Abelardo Pachano, educado en Nueva York, hijo de mi amigo el Dr. Abel Pachano, tan patriota e incorruptible*

como han sido los buenos ambateños. D. Augusto publicó últimamente un buen estudio, respecto a las enfermedades del cacao. El joven Pachano ha descubierto otras 58 enfermedades de las plantas. La Escuela Normal de Agricultura de Ambato ha merecido ser mencionada en la Gran República, nuestra maestra indiscutible. Otro de los señores Martínez, D. Nicolás, también hermano de los anteriores, ha sido profesor de meteorología agrícola, en la misma escuela, y Jefe del servicio meteorológico. Publica en boletines anuales sus observaciones. Los Martínez son honra y provecho de Ambato. No tiene todavía la Escuela Agrícola el número conveniente de alumnos. Como es la única, a ella deben acudir alumnos de toda la República.

Con el ferrocarril se ha transformado Ambato, seguirá obteniendo más y más ventajas. Decid si son hombres buenos los que aborrecen a Montalvo y a Alfaro, y a los conspiradores del 6 de Agosto, iniciadores de las actuales reformas.

Nombres de estaciones y de mulas. Historia de vanidades: La estación Larrea

Sigue arenosa la campiña que se dilata al norte. Llega a una estación llamada Larrea, del nombre del propietario de la hacienda donde dicha estación está situada. Hallaremos otros nombres de igual origen: es costumbre en el Ecuador no considerar en el servicio que los ciudadanos han prestado al público, sino solamente en su riqueza, y consagrarlos, perpetuándolos, aunque sea en insignificancias. Convendría combatir estos hábitos serviles, así como la vanidad de los ganápiros. A este respecto, voy a referir un hecho, que me consta: hace muchos años, cuando se viajaba en diligencias, los caleceros o zagales tenían la costumbre de dar a las mulas nombres de viajeros distinguidos, o de personas que por cualquier motivo llamaban la atención. Había *macho Caamaño*, *mula Marietta*, etc. Un joven de provincia acababa de incorporarse en el gremio de abogados, y viajaba conmigo desde Quito al sur. En cierta estación, llamó al zagal aparte y le ofreció dinero, con tal de que pusiera su nombre a una de las mulas. Inmediatamente después, me lo refirió el muchacho. ¡Lo que es el amor de la gloria!

Latacunga. Evocación a los poetas Sánchez y Echeverría

Se pasa otra estación, San Miguel, y se arriba a Latacunga, capital de la provincia de León, residencia de buenas familias, edificada a orillas de un riachuelo, que va fecundando la campiña, y edificada casi toda con piedra pómez, material de explosión del Cotopaxi. También en Latacunga aparecieron personas, que movidas por parientes y sayones de Leonidas Plaza, pidieron la sangre del Gral. Alfaro y compañeros, cuando pasaban, prisioneros de guerra, como si algún daño hubieran irrogado a algún latacungeño. Aquella ciudad se aprovecha también del ferrocarril, de manera que atrae la atención. Hubo en ella dos poetas: Quintillano Sánchez y Juan Abel Echeverría: este último ha enmudecido y no florece desde ha tiempo, y es desgracia. Los poetas son como grímpolas colocadas en la cúspide de las más altas torres de cualquier población, que atraen la mirada cariñosa del viajero, en especial, si es literato, y de esa mirada resulta, tal cual vez, ventaja a nuestros lares.

Al noreste de Latacunga se eleva el Cotopaxi, otro de los monarcas andinos: su trono es la cordillera de oriente. Según Wolf, el Cotopaxi es el volcán activo más alto de la superficie de la tierra: tiene 5943 metros. Yo presencié, siendo niño, una de las erupciones nocturnas, desde una garganta del Nudo de Mojanda, a gran distancia: masas enormes de humo negro, que retenían la bóveda celeste, y enseguida gigantescas de fuego, como peñones encendidos, lanzados a vertiginosa altura, entre resuellos de pechos titánicos. Pocas cosas hay tan majestuosas en la naturaleza como este horripilante espectáculo. La planicie entre Latacunga y el volcán, no toda es labrantía, porque está llena de materiales arrojados por el cráter. Hay, sin embargo, algunas dehesas encepadas, llenas de ganado robusto, y que forman valiosísimas haciendas. Hay otras dos estaciones en la hoya: Guaytacama y Lasso: el origen de este último nombre es el mismo que el de la estación Larrea.

Chasqui 11 años después. Algún elogio a García Moreno

Al descender al Nudo de Tiopullo, está otro campo de batalla, el del *Chasqui*. El Gral. Alfaro habiase visto obligado a dominar la resistencia de conservadores, al principio de su gobernación, y al fin tuvo que combatir con pseudoliberales, los que se han comportado más perjudiciales que aquellos, por ventura. Los conservadores, aleccionados por jesuitas, seguían a *García Moreno*, hombre imperioso, cruel, soberbio, vengativo

de ideas tenebrosas; pero *sin la pasión asquerosa del dinero*, sin antecedentes indignos y plebeyos, con propensión al mejoramiento y adornado con la aureola intelectual, aunque cruenta. Los segundos han seguido a Plaza: a un caballero Leyva, salvadoreño, cónsul posteriormente de su patria en Londres, quien halló al dicho Plaza de empleado infamante en Managua, contestóle éste: "El dinero se busca por cualquier medio". No es raro haya fabricado este hombre presidentes, generales, escritores, ministros de Estado, del fango de un arroyo. Entre los secuaces de él, ha habido muchos de García Moreno, como acostumbrados al bocado, en cambio de abyecciones.

Chisinche: de Sucre a Flores

El Nudo de Tiopullo es un páramo habitado por siervos y conejos, como Sanancajas. El frío es glacial, y no se ven sino campos pajosos, En sus declives septentrionales está la hacienda histórica de *Chisinche, ungida con la gloria de Sucre: en dicha hacienda moró el héroe algunos días*, porque era patrimonio de la marquesa, su esposa. Le mataron... La familia del asesino llegó a poseerla, por artes extraordinarios, téticos y ocultos.

Desde el declive comienza a recrearse la mirada en el ameno valle de Machachi. La villa de este nombre queda comunicada con el ferrocarril por una avenida recta de una legua. Son las 2 p.m. La atmósfera está diáfana, el sol de color anaranjado, la gran campiña verde, y de trecho en trecho con algunas arboledas y edificios blancos, y en la lejanía y en torno, cadenas de montes azules.

Alfaro y el desarrollo de Santo Domingo de los Colorados

Llégase a la estación de Aloag, de donde se toma un camino de herradura, para trasmontar la rama andina de occidente, casi sin ascenso, por una depresión considerable. De la cordillera se descende al río Toachi, que se desliza por un valle muy selvoso y de clima ya templado, embellecido por multitud de haciendas modernas, de ganado, caña de azúcar y árboles frutales. A mayor distancia comienza la temperatura del caucho y el cacao, no muy alejada de Quito, pues el viaje puede hacerse en dos o tres días, a caballo. Aquella región se llama Santo Domingo de los Colorados, porque los primitivos habitantes se pintaban con achote el rostro. Desde el Gobierno del Gral. Alfaro es residencia de personas industriosas.

porque en dicho Gobierno se compuso el camino, se repartió el territorio en lotes, se dio facilidades a los trabajadores para permanecer en ellos, cultivándolos. La trocha se continuó hasta Manabí y Esmeraldas, en la Costa. Por allí irán algún día ferrocarriles, una de las más grandes esperanzas de toda la nación ecuatoriana.

El valle de Chillo. La casa derruida que habitó Humboldt

El tren descende a Tambillo, otra villeta con algunos edificios recién construidos. A la salida se abría la famosa barranca de Jalupana, desde la cual empieza la subida a Santa Rosa. A la derecha, ésto es al oriente, detrás de una cadena de hinchadas y verdes colinas, por cuyas faldas occidentales pasará en breve el convoy en que viajamos, extiéndese el valle de Chillo, otro de los embelesos de aquella naturaleza, que parece recién sacado a la existencia, quizá porque la civilización está empezando a adornarla. Es vasto, surcado de sur a norte por una cinta ondulante y plateada, el río San Pedro, que va fertilizando numerosas heredades, con dehesas, sementeras, caseríos y edificios de mas o menos lujo, cubierto de árboles y rodeados de jardines. Dicese que aquel valle es el troje de Quito, porque produce abundancia de cereales y legumbres. En todo él hay cinco aldeas: Sangolquí, Conocoto, Amaguaña, Alangasi y Pintag. Se ve en el valle la vida solitaria, que revolotea de un extremo a otro, después de haber descendido, envuelta en una cortina nebulosa. Cuando a principios del siglo pasado, 1802, vino el barón de Humboldt a Quito, residió en una hacienda, cuyo nombre era el mismo del valle, y propiedad entonces del marqués de Selva-Alegre. *Cuando en 1903 fui a visitar el aposento donde residió el sabio, ya el edificio había sido derruido.* No se conservaban ni restos... En otras naciones hispanoamericanas, se han señalado con placas conmemorativas, las casas donde habitaron hombres como Humbolt: en nuestra República, morada de Jesuitas y ajesuitados desde antaño, no hay ni el menor dato de los edificios donde habitaron los primitivos magnates españoles, ni Bolívar, por ejemplo. Apenas se indica la casa donde vivía Sucre. El aficionado a la historia, tiene que emplear mucho tiempo en averiguaciones de este género. ¡Qué angustiosa fue la infancia republicana en estos infortunados pueblos! El primer Presidente fue Flores... y el último Plaza! Desde el advenimiento del partido liberal, hay un poquito más de interés en rendir homenaje a las glorias antiguas.

Recuerdos de Sucre

Sucre y el ejército libertador, antes de libertar a Quito, pernctaron en Chillo, adonde llegaron por no transitados senderos, que partian desde las faldas del Cotopaxi y del Sincholagua, por evitar el paso de la barranca de Jalupana, que estaba en poder del enemigo. Tropas realistas de la capital, ocuparon la loma de Puengasí, temerosas de que los insurgentes cayeran por allí, de sorpresa, sobre Quito. Sucre las burló una noche, y pasó a acampar en *Turubamba*. A la derecha del ferrocarril vese blanquear, a poca distancia, una hacienda, al fin de un callejón prolongado, *hacienda donde, según dicen, el ejército libertador acampó*, y luego continuó a Chillogallo, izquierda del ferrocarril y distante, donde demoró hasta la madrugada del 24 de mayo, en que atravesó, la planicie, por la noche, y ascendió por estribaderos, al Pichincha: Cuando se hallaba sobre Quito, presentaron los ilusos españoles combate.

El Panecillo: sembríos y chozas

De la altura de Santa Rosa empieza el tren una agradable carrera, la última del viaje, por la campiña de Turubamba, que va a concluir en Chimbacalle, ahora parroquia Alfaro, al pie de la ciudad y cerca del riachuelo Machángara. Desde el carruaje se va oteando extensas llanuras de ganado vacuno, sementeras, bosquetes y granjas, a uno y otro lado. El Panecillo atrae la mirada, por la regularidad de su forma. Es colina que mantiene oculta a la ciudad, como si quisiera defenderla del acometimiento de un sátiro. Se alza aislada: es como la copa de un sombrero redondo o de un casco prusiano. Ahora está vistiéndose de pobres sembríos y chozas de indios: algún día se vestirá de bosquetes frondosos, de pensiles, de edificios decentemente construidos, como el Santa Lucía en Santiago de Chile, menos grande y regular que el Panecillo. Este nombre le es bien dado; le pusieron los españoles. Antes de éstos, se llamaba Yavirac, y era altar del dios Sol. De Quito no se ve sino un derrame, especialmente en el enfaldo oriental de aquel montículo. La parroquia Alfaro es la estación final del ferrocarril: todavía no se distingue por ningún edificio cómodo, ni menos decente. El nombre de Alfaro, dado a ella, es el único galardón a quien regeneró a su patria, y embelleció su fisonomía, por medio de aquella facción inventada por Stephenson.

Reflexiones sobre el ferrocarril

Todo se podrá decir, menos que la vía férrea, esa columna vertebral de nuestra patria, no sirva de miembro principal a la dilatada comarca interandina, o mejor dicho, a toda la nación, como se empeñan en sostener algunos conservadores. "El ferrocarril es una obra sumamente útil para el Ecuador", dijo el Dr. Wolf: "es necesaria, y por consiguiente, se hará. García Moreno tiene el mérito de haberla ideado y comenzado, más mérito y más gloria tendrá el Gobierno que la lleve a cabo, venciendo tantas dificultades que aquel compatriota no pudo prever"¹. Ciertamente las campiñas no son muy fértiles entre los Andes, porque no se les ha proporcionado nego, ni se les ha beneficiado en grande extensión, ya que los productos bastaban al mantenimiento de todo el vecindario, pero no por eso se debe considerar al ferrocarril inútil o muy caro.

"La mayor dificultad (en la construcción del ferrocarril), continúa el Dr. Wolf, no consiste en la configuración topográfica superficial, sino en la naturaleza inferior de las rocas, y en las condiciones climatológicas. La obra gigantesca del ferrocarril de Oroya, en el Perú, era relativamente más fácil que la comenzada entre el puente de Chimbo y Sibambe, porque se trabajaba en terreno sólido. Quitemos al Ecuador su vegetación y su humedad, demos a sus montañas el clima árido del Perú, y pronto tendremos el mismo terreno sólido; la descomposición de las rocas cesará, o se manifestará por otro modo menos perjudicial".

Negligencia de los hacendados

Es notable la negligencia de los hacendados, desde que se puso el ferrocarril en servicio, ha cerca de 10 años. Ya podían haberse construido acequias suficientes, barbechado y circunvalado los campos, formado potreros y dehesas boyales, presentando sementeras desmedidas de trigo, maíz, patata, quinua, cebada, frijoles, arveja, lenteja, toda clase de raíces, legumbres y verduras. ¡Cuánto se hubieran enriquecido aquellos hacendados, dada la demanda de todo comestible, a causa de la conflagración que tiene aterrado al mundo entero! La guerra universal ha venido a ser

¹ - "Geografía y Geología del Ecuador" - Parte primera - Topografía.
pág. 219. (R. A. R.)

emergencia, es verdad; pero en la paz habría sido también enorme la demanda.

Aquí conviene reflexionar que no hay madurez o buen discernimiento en los que se alarman por el precio del ferrocarril. 460 kilómetros por cordilleras, peñascos y terrenos húmedos, han costado \$41'610.000, de los cuales el erario no gastó sino 25 millones y medio. El gasto restante lo hicieron las compañías extranjeras; y no sería pensionoso el pago de los cupones, si hubiera previsión y honorabilidad en el Gobierno que acaba de pasar. el asolador de Plaza. ¿Y cuánto ha subido el precio, no sólo de las propiedades rurales, vecinas a la línea férrea, mas también de toda la República? habiendo subido este precio, ¿no se abarata enormemente el de la línea? Dicen que la transportación es muy cara; pero no advierten que está comenzando el provecho, porque los pobladores y las materias transportables son escasos.

Alfaro quiso traer motores eléctricos

El precio del combustible es muy subido; y la misma nación tuvo la culpa, porque no quiso consentir en que Alfaro contratase la fabricación de motores eléctricos. Cualquiera comprende que el Ecuador está salvado con el ferrocarril de Quito a Guayaquil. "¿Salvado con el ferrocarril peor del mundo?", exclaman los envidiosos. Y el Ecuador ¿no es la peor nación del mundo? ¿Qué han hecho los que así critican para elevar un palmo a su nación, habiéndolo podido? Lo que han hecho es elevar el solio al victimario de su benefactor, servirle, mientras permaneció en dicho solio, adularle cuando ha bajado, y ahora están esperando vuelva a desear encumbramientos para alzarlo. Ingratitud, abyección, crimen más grande no se repetirá en nuestra patria. Son incomprensibles los efectos del odio político, la ociosidad, la miseria, la pobreza de ánimo, en pueblos donde todavía no sientan sus reales la cultura, las virtudes. ¡Oh Alfaro! ¡Muy pocos somos los que pronunciamos tu nombre, bendiciéndole y con lágrimas! Que esperen los mal intencionados la violencia de la justicia que viene en los tiempos futuros...

CAPITULO XXXVIII

MI VIDA EN QUITO 1917 - 1920

Mi familia el año 1917

Iba yo a ver a mi familia, de la cual había estado separado 5 años. Mi familia, hermanas y hermanos, cuñadas y cuñados, sobrinas y sobrinos, primas y primos, estaban reducidos simbólicamente a mi hermano Julio entonces, porque cuando la evocaba mi imaginación, se presentaba prosternada en el lugar donde Julio fue asesinado. Veía a la esposa de él, tan hermosa como triste, con sus siete hijitas y dos hijos, y a todos los demás parientes, hasta los niños, con la fisonomía quemada por el llanto. Ninguno pronunciaba el nombre del malvado, a pesar de que lo conocían y veían. Mi hermano estaba también a mi vista: yo le contemplaba cuando volvía de las batallas, afligido y fatigado; *cuando lloró delante del pueblo, recordando el suplicio reciente del Gral. Alfaro*; y cuando ya exánime, abierta mortal herida, por una mano que había estrechado la suya íntimamente... Abracé a mis deudos, derramamos llanto juntos y entramos a la ciudad, con el consuelo de no encontrar al asesino, porque se hallaba lejos del poder, y oculto, como fiera en su guarida.

Mi entrevista con el Presidente Baquerizo. Concepto de este sobre Plaza

Recibí una tarjeta de salutación del Presidente Baquerizo Moreno y me personé en su casa a saludarle.¹ Había sido amigo mío: es inteligente, ilustrado, suave de indole; pero le faltó justificación cuando sirvió a un malhechor, y mucho más, al aceptar de él la Presidencia. Rocafuerte subió, apoyado en la diestra del asesino de Sucre; Baquerizo Moreno ha subido, apoyado en la diestra del asesino de Alfaro; Rocafuerte mereció perdón, y

¹.- La casa presidencial era en la Chile y Cuenca. Ver "Casas del Quito Viejo". 1992.

está obteniendo elogios de las generaciones posteriores a la suya: bien puede ser que Baquerizo Moreno, si no consigue ser un Rocafuerte, llegue, por lo menos, a merecer que sus compatriotas le perdonen.

Yo no veía sangre de Alfaro ni de mi hermano en él: y por lo que respecta a la República, no veía yo claro aún, y bien podía ser que el Presidente ocultase patrióticos proyectos.

-Presumo que el Ecuador apreciaría a Ud., le dije, si él no estuviera enfermo, y grave, con ese absceso, llamado Plaza, en las entrañas.

-Yo no sé por qué suponen que Plaza tiene influencia en mi gobierno, contestóme.

-El ejército imprime carácter a nuestros sistemas de gobierno, repliqué: el ejército está dirigido por lacayos de Plaza; luego Plaza tiene poder sobre el Gobierno de Ud.

-El Gral. Plaza está en una posición para él inesperada: está entroncado con la clase social más expectable de Quito, está sumamente rico y se ha consagrado a trabajos agrícolas, manifestando indiferencia por todos los asuntos políticos: ¿por qué le han de temer ni han de acordarse de él?.

- Ud. sabe que no tenía una peseta. Está rico y sus negocios han prosperado por la influencia del Gobierno, o mejor dicho, por peculados. ¿Cómo no se ha de empeñar en la conservación de esta influencia? No es moral ni satisfactorio al pueblo, que un delincuente ocupe la posición de Plaza. Hay penitenciaría y hay cadalso...

Nada más le dije, y no era cortés agregar un término. Giró nuestra conversación acerca de varios asuntos diferentes. Comprendí que el Dr. Baquerizo estaba resuelto a ejercer el poder incondicionalmente; pero no sé aún si este apetito tenga por objeto algo bueno y elevado.

Belleza de Quito desde sus colinas

Nunca me pareció la ciudad de Quito más bella que en julio, agosto y septiembre de 1917. Héla contemplando alternativamente todas las mañanas desde azoteas elevadas, desde las colinas que circunvalan enteramente la ciudad. Pocas ocasiones ha llovido en las mañanas. Antes de la aparición del sol, Quito se ha presentado virgen de los Andes, envuelta en una gasa casi imperceptible. rota acá y allá por las torres y las techumbres altas. Desde una de las azoteas, en el barrio de Santa Bárbara, la mirada domina parte de la ciudad, al sur: y por una como claraboya, abierta entre las colinas del Pancillo y Lumbisi o Puengasi, descúbrese la pintoresca vista que, empezando en los declives de las quintas de esta última colina,

pasa por Turubamba y va a terminar en Santa Rosa. Véase antes un gran bosque de eucaliptos, aislado en la llanura, al fin del panorama, y que asemejaba un navio en un mar verde. Ya está descuajado. De la cumbre del Panecillo, la vista es imponente. La ciudad, desde luego, recrea; pero la mirada no puede detenerse en ella, porque la atraen el blanco Cayambe, al noreste, el Cotacachi, al noroeste, el Nudo de Mojanda, al centro y a mayor distancia el cielo de Colombia, que parece envía luz al Ecuador. Otra de las vistas, en mi opinión, muy bella, es la del comienzo del terraplén del ferrocarril al norte, en la escarpa de la loma de Puengasí, situada al oriente: Quito aparece entre dos otros verdes, semipoblados, Panecillo e Ichimbia y respaldado por el sañudo Pichincha, montaña que, desde la ciudad, va encumbrándose en majestuoso declive, presentando abultadas lomas, cual peldaños, con tableros sembradios unas, y otras cubiertas de eucaliptos, separadas unas de otras por barrancas. Por una grieta central en la pendiente, aparece un despeñadero de agua clara, en forma de hermosa cascadita blanca, una de las más bellas gesticulaciones de aquel semblante breñoso: es agua de los deshielos del Pichincha y sirve para la vida quiteña. Referiré un hecho repugnante: en 1895 estaba yo preso en la penitenciaría: faltaba agua, y mandóse una comisión a averiguar la causa en la acequia de la escarpa del Pichincha: los comisionados dijeron que habian encontrado un obstáculo en el curso del agua, la que se derramaba en las laderas vecinas: hubo que remover el obstáculo, con hachas, barras y lampas; y, ¡cuál fue la sorpresa de los trabajadores cuando vieron el cadáver de un caballo recientemente muerto, que impedía el curso del agua! ¡Agua que se infiltraba por el cuerpo muerto de un bruto, servía de asco y alimento para los moradores de Quito!

Esas lomas van a terminar en altas crestas, tras de las cuales se abren cráteres, ocultos a los habitantes de la ciudad. El cráter más cercano se llama *Rucu Pichincha* (viejo Pichincha); el más lejano *Guagua Pichincha* (niño Pichincha). El campo de batalla de Sucre está en la izquierda, o sea al sur, en las alturas del barrio de San Diego, en uno como escalón de la inmensa escarpa.

Rafael Barba, Gómez de la Torre y el eucalipto

El *eucaliptus* es el único árbol que contribuye a dar realce a la ciudad. Este árbol fue traído de Europa. Todos saben que su cuna es Australia, antes Nueva Holanda. Refiérese que *D. Rafael Barba, quiteño, se hallaba en París*: informáronle los individuos de la Sociedad de

Agricultura del Jardín de Plantas, a la cual pertenecía el Sr. Barba, que el *eucaliptus* era más adecuado para la zona tórrida, pues en las zonas de cuatro estaciones, jamás llegaba a grande altura: solamente crecía en verano, y en las otras estaciones se paralizaba el crecimiento, el cual era rapidísimo, según aquellos informes. El Sr. Barba los dio a su familia en Quito, la que lo comunicó a García Moreno, entonces Presidente. Otros dicen que, por la misma época, (1871 o 1872), D. Manuel Gómez de la Torre, también quiteño, por entonces desterrado en Roma, había observado los beneficios del árbol en los barrios transtiberianos, como que purificaba la atmósfera y ahuyentaba el paludismo; y que él dio informes a su patria. En Ambato, por fin, me refirió el Sr. Augusto N. Martínez, que su padre, el Dr. Nicolás Martínez, tuvo el *eucaliptus* en sus jardines, desde 1865: la semilla la tomó de un paquete, que le vino a García Moreno, ya Presidente. Cuando el árbol creció y se conocieron sus méritos, empezó a propagarse en toda la comarca interandina. Su crecimiento es admirable: en poco tiempo embellece un campo, y por su elevación, le da solemnidad. Su madera es utilísima. El árbol es recto, de tronco casi siempre cilíndrico, porque no se ensancha su follaje. Se le trasplanta de las almácigas, con las raíces atadas con un hilo, para que se dirijan al fondo de la tierra, y para ésto se afloja la tierra siquiera uno o dos metros: cuando se extienden por la superficie, debajo de la primera cáscara terrestre, esterilizan el suelo inmediato. Es conocida su propiedad de ahuyentar las fiebres palúdicas. Dicen que en infusión, cura enfermedades del pecho. Hay una clase, cuyo aroma es delicioso. Sus condiciones de belleza artística pueden ser conocidas, si se contempla a Quito desde lo alto. Un norteamericano me dijo que los quiteños deben levantar estatua a quien trasplantó este árbol a su seno. Crecen también cipreses, cedros, capulíes, álamos, naranjos; pero en muy escaso número. Antes del eucalipto, Quito careció de vegetación arbórea.

Interiores y cielo de Quito

Lo interior de la ciudad es de aspecto melancólico, e infunde el respeto de que uno se halla revestido, cuando contempla antigüedades. Contrasta ésta como murria, naturalísima en los días de lluvia, cuando la cerrazón encapota el cielo, con el esplendor de casi todas las mañanas, cuyo colorido es propio de la altura. Enrarecida la atmósfera, su diafanidad casi deslumbra, y reviste todos los objetos de un colorido raro e infable. La transparencia permite ver a enormes distancias. La bóveda celeste

aparece casi siempre de azul profundo y limitada por altos montes, cuyo verdor se ha convertido también en azul a la distancia. Lo que desagradaba en Quito es que no se puede gozar ampliamente de las puestas del sol, del juego de nubes sanguíneas, con blancas, plumizas y negras, del espectáculo opulento del sol al acostarse, excepto por la depresión de la cordillera, en dirección del Panecillo.

¡Tanta juventud en tanta ancianidad!, debe ser exclamación espontánea de quien en estos días, pasea por esta ciudad, rezagada en estas elevaciones y desamparos, a pesar del trajín de la civilización en toda la superficie del planeta. Hay conventos y templos majestuosos, antiguos y reedificados en parte, y que todavía imponen por su severa arquitectura, y la idea de aquella vida austera, quizá sólo en mortificación y penitencia.

Conventos, recuerdos, la anécdota del inglés

En realidad, es mal vivida la idea de la vida austera, porque se desperdicia infinidad de fuerzas, necesarias para el linaje humano. Ya no cabe ninguna duda: los religiosos son los más constantes defraudadores de la humanidad entera.

"La virtud monástica, dice Gobbon, es trabajosísima para el individuo, e inservible para el género humano". Los religiosos son la primera causa de atraso. Rezan y oran incesantemente y no se ocupan en ninguna otra profesión; se ganan, por este medio, el afecto popular: el pueblo también reza y ora, y si no lo hace todo el día, es porque le es urgente trabajar para vivir. El resultado es que, para el trabajo, no quedan sino los que se desentienden de rezo y oración. Los religiosos, al rezar y orar, no se preocupan de lo indispensable en la vida, alimento, vestido, otros menesteres, porque todo lo tienen seguro: ellos son los más ricos, y toda su riqueza les ha venido sin derramar una sola gota de sudor. *Los pueblos creyentes, ya católicos, ya árabes, son en la actualidad los más atrasados del mundo,* porque el pensamiento lo tienen en el cielo y no en la tierra, y por consiguiente, no se preocupan en la vida. Como los árabes viven en Marruecos, especialmente en sus capitales Fez y Mequinez, hemos permanecido los ecuatorianos por siglos, considerando sólo en nuestro Dios, y apenas por un instante, en nuestras necesidades de hombres. La humanidad ha venido reformándose, y la reforma apenas acaba de llegar a nosotros. Antes, el clero era todo; ahora no es sino como excrecencia, que a la sociedad no le sirve para nada. ¡Cuántos grandes apóstoles, pensadores, predicadores, escritores, aún antes de Voltaire, se esforzaron en poner en claro el peli-

gro de las costumbres monásticas! Después de Voltaire y sus discípulos, de los enciclopedistas, de los hijos del 89, ¡cuántos otros han servido a la humanidad, echando a sus espaldas esta peligrosa y apostólica tarea! Gibbon, Buckle, Lachatre, Draper, entre muchos, merecen la gratitud y las bendiciones del género humano.

El gran González Suárez

Entre nosotros también hay un hombre ilustre, tanto más ilustre, cuanto, provocando el odio feroz de su mismo gremio, el clero, no vaciló en dar a los ecuatorianos voz de alarma, poniendo el dedo en la llaga, que desde siglos, venía atormentándolos. "La relajación a que habían llegado los religiosos, en tiempo de la colonia, fue tan grande, que no ha tenido semejante en los fastos de la iglesia católica", dijo el Arzobispo de Quito, el insigne González Suárez, con la verdad que le imponía su alta clase, con el valor de quien da cumplimiento al deber, exponiéndose a las contumelias, a la muerte. En homenaje a la misma verdad, declaramos también que hay religiosos inocentes, sanos, candorosos, que abrigan la convicción de que de su ministerio aprovecha el género humano, porque rezan, oran y predicán lugares comunes, de que ya muy pocos se aprovechan.

Todos los conventos ocupan todavía acaso la quinta parte del área de Quito. Los religiosos que abundaban y mandaban, no eran ecuatorianos, sino europeos, hasta la exaltación de Alfaro; y a esta circunstancia, a la copia de ellos y a sus rentas pingües, se ha debido el que entre la clase distinguida, entre las mujeres, sobre todo, se haya propagado tanto el espíritu de devoción y mojigatería. Pestilencia había en la ciudad, material y moral: la primera por falta de canalización, de agua potable, de higiene; la segunda, por carencia de sociabilidad, especialmente de comunicación entre uno y otro sexo, excepto en la comisión de crímenes; por el predominio de devociones hazañeras, del tributo de homenaje al fraile, hasta por sus vicios y defectos. Un liberal no podía andar por las calles, *sin ser insultado hasta por hermosas señoras, desde sus sagrados balcones.* Había que arrodillarse delante de cualquier imagen de santo, expuesta en las paredes; quitarse el sombrero al pasar por delante de un templo; al encontrar un obispo, o al oír una campanada en la Catedral; besar de rodillas la mano de los prelados, en la calle; santiguarse por cualquier incidente; *evitar con cuidado contemplar la sandunga de una muchacha buena moza;* concurrir a misa o a la escuela de Cristo, diariamente y con modales compungidos; y todo ésto para evitar ser insultado, apedreado o acusado

ante las autoridades por hereje. A la esposa de un ministro español le arrancó el sombrero y lo arrojó al suelo una cholita quiteña, porque la señora iba a entrar con él al templo; a la esposa extranjera de un liberal ecuatoriano, la injuriaron varios hombres de manera espantosa, porque pasaba sin arrodillarse, cuando sonaba la campana de la Catedral; a un respetable caballero inglés le amenazó un jayán, porque no se descubrió la cabeza, cuando pasaba el Santísimo: "Yo no me quito el sombrero cuando pasa mi yerno", contestó con pachorra el inglés. Había sido padre de una monja.

Los frailes, pues, especialmente los jesuitas, enfrailaron a la sociedad civil, y convirtieron a Quito en residencia de la antigua Tebaida. Para adquirir idea exacta de las costumbres de gran parte de las habitantes de las comarcas serraniegas entonces, bastaría leer pasajes de los principales maestros de historia, en lo relativo al comienzo de la época medioeval en Europa.

"Lícito es decir, léese en un gran libro, que donde la civilización romana no había penetrado en Europa, los habitantes a penas habían salido del estado salvaje; que en ciertas regiones eran todavía sucios y su espíritu permanencia inculto, no teniendo por morada sino cabañas trapizadas de paja, y no alimentándose más que de habas y raíces, cuando la caza les faltaba... Cuando el europeo se hizo cristiano, entregóse por completo a la devoción, creyendo en todo lo que hallaba asiento en una religión degenerada y envilecida, en los milagros de las reliquias, mientras los sacerdotes sólo pensaban en satisfacer su ambición e interés"².

Déspotas como García Moreno, quien sostuvo el exclusivismo con furor, quien en la Constitución puso el precepto de que nadie podía ser ciudadano si no era católico, cimentaron aquellas costumbres de modo inveterado. Y no había medio alguno de cambiarlas. Raros extranjeros se animaban a entrar a la Sierra ecuatoriana; ya que quien entraba, tenía que profesar la fe católica, porque si no la profesaba, era llevado ante los tribunales; ya que ningún libro debía entrar al Ecuador, sin el permiso de los jesuitas.

Mucho se van modificando estos hábitos. Respetada es la religión, como debe serlo toda religión; pero la impostura ya es menos protegida, y

2.- Draper - "Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa". 7 II. CXVI. (R. A. R.)

por lo mismo, hay más jovialidad y franqueza, menos hipocresía y mojigatería en las familias.

Una carta al Presidente Wilson

Lima, Mayo 4 de 1919

Señor WODROM WILSON, PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Washington

SEÑOR:

En esta época todos los damnificados esperan, porque el sol de la Justicia está iluminando al mundo. Es Ud. el dispensador de la Justicia, especialmente de los americanos.

Mi patria es americana e infeliz, acaso la más infeliz del continente. Concluida la guerra de emancipación de España, el Ecuador hubo de caer en manos de perversos; y así, con ligeras interrupciones, permaneció hasta 1895, en que empezó a triunfar la civilización, después de lucha de más de 60 años. El último caudillo de la parcialidad regeneradora, se llamó Eloy ALFARO. Luchó contra odios inveterados, preocupaciones arraigadas, la impostura que ha tenido a la humanidad de víctima, en 19 largos siglos; luchó contra todas estas resistencias, y venció, no solamente con la espada, sino también con su acción apostólica. Algo tenía de norteamericano aquel varón.

Suplico a Ud. se digne echar una ojeada al libro que acompaña a esta carta: nadie lo ha desmentido hasta ahora.

En las filas del Gral. ALFARO, combatiente, apareció una fiera, con demostraciones de perro fiel: es un colombiano llamado Leonidas Plaza: se fingió ecuatoriano, y acompañó al Gral. Alfaro en dos combates y un destierro. En breve el Jefe desconfió de él; y lo alejó. Cuando ya se hallaba en vísperas de la última victoria, tornó a arrodillarse el perro, y el Jefe tornó a acogerlo.

Es este hombre el que tanto daño ha causado al Ecuador. El Jefe no le hacía caso; y aprovechándose de esta indiferencia, Plaza consiguió cómplices entre los mismos que rodaban a Alfaro, le traicionó y acabó por asesinarlo, a él y a varios de sus amigos notables.

cuando todos se hallaban prisioneros en calabozos del Panóptico. Los cadáveres fueron arrastrados, en pleno día, de uno a otro extremo de la ciudad capital de la república.

Desde entonces el director de estos crímenes habría sido dueño de toda la Nación, si no existiese el Gral. Julio ANDRADE, hombre honrado y de valor. Era época de elecciones presidenciales: el Gral. Andrade apareció como candidato, e iba a triunfar; pero al mes de los asesinatos referidos, fue también asesinado por el mismo Plaza, quien, al fin, se elevó a la Presidencia. Cómplices de él, asesinos, estafadores, verdaderos malvados le rodearon. Los hombres de bien protestaron con las armas en la mano, acaudillados por el Gral. Carlos CONCHA TORRES, quienes triunfaron en varios combates. Se hallaban, por desgracia, en región a donde no era posible introducir una arma, región despoblada y selvosa; y como se les concluyeron las municiones, hubieron de disolverse. Concha fue aprehendido, meses más tarde, con traición, y conducido al Panóptico de Quito, donde le atormentaron largo tiempo. Fue puesto en libertad por el sucesor de Plaza, en la presidencia, a pesar de que es su dependiente íntimo.

Es de imaginarse cuánto hizo Plaza por apoderarse de todo el dinero que poseía el Ecuador. Intentaba peculados por todas partes y en varias formas, y algunos fueron realizados. En la obra VIDA Y MUERTE DE ELOY ALFARO, están apuntados varios de ellos. Saqueó al Ecuador en toda forma, y vino a apoderarse hasta de la moneda circulante. Comprometió a un banco, le autorizó para emisiones clandestinas, dio un decreto, en el que obliga a los ecuatorianos a aceptar los billetes, sin esperanzas de cambiarlos en metálico, fundó una sociedad, llamada "Protectora del cacao", con el objeto de apoderarse de todo este artículo, y los otros exportables, para exportarlos y venderlos por oro. Por entonces acaeció el compromiso del Emperador de Alemania con Plaza, para que el segundo suministrara carbón a los buques alemanes, en las islas de Galápagos, y consintiera en la fundación de estaciones radiográficas alemanas, en territorio ecuatoriano. Mejor conocimiento ha de tener Ud. de estos crímenes. El Gobierno de los Estados Unidos lo supo, y suspendió toda relación comercial con mi patria. La escasez de dinero sonante

vino a ser absoluta. Las letras de cambio sobre las naciones extranjeras no se han conseguido sino a precios fabulosos.

Indispensable es manifestar que un banco de Guayaquil, el llamado Banco del Ecuador, no quiso ser cómplice, a pesar de ser acreedor del Gobierno; retiró de la circulación sus billetes, ordenó no se recibieran billetes de los otros bancos y cumplió con el precepto de la Constitución de la República.

CAPITULO XXXIX

TRES AÑOS EN LOS ESTADOS UNIDOS EN NUEVA YORK: 1920 - 1923¹

Mi hija Marina

Grata fue para mí la necesidad de prescindir de los asuntos de mi patria, y de contemplar los de los Estados Unidos, cuya grandeza me deslumbró, en aquel tiempo, aunque en la imposibilidad de estudiarla, como debe estudiar un semisalvaje, páginas escritas por las civilizaciones antiguas y modernas. Lo primero con que tropecé en Nueva York, fue la belleza de las acciones privadas. Mi hija tenía amigas, que llegaron a ser íntimas, entre las contemporáneas de ella, *escogidas en las empleadas en los almacenes y oficinas de los bancos, donde ella trabajaba, fuese cualquiera su posición social.* Muchas eran millonarias, y no trabajaban por allegar dinero, sino por ocupación provechosa y por no perder el tiempo en bagatelas. Mi hija sabía ya el inglés, y la educación materna le sirvió para dilatar sus relaciones, entre lo mejor del bello sexo. Ellas le dieron a conocer las buenas costumbres norteamericanas, y Marina las aprendió, porque sus propensiones no son malas. A ello debe haber adquirido la ciudadanía de los Estados Unidos, con sujeción estricta a las leyes.

Escribo la historia en la Biblioteca Pública

En Nueva York descansé, pues ya no tenía que pensar en el día de mañana. Mi hija gustaba en cuanto a mí me era necesario, y yo me *contraje a escribir la historia*, en la Biblioteca Municipal de la ciudad, en un departamento de documentos de la América Latina.

¹. Es ya sabido por los lectores, que los dos hijos varones de don Roberto, vivían en los Estados Unidos, este fue el motor que le incitó a radicarse en ese país, al igual que la ya larga estadia de Marina, su otra hija.

La única época deliciosa de mi vida. Recuerdos de Octavio Icaza

Mi hija trabajaba entonces en los almacenes de un millonario Despart. anciano de cerca de 80 años, y ganaba cosa de 200 dólares mensuales. Mr. Despart apreciaba el talento y la formalidad de mi hija, y la distinguía como ella merecía. Un día entraron al almacén, varias señoras y señoritas, y preguntaron por "Miss Spanish", y luego se dirigieron a Marina. En el almacén había cosa de cien empleadas. Las señoras que entraron eran de la familia del jefe: iban por curiosidad, interesadas por los elogios que él le dispensaba. Muchas distinciones recibía, a menudo. El Sr. Octavio Icaza, cónsul del Ecuador en Nueva York, refirióme que dos comerciantes millonarios de Manhattan, habían ido en distintas ocasiones, a solicitarle informes de Marina. Hablaba inglés, francés, español, sabía estenografía y mecanografía, y trabajaba con la exactitud y actividad norteamericana. Vivió en el trabajo, hasta el violento cataclismo universal económico, sobrevenido en esta época, a consecuencia de la guerra europea. *Para mí fue deliciosa la vida en Nueva York.* Según el Dr. Felicísimo López, cambiaba de planeta el ecuatoriano que se trasladaba a Nueva York, desde su patria: a mí me daba gratitud que el hombre hubiera construido esa ciudad para el hombre, y que todos los hombres se trataran como iguales, lo que no sucedía en mi patria, donde son mirados como cosas los indios y los negros, por ejemplo. Estábamos en invierno: a un *subway* o ferrocarril subterráneo, entraba una familia, marido, mujer e hijos negros, todos bien educados y aseados, vestido como visten millonarios, y tomaban asiento en medio de los blancos, sin que éstos hicieran ni una mueca. Respecto de la vida en Nueva York, publiqué en Quito varios artículos, en diarios.

A los 70 años perdí la vergüenza a las damas. Las hijas de Felicísimo López

A mi llegada, me había comprado Marina una máquina de escribir, ropa de abrigo y multitud de pequeñeces, de las que consideraba indispensables: y al fin del mes, vino a mí, cariacontecida:

-Me falta dinero para completar el pago del departamento, y vengo a valerme de ti, papá, me dijo.

Me sonreí.

-Sí, vas a servirme. Busca a Mrs. Morrow: es una anciana, viuda, rica y sin hijos, mi amiga en muchos años, y me ha prestado dinero, varias veces. Tiene muchas casas de vecindad, y las alquila. Yo viví en una de ellas, largo tiempo, y me ha llegado a profesar inmenso cariño. Voy a escribirle, pidiéndole dinero prestado. Quiero que vayas tú, para que poco a poco conozcas a los norteamericanos. No es costumbre aquí pedir dinero en préstamo; y por eso es más noble su acción, pues en ocasiones anteriores me ha prestado, sin que yo le haya pedido.

No objeté: lo deseado por mi hija tenía que ser una orden correcta. Fui, le saludé respetuosamente y dije:

- I am father of Marina Andrade.

La anciana casi me abraza.

- ¡Your daughter Marina Andrade!

Y empezó una retahíla de elogios a Marina, desgraciadamente en inglés, idioma que yo no comprendía sino a medias. Presentéle la carta y le di a entender que yo no hablaba inglés. Levó y empezó otra vez a hablar, hasta que cayó en la cuenta de que yo no entendía. Se levantó, me trajo el dinero y yo partí, con verdadera gratitud. Días después visitó Mrs. Morrow a Marina, con el objeto de advertirle no se apresurara en pagarle y de llevarle doble cantidad, en préstamo; pero nada consiguió.

Otro día salió mi hija de dificultades, con la mayor sencillez. Había yo gastado más de lo que debía; pero en asunto indispensable: una mañana se fue a la oficina; y cuando salió de ella, se dirigió a otra, donde había trabajado antes y donde le daban trabajo, con frecuencia: salió con una colección de cartas en francés, inglés y español, para que las tradujera de uno a otro idioma, y gran porción de documentos, con el mismo objeto: le ofrecieron pago de 35 dólares. Llegó a la casa, comió, se encerró en el escritorio, delante de la máquina de escribir y trabajó hasta las dos de la mañana, hora en que concluyó la obra.

En varias oficinas trabajan muchachas distinguidas, ricas algunas de ellas: y con todas tenía amistad mi hija. Casi todas las tardes me llamaba al teléfono:

-En la esquina tal, en el sitio cual, te espero a las 6 p.m.: ven para irnos a comer.

Llegaba yo y veía la carita de mi hija, entre las de neoyorquinas bellísimas, todas risueñas y charlando en inglés. Ocasiones hubo en que fuimos a la mesa, en jardines deliciosos, hasta 6 de ellas, mi hija y yo. Fue entonces cuando empecé a perder por completo la vergüenza a la mujer. La charla era en inglés, y yo, bendito entre todas las mujeres, me reía, al

verlas reirse, o cuando Marina me traducía literalmente algún donaire. Todas demostraban mucho cariño y confianza con mi hija, y la trataban de *our countriman* (nuestra paisana) y a mí me distinguían como a padre. Compréndese que las amigas a quienes más estimaba eran *las hijas del Dr. López* y otras hispanoamericanas.

Angel Virgilio Avilés

Conocen mis lectores a D. Adolfo Avilés, caballero de Guaranda, condiscipulo mío en Quito. El me había recibido en su casa, cuando con grillos y en medio de escolta, de Guayaquil me llevaban a la penitenciaría de Quito, en 1894. El Sr. Avilés tenía niños. En 1906 mandó uno a la Universidad de Quito, a estudiar Medicina. Me lo recomendó a mí. Llamábase el joven Angel Virgilio, y era muy buen estudiante. El 25 de abril de 1907, acaeció en Quito el levantamiento de la juventud de los colegios, referido por mí, cuando las versiones fueron varias, cada cual más mentirosa, todas de la bulliciosa oposición, empeñada en echar abajo al Gral. Alfaro. Yo estaba con una lastimadura en el pie, y no podía moverme de mi casa. Fue el joven Avilés a visitarme; y cuando el acontecimiento estaba todavía en sombras, él me refirió todo cuanto había visto, pues lo presencié desde un lugar adecuado. Acto continuo puso la relación por escrito; y de orden mía fue a la imprenta del diario "El Tiempo", en el que se publicó, al día siguiente. El Gral. Alfaro ocurrió inmediatamente por Avilés, pues el artículo iba firmado. Por indicación mía, le dio una beca para New York, en donde concluyó, con buen éxito, el estudio de la Medicina. Me visitó, a mi llegada, y fue uno de los más serviciales amigos que allí tuve.

Mis deseos de ser editor. Problemas con Rafael Elizalde

Me dediqué a buscar editores, para la impresión de las obras de Montalvo y las mías. Por fortuna, contraje amistad con D. Pedro H. Goldsmith, Director de "Interamerican División, American Association International Conciliation", persona muy estimable y activa, quien solamente quiso que el Gobierno del Ecuador apoyara la idea. Yo estaba en correspondencia con el Ministro del Ecuador en Washington; pero no tenía confianza en él, por su conducta conmigo en Chile. Escríbele, sin embargo, y él me contestó:

"Tendré mucho gusto de hablar con el Dr. Goldsmith, acerca del empeño de Ud., para editar las obras de Montalvo. Si él ha visto el contrato que Ud. tiene, al respecto, con los herederos, y éste da a Ud. derecho para hacer esa edición, no habrá inconveniente, por este lado, para que la publicación se efectúe". Tuve la indiscreción (o la franqueza), de decirle en una de mis cartas: "Sin dinero, no se puede hallar editor, aunque sea Montalvo el autor, cuyas obras se trata de imprimir. La suma que me designó el Gral. Alfaro y decretaron los congresos, se fue al bolsillo de Plaza". Y Elizalde me contestó: "Me dice Ud. que lo que designó el Gral. Alfaro y los Congresos aprobaron para editar las obras de Montalvo, se fue al bolsillo de Plaza. Ud. sabe las relaciones de amistad y la admiración que tengo por la honradez y el patriotismo del Gral. Plaza, de modo que no le llamaré la atención que yo no pueda aceptar la afirmación de Ud."

1923.- Mi amistad con Vasconcelos

Ya estaba de Presidente del Ecuador el Dr. José Luis Tamayo, también amigo mío. Véase por esto si había honradez en el Ministerio del Gral. Alfaro, la víctima, y de Plaza, el victimario, llamado delincuente, por cuantos tienen conocimiento de su vida.

Yo todavía tenía amistad con Elizalde, y le pedí solicitara al Ministro de Instrucción Pública de México, diera noticia de las obras de nuestro compatriota, don Vicente Rocafuerte, impresas por él en dicha nación. Le escribí, pero yo no lo supe, en algún tiempo, hasta que yo mismo escribí al Ministro Vasconcelos, a quien alababa la prensa de las naciones hispanoamericanas del norte. Yo no había leído todavía ningún escrito del Sr. Vasconcelos: escribible una carta en que le hablé de su celebridad, y de que, como hombre célebre, atendería a mis solicitudes, respecto a Rocafuerte, mexicano, por el cariño que profesó a México y por los servicios que le prestó, y le hablé también de Montalvo, ya muy conocido en América. El me contestó:

"Secretario de Educación Pública de México,

17 de mayo de 1923.

"Sr. Roberto Andrade

Estimado señor: Contesto su carta del 10 de los corrientes, correspondiendo a sus saludos, de la manera más afectuosa.

"He mandado hacer una averiguación sobre las obras de D. Vicente Rocafuerte, y puedo mandarle los informes que me den. Paso a

manifestarle que conozco las obras de Montalvo, de quien soy un gran admirador, conceptuándolo como uno de los más grandes escritores de América, y con gusto podría patrocinar la publicación de alguna de sus obras, ya que la falta de recursos no permite hacer una edición completa. Pero si Ud. nos ayudase a formar un volumen, que contuviese lo principal de sus obras, es muy probable que pudiéramos editarlo.

"Aprovecho de esta oportunidad para ponerme a sus órdenes, como su afmo. atento y S.S.

"José Vasconcelos".

Un profesor de Columbia University, en Nueva York, amigo mío, me aconsejó escribiese al millonario Mr. Huntington, cuya imprenta estaba dedicada a publicaciones españolas. Me contestó que conocía a Montalvo; pero que su imprenta publicaba sólo libros españoles, no hispanoamericanos. Supe que era empleado en casa de este norteamericano, el arqueólogo señor Saville, quien había residido en el Ecuador, y fui a verlo. Me trató con el entusiasmo de compatriota, pues había leído algunos de mis libros; pero me mostró los del Sr. Jacinto Jijón Caamaño, ecuatoriano, impresos en imprenta magnífica, y me dijo fuera a imprimir allá las obras de Montalvo y aún las mías, porque el Sr. Jijón Caamaño era millonario, bondadoso y filántropo. Me resistí, porque este señor era de un partido político enemigo del mío.

Un librero célebre, cuyo nombre he olvidado, quiso imprimir en Nueva York los inéditos de Montalvo; pero no lo quise yo, por tal o cual inconveniente.

El venezolano Jacinto López

Tuve la fortuna de conocer a D. Jacinto López, escritor de Venezuela, quien publicaba "La Reforma Social", espléndida revista, que entonces se imprimía en la Habana. Don Jacinto era publicista eminente y trabajador asiduo. Es conveniente traer a la memoria un recuerdo. Cuando en Lima, en 1914, defendía yo a Bolívar, en "El Comercio", me escribía de Caracas el Sr. Cristian F. Witzke, alemán, Director del Museo Boliviano y de una patriótica revista, y duró nuestra correspondencia algún tiempo. Hablamos de publicaciones de escritos acerca de Bolívar, y él pedía varios, porque tenía imprenta. Se interrumpió nuestra correspondencia hasta 1922, en que me hallaba en Nueva York. Entonces escribí a Witzke,

preguntándole si podía editar mi historia. Vino la respuesta, pero no fue de él: "Con mucha pena, le comunico a Ud. que su buen amigo el Sr. Witzke, no existe ya: falleció el 11 de diciembre de 1921, dejando a este Instituto huérfano de su cariño e inteligencia", me decía el Sr. Juan B. Lameda, sustituto interino, quien había leído mi carta. Me pedía datos más concretos, acerca de mi obra, ofreciéndome tomar interés con el Gobierno Nacional, para conseguir su impresión. Le mandé el índice, y él lo presentó al Ministro de Instrucción Pública.

Poco antes, otro personaje distinguido, el Sr. Vicente Lecuna, nombrado Gobernador de la Casa de Bolívar, me honró con una carta, en que se interesaba por la impresión de mi obra. Luego me habló de que le había pedido su opinión el Ministro de Instrucción Pública, y de que él le había dado favorable.

El Sr. Manuel Segundo Sánchez, Bibliotecario Nacional de Caracas, se dignó también escribirme: "Será un valioso regalo, para el espíritu de todos aquellos que nos interesamos por la historia de nuestra América, la aparición de estas páginas", me decía.

Asombróme que tan altas personas, de lo mejor de la historia literaria de la moderna Venezuela, aplaudiesen, en tales términos, una humilde obrita mía. Ya no dudaba del buen éxito, y escribí también al Sr. Dr. José Ladislao Andara, reciente Ministro de Instrucción Pública. "Soy ecuatoriano, le decía. Desgraciadamente, no tengo otra recomendación ante Ud. que el recuerdo del parentesco con un amigo de Ud., el Gral. Julio Andrade, mi hermano, a quien regaló, con dedicatoria autógrafa, un tomo de Historia, escrita por Ud., tomo que, regalado por mi hermano, está en mi poder. Es mi hermano, quien me presenta a Ud. desde la tumba, a donde tan temprano lo arrojaron.

López consigue hacerme vibrar y llorar

Hallándose en tal situación la impresión de mi obra en Caracas, ocurrió el incidente que narro, en seguida. Había el Sr. López leído mi libro "Seis de Agosto", o sea "Muerte de García Moreno", escrito muchas y nobles páginas, acerca de dicho libro, e imprimiolas en la "Revista" mencionada. Concurría él todos los días a la Biblioteca Municipal de la ciudad, y yo también muy a menudo. El estaba desterrado de Venezuela, donde dominaba D. Juan Vicente Gómez. Un día se me presentó, con la "Reforma Social" en la mano.

- Lea hoy mismo. me dijo, y se alejó.

Busqué un asiento lejano, solitario, y leí. El título del artículo es "La Muerte de García Moreno", y se hallaba en 50 páginas. Leía yo, sin descanso, bebía, por decir así, el contenido del libro. El relato es una como transcripción de mi obra: pero cuando habla el Sr. López, me inmutaba. Acudíome un caudal de lágrimas, y las dejé correr, sin ningún inconveniente: nadie me veía, y yo no hacía ruido: empapé el pañuelo, y terminé la lectura, contento. Esas lágrimas ¿eran de cobardía, de afeminación? Yo creo que no. Eran de gratitud, sí. Otro había experimentado lo que yo, y se confundieron por un momento, nuestras almas. He ahí a un verdadero amigo. Hasta entonces habían escrito varios; pero ni el mismo Montalvo llegó a conmoverme como López. Lo que comprobaban esas lágrimas era el anhelo de ese grande escritor por imitarme, en la tragedia.

Gran elogio de Roberto Andrade²

He aquí algunos apartes del artículo: (merece perdón, mi olvido en esta vez, de la modestia).

"He conocido a Andrade aquí en Nueva York. Lo he conocido ahora, casi medio siglo después de estos acontecimientos. Lo he conocido anciano ya, y en la mayor, en la más horrorosa pobreza. Es un hombre erecto, sereno, firme, normal, a quien los años no han desfigurado. Es perceptible su expresión de energía, en el fondo de su suavidad, de su dulzura de hombre bondadoso, humilde, modesto, sencillo y culto. Sus ojos claros y plácidos revelan la mansedumbre de su naturaleza. Se ve al hombre honrado, al hombre de bien, al hombre de carácter, en su porte.

"Nadie podrá sospechar, en su aspecto, la historia de su vida. Aún después de conocerlo y de tratarlo, no es fácil descubrirlo. Hay que leer sus libros, hay que oírle contar los episodios de su larga carrera de luchas políticas en su patria, para saber quién es, para saber que es un hombre extraordinario, un hombre admirable, un hombre venerable. Yo considero un gran privilegio el haberlo conocido; y con gran orgullo, con gran satisfacción, con honda emoción de mi corazón, he estrechando su mano sagrada, la mano que disparó al rostro de García Moreno y puso una bala en la frente del tirano, la mano que le dio en el pecho un profundo golpe, para darle a la muerte la oportunidad de alcanzarlo.

².- Subtítulo de los editores

"El es el héroe de un portento que me ha deslumbrado toda la vida. Yo he nacido bajo el despotismo, y el odio de mi vida es el despotismo. Matar al tirano es la acción más bella y más gloriosa del patriotismo, de la dignidad y del valor. La gloria de esta hazaña es bastante para llenar una vida. Pero la vida de Andrade es fecunda y afortunada, cual pocas. El mató a García Moreno, en los albores de su existencia. Fue el punto de su vida esta patricia aventura. ¿No es éste un destino singular?. Después, toda la vida de Andrade es un continuo combate, por el buen gobierno de su patria, por el triunfo del liberalismo y de la civilización. Ha sufrido mucho. Es, sin ponderación alguna, un gran mártir. Preso en el Perú, preso en Colombia, preso en el Ecuador; escondido muchas veces, fugitivo otras tantas; perseguido terriblemente por sus enemigos y por su Gobierno, dentro y fuera de la patria; escapado milagrosamente del asesinato, en el Ecuador y en Colombia; escapado milagrosamente del patíbulo, no una, sino varias veces; revolucionario y guerrero con Alfaro, en las contiendas civiles de su patria; víctima de largos destierros, como de largas y crueles prisiones, la vida de Andrade es una ejemplar y patética historia de heroísmo, de dolor y de sacrificio.

"El no ha tenido tiempo, y probablemente tampoco voluntad para hacer dinero. Ha escrito, en cambio, obras históricas y literarias, ha escrito muchos libros, que por su número y su índole, causan asombro, en vista de la vida agitada y tormentosa que ha vivido. ¿Cómo ha podido escribir tanto? ¿Cómo ha podido vivir una vida de trabajo y de consagración intelectual en la continua aventura, en la perpetua tempestad, que ha sido su existencia, como hombre de acción?.

"El es el solo, sobreviviente de los héroes del 6 de Agosto... El es el historiador de este acontecimiento. El es quien ha hecho justicia a muertos y a protagonistas de aquel drama... Y vive para honrar la memoria de aquel hecho, que es, entre todos, el hecho máximo de su vida. Vive para honrar la memoria de Montalvo, de quien es digno discípulo, y cuyas obras inéditas posee. Vive para predicar con su existencia, la enseñanza de la gloriosa unidad de su vida, que ni el poder, ni la adversidad, ni la miseria, ni la vejez, han podido romper. Es siempre un hombre erguido y firme, con un aire de altivez y de resolución.

"Y como es virtuoso y heroico y glorioso: como es un libertador y un mártir: como es de los caídos, de los vencidos: como su horizonte se cierra ya, y se cierra en el infortunio, en la amargura, en la tristeza: como él es un monumento de recuerdos radiantes y famosos, yo lo pongo en el altar de mi culto, y les hago justicia a todos los conjurados del 6 de Agosto, y les coronó con el laurel de los héroes, el laurel de Bolívar y de Sucre, mientras la justicia de su patria, libre de las aberraciones religiosas y de las imposturas clericales, reconozca y consagre en el mármol y en el bronce, la gloria inmortal de sus libertadores³.

Circuló este escrito en Caracas, lo leyó el Gral. Juan Vicente Gómez y él prohibió, según supongo, la impresión de mi Historia. No recibí otra carta de Caracas.

³ - "La Reforma Social". Director, Orestes Ferrara. Habana, Cuba, Mayo 1922. (R. A. R.)

CAPITULO XL

EN PENNSYLVANIA

Los Anderson

Resolvimos, mi hija y yo, que fuera yo a pasar algunos meses en el campo, en un paraje muy bello, descrito por una de las amigas de ella. Era en Equinunk, Pennsylvania, y la granja se llamaba Crystal Spring, perteneciente a Mr. y Mrs. Anderson, él de 60 años, y ella de 50, personas de lo más apreciables, cariñosas, prolijas, activísimas. No vivían allí sino los dos y poseían potreros, sembrados de heno, rodeados de bosquetes silvestres, horticultura, vacas lecheras, centenares de gallinas, un perro, casi tan racional como un criado, al que yo quería mucho, porque me quería él también. La principal renta daba la leche. Mr Anderson se levantaba a la aurora, y desde lo alto de un montículo, gritaba "¡Come on!" (¡Vengan!) varias veces. Las vacas iban apareciendo fuera de los chaparros, y se dirigían a la casa; si alguna se demoraba, iba el perro tras ella. En orden, iban entrando a la pesebrera, cada una se colocaba en su pesebre, donde las ordeñaba Mr Anderson. Ponía la leche en grandes barriles, los levantaba al automóvil y partía. A distancia de algunas millas, veíase otra granja, donde se depositaba la leche de todas las granjas del ruedo, para enviarla a Nueva York. En esta granja se llevaban las cuentas, por el tiempo convenido, al cabo del cual, se distribuía el dinero. Yo acompañaba, algunas veces, a dejar la leche a Mr Anderson.

Continuando mi Historia del Ecuador

La casa de Crystal Spring no ocupaba mucho espacio, en el centro de una pradera siempre verde, limitada por otros y bosquillos del árbol llamado arce, cuyo follaje cambia de colores, entre verde, amarillo y rojo, según la estación. Hay casas próximas, habitadas por gente excelente, que se presta servicios mutuos, con frecuencia. La casa era pequeña y de dos pisos; pero en ella habitaba mucha gente, por la manera como había sido

construida. En el piso de abajo, se hallaba el salón, con piano y muebles cómodos, la cocina, el comedor y el dormitorio de los dueños. Rodeaban este piso portales, con varias mesedoras. Desde un extremo del comedor, ascendía una escalera al segundo piso, el cual estaba rodeado de andenes estrechos, en los que se abrían puertas de varios aposentos, amueblados igualmente, con luz como eléctrica en la noche, que provenía de una máquina, en el centro y en el subsuelo de la casa, una máquina alimentada por un aceite especial. Había muchas ventanas: el aire era señor de todas las habitaciones: entraba brisa, aromatizada por las flores de jardines. Veía yo despuntar la aurora. De tal manera estaban colocados los cuartos, que aunque contiguos, eran independientes. Tuve la cortesía de preguntar a mis vecinos, *si les molestaba el ruido de la máquina de escribir*; y como me contestaron que no, *prendía la luz, en alta noche y escribía*. Me bañaba y salía a mis correrías matutinas. El río Delawar corría al occidente, separado de Crystal Spring, por dilatadas selvas de arce. Caminaba hasta una hora; pero en breve me era muy fácil volver, porque los vecinos transeúntes me subían a su automóvil, como buenos amigos. *Llevé varios documentos y no me fue difícil continuar mi Historia*. De ordinario, iban familias, a pasar temporadas en Crystal Spring, y muchachas lindas abundaban. Buscaba la amistad de ellas, aunque apenas empezaba yo a chapurrear el idioma inglés. Un amigo anciano era el intérprete.

Una hermosa pianista

Apareció una mujer joven y bellísima, cuyo esposo no estaba con ella: era pianista perfecta. Con mis elogios y mis insistencias, que al parecer, no le desagradaban, conseguí me dejara oír música admirable, toda norteamericana. Me había referido mi hija, que los primeros norteamericanos, pagaban muy caro la música italiana, alemana y de otras partes, porque les gustaba y no sabían componerla: personas hubo que se desentendieron de la agricultura, la arquitectura, la mecánica, las matemáticas y las ciencias y las artes inarmónicas, y la música cundió en poco tiempo. Aquella señora me prestó un servicio prosaico, pero más importante, y voy a referirlo. Los dueños de la casa nos invitaron a todos los huéspedes a pasear en automóvil por el bosque, hasta una laguna, cuyo nombre he olvidado. Llegamos y almorzamos debajo de los árboles y nos dispersamos, buscando la orilla de la pequeña laguna. Yo llegué a un paraje, donde estaba caído un árbol grueso, largo, torruoso, sobre el agua pantanosa. Me puse de pie en él, y vi que no se movía: seguí andando, hasta llegar al

agua: pero el madero empezó a moverse. Quise regresar: mas me fue imposible volver el rostro: grité dos o tres veces, y apareció la bella pianista, quien rió al ver mi conflicto. Sentí que subía al madero y venía hacia mí, con los brazos abiertos, para guardar el equilibrio. Llegó junto a mí, me tomó los brazos y me obligó a girar el cuerpo: quedamos rostro a rostro. ella risueña y yo asustado: ella giró su cuerpo, ágilmente, y regresamos. Sin el auxilio de esta dama yo habria caído sin duda alguna, al agua fangosa.

Se fueron los huéspedes, menos yo; pero vinieron otros, tan amables como aquellos. Llegó la fecha de una feria, en una de las poblaciones cercanas, y Mr. y Mrs. Anderson nos invitaron a ella. Entonces conocí parte muy pequeña de la actividad, esfuerzo, industria de los Estados Unidos. Acopio de admirables máquinas agrícolas, para desarraigar y cortar árboles; para remover montes y trasladar la tierra a otro paraje: para desmontar, sembrar, cultivar, cosechar; para construir y edificar; para los trabajos fabriles; para las artes y el hogar... Y la robustez, el vigor, el tamaño de los animales domésticos, como el buey, el toro, el caballo, el cerdo, el carnero; la abundancia y calidad de los alimentos que produce la tierra, como las legumbres, los cereales, los tubérculos... No me fue posible observarlo todo, con la paciencia y detenimiento indispensables.

Reinaba la confianza, la alegría, el entusiasmo en todas las familias, relacionadas unas con otras, casi todas. La belleza y la salud son, en las mujeres, generales; y en los hombres, el esfuerzo, la moderación, la habilidad, el sosiego. Acaso no hay pueblo que manifieste tanta alegría y quietud, como el norteamericano.

Confieso un prejuicio antindigenista

Para el regreso, tomamos un automóvil Mr. y Mrs. Anderson, una bella vecina, que acompañaba a la señora, y yo. Mr. Anderson tuvo la imprudencia de tomar asiento entre la ventana y yo, lo que no me fue muy agradable: yo ya sabía un poco más de inglés. De repente cayó un aguacero. Ibamos por un bosque, y por un camino fangoso y desigual. Con frecuencia se atascaba el vehículo, a pesar de la prolijidad del conductor. En un punto se atascó y quedó inmovil. Saltó Mr. Anderson y le siguieron, acto continuo, las damas, quienes se empantanaron, hasta las rodillas, por ayudar a empujar el automóvil. Yo hice lo mismo, lo que no hubiera hecho en mi tierra, *de temor de que se me ensuciara el calzado*, y hubiera obligado a algún indio, a empujones y tropadas, a servirme. ¡Que delicioso

fue para mí, contemplar a aquellas damas, aseadas, bien vestidas, riendo y charlando, alegres, limpiarse el lodo con hojas, hasta que encontraron arroyuelos!

No debo olvidar que todas las puertas de Crystal Spring, quedaron abiertas, cuando emprendimos el viaje vacacional. La casa quedó al cuidado de todo el vecindario. Cuando regresé, encontré a mi hijita en la estación, que es una de las más grandes y hermosas de New York.

CAPITULO XLI

QUITO OTRA VEZ

En Quito vivi de 1923 a 1927. Un recuerdo de cuando Terán ofreció asesinarme

A mi llegada a Nueva York, escribí las siguientes páginas, que fueron publicadas en Guayaquil, en "El Intransigente"; luego se suspendió la publicación, por artimañas de ciertos banqueros

Leonidas Plaza corrompió al Ecuador, no con la intención de corromperlo, sino con la de apoderarse de cuanto dinero había en la República. A él poco le importaba se corrompiese o no se corrompiese. Los que eligieron Presidente a Plaza, merecen ser deificados, como José Peralta, el ciego Vela y otros. El Gral. Eloy Alfaro no se lavará jamás de esta vergüenza, a pesar de sus protestas, de sus iras, de sus furios olímpicos. Cuando recibió el balazo, vio a Plaza, y su pensamiento fue la desolación del Ecuador. Plaza puso en movimiento dientes y uñas, o sea, colmillos y garras, y no hubo hogar que no fuese desgarrado, emporcado, desnudado. Hasta los virtuosos fueron víctimas, porque vieron que sus familias perecían, y se comprometieron a trabajar con el bandido. Le custodiaba el ejército, y no fue posible derribar al ladrón público. *Adelante veremos cómo le derribó Mendoza*, pero los mismos ecuatorianos contribuyeron a renovar su sistema. La milésima prueba de que *cada pueblo es digno de su suerte*. A pesar de los furios de Alfaro y sus amigos, vino al poder un íntimo de Plaza, don Lizardo García, y continuó la depravación ecuatoriana. En mi obra, "Campaña de veinte días", hablo de este lapso, tan detestable como el anterior. La expresión de mi despecho, de mi santa independencia, está en aquel libro, *o que nadie quiso comprender*, y con el ejemplo de Plaza, abundaron exploradores y logreros. *Mis amigos me anunciaron que me asesinaria Terán*. "No, dije yo, nada provechoso le vendría con asesinarme, porque

cuanto le digo es la verdad. Que me atormente cuanto le sea posible en la vida, puede suceder. Le he cortado las alas, porque ya todo el mundo sabe que es bribón, y le costará trabajo adelantarse".

Apenas llegó de Londres, adonde había partido de Ministro Plenipotenciario, volvió a adular al Gral. Alfaro, quien le dio más dinero. En aquellos días fue Terán asesinado por un marido ofendido.

De nuevo Plaza

Contra Plaza desde New York y en 1923

La tarea de Montalvo ¿fue fructífera?. Duró 30 años, y solo consiguió fundar la escuela, cuyo principal alumno fue Alfaro. Esta escuela hizo en el Ecuador mucho más de lo que hicieron todos los presidentes, desde el primer español. Cayó Alfaro, y vino un monstruo. Montalvo, ¿tuvo la culpa de la aparición de este engendro? ¡Y en mi presencia se preciaba Plaza un día de que el grande escritor le había enseñado a ser liberal!... Sí: Montalvo le enseñó la entrada a aquella sacrosanta institución de Managua. Montalvo le aconsejó asesinar a Alfaro y Andrade. Montalvo le dirigió para que arruinara al Ecuador, apropiándose de todo el numerario; Montalvo lo trajo desde el Telembí, como a verdadero salvador del Ecuador, y en él lo conserva como lo más inefable de sus glorias. Los que subieron a Plaza fueron dos abogados, uno de Ambato (Vela) y otro de Cuenca (Peralta), enloquecidos por apetitos personales; y no nos es posible omitir la levedad y condescendencia del Gral. Alfaro. La estultez e inmundas pasiones de cuatro militares de estopa, se encargaron de la terminación de tal obra.

Plaza y Crespo Toral: 1923

Yo no gusto de revoluciones, de conspiraciones sangrientas, siempre que se puedan evitar tiranías. ¿Qué cosa más fácil que precaver la exaltación de Plaza, cuando se le vio eliminar a los mejores y se conoció que su intención no era sino la apropiación a mano armada, el asalto con escalamiento y fractura, el desprecio de toda dignidad y toda honra, por último, la institución oficial de una guarida para dedicarse, en compañía, a la profesión de monedero falso? Hubo cuatro raposeros flacos y famélicos, cuatro perrillos chinos pelados, cuatro falderos pestíferos, que por indiferencia de la nación entera se prestaron a ser compañeros de Plaza, en cambio de un estipendio de mendrugos. La nación donde escribió Montalvo

no hizo caso. ¿A quién ha de temer Plaza, si solo encuentra humildes jesuitas, *crepos torales* que le llaman *respetable e ilustrado amigo*? Plaza a nadie teme, no porque sea valiente, sino porque comprende que no hay quién le de un balazo. No le han matado por miedo, unos; por falta de patriotismo, otros; porque le tienen asco, casi todos. Yo y los míos, pocos para revolución armada, no hemos de volver al sacrificio por un pueblo tan digno de heroísmos. Plaza no es valeroso, sino cínico; y su cinismo pasará a la posteridad, como ha pasado el crimen de Sodoma. ¡Plaza, este Plaza quiere ser Presidente para 1924! El Ecuador es su propiedad, y no hay quién se la dispute.

Paralelo entre Flores y Plaza

Hay un hombre, y no es, quizás, de los comunes, para honra y prez del Ecuador: éste puede todavía salvarse, si concurrimos afanosos los que todavía amamos a la patria. Y a este hombre es deber rehabilitarlo, ya porque su posición es para ello, ya porque está dotado de prendas, que, si es apoyado por nosotros, pueden desenvolverse en orden al progreso. Las apariencias lo alejan de nosotros, pero la realidad lo aproxima, si de nuestra mirada desaparece la nube del encono, interpuesta por equivocaciones transitorias. Pudo haber intervenido Plaza en 1920 en la elección del Dr. Tamayo; pudo haber contraído éste compromisos; pudo haber empezado por cumplir algunos, como los relativos a la conservación de ciertos empleados y la selección de otros, el tolerar a Plaza en las mismas entrañas de la patria, a pesar de saber que la envenena, porque en las arterias de ella ve el veneno, y sabe que los que propinan son de la servidumbre del reo; pero en lo demás, no es injusto, no da pruebas de someterse a preocupaciones y pasiones. Tenemos ejemplo en Rocafuerte y Flores, Flores, el paradigma más exacto de Plaza. Flores nació en una playa del Atlántico, y Plaza en una selva próxima al Pacífico, ambos fuera de nuestra querida patria: Flores y Plaza pasaron la niñez fuera de la casa paterna, entre granujas perdidos en las callejuelas y campos: Flores aduló a Bolívar y le traicionó varias veces; Plaza aduló a Alfaro y le traicionó también, hasta que le mandó asesinar. Flores usurpó el mando del Ecuador, engañando a Bolívar por medio del Gral. Salom; Plaza usurpó el mando del Ecuador, engañando a Alfaro por medio de dos ecuatorianos llamados Peralta y Vela: Flores asesinó a Sucre, y atribuyó el asesinato a Obando; Plaza asesinó a Alfaro, Andrade y otros, y atribuyó el asesinato al pueblo de Quito: Flores tomó esposa en Quito, entre las familias de buen linaje y

ricas; Plaza la tomó también entre las mismas: Flores cometió peculados sin número, se apoderó de bienes ajenos, falsificó la moneda, arruinó a miserables empleados, arrasó al Ecuador, hasta el extremo de convertirlo en aduar de pordioseros, y dióse boato de príncipe; Plaza le ha imitado en todo esto, y le ha excedido, como sucede con el asunto del numerario y su conversión en billetes, que han quedado de única moneda del pueblo; Flores asesinó a los batallones Vargas, Araure y Girardot, y a tanto infeliz en Miñarica, por menosprecio de la vida ajena y por satisfacer sus ansias; Plaza causó la muerte de más de 400 guayaquileños, en el 19 de enero de 1906, de cerca de 2.000 soldados en la campaña de 1911, de cerca de otros 2.000 en la campaña de Esmeraldas, sobrevenida por sus crímenes, de otros 200 guayaquileños, en el último noviembre de 1922, como efecto de sus anteriores robos, y todo por los mismos motivos que Flores: Flores trató de usurpar la gloria de Sucre en Tarqui; Plaza trató de usurpar la de Julio Andrade en Huigra y en Yaguachi: Flores fue de horrible conducta, cuando estaba de ordenanza del Cnel. Rangel, en los campamentos colombianos; Plaza lo fue en Managua, y quién sabe si en otros parajes... La familia de Flores, adquirida en Quito, heredó la propiedad del Ecuador, hasta 1895; ¿sucederá lo mismo con la familia que Plaza está formando en las haciendas del suegro?

En los salteamientos, en los latrocinios, en las socaliñas, Flores fue un modelo acabado: y Plaza le ha excedido, porque ha tenido más elementos para ejercer su profesión. Un banco y sus accionistas han venido a ser los logrereros, los agiotistas, los usureros, los monederos falsos de que Flores disponía. Guayaquil era el emporio de las tres clases primeras; la última era de la capital: "Cuántas platerías y caldererías tenía Quito, dice Cevallos, y algunas casas y tiendas particulares, se habían convertido en oficinas de acuñación de moneda, donde se trabajaban reales falsos y de puro cobre, cuasi públicamente, con lisura, a la luz del día". Y Flores lo consentía, y ésta era una de sus más fáciles prebendas. Indignado Rocafuerte, promulgó los célebres decretos de 10 de febrero de 1835, por medio de su inteligente Ministro Tamariz, aunque Flores era todavía señor del ejército. ¿Por qué usted, Dr. Tamayo, no ha puesto el dedo en la llaga, para parecerse a Rocafuerte, ya que su situación es la misma, con muy poca diferencia? ¿Por qué usted no ha influido en sus conciudadanos, para que reúnan congresos verdaderos, y no esas lechigadas de avechuchos? ¿Acaso en el Ecuador no hay hombres y perfectamente capaces de sostener a un hombre libre, a un hombre bueno, a uno que prefiera el bien del semejante, a la comezón infame de hacer daño, a trucque de que les llueva

provecho individual? ¿Puede usted, hallar un Tamariz, que contribuya a salvar al Ecuador?.

Plaza. Aristizabal y las peliforras

Referiré una de las astucias de Plaza, para que se comprenda el género de ellas: corría el primer año de su primera presidencia, y al mismo tiempo el rumor de que Plaza era varón frustrado, en otros términos, eunuco, a causa de una operación en un hospital de Costa Rica. Ya tenía novia, y recelaba que llegaran a ella estos rumores. En los diarios de Guayaquil empezaron a publicarse correspondencias telegráficas de Quito, en que decían que el Presidente había sido sorprendido en arrabales, rondando casas *non-sanctas*, en horas muy avanzadas de la noche. Entonces residía yo en Guayaquil. Pregunté al dueño de un diario el nombre del corresponsal telegráfico de Quito, y me contestó que era el Comandante Miguel Aristizábal. Sorprendime porque este era como hermano de leche de Plaza, íntimo desde la infancia. El problema se resolvió en Quito, a donde fui en aquellos días. Paseábame por San Blas, con Plaza: él sabía que yo era escritor, y deseaba aparecer moral a mis ojos: "Vea usted, cómo son las equivocaciones de estos periodistas, me dijo: Recibí denuncia de una conjuración, reunida en alta noche, en una casa de este barrio: al momento me disfracé y fui, bien armado, a sorprenderla". "¿Usted solo?", pregunté. "Absolutamente solo, Hallé que era casa de juego, y volví. Por aquella aventura dijeron los periodistas que me habían sorprendido rondando a peliforras. "El periodista es Aristizábal", le dije. Quizá estas palabras le persuadieron de que no me había engañado. ¡Engañarme con la manifestación de una valentía sobrehumana!

Para justificar a Tamayo, tenemos ejemplo en Rocafuerte y Flores. acabo de decir: preso se hallaba Rocafuerte en Guayaquil en la primera presidencia de Flores, su enemigo irreconciliable. Flores comprendió que Rocafuerte no era un hombre, sino un bando; no un bando sino la nación indignada, y quiso comprarlo. Costumbre tenía Flores de comprar a los hombres, la misma que ahora tiene Plaza: para estos mercachifles miserables, todos los hombres son cacao, son cuadrúpedos domésticos. Ofrecióle la Presidencia, con tal de que Flores quedara de General en Jefe: "Si no acepta, lo fusilo", añadió Flores. Rocafuerte era de alma heroica, y nada le hubiera importado morir, si hubiera visto un hombre capaz de sucederle en la defensa de la patria. No veía a este hombre: su muerte no era, pues, en beneficio de la patria, sino, al contrario, en daño irremediable; y habría

sido un crimen privarle de la vida de un hombre útil, en tan angustiosas circunstancias. "De Presidente podré hacer algo, aunque gobierne bajo la férula de Flores. se dijo el grande hombre y aceptó". El rehabilitó a la República, o mejor dicho, la organizó: le comunicó existencia y le enseñó a ser República. Los antiguos amigos y compañeros de Rocafuerte, los Franco, los Valverde, los Molina, por ejemplo, le declararon guerra, porque se había unido con Flores, y no hicieron caso de la bondad de su gobierno: el patriota los venció, y continuó en su magistratura con independencia y majestad. Al concluir su período, y viendo que el advenedizo volvía a usurpar el gobierno, la indignación de Rocafuerte se asemejó a la de Bruto respecto de César: no le apuñaló con acero; pero escribió 14 cuadernos inmortales, que ocasionaron el levantamiento de Guayaquil el 6 de marzo de 1845.

Un grito de auxilio al Dr. Tamayo: marzo de 1923

Tamayo ciertamente no fue enemigo de Plaza, como Rocafuerte lo fue de Flores; pero quizá provino tal rareza de resentimientos con el Gral. Alfaro. ¿Cómo Tamayo no ha de haber conocido, en tanto tiempo, las propensiones abominables de ese elemento?. Quizá le aceptó la presidencia, porque muerto su cuñado, el irremplazable Carlos Concha, vio imposible derrocar a Plaza con las armas, y vino a parecerle eran buenos sus proyectos, prontos para realizarse, apenas obtuviera el poder. Que Tamayo es patriota, ya no hay duda: lucha con energía; pero en un eriazo: no tiene una rama que pueda darle sombra, ni una gota de agua, apagar la sed en aquel desierto pavoroso. ¡Plaza, acaban de decirme, ese que para ir de Guayaquil a Quito, a hacerse cargo, por primera vez, de la presidencia, tuvo que pedir al Gral. Alfaro cien pesos, con el fin de pagar su pasaje en el ferrocarril; ese que en Managua ganaba propinas infames, es dueño de varias haciendas, vive en ellas como rico hombre, en los castillos de sus antecesores los monarcas de Aragón, y anda comprando otro fundo, por el valor de un millón de pesos, pagaderos en cóndores de oro, de los dejados por Alfaro al pueblo!... Tamayo no puede conservar amistad con Plaza, no puede alimentar una afección monstruosa.

Elogio de los Concha, cuñados de Tamayo

¡Ea, Dr. José Tamayo, Presidente! ¡Sois vos quien está llamado a la redención del Ecuador! Vuestro nombre es conocido desde la infancia

liberal, esto es, desde que los liberales subimos, por primera vez, al poder. Fuisteis, por consiguiente, escolar de Montalvo, condiscipulo, compañero, amigo y camarada de los viejos liberales actuales. En 1895, merecisteis un Ministerio de Estado. Sois hombre de pro, pues habeis llegado al solio, impoluto e incorruptible. Vos no tolerareis que la política sea feria, a donde acuden los negociantes a rellenar la bolsa, sino que la mirareis como santuario, donde sólo se adora a la patria, y se procura su felicidad con el entusiasmo de patriota. No importaria que hubierais subido, como vuestro antecesor, por escala dispuesta por Plaza: vuestro antecesor fue Baquerizo, vos sois Tamayo. La esperanza de un gran partido es alta, porque él no se contenta con bajezas: ¡alto tenéis que ser vos, pues sois la esperanza de los liberales de Espejo, de Morales, de Rocafuerte, de Montalvo, de Alfaro... y de Concha, vuestro hermano! ¿Podéis desconocer las desventuras patrias, vos, hermano de cuatro patriotas, cuatro héroes, cuatro jóvenes gloriosos? Visteis a vuestros cuatro hermanos, uno de ellos niño, irse contra despotillas, salteadores, homicidas, bandoleros, y demandarles la restitución de cuanto arrebataron al pueblo, a empeñar, por la negativa, heroicos combates, a morir, no siempre derrotados, sino a veces victoriosos, uno de ellos murió como Policarpa, arrancándose el corazón¹ y echándolo a sus verdugos a la cara; a morir porque no pudieron oponerse a su destino; y vos, ¿volveréis el rostro, despreciaréis el ejemplo de ellos, no escucharéis su llamamiento, y consentiréis que el enemigo gallee en triunfo, que el salteador disfrute de la presa, que la patria continúe ultrajada, y defenderéis al forajido con vuestro bastón de mando, como si su propiedad fuera la República, y todos los ecuatorianos sus sirvientes? Luis Vargas Torres, vuestro hermano, murió como Salavarieta, con heroísmo legendario; *Clemente Concha Torres*, vuestro hermano, niño de diecinueve años, murió como Girardot, arrancando lágrimas a sus compañeros de combate; *José María Concha Torres*, vuestro hermano, murió como murió Córdova, pero en servicio de la santa causa, no de una innoble traición, como sucedió con aquel heroico General, *Carlos Concha Torres*, vuestro hermano, hizo más: levantóse con un pequeño grupo de amigos y paisanos, cuando, como ahora, era intolerable la opresión, a pesar de que comenzaba el salteamiento el forajido se puso a dar diente con diente, porque *Concha le ganó seis batallas, con armas que le arrebató a él mismo*, no pudo salir de sus selvas, porque le fue imposible hallar

¹ - Se refiere a Luis Vargas Torres, hermano materno de los Concha y también cuñado de Tamayo.

transporte: cayó prisionero, después de victorioso: y concluido el martirio, expiró, dejando a su patria una lección inolvidable. Estos fueron vuestros hermanos, Dr. Tamayo, Presidente; ellos tienen en el Ecuador admiradores entusiastas, y éstos no están sino entre los liberales históricos, precisamente la parcialidad víctima de Plaza².

¡Ea, Dr. Tamayo, Presidente! No os uniréis con el verdugo, menospreciando a millares de víctimas; no os abrazareis con una carroña, que contamina con el hedor de las úlceras, y os alejareis de hombres dignos, indefensos, es verdad, e inermes, debilitados por tanta sangre vertida sin buen éxito, empobrecidos por la rapacidad de ese miserable, enfermos por la ineficacia de tanta ira, abrumados porque la libertad dura un día, y la opresión y la afrenta duran siglos. No Dr. Tamayo, vos no podéis caer en la misma tumba que Plaza, porque en la de él caerá saliva e injurias, mientras que a la vuestra, irá la Historia, a rendiros la veneración que rinde a buenos. Uníos con nosotros, con vuestra patria, y volveos contra su peor enemigo. Instituid tribunales severos, convocad a toda la República ante ellos, ordenad que sea juzgado aquel perverso, y este juicio será la vindicación de vuestra patria, la glorificación de vuestro nombre, la sanción sobre los protervos que tanto han afrentado al Ecuador. ¡Ea, Dr. Tamayo, sed justo! Que cese la influencia de ese bandido en la política, que ahora vos enseñoreáis, que su colmillo de serpiente no muerda, que su pezuña de cerdo no huelle una tierra que él ha convertido en estiercolero de América.

Yo no quiero vuestra dictadura, señor, no quiero vuestra reelección, porque no sería legal: lo que quiero es que no permitáis a un protervo, intervención en negocios de una nación tan incauta e inocente. Hasta vuestro advenimiento al poder, Plaza ha sido el elector, el legislador, el ejecutor, el tribunal supremo, la opinión pública, todo; y por eso ha dispuesto de todo como cosa propia, y ha muerto a la República. A quien gobernais es a un cadáver: pero vos le volveréis a dar la vida, si matáis al que ha asesinado a nuestra patria. Matadle con eliminar su nombre del rol de los que están formando pueblo ecuatoriano. Si no le sometéis a tribunales, que vaya a Barbacoas, que se lleve esas haciendas que con tanto trabajo ha adquirido, que las trueque allá con minas, que se lleve a sus Oliva, a sus

2.- Un Plenipotenciario nombrado por Plaza. llamado Alberto Muñoz Vernaza. fue uno de los verdugos que sacrificaron al Cnel. Luis Vargas Torres en Cuenca: probablemente por ignorancia, el Dr. Tamayo lo conserva en la Plenipotencia. Los crímenes deben tener castigo, no premio. (R. A. R.)

Monteverde, a sus Egüez, a sus Baquerizo, a sus Sierra, a esa muchedumbre innoble de esbirros, para que laboren esas minas, como han laborado la mina ecuatoriana. Entonces podremos formar República; ya elegiremos los que debemos elegir, los que conocemos la importancia del hecho, los que deseamos bienestar para la patria, comprendemos la virtud y el vicio, y preferimos la virtud para el gobierno. Ya no habrá votos comprados y vendidos; ya no irán a sufragar feligreses, intimidados por el infierno de los curas; ya no irán con su paquete de cien votos el soldado, que es quien menos entiende de sufragio, a convertir la sagrada urna en morral o cartuchera. Vos presidiréis la elección, porque todavía estaréis en el mando; y a vuestro concurso señor, se deberá el renacimiento de la forma republicana en nuestra patria. No se volverá a oír el aullido de esos lobos. Agua se les ha de hacer la boca a esos cincuenta o sesenta candidatos, con el espectáculo de un sirviente de prostibulos, peón de cervcerías, vuelto en un santiamén millonario, a costa de la Tesorería ecuatoriana. Pocos serán los que se parezcan a Rocafuerte y Alfaro. ¡Venga a la presidencia el mismo diablo, no Plaza ni ninguno de los que han sido criados de ese monstruo!

Roberto Andrade
New York, Marzo de 1923.

P.S./ Parece que el Ecuador se ha indignado con la nueva pretensión de Plaza, vuelven a escribirme, en fecha posterior. "Lo que ha querido es averiguar si le tolerarían otra vez. En vista del desengaño, ha publicado una carta en que manifiesta que no quiere. Como el sujeto es una gentil pieza, y conoce al Ecuador por demás, no es difícil continúe trabajando en secreto".

¡Ahí va, con tiempo, este aplauso, ecuatorianos!

La edición de mi Historia

Fui al Ecuador, dejando en Nueva York a mis tres hijos. En Quito me pidió el Dr. Tamayo una minuta del contrato, y la aprobó. Debían imprimirse 2.000 ejemplares de cada tomo, de la "Historia del Ecuador en la primera mitad del siglo XIX"; debía dárseme un linotipo y un linotipista, a mis órdenes; como precio, o como suscripción de parte del Gobierno, debían dárseme \$ 7.000: \$2.000 al firmar la escritura, y \$ 5.000 en dividendos, a la entrega de cada tomo. Es de advertirse que el compromiso no era sino para la publicación de los dos primeros tomos. No se firmó el

contrato hasta que llegó el papel, pedido a Nueva York, donde yo lo había escogido. Vino el papel como a los 6 meses. Para firmar el contrato, *me llamó, por la noche, el ministro. Yo no lo había conocido: era de raza india, y se apellidaba Ortiz.* Me agradaba y me agrada que personas de esta raza ocupen en América altos puestos; pero Ortiz era desconocido en la política y salido de la servidumbre de Plaza. Me fue presentada la minuta; pero con una cláusula interpuesta: "No se procederá en ningún caso, a la impresión de pliegos, decía, sin que en ellos conste, firmada y sellada por los Subsecretarios de Gobierno y de Hacienda, la autorización del caso, presidida de la razón de que han revisado las pruebas".

- Esta cláusula es nueva, y yo no la acepto, dije: las leyes no autorizan censura previa, y una historia no debe ser jamás censurada, para que pueda o no publicarse. Que la mía la censuren dos Subsecretarios, es muy raro.

- Es orden del Presidente, y yo no hago sino comunicársela.

- Voy a hablar con el Dr. Tamayo, contesté y me dirigí a la puerta.

- Es inútil, dijo el ministro. El Dr. Tamayo se fue, porque la señora su esposa está moribunda en Guayaquil.

- Me han tomado Uds. en un callejón sin salida, dije, con molestia.

- Si tiene salida, replicó. Firme, y se empieza mañana la impresión: después de 15 días, ya el Presidente ha regresado y se agregan a este otro adicional, en que eliminen la cláusula acerca de los subsecretarios.

Problemas con Leopoldo Rivas

Tuve que firmar. Yo no conocía al ministro, a los subsecretarios ni a los otros empleados que iban a entenderse *en la edición de mis obras.* ¿Qué objeto tendrían estos hombres en oponerse a ella? Yo no sabía todavía que eran dependientes íntimos de Plaza, quien residía, como oso, en una de las haciendas robadas. Presenté mi manuscrito al regente de la imprenta nacional, y acto continuo se empezó el trabajo. Sucedió que se dañó la prensa, y no pudo funcionar en cerca de un mes. Se imprimían las pruebas y yo las guardaba. Para cumplir con el contrato, mandé las dichas pruebas a los subsecretarios mencionados: el del Interior era don Nicolás Jiménez, quien no resistió, leyó y firmó; el de Hacienda, era *D. Leopoldo Rivas.* *Este se resistió a leer, y por consiguiente, a firmar las dichas pruebas.* Intímeme renunciara al cargo, y me prometió hacerlo; pero no lo hizo. No fue necesario presentar las pruebas al regente, porque no se compuso la prensa hasta el regreso del Dr. Tamayo, quien, a su llegada, la mandó

componer y que se procediera a la impresión. Por la mañana de cierto día, funcionaba ya la máquina; regresé por la tarde y no funcionaba.

- Vino el Presidente, en persona, a ordenarme suspendiera, me dijo el regente.

Conferencia privada con Tamayo

Tuve que guardar silencio, esforzarme en dominarme y subí a hablar con el Dr. Tamayo, a quien encontré en los andenes.

- ¿Por la mañana una orden y por la tarde otra?, le dije sonriendo.

- Vamos a hablar donde no haya testigos, dijo.

Entramos al gabinete presidencial y nos encerramos en él.

-Para imprimir una obra en la imprenta nacional, es preciso que no sea de polémica, me dijo.

Sorprendíme y le contesté inmediatamente:

- Desde el principio, puse en manos de Ud. los cuatro tomos que van a imprimirse, escritos en letra de máquina.

- Ud., no sabe que yo no he podido leerlos; pero los di a personas competentes y ellas me aseguran que su historia es una diatriba contra el Ecuador.

- Si hay algo de diatriba, no será contra el Ecuador, sino contra los tiranos y perversos, fue mi respuesta. Ud. sabe que la verdad no es muy grata para los paladares malsanos, y en mi historia todo es verdad. Sé lo que es historia, y también lo que es polémica. Es calumnia decir que mi historia es diatriba, y yo me veré en el caso de exigir explicaciones al que tal cosa ha asegurado, el que indudablemente no es Ud.

Se sonrió y me ofreció dar otra orden, después de hablar con el Ministro.

Defensa de mi apasionamiento

A no sé qué escritor se le ocurrió llamarme *historiador apasionado*, y desde entonces los inocentes y poco advertidos, me suponen derrotado. El historiador debe ser veraz en todo, y si es apasionado, no es veraz. *La pasión se toma, no en el sentido de perturbación, sino en el de vehemencia de entusiasmo, de justa ira. El calificativo apasionado, dado a un historiador, es justo elogio.* "Sostengo que la historia debe ser escrita con iracundia, con entusiasmo", dice un escritor alemán, discípulo de Mommsen. Nuestro Gran Miguel de Unamuno, uno de los glorificadores de

Montalvo, acaba de felicitar a un Departamento de España, porque tiene un historiador vehemente, iracundo, apasionado; pero veraz y justo. Los que refieren hechos de la vida humana, sin indignarse por un atentado, sin regocijarse por una virtud, sin enternecerse por un heroísmo, dan idea de que no son veraces ni leales, de que ocultan lo que puede ofender a otro, e inventan lo que puede deprimir o halagar a determinado gremio o persona: el cuadro por ellos trazado, no interesa, y por consiguiente, no sirve de lección provechosa. *El que dice verdad, a nadie injuria; el que injuria es el que tiene al lector como papanatas y lo hace comulgar con ruedas de molino.*

Sobrevinieron mil inconvenientes, y el principal consistía en que ni Presidente ni Ministro querían hablar conmigo: si alguna vez hablaban, no era sino para halagarme con promesas. Tamayo llegó a decirme que no dejaría la Presidencia, sin haber empezado la impresión de mi obra. Era por librarse de la molestia de verme y oírme. Yo veía claramente la sumisión de Tamayo a Plaza, pues éste tenía la llave, con el mando absoluto del ejército; yo sabía que Plaza era infame y no se olvidaría de mis obras "Campaña de veinte días", "¡Sangre! ¿Quién la derramó?", "Vida y Muerte de Eloy Alfaro", y opúsculos y hojas volantes contra él; y ¿cómo abrigaba esperanzas, sino por tontería o sencillez, de que la justicia brillaría a mi favor?.

Dije un día a Tamayo:

- El daño que Ud. me causa es muy grave; según el contrato, a la entrega de cada tomo, el gobierno debe pagarme un dividendo: no puedo entregar ni un tomo por la demora de Ud., y por esta causa no recibo el dividendo.

Mandó pagarme este dividendo que consistía en \$ 1.000, si no me equivoco.

Prisión de mi hermano Carlos

Un día, mi hermano el Cnel. Carlos Andrade fue aprehendido, por orden probablemente de Plaza. Fui a quejarme al Dr. Tamayo, por las arbitrariedades de aquel entrometido. Tamayo se empeñaba en que yo no creyera en la influencia de Plaza, y ordenó la libertad de mi hermano.

Cristóbal Gangotena pretende refutarme: 1924

Por fin Tamayo se fue a su casa, y me quedé yo con tantas narices. El manuscrito de mi obra, entregado al regente de la imprenta, había sido puesto por él en manos de *Cristóbal Gangotena*, un conservador que se las echó de liberal, por acomodaticio, y leyó de ella lo que pudo. *El mismo me dijo que tenía una refutación*, para el caso de que se publicara. El fue uno de los que desacreditaron mi obra en Quito, llamándola diatriba, apasionada, impostora. Mis amigos aumentaban con la propaganda de estos hablantines. Gangotena tenía parentesco con descendientes del primer tiranillo ecuatoriano, el Gral. J. J. Flores,³ y que denostó mi obra ante ellos, atribuyéndole calumnia por el asesinato de Sucre. Está ya probado que no es calumnia con la conferencia mía en la Academia de Historia de la Habana, en 1930; o mejor con la impresión de mi obra: "Historia del Ecuador en la primera mitad del siglo XIX".

Acuerdo de la Academia de Bogotá incitando la formación de una Academia en Quito

Entonces llegó a mi poder el siguiente acuerdo de la Academia Nacional de Historia de Bogotá, enviado a Quito en 1908 y conservado, sin que yo lo supiera, en la Academia de Historia de Quito, compuesta de conservadores.

"Proposición de la Academia de Historia de Bogotá, presentada y sostenida por los infrascritos individuos del número, en la sesión del 17 de agosto de 1908.

"Deseosa la Academia Nacional de Historia de estrechar las relaciones que existen actualmente entre ecuatorianos y colombianos, y de allegar el mayor número de luces y energías que fuere dado, a fin de coadyuvar a la formación y al estudio de la Historia de los países aludidos, se permite excitar al Ilmo. Sr. Dr. Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, eximio historiador y correspondiente de esta Academia, y a los señores Roberto Andrade, Dr. Alejandro Cárdenas, Dr. Luis F. Borja (padre), Dr. Luis Cordero, D. Celiano Monje y D. César Borja, para que, si lo tienen a bien,

³- Era primo hermano de Jacinto Jijón casado con una nieta del Gral. Flores. Además su esposa -Rosa Noboa Caamaño- era prima hermana de los Flores Caamaño. nietos del general.

funden en la capital de esa nación, una Academia de Historia, con el objeto indicado, y con el cual se honrará especialmente la de este lugar, en mantener constantes relaciones.- Simón Chaux, José Joaquín Guerra, Arturo Quijano".

La Academia se opone a mi historia

La citada proposición fue enviada a Quito, cuando yo estaba ausente. El arzobispo la manifestó a varios jóvenes, amigos suyos, que después formaron la corporación que aún existe, desentendiéndose de la proposición de Colombia. En 1924, cuando el contrato con el Dr. Tamayo, *supra* que la mencionada Academia proyectaba oponerse a la publicación de mis obras: me lo afirmó uno de los miembros de ella. El Dr. Tamayo habló con éste, y le expuso que no tenía derecho. Ya yo comprendí que de parte de otra entidad me sobrevendrían inconvenientes; los individuos de la Academia eran partidarios de los jesuitas.

Los jesuitas prométenme la Presidencia del país.

El jesuitismo es un hurón gigantesco, que horada el subsuelo, en la extensión de varias naciones, y causa, a veces, cataclismos, como ha sucedido en varias épocas. Ya el mundo ha comprendido, y les están expulsando en todas partes, excepto en las ciudades por ellos corrompidas y cegadas, desde que los engendró San Ignacio, apoderándose de la primera educación de los jóvenes. Los gobernantes los temen, cuando no son de su gremio, y esperan la ocasión que los jesuitas evitan, con la maestría propia de larga experiencia. Dominan el Ecuador, desde que lo conocieron, en el siglo XVI, cuando la nación era todavía colonia. La metrópoli los expulsó por dañosos; pero volvieron cuando el Ecuador era ya República, traídos por Gabriel García Moreno, quien, disimuladamente, los convirtió en sus ministros de Estado, con la condición de que espieran, delataran, propagaran que su protector era el hombre necesario. Nada dicen contra mí, porque mi causa es la justicia, y yo he sabido defenderme; pero me desacreditan en privado y cuidan de que no se den a la estampa

mis obras. Me dijeron que alcanzaría yo la Presidencia del Estado, si desistía de ofender al Excmo. Sr. Gabriel García Moreno⁴.

1924: El Dr. Pio Jaramillo

El Dr. Jaramillo Alvarado escribió un artículo encomiástico⁵, aplaudiendo la impresión de la obra:

"El viejo liberal y profundo escritor D. Roberto Andrade, tiene escrita una muy interesante obra, sobre la Historia del Ecuador, que por ser de un observador concienzudo, y en gran parte, testigo presencial, tiene el valor de algo vivo y palpitante, lleno de interés y de datos curiosos".

Un grupo de senadores y otras personas de viso, firmaron una petición, escrita por el mismo Dr. Jaramillo Alvarado, al Presidente Córdoba, con el mismo objeto. ¡Y este abogado acaba de claudicar y se convierte en enemigo mío, por agrandar a jesuitas!⁶.

Carta de Jacinto López; mi esperanza en Córdoba

De Nueva York me escribió uno de los publicistas más notables de la América española, el venezolano D. Jacinto López:

"Gran pena me han causado las dificultades y contrariedades, que ha encontrado en le empresa de la impresión de sus libros. Por estrechez mental, por el medio en que viven y por falta de nociones civilizadas esos hombres son inhumanos; y lo peor es que no lo saben, no se dan cuenta de ello. Para no respetar el decoro y la dignidad de los hombres y las cosas, es necesario ser inconsecuente o salvaje. Lo que a Ud. le han exigido, en relación con la impresión de su Historia, no es capaz de exigirlo un hombre que se respete y sepa lo que hace. Ud. está, por lo que veo, en la alternativa de sacrificar la verdad y sus opiniones como historiador, o abandonar la empresa ya comenzada. Yo, en su caso, optaría, sin vacilar, por el segundo extremo. De todos modos, a ésto le forzarán a Ud. las

⁴.- El Dr. Augusto Bueno, Ministro de la Corte Superior de Quito, amigo y *condiscípulo mío*, puede dar idea de este proyecto jesuítico. Averigüese y se sabrá si el Dr. Bueno es o no partidario de los jesuitas (R. A. R.)

⁵.- En "El Día", 2 de octubre de 1924. (R. A. R.)

⁶.- Véase mi opúsculo "Montalvo y su centenario en el Ecuador". (R. A. R.)

circunstancias, pues lo que pretende ese señor que le ha dicho a Ud. que no se imprimirá nada, sin que él lo vea y lo apruebe antes, es ejercer la censura sobre un libro, imponerle su punto de vista, sus preocupaciones y sus prejuicios, en fin, escribir él la Historia, adulterándola. En este conflicto, la crisis no tardará. Quizá ha ocurrido ya. Ud. no se someterá, y la estupidez y la ignorancia malograrán su obra. ¿No hay allí en el Gobierno, un hombre inteligente y civilizado, un hombre humano que le oiga a Ud., que le comprenda y salve la situación?. No conozco al nuevo Presidente, no sé nada de él; pero Ud. parece tener en él esperanzas, y mi mayor deseo es que sean fundadas, y que a esta hora, el problema esté satisfactoriamente resuelto".

Esta carta fue escrita el 17 de octubre de 1924. Los ecuatorianos sabrán las personas contra quienes se dirigió este dardo.

El *hombre inteligente y civilizado el hombre humano*, apareció; pero fue a los 4 años se llama D. Gonzalo Zaldumbide.

Córdova y yo

Julio Andrade el descubridor de Córdova

El Dr. Gonzalo Córdova había sucedido a Tamayo. Era de Cuenca, va conservador, ya liberal, o sea, acomodaticio. Allí conoció al Gral. Julio Andrade, quien lo apreció, porque era inteligente, y se empeñó en llevarlo a Quito, donde sus aspiraciones hallarían mejor campo. En Quito fue liberal y legislador, hasta que tropezó con Plaza, quien lo embaucó y lo elevó a Presidente. Era mi amigo, y procuré atraerlo.

"Ud. se ha colocado entre su patria y Plaza", le dije; "Y debe aprovecharse de esta circunstancia, para libertar a su patria de las arterias de un malvado, que la está dejando en la ruina. Un hombre de talento, como Ud., debe tomar el mando del ejército, convenciendo, en secreto, a los principales jefes. No le falta sino obrar; y si la voluntad es decidida, triunfará".

"Es muy difícil", me contestaba; y la principal razón de la dificultad, era la falta de resolución decidida, la que no podía yo suministrarle, porque en Córdova prevalecía el interés personal. Tenía un vicio, la embriaguez, y se hallaba debilitada o extraviada la potencia llamada voluntad.

Cuando hablábamos de mis escritos me manifestaba indignación por la conducta de Tamayo, y me prometió nombrar ministro a un individuo

que se mostró mi partidario, para que se interesara en la publicación de mis libros: era el lojano Pio Jaramillo Alvarado, escritor a quien acabo de aludir. Subió al ministerio y empezó a tratar de tal empresa; pero resultó que el papel de imprenta era gastado sin consideración alguna: lo empleaban hasta en avisos de teatro. *Un Ministro de Hacienda, apellidado Gómez*, aparentemente mi amigo, había escrito un libro relativo a Hacienda Pública, lo imprimió en mi papel, y luego resultó dicho libro inútil y se lo echó a las llamas. La destrucción del papel, ignorada por mí, me obligó a andar de acá para allá, hablando con ministros y palaciegos, a quienes profundamente despreciaba. La obra empezó otra vez a imprimirse; pero hubo que suspender, acto continuo.

Entonces se descubrió otra intentona de robo enorme y temerario de Plaza: él, de dueño absoluto de la patria, debía robar todo lo robable, porque preveía la impunidad más escandalosa. Escribí en aquellos días el artículo siguiente; pero fue imposible darlo a la estampa en todo el Ecuador.

* * * * *

HECHO ABOMINABLE

La venta de las Galápagos

En las postrimerías del Gobierno y la vida del Gral. D. Eloy Alfaro, recibió éste una propuesta de un millonario norteamericano, acerca de nuestras islas Galápagos: el millonario deseaba comprarlas, y ofrecía 30 millones de dólares. El intermediario era Mr. Harman, constructor de nuestro ferrocarril, a quien el Gral. Alfaro no quería disgustar. Contestóle al principio, que tal vez vendería, si el proponente fuera el Gobierno de los Estados Unidos. Poco después se presentó Mr. Fox, ministro de la nación norteamericana, y dijo al Gral. Alfaro, que no se oponía su Gobierno al negocio. El Gral. Alfaro replicó que nada importaba el consentimiento del Gobierno de Mr. Fox, si él, Alfaro, no debía efectuar dicha venta, porque no era de él el Archipiélago, y para venderlo necesitaría un poder, con la firma de todo ecuatoriano: hasta del más desventurado mendigo. El intermediario y el ministro volvieron con nuevos argumentos; y el Presidente consintió en consultar a una Junta de Notables, reunida en cada provincia. Se reunieron, en efecto, dos juntas, una en Guayaquil y otra en Riobamba;

y como ambas dieron voto negativo, los proponentes no quisieron que se reunieran los demás, y desistieron.

Leonidas Plaza, ya Presidente en un periodo, por ineptitud o maldad de pocos, e inocencia de todo el Ecuador⁷, se hallaba en Nueva York emigrado, y allí recibió noticia del negocio en cuestión: imaginense sus ansias, cuando vio que se le escapaban 30 millones de las manos, suministrados por el candor de una nación para él extranjera. A poco días llególe la noticia de la caída del Gral. Alfaro, a causa de la *sublevación de los cuarteles. promovida por uno de sus más íntimos amigos*. No fue el golpe en favor de Plaza; pero él se aprovechó inmediatamente del desorden: el cable y el correo le sirvieron para despertar a sus amigos ecuatorianos, con la oferta de que él volvería al poder, no ya como antes, pero si con un tesoro de 30 millones de dólares. Puso en circulación en Nueva York el rumor de que venía como Presidente ecuatoriano, y vino. El Gral. Alfaro y muchos de los que podían oponerse al crimen ya proyectado por Plaza, fueron asesinados, como todo el mundo sabe. Después de este hecho horrible, fueron enviados a los Estados Unidos, agente tras agente, con el objeto de apresurar la celebración del negocio: no lo consiguieron: el millonario contestó que había cambiado de opinión: "Mis paisanos son observadores, díjome un norteamericano, en aquellos mismos días: los que hay en el Ecuador, han conocido a los criminales actuales y han comunicado sus nombres a los Estados Unidos, sin tardanza. Allá se sabe mejor que aquí quiénes son los verdaderos asesinos de Gral. Alfaro y sus amigos. Hombres tan malvados, no han de conseguir dinero, ni en empréstitos". Y así fue: cuanta intentona maquinó aquel hombre, salió frustrada.

Publicado mi libro: "¡Sangre! ¿Quién la derramó?", fuime al Perú, en busca de refugio: allí se publicó el siguiente cablegrama: "Buenos Aires, Octubre 23 de 1912.- Es tema de comentarios en los círculos diplomáticos de algunas capitales Sudamericanas, el rumor que ha llegado hasta aquí, de que el Gobierno del Ecuador ha enviado o piensa enviar a Buenos Aires, un agente secreto para *gestionar* la intervención de nuestro país en el asunto islas de Galápagos"⁸.

7.- Casi todo el tiempo que le restó de vida al Gral. Alfaro, desde el advenimiento de Plaza al poder, lo empleó en vindicarse de la acusación de haber contribuido a la elección de aquel hombre. (R.A. R.)

8.- "El Comercio".- Lima, Octubre 24, de 1912. Edición de la mañana. (R. A. R.)

El Gobierno del Ecuador era Plaza; y en aquellos días pasó un dependiente íntimo de él a Buenos Aires. Cualquiera puede deducir lo que yo deduje, en 1914, cuando publiqué el telegrama antes citado, en mi cuaderno "Patriotismo", dado a la estampa en Lima: buscó asiduamente cómplices, y no los halló, a pesar de la oferta de millones; y por fin se resolvió a buscar uno, en el Presidente de la República de Argentina: probablemente se indignó este hombre austero, y mandó se informara al mundo, por el cable, acerca de una propuesta tan indigna.

No se volvió a hablar del Archipiélago, sino con relación a negocios que agentes de Plaza celebraron en el Perú y en Chile, perjudicando a ciudadanos de ambas naciones.

No se ha movido del Ecuador el *hábil negociante*, en espera de alguna oportunidad más ventajosa. Años ha permanecido como oso en malezas, pasando por las ciudades en rápido automóvil, y custodiado siempre de esbirros; tanto temor le inspira el pueblo, al cual ha arrebatado todo el numerario y lo ha reducido a la más absoluta indigencia. La oportunidad se ha presentado: la primera denuncia ha venido de Panamá, por nuestras manos, dirigida al Presidente Dr. Córdoba, y en ella se leen los siguientes párrafos:

La súplica del Guayas y Sáenz de Tejada

"En el Ecuador existe hoy una dolorosa perspectiva: se piensa sacar millones de una necesidad internacional; y para ésto se viene fraguando una inaudita traición a la patria ecuatoriana.

"La primera palabra, como revelación de esta infamia, la oímos de boca del Sr. Secundino Sáenz de Tejada y Darquea, quien en esta ciudad de Panamá, decía: 'Si el próximo elegido para Presidente del Ecuador, no es un guayaquileño, la Costa se separará de la Sierra'.

"Esta frase declaratoria, por ser acerca de materia tan trascendental, despertó en nosotros detenida meditación y un vivo deseo de conocer e indagar el fondo del asunto, hasta que por fin hemos llegado a la plena convicción siguiente:

"Algunos banqueros y capitalistas de Guayaquil gestionan en el sentido de conseguir el apoyo de los Estados Unidos de Norte América, para proclamar la República del Guayas, en cambio de la cesión de las islas Galápagos.

"Entiéndase bien que esta acción nefanda no es del pueblo altivo y generoso de Guayaquil, sino que es obra exclusiva de la ambición de

sus explotadores sin conciencia, que no satisfechos de esquilmar individualmente, pretenden sacrificar la patria en el altar de la avaricia.

"Esto no puede sorprender a nadie que comprenda que esos mismos banqueros y capitalistas, son los que, por medio del agio, tienen sumido al pueblo todo del Ecuador, en el hambre y la miseria: ellos los que, con la fábrica de billetes sin respaldo, han hecho del Estado y sus instituciones, su mejor feudo; ellos los primeros responsables del derramamiento de sangre inocente el 15 de noviembre de 1922; ellos los únicos responsables del fermento de revancha, que predomina en las clases populares de Guayaquil; y éstos, ¿para qué necesitan su feudo, la patria, si de una vez pueden sacar de ella los millones que ambicionan?.

"...Hay potencias que no pueden ocultar sus preparativos bélicos contra Norte América, envidiosos de su grandeza y poderío; y como la zona del Canal sería el teatro de la tragedia, la posesión de las islas Galápagos es para Norte América de necesidad inaplazable... Por eso no esperará oír el clarín del enemigo, porque entonces ellas serían casi inútiles. Norte América necesita de esas islas ya mismo, para transformarlas en centro de defensa del Pacífico..."

"Panamá, 20 de Octubre de 1924.

"Juan E. Naula".

El autor de esta denuncia asegura que "los banqueros y capitalistas de Guayaquil gestionan la consecución del apoyo de los Estados Unidos, para la proclamación de la República del Guayas, en cambio de la cesión del Archipiélago", y a nosotros nos parece que lo que gestionan es la compraventa de las islas, con la condición de proclamar la República del Guayas (o del Pacífico), para que con el Gobierno de ésta, celebren los Estados Unidos el contrato. El Archipiélago pertenece a la provincia del litoral de Manabí, y ésta formaría parte de la República del Guayas o del Pacífico. Todos en Quito han visto la carta réplica a una mía, en contestación a la primera, por él dirigida, con el encargo de entregar al Presidente su denuncia. Y ni él ni yo presumimos que tan inicua idea haya nacido en los cerebros de capitalistas y banqueros, porque en el Ecuador no ha aparecido jamás un codicioso tan osado y tan perverso. Fue resultado de las intenciones anteriores de Plaza. Este hombre no tiene patria, ni moralidad, ni vergüenza: se atreve a cuanto es posible, aunque sea lo propio del

demonio, con tal de acumular caudales, porque en él no hay sentimiento humanitario. Engatusó a ciertos capitalistas y banqueros del Guayas, y ellos están en el proyecto de proclamar la separación de las provincias litorales.

Nos dice de Guayaquil un noble anciano:

"Como en 1822, antes de la venida de Bolívar, se habla aquí con calor sobre nuestra nacionalidad: hay opinión poderosa en favor de la Republicuita del Guayas, como la deseaban muchos de nuestros antepasados, en la época de la Independencia. El proyecto de federación tampoco deja de tener sus partidarios. De estos asuntos se han tratado en diversas Juntas de Liberales, entre las que no escasean los irreflexivos y voluntariosos. El caso es grave, y se lo comunico, desde luego, etc."

La herida mortal e injusta a una nación, es el más desafortado e infame de los crímenes: por eso son abominados los tiranos, pues ellos son los peores enemigos de los hombres. En una nación hay buenos y malos, inocentes y culpados, dignos e indignos; ¿por qué los primeros han de ser castigados como lo merecen los segundos? Si dicha nación es perseguida, abrumada, destrozada por un hombre injusto, necesario es que los justos vuelvan por sí mismos, paren el golpe tiránico, echen en un muladar al osado, en defensa y desagravio de la humanidad ultrajada. Después del degüello de nuestros benefactores y grandes compatriotas; del de millones de ecuatorianos inocentes, asesinados en guerras, provocadas por usurpador indigno; después de la agonía en que nos dejó la orfandad; después de la rapiña de todo nuestro numerario, el abandono y descrédito de nuestro comercio, la ruina de nuestra agricultura, la cual no sirvió en mucho tiempo sino para beneficio de malvados; después del hambre de todas las clases sociales, del adormecimiento de las inteligencias, de la abyección y corrupción de una parte de nuestra juventud, la gallada, la valerosa, la patriota, convertida en ordenanza, en genízara, en herramienta de un malvado, ¡Y extranjero!, no por ningún afecto noble, mas aún por no espirar de inopia unos, por no ver morir de ella a sus familiares, y otros por la adquisición de dinero, para sus gollerías y sus vicios; después de la ruina de nuestro crédito ante las naciones extranjeras, de nuestro vigor, de nuestra vergüenza, de nuestras virtudes, de todas las facultades que impelen al hombre al progreso... aparece el riesgo de disolvemos, de dejar de ser Ecuador, de convertirnos en migajas, que servirán de alimento a insectos y reptiles.

Grandeza de Garcia Moreno

El antiguo Departamento de Guayaquil fue tan grande, tan noble, y munífico, que mereció que el primer hombre de América lo calificara del mejor de los pueblos de Colombia. "Guayaquil le proporcionará recursos", escribía Bolívar a Salom, desde el Perú, cuando se hallaba angustiado en aquella difícil campaña: "Guayaquil es lo mejor que tenemos en nuestra Gran Colombia". Guayaquil era notable por su patriotismo y honradez, su incorruptibilidad y pujanza, su firmeza y energía, su valor y estima propia, su inclinación a todo lo decente y generoso, y su laboriosidad infatigable; y varios de sus varones conspicuos demostraron solicitud e interés, por la dificultad de la vida serranega, incomunicada con el mundo. Sea Rocafuerte uno de los principales testigos, séalo también García Moreno, séalo, por fin, Alfaro, el que aproximó a las dos regiones, una a otra, para que se miren y se dieran un abrazo. Y Guayaquil, ese Guayaquil ecuatoriano, ese Guayaquil tan liberal, ese Guayaquil civilizado, en vez de ayudar a sus conciudadanos andinos a lanzarse de la ignorancia y el oprobio, a civilizarse, a combatir y vencer a sus tiranos, los que todavía tienen al Ecuador sumido en fango, cae desde su brillantez apostólica, que deslumbró aún a Bolívar; y empujado por un extranjero inicuo, ¿se hunde en un sumidero hediondo y pútrido, el del egoísmo por codicia, el de la inmólación de un millón de hombres, sólo por regodearse, en cambio, en la comodidad transitoria que da el oro?

Defensa de la integridad del Ecuador

El Archipiélago de Galápagos pertenece a una de las provincias litorales, de él necesita la nación más poderosa del mundo, por él está ofreciendo caudales, y en esta oferta viene a apoyarse un malhechor, para la realización de su deseo. Separada la región marítima, él o alguno de sus secuaces, llegará a ser jefe; y así, no habrá dificultad en la enajenación del Archipiélago. Nosotros quedaremos burlados, encerrados e indigentes. ¿Con este cebo ha consumado la corrupción de un grupo ya pestífero, y en esta pestilencia se apoya para obligar a Guayaquil y sus comarcas, al olvido de la lealtad y el patriotismo, el menosprecio de todas las virtudes sociales, a la traición al suelo patrio, el más desaforado de los crímenes, en todas las legislaciones y naciones? Y ¿hallará el malvado en aquel suelo, ciudadanos que cooperen a tal hecho, fuera de los pocos ya contaminados? ¡Guayaquileños, manabitas, esmeraldeños, orencenses, habitantes de los Ríos!

¿Es cierto que combatisteis en Pichincha, para dar la existencia al Ecuador, para favorecer a vuestros hermanos andinos, para regocijaros con el regocijo de ellos, para formar un hogar con ellos, en el cual se multiplicarían vuestras proles, y contribuirían a la formación de una República gloriosa? Ligadas están las familias interandinas y costeñas, se aman, se consideran, gozan juntas, y más intensamente, sin duda, desde la construcción de la vía férrea, obra de una de las víctimas de aquel sanguinario extranjero. Somos hermanos, amigos, camaradas, en cuatro siglos hemos sido coterráneos ¿y hemos de alejarnos los unos de los otros, solamente por la codicia de un extraño, más que extraño, depravado?.

La compra de Panamá

El hecho de Panamá es muy diverso del que pretenden efectuar Leonidas Plaza y los guayaquileños degradados. Para adquirir el Istmo, los Estados Unidos propusieron compra a Colombia, y el Congreso de esta nación no aceptó entonces los Estados Unidos, por llevar a cabo una obra, indispensable para el mundo, y de la cual él se encuentra satisfecho, se apoderaron de dicho Istmo, y pagaron por él 25 millones de dólares. No quedó Colombia encerrada, sino con dilatados y numerosos puertos, y con territorio extenso, en las costas de los mayores océanos del mundo. El Ecuador quedaría sin otros confines que las selvas y las más imperceptibles poblaciones de Colombia y el Perú, y absolutamente separado de los mares, como Bolivia, Suiza, Austria-Hungría. Los andinos del Ecuador compondremos uno como aduar de miserables, al cual menospreciará toda la humanidad orgullosa. ¿Nuestros antepasados fundaron esta patria, para que venga un Plaza y la destroce, antes de que nos aprovechemos de ella, como descendientes de ellos? Ved como ríe la humanidad entera, ved cómo nos vuelve las espaldas, ved cómo no podremos salir de nuestras chozas, ni gozar como los demás hombres cultos, ni siquiera esperar que a nuestros hijos agradezca el género humano por alguna acción generosa. Mientras los demás estados buscan ensanche, porque lo requiere el progreso, y lo hallan, nosotros nos dejamos arrear por un malvado, y caeremos en una pocilga, para no volver a levantarnos.

¡Alzaos, habitantes de la región interandina! Probad que no sois esclavos, que os mueven afectos nobles, que podéis vencer a hombres, y con mayor razón a reptiles. Reptil fue el que engañó a Eva, reptil el que está engañando a un millón de hombres, tentándoles con una manzana de oro, de metal, no siquiera jugosa y deliciosa, como las que brindaba el

paraíso. Y después de tentarlos, de sobornarlos, de corromperlos, dicha manzana será para él y para los ecuatorianos la burla y el desprecio. Vuestros hermanos del litoral no os ven con odio, no quieren vuestra destrucción, en cambio de un precario goce de ellos, que pronto será sustituido por un grito de desaprobación de todas las naciones. Bastará una voz unísona, y el malhechor huirá del haz del globo.

No es el Presidente Córdoba cómplice: a él le ha venido la denuncia por manos honorables, y él, como nosotros, es de la región interandina, es ecuatoriano y no de Barbacoas, y él no puede llegar a bandido, que con un puñal, hiera al Ecuador. Plaza sí, los monederos falsos de Guayaquil sí, toda esa tralacada infame, que en 12 años ha devorado carne de la patria, hasta dejar a ésta en esqueleto. ¿Qué ha hecho Plaza de la nación, desde que pudo disponer de ella, como el chacal dispone del cadáver del antilope?

¡Demos la vida primero, conciudadanos; pero mantengamos la existencia y la honra de la Patria!

No cabe duda de que el negocio está iniciado; pero los Estados Unidos protegen, no hostilizan a ninguna nación americana, si éstas no han hecho acto alguno contra ellos. ¿Qué podemos haber hecho nosotros, pueblo débil, y que por débil aparece innoble y corrompido, hasta el extremo de dejarnos vencer por un solo hombre, hombre sin historia, o mejor dicho, de historia canallesca? Cuando sepan los Estados Unidos cuál es víctima, si el pueblo del Ecuador o ese aventurero; cuando sepan la exposición de ser dividida nuestra patria, en dos secciones a cual más desdichada, únicamente por la avaricia de un réprobo y la de un puñado de compatriotas desnaturalizados, el apoyo de la gran nación sería para nosotros, pues ella no sería grande, si auxiliara pretensiones de malvados.

Ochoa y su comisión a Washington

Algunos ecuatorianos *han de conocer a un tal Ochoa*, homúnculo desconocido hasta ahora.

¿Qué objeto llevó este individuo a Washington?... Hasta ahora se sabe que el Gobierno de los Estados Unidos exige que los intereses de la compañía del Ferrocarril de Guayaquil a Quito, queden debidamente garantizados. ¿A quién esta exigencia justa, si no a los que han propuesto negociar el Archipiélago? No es proponente al Gobierno del Dr. Gonzalo Córdoba: sonlo aquellos delincuentes que aspiran a Gobierno, entusiasmados por los aspavientos de Plaza. Plaza ha estado hasta ahora mangoneando de

único y más perfecto hombre de Estado ecuatoriano: sus cognomentos son Cincinato, Nabucodonosor y Leovigildo: pues no han dado con otros los infelices que, por la propina, le enaltecen. Al ver descubierto su plan, el advenedizo se lanzará a los cuarteles, se proclamará padre de la patria y pretextará que va a evitar el robo de Galápagos, para realizar, por mano oculta, el peculado. ¡He ahí, ecuatorianos, a donde os arrastra vuestra suerte si no os levantáis del lecho del oprobio!

CAPITULO XLII

HISTORIA DE UNA ESPERANZA 1925 - 1932
EL COMANDANTE JUAN ILDEFONSO MENDOZA¹*Nuestros males*

Destinada ha estado nuestra patria, desde la desaparición de Eloy Alfaro, quien nos estaba constituyendo en ciudadanos: ya empezaban a mirarnos como a hombres, extranjeros amigos y enemigos, y la mirada de la civilización nos protegía, procurando indicarnos buen sendero. De repente fue asesinado este hombre insigne, ¡y en qué forma! La civilización volvió la vista, y desde entonces perdimos el camino, y hemos venido andando a tientas, aprovechando, si, de beneficios, debidos a los esfuerzos de aquel héroe. ¡Cuánto nos ha escarnecido el mundo, y el mayor número de veces, con justicia! Tiempo es de volver la vista a la historia, para aprender buenas lecciones y desechar cuantas han causado nuestra ruina. ¿Por qué hemos de quedar en silencio, refugiándonos en una prudencia estúpida, la que debe ser llamada cobardía, empeño de disculpar nuestro envilecimiento, y la desvergüenza de los que nos han esclavizado? En el Ecuador han escaseado los dignos, y ésta es la principal causa del retardo de alcanzar las comodidades de que está gozando nuestra América, cuyas generalidades en historia no son muy semejantes a las nuestras. Demos de mano a nuestros antecedentes tristes; a nuestra ceguera en habernos vuelto alumnos de un clero corrompido y embustero; a nuestra pérdida de tiempo en rezos e inmotivadas discordias; al modo como nos hemos acostumbrado a escarnecer la santa religión de Cristo; a la crueldad con que han sido fustigados, en siglos, nuestros indios; a nuestra zalemas a cualquier malhechor casualmente poderoso; a nuestro egoísmo e indiferencia por las desventuras ajenas, y especialmente en importantes cosas nuestras, como el deslinde con las naciones vecinas y consagrémonos a la práctica

¹.- Mendoza era la grande y quizás última esperanza para don Roberto. De allí su larga exposición

de todo lo contrario a los errores que acabo de apuntar, y de otros, evidentes.

Mi amargura

Siempre hay amargura en mis escritos, porque me veo obligado a censurar a mi patria, amándola como la amo, hasta haberle ofrecido y dado mi vida. Dios me dio por cuna un pueblo infortunado, cómplice de crímenes, miserable, envilecido; pero bello, a pesar de todas estas úlceras: en su recinto hay buen sentido, inteligencia, virtudes, nobles propensiones, las que casi siempre están adormecidas. La justificación consiste en que la patria no es culpada, pues le da esa apariencia algún réprobo, de cuya corrupción no le es posible precaverse. Su degradación ha llegado a ser incomparable: cae el noble Alfaro, a la vista horrorizada de América, álzase el asesino, atribuyendo al pueblo este crimen; asesina luego a Andrade, imputando esta nueva alevosía al mismo pueblo; y con el mismo pueblo usurpa el poder, largo tiempo, mientras la patria se pudre en la ignominia... nuestros tiranuelos han sido ignaros, glotones, lascivos, atrabiliarios, devotos, envidiosos, hipócritas, soberbios, feroces, sedientos de oro y sangre y nuestro pueblo se ha acostumbrado a deificarlos. Doy que calificuéis a Juan José Flores de fino aristócrata y clemente; a García Moreno de santo, sabio y compasivo; a Veintemilla, de caballero sin miedo y sin tacha; a Caamaño de irreprochable...; pero, cómo calificaréis a Plaza, el barbacoano? Dieciocho años de gobierno placista demuestra la inocencia, la negligencia, la incuria ecuatoriana: una por sí, desde 1901 hasta 1905; otra, por medio de don Lizardo García, hasta 1906; otra por medio del Dr. Andrade Marín, desde el 6 de marzo de 1912, hasta fines del mismo año; otra, por sí mismo, hasta 1916; otra por medio del Dr. Baquerizo Moreno, hasta 1920; otra, por medio del Dr. Tamayo, hasta 1925; otra, por medio del Dr. Córdova, hasta el 9 de julio del mismo año. Esto prueba que Plaza fue, en ciertos casos, superior a García Moreno, porque tuvo cinco jornaleros obedientes, pues García Moreno no tuvo sino dos, que al fin, no le obedecieron, don Jerónimo Carrión y don Javier Espinosa. Los doctores Andrade Marín, Alfredo Baquerizo Moreno y José Luis Tamayo fueron personas excelentes en sí mismas: viéronse en el caso de aceptar la presidencia, cuando Plaza estaba de dueño del ejército, no porque fuera buen militar, mas sí porque ejercía el arte de todo aventurero: robaba para pagar a esbirros. Los tres presidentes susodichos, viéronse obligados a imitar a Rocafuerte, pues éste aceptó la Presidencia a Flores, no para dañar a la

patria, sino para procurar mejorarla. Custodiaron los intereses robados de Plaza, y no pudieron mandar al cadalso al malvado, pues con una mirada de soslayo de Plaza, podía derribar instantáneamente a esos gobiernos. Gobernó Rocafuerte, sabia y noblemente, por último, exterminó a Flores, ya que él preparó el gran SEIS DE MARZO. Los imitadores no hicieron lo mismo y ahí está su debilidad criminal. Plaza fue casi un limosnero: en Panamá vivió de lavar botellas en cervcerías y aguas gaseosas; en un vapor de la compañía norteamericana de Panamá a California, fue cuarterero o camarero: en un lupanar de la capital de Nicaragua, fue correveidile; para ir de Guayaquil a Quito, a tomar a su cargo la presidencia, pidió, por telégrafo, al general Alfaro, residente en Quito, le prestara cien sucres... el hambre, la ignorancia, el cinismo, la codicia, el menosprecio a la moral y a todas las virtudes, el ansia de apoderarse de cuanto era riqueza, quedasen o no de pordioseras las familias a quienes él desposeía osadamente, fueron motivo verdadero de la destrucción de todo el Ecuador. Vinieron los *intereses creados*, porque el saltador tuvo cómplices, los principales de los cuales fueron ciertos banqueros, quienes robaron el numerario, los cóndores de oro, los sucres de plata, dejados, por Alfaro, e inundaron a la nación de billetes falsificados. Vino el cohecho, en todo orden, para que se aumentara el círculo de esbirros; vinieron los estadistas, los hacendistas, los legisladores, los ministros, los plenipotenciarios, todos improvisados, sacados de cualquier parte. Al torcer una esquina, hacía generales, coroneles. La corrupción prosperó en el Ecuador, y la virtud tuvo que huir a escondites... Vino la mendicidad a propagarse en nuestros ámbitos. Entonces no aparecían todavía los efectos de la monstruosa guerra europea. Vino el desentendimiento de toda obra útil, ya moral, ya material, porque no alcanzaba el dinero para dejar repleta la hucha del bandido; vino la inmolaición del pueblo, como sucedió el 19 de enero de 1906, en Guayaquil; vinieron asesinatos espantosos, de los que no se puede hablar, sin caer muerto... Eloy Alfaro, Medardo Alfaro, Flavio Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano, Pedro José Montero, Luciano Coral, Belizario Torres, Julio Andrade, casi todos generales. ¿Por qué os asesinó Leonidas Plaza, a unos en la prisión, a otros comprando brazos con puñales, a todos con alevosía, en vuestros servicios, en vuestra vida de hombres buenos, gloriosos para la patria, aún inmortales? Plaza debió ir al patíbulo; pero solamente fue enviado a Europa, de pasco, por Napoleón Dillon, José Rafael Bustamante, Moisés Oliva, Modesto Larrea Jijón, Francisco Gómez de la Torre, y premiado con la conservación de pingües rentas de bienes usurpados, que hasta ahora le mantienen como millonario

en la nación donde va. ¡Así se castiga en mi patria a los facinerosos, salteadores, traidores y asesinos!

Por Alfaro llora el Ecuador, de uno a otro extremo: ve en sus hijos su imagen, y se estremece y ruge como fiera; como pueblo indignado, justo y noble, que es más propio. "¡Por qué nos arrebatásteis a este hombre, nuestro guía, nuestro protector, nuestra luz, nuestra lumbrera! ¿Quién se parece a este hombre insigne, o habrá otro como él, en todo un siglo?" "Yo os lo arrebaté y yo soy su sustituto", exclama Plaza, y toma asiento en sillón de oro, en medio de aquel pueblo inepto y bullanguero. ¡Ahí está! Ved cómo acuden a arrodillarse y limpiarle humildes las botas.

Julio Andrade murió también asesinado en el más alto escalón del solio ecuatoriano; probablemente era insigne y de esperanzas. Plaza cree que los ecuatorianos han olvidado estas *hazañas*. Sería lo mejor olvidarlas; pero ¿cómo se puede olvidar lo horroroso, lo monstruoso, lo que ha atormentado y afrentado a nuestra patria, lo que a algunos nos ha despedazado las entrañas? Ceguemos primero el foco de inmundicias, y después trataremos de limar nuestra memoria. Hombres honrados han caído en este foco, por imposibilidad de vivir y suministrar vida a sus familiares. ¡Oh desesperación la de los que, por conservar la vida y darla a otro, han tenido que llevar a la boca podredumbre y guijarros!

Nuestras cinco revoluciones

Si no hubiera pecado, no habría virtud; si no hubiera tiranía, no habría heroísmo por recobrar la libertad. Cuando el pecado es permanente, raya en mole inamovible, y la virtud tiene que ser verdadera y excelsa: cuando la tiranía es pertinaz, los que se alzan por la libertad, tienen que ser heroicos, admirables. Acordaos del 10 de agosto de 1809, del 6 de marzo de 1845, del 6 de agosto de 1875, del 5 de junio de 1895, y derribad el sombrero ante la proeza del 9 de julio de 1925... En la obscuridad más completa, en el envilecimiento más innoble, en la corrupción más pestilente, en el latrocinio más desvergonzado, en la insolencia más cínica, cuando en el aire no se veía sino murciélagos y en el suelo renacuajos, sucna una voz juvenil, pero estentórea.

Mendoza Vera: mi alumno

A su ruido se despertaron la dignidad y la vergüenza: y a la vista de ésta huyó el crimen, y la transformación instantánea animó a la República.

A un conjuro de la libertad se ha levantado un joven, él ha constituido un grupo y a la voz de todos, se han erguido batallones. En la diestra del primero relumbra una espada, de la cual parte un relámpago, a cuyos resplandores fracasaron los perversos, entre los cuales se hallaban muchos nuestros, atragantados con el anzuelo del soborno. Este joven se llama Juan Ildefonso Mendoza, nacido por 1888, manabita como Alfaro y de su escuela.

Apenas había alcanzado el grado de Teniente Coronel, y se hallaba al servicio en Quito, donde maduró la idea de libertar al Ecuador. Había sido mi alumno, en la época en que yo estuve de Rector del Colegio Olmedo en Portoviejo; pero era niño, y apenas yo me acordaba de él. Había tenido ocasión de meditar en los crímenes de Plaza, y se resolvió a obrar contra él: conoció que no estimaba el ejército a ese aventurero, y comprometió a varios oficiales. Se hallaba en Guayaquil el 9 de julio de 1925: con actividad asombrosa, movió a los cuarteles, los cuales le proclamaron jefe a él y por telégrafo, lo comunicó a Quito, a los comprometidos. El grupo que acompañó a Mendoza en Guayaquil, se componía de Virgilio Guerrero, Diógenes Fernández, Luis A. Rivadeneira, Manuel E. Castillo, Manuel M. Cevallos, Luis A. Rodríguez, Leonidas Salas, Pedro Icaza, todos militares jóvenes. En Quito secundaron inmediatamente el movimiento: Carlos A. Guerrero, Luis Telmo Paz y Miño, Emilio Valdivieso, César Plaza, Enrique Pareja, Francisco Gallegos, Virgilio Molina, Federico Struve y muchos otros, hasta que apareció Juan Ignacio Pareja, joven de influencia en las tropas.

Cómo cayó Córdova

Apenas llegó el telegrama, el joven Guerrero fue por la noche a casa del Presidente Córdova, y le notificó que ya no era Presidente. Se hallaban allí varios ministros de Estado, y uno de ellos se puso en pie y sacó el revólver.

- No hay necesidad, dijo Córdova: tiene que ser verdad lo que refiere el oficial, y no hay sino que someterse.

Algunos conservadores sufrieron un engaño: se lanzaron a la calle, a secundar el movimiento: pero luego supieron que era liberal. No hubo un disparo, un prisionero, un desterrado, una gota de sangre ni de lágrimas, y la transformación se efectuó a satisfacción del pueblo.

Errores de Mendoza: placistas en la Junta

No hubo acierto en el nombramiento de una Junta Suprema en la capital de la República, ya que en Guayaquil mandaba otra junta suprema militar, presidida por Mendoza. Jefes debieron ser los que empezaron, porque ya tenían programa, la resolución inquebrantable de ejercerlo, y la autorización del pueblo estaba manifiesta. Era inexperiencia política, poca estimación de sí mismo, debilidad incomprensible, dimanada de la benevolencia y juventud, y la desconfianza de sus esfuerzos. Mendoza pagó su error; pero dio insigne prueba de su desinterés, sanas intenciones y austeridad en todos sus operaciones políticas. En el gobierno levantado sobre Mendoza en Quito, hubo hasta elementos placistas, como Oliva, Dillon, Gómez de la Torre; y ninguno era popular, liberal a todo trance, adiestrado y experto en el poder. Mendoza había dicho, en un discurso: "Si los hombres designados para formar el Gobierno, se desvían de nuestro programa, no tendremos consideración alguna; y el que no la cumpla, ya por negligencia, ya por mala voluntad, será retirado y sacado de la Patria". ¿Qué importaba esta declaración, si no se trataba con patriotas, más aún con niños, para quienes el Gobierno era juguete, y sólo cavilaban en intereses personales? "Los jóvenes tenemos ideas nuevas, y nosotros debemos ser los gobernantes", decían hasta los imberbes. ¿Esta enseñanza es general? Y ¿quién ha enseñado el camino a los jóvenes, sino los que han luchado, dejando en él sudor de la sangre? Por su juventud erró Mendoza: y la juventud de sus criaturas arruinó su obra. ¡Juventud, juventud, sois la esperanza; pero no podréis adelantar si no pisáis en las huellas de los viejos! Infinidad de hechos ocurrieron, en que Mendoza se oponía a decisiones de la Junta de Quito, y en que la Junta de Quito, lo que era un lastimoso escándalo, se oponía a decisiones de Mendoza. Relatará la Historia estos hechos.

Mendoza apresado a Plaza: yo en Palacio

Plaza se hallaba infestando a la Junta de Quito, y la prueba fue inmediata: por orden de Mendoza fue aprehendido, en las cercanías de Quito, y a la capital entró en pleno día: el pueblo quiso apoderarse de él y arrastrarlo por las calles... Yo presencié la indignación de una parte de este pueblo en una esquina de la Plaza de la Independencia, y subí inmediatamente al palacio: yo no soy partidario de la ley salvaje del tailón. "Van a arrastrar a Leonidas Plaza", dije a tres o cuatro gobernantes. En vez de ser

mandado a la Legación Argentina, lo que es honor para él, debe ser encerrado en la Penitenciaría y entregado al Poder Judicial, para que lo juzgue y sentencie".

- Con razón llaman a Ud. historiador apasionado, me dijo uno de los jóvenes encargados del poder. En este caso, no debe haber pasión, sino calma.

- Soy apasionado de la verdad y la justicia, porque las defiendo con pasión, le respondí. Van Uds. a sentar la base de su Gobierno, la que les servirá en lo futuro, y ella debe tener alguna solidez. Uds. ven que Plaza ha asesinado a muchos, entre ellos, a un prohombre, y a la patria la deja vestida de andrajos. Es un forajido y merece el cadalso.

- Entregarlo al Poder Judicial, no sería sino ponerlo en libertad, dijo otro. Toda la Corte Suprema se compone de amigos íntimos de él: todos los ministros jueces son nombrados por él.

- Y Uds. ¿no tienen la facultad de designar jueces para ese hombre, ya que el poder de Uds. es ilimitado y absoluto?.

- De él ha sido el ejército, y corremos peligro de un cambio repentino, no nos dejarán gobernar las aprensiones. Para que gobernemos con calma, preciso es que Plaza sea enviado al exterior.

- Así como hay partidarios de Plaza, hay también adversarios; y de éstos deben Uds. elegir los que han de formar la guardia.

Destierro de Plaza

Habléles de la impunidad, que era premio a un malvado, y especialmente de la desesperación del Ecuador, agonizante en la miseria, mientras aquel aprovechador estaba millonario. El resultado fue la realización del viaje de Plaza a las naciones más opuestas y la prolongación de su Gobierno, en manos de inexpertos, quienes ningún favor habían prestado a la República. Cuando pasaba la nave frente a Guayaquil, con Plaza dentro de ella, Mendoza mandó siguiera sin tardanza al Océano, porque comprendió que el pueblo quería despedazar a ese bandido. Plaza, cínicamente telegrafió de Nueva Orleans: "He venido a dar un paseo".

Brillante programa de Mendoza

Fueron excelentes el programa de Mendoza y su inmediata ejecución: no hizo la menor ostentación de poder: la facultad no es de libertadores, por jóvenes que sean. El ejército se constituyó en guardián del

pueblo, y le proporcionó alimentos, pues no los tenía en absoluto, por incuria de las autoridades anteriores: se consagró a proteger a los obreros, a custodiar el erario, a buscar el mejoramiento en la interpretación de las leyes hacendarias; a auxiliar a la agricultura, al comercio, a todo linaje de industrias, a facilitar el tránsito, ya por agua, ya por tierra; a mejorar la Policía, con fundación de escuela para ella; a ver cómo colonizar con extranjeros, tanto territorio fecundo y despoblado; a la propagación de la enseñanza y a la dedicación del bello sexo a trabajos, de los, para él, adecuados; a satisfacer las necesidades del pobre. ¿Soñaba, por ventura? Si al principio, era sueño, a la postre se convertiría en realidad. El paradigma era el Gobierno de Alfaro.

Fracaso de los tribunales populares

Deseoso de propagar beneficios, creyó que podía sustituir a jueces y devolver al inocente lo robado: lo hizo por una o dos veces; pero acudió muchedumbre de personas damnificadas, defraudadas. Por sí solo, no podía atender al desempeño de esta obra; y éste fue el motivo de la fundación de tribunales populares: no produjeron buen éxito, y en breve fueron abolidos.

Prisión de Urbina Jado

En todos sus propósitos, Mendoza no demostró sino amor a la justicia, y su prestigio fue aumentando. Lo que le faltó al patriota, fue preparación y experiencia. No fue el orgullo lo que le obligó a aislarse de los demás liberales que pretendían el poder: fue el escrúpulo de caer en manos de consejeros placistas, porque la República estaba contaminada, yapestaba. El resuello de Plaza hedía en todas partes. Los corrompidos por él, solicitaban a Mendoza apoyo, con banquetes; otros, con ofertas, hasta la de levantarlo a Presidente. Mendoza había llevado a la prisión a Francisco Urbina Jado, improvisado millonario, a causa de la infame ley de *moratoria*, promulgada por Plaza, y en el Ecuador muy conocida; y los cómplices de Urbina fueron en gran número: fueron los ganzúas mejor forjados por Plaza. Estos cómplices, por obtener la libertad de Urbina, ofrecieron a Mendoza hasta *millones de suces*, dijo un diario. "¿Qué revolución habría yo hecho, si acepto ese dinero y me convierto en Plaza?". decía el patriota.

He aquí un simil oportuno. El norteamericano Carlos Schwab, llamado el *rey del acero*, dirigía, en la gran guerra europea, la enorme fundación *Behlehem Steel Corporation*, que suministraba armamento a todo el ejército aliado, en competencia con la fundación *Krupp*, de Alemania. Convencido el Kaiser de que ganaría la guerra, si conseguía separar a Schwab de dicha dirección, mandó ofrecerle 500 millones de francos, que equivalían a 100 millones de dólares; el noble Schwab no aceptó. "Los periódicos apenas han hablado de este hecho extraordinario", dice Zamacois, escritor cubano, al referir el heroísmo de Schwab.

Nuevo error de Mendoza

Yo creo que no hay muchos en el Ecuador, que hubieran imitado a Mendoza. Los periódicos no han hablado de este hecho, sino en el momento en que él acaeció. ¿Quién ha repetido tal noticia? Entonces fue cuando Mendoza cometió el error de caer en contradicción con lo que había días antes, prometido: "Si los hombres designados para formar el Gobierno, había dicho, se desvían de nuestro programa, no tendremos consideración ninguna; y el que no la cumpla, ya por negligencia, ya por mala voluntad, será retirado y sacado del patria". Ahora dijo, en otra alocución: "Soy hombre honrado y sin mancha: me siento con fuerzas para seguir sirviendo a mi Patria; pero no en lugar tan elevado, en el cual peligra mi buen nombre. Debemos todo respeto a la Junta de Gobierno provisional, que es quien, por voluntad del ejército, está al frente de los destinos de la nación". El ejército fue él: La Junta no fue sino creación de él. Probó su desinterés, grandeza de alma y modestia; pero al mismo tiempo su inexperiencia.

Los militares traicionan a Mendoza

¿Por qué después de esta declaración contradictoria, más, en verdad, espontánea, aumentó contra Mendoza la mala voluntad de la Junta de Quito? Había aparecido el veneno que más perjuicio causa en Sudamérica: varios militares de los que acompañaban a Mendoza, cobraron envidia por su general prestigio, e iban trasladándose a Quito, a informar a la Junta en contra del patriota, de su jefe. "Va a proclamarse Dictador", dijeron; y la Junta, sin más ni más, desplegó sus fuerzas contra él. Juntas militares había en varias provincias, todas subordinadas a Mendoza. El Gobierno de Quito optó por conceder ascensos a varios jefes militares, sin

autorización de Mendoza: éste aprobaba lo hecho; pero manifestaba su disgusto a los que se hallaban inmediatos, pues en el programa del 9 de julio, se habían comprometido los conspiradores a no solicitar ni a admitir ningún ascenso. Los amigos y cómplices de Plaza, ciertos banqueros, logreros, agiotistas, no habían cedido, ni por un minuto, el campo pues que poseían caudales, y en éstos, volvían a sus embestidas en contra de Mendoza. Ya se decidía este jefe a admitir conferencias con ellos, porque entreveía el peligro de que los gobernantes de Quito le arrebataran al poder, sin fundamento razonable. Entreveía asimismo el malestar de cuerpos del ejército, de los batallones que estaban a su lado, vacilantes entre los subalternos de Quito y Mendoza, el jefe principal. Llegó a desvanecer, con su energía, una conjuración contra su vida, en uno de los cuarteles. Había aprobado la organización de una guardia cívica, compuesta por jóvenes distinguidos de Guayaquil, no todos partidarios de Mendoza. Los políticos acudieron a pretextos, que se formalizaban por el alejamiento de la junta quiteña y el patriota. En Guayaquil circulaban rumores espantosos, propalados por los enemigos de Mendoza: decían que iba a estallar una conspiración de bolcheviques, que se preparaba un alzamiento de la plebe, que iban a separarse las regiones costeña y andina, y que todo era transmitido inmediatamente por el telégrafo.

Mendoza intenta disolver la Junta

La Junta Militar de Quito, subordinada, como las otras, a Mendoza, pero ya bajo los auspicios del gobierno civil de Quito, dejó de obedecer a su jefe, por completo: éste se propuso disolverla; pero nadie quiso obedecer sus órdenes. Entonces llegó a comprender el héroe, el verdadero libertador del 9 de julio, que trataban de traicionarle los levantados por el esfuerzo de su brazo.

Mis cartas perdidas

La conducta del Gobierno de Quito debió estar revestida de excelsitud, no de indignidades de competidor de los comunes. ¿Qué culpa había cometido Mendoza? Ya estaba casi perdida su influencia, cuando fue enviado el Ministro de Guerra, de Quito a Guayaquil, con instrucciones para engañar y someter al jefe revolucionario. Este no pudo resistirse: ya había manifestado su recato, su temor de no ser hábil en puestos elevados, y se resolvió seguir consejos de inferiores, los gobernantes

constituidos por su consentimiento en Quito, como habría recibido los de liberales de escuela. Yo estaba en imposibilidad de obrar, por la distancia, y porque mis cartas no llegaban Mendoza.

El Ministro de Guerra engaña a Mendoza

Un batallón esforzado, llamado "El Marañón", estaba resuelto a sostener al jefe liberal, según se lo manifestó sin rodeos. Ya las facultades de él, habían sido limitadas a las de Jefe de Zona en Quito, a donde fue. "El Marañón" partió con él; pero por súplicas de las autoridades de Quito, hubo de acantonarse en Ambato: recelaban el contacto del batallón con Mendoza. Fue tratado con amabilidad por los individuos de la Junta de Quito; y el encargado, por turno, del Poder Ejecutivo, hermano de un quitamotas de Plaza, precisamente el que administraba sus bienes, exageró sus adulaciones, sus zalemas: "Es Ud. hombre necesario, decía a Mendoza, es Ud. de una inteligencia y una actividad asombrosas, es Ud. nuestro grande hombre". Y así corrieron dos o tres días, y Mendoza no hacía sino oír estas caricias.

- Algo debemos hacer. ¿Para qué me han llamado ustedes?, les dijo, al fin el joven militar.

- Voy a dar a Ud. un empleo, contestó su interlocutor; y él será honroso y adecuado a su carácter militar. Está Ud. nombrado Jefe de la Escuela de Reclutas, puesto en el que puede Ud. descansar.

¿Quién era el que ofrecía este empleo al Jefe revolucionario? Este no dijo nada, y salió, indudablemente trémulo de asombro. Temieron y se llamaron, con solicitudes extremas. Existía una Junta Suprema, llamada Consultiva Militar, que juzgaba a todos los otros poderes; y a Mendoza le nombraron Presidente de ella. Salió satisfecho y resuelto a ejercer, desde el día siguiente, su destino. Como Jefe de Zona, influía todavía en el ejército. La vigilancia de los envidiosos, y también la de los *jefes supremos*, persuadidos de que la revolución era obra de ellos, era extrema. Oficiales del Marañón escribían, casi todos los días, al Comandante Mendoza, cartas vehementísimas, las que con frecuencia eran sustraídas: las que contestaba Mendoza eran prudentes.

Prisión de Mendoza en Quito

De improviso fue una mañana aprehendido, precisamente cuando iba a tomar a su cargo la Presidencia de la Junta Consultiva. El pretexto

de la aprehensión fue el siguiente: habían ordenado la disolución del Marañón, pero con la mayor prudencia: de soldado a soldado, iban siendo todos despedidos; cuando algunos cayeron en la cuenta, se resolvieron a proclamar al jefe liberal, para lo cual le enviaron aviso por un posta, ya que no era posible aprovecharse del telégrafo. Mendoza recibió aviso y contestó rechazando el proyecto, porque se hallaba de Presidente de la Junta Militar Consultiva. Antes de recibir esta propuesta, el Marañón se reveló, porque temía lo disolvieran por completo. Ya habían proclamado a Mendoza, cuando llegó la noticia del rechazo de este jefe. Como por telégrafo supieron en Quito los traidores, que se había efectuado tal proclamación, enviaron un cuerpo de tropas a Ambato, cuando el batallón casi no existía; los soldados que quedaban, se indignaron, arrojaron las armas y se fueron. En Quito, cuando Mendoza salía de su habitación y se dirigía a la Junta Militar Consultiva, fue aprehendido no se le dijo la causa, no hubo el menor juzgamiento, y fue entregado a la escolta, para que lo llevara al destierro. Los traidores vociferaban que había pruebas del crimen; pero nunca las vio nadie. Al desterrarlo, supieron que no tenía ropa, ni un centavo, y le mandaron con una sumilla de dinero. ¡Le desterraron hombrecillos, que no se habían movido de su casa para algo en pro de la República, y se quedaron, ufanos, en la altura! Salió a Panamá, y de allí pasó a Colombia.

Mendoza en Cali: 1926 - 1930

En las proximidades de Cali ha residido 5 años, en las más deplorables estrecheces, él, quien había prestado a la República el más importante servicio; él, quien tuvo oportunidad de enriquecerse, y no lo hizo por grandeza de alma; él, a quien se le debió enriquecer, en justicia; él, por quien se ha enriquecido tanto miserable, pretextando haber sido prócer del 9 de julio. Yo publicaría una lista de estos últimos, si quisiera cubrir de vergüenza al Ecuador...

Fracaso, aunque honradez de la Junta

Aquel gobierno de los cinco fue perjudicial al Ecuador, porque ninguno de ellos tenía en política ideas definidas, experiencia en las ciencia de gobierno, carácter para ejercerla, fuerza de voluntad de las constantes, no fueron sino adinerados, de distinguida posición social, y quizá no tuvieron intereses personales, ni siquiera el de conquista de un título para la carrera que estaban empezando. Apenas se alejó el Comandante Mendoza,

convertido por sus sucesores en piedra de escándalo, se volvió una confusión el gobierno, cuando debió haber sido modelo de patriotas, en la época en que no había el menor desinterés. No se entendían uno a otro aquellos administradores desleales, y la República iba como embarcación al garete. No robaron, peor dejaron robar con escándalo: Leonidas Plaza tenía renta pingüe, haciendas compradas con dinero que se tomaba: nombró administrador de sus bienes a un individuo que recogía el dinero de ellos y se lo enviaba en renta mensual, al lugar donde se hallaba, a vista y paciencia de los tales gobernantes, a quienes asustaba la miseria del pueblo. Si alguno me contesta que la esposa de él tenía haciendas, le replico que es fácil separarlas. ¿Qué se hicieron millones de cóndores de oro y sucres, y monedas inferiores de plata, dejados a la nación por el Presidente Alfaro? Con la *moratoria* compró en el banco de Urbina todo el numerario, con billetes falsificados de banco, y ese numerario se fue al bolsillo de Plaza, Urbina y demás cómplices. Levantemos una corona para las sienas del Sr. Arosemena, Director del Banco del Ecuador, quien se resistió a las malversaciones, que anonadaron al Estado.

Se llevó la prioridad Mendoza, respecto del coronel peruano Sánchez Cerro: el primero libertó al Ecuador en 1925; el segundo, al Perú en 1930, con operaciones casi iguales. El primero fue traicionado y desterrado injusta y violentamente; el segundo lo fue también, pero con menos injusticia. El servicio de Mendoza fue más importante, porque Plaza fue más criminal que Leguía. Sánchez Cerro fue expulsado, pero con abundancia de dinero; Mendoza lo fue casi desnudo, después de que ejerció el poder cerca de un año. Sánchez Cerro fue elegido Presidente; pero se portó vil e injusto, y le mataron.

Mendoza candidato en 1931

Cayó Ayora, expulsado por el pueblo, volvió del destierro Mendoza, y la región de la Costa le proclamó candidato a la Presidencia del Estado.

Fue proclamación extemporánea, y por consiguiente impropia de los ciudadanos de la Costa. Mendoza tenía un mérito muy grande, el de haber sido libertador; pero esto no le daba aptitud para la presidencia, por su edad, su inexperiencia, su falta de preparación. Los liberales interandinos no le aceptaron, y lejos de buscar avencencia en privado, presentaron otro candidato, no desecharle, pero lastimando a los beneméritos costeños.

Las elecciones de 1932
Bonifaz aliado de Plaza

Por entonces apareció la ley que concede el sufragio a la mujer: esta ley es una de las mejoras modernas, y por promulgarla, ha luchado el Partido Liberal en todas las centurias. La mujer es muy apta para acompañar o sustituir al hombre en los gobiernos; pero forzoso es que se eduque, antes de ser elevada a tal predicamento; el hombre, sin derecho, la propuso y ella ha permanecido sin otro conocimiento que el de un niño. Los Estados Unidos empezaron a igualarla al hombre en el estudio. Los mayores enemigos de la civilización moderna han sido y son los jesuitas, y la mujer es, en el Ecuador, discípula de ellos. ¡Cuánto no se habría complacido esta secta, al ver que los liberales trabajaban por la extensión de su predominio! Los jesuitas presentaron a un ciudadano peruano, al Sr. Neptalí Bonifaz²; y éste triunfó en la Sierra, el mismo tiempo que triunfó Mendoza en Guayaquil. Bonifaz se presentó como liberal, por consejo de los mismos jesuitas, pero luego comprendió que el Partido Liberal no tardaría en derrocarlo. Acudió a nuevas intrigas, y todas le resultaron estériles. El nombre de Alfaro, el prohombre, resultó en una de éstas. Bonifaz es primo político de Plaza, porque es casado con una prima hermana de aquel. Al verse abandonado por uno de los hijos de Alfaro, acudió al asesino de éste, residente en Europa. Plaza tiene todavía cómplices y está rico. Esta nueva combinación prueba que en el círculo de Bonifaz no hay moral, no hay deseo de la felicidad del Ecuador.

El motín de Jorge Narváez en Tulcán

Tal vino a ser la creencia de los liberales genuinos, y causaron estallidos lugareños, como el de Tulcán, promovido por el valeroso Jorge Narváez. No fue auxiliado por ninguna de las otras provincias, y hubo de ser vencido en desigual combate. Hubo otro movimiento en la provincia de El Oro, y también fue vencido por una mayoría bien provista de armamento y poseedora de dinero, del que han carecido los contrarios.

2.- Bonifaz era nacido en Quito de padre peruano. pero varias veces se declaró públicamente peruano

Validez del ejército

Todavía hay en el Ecuador sed de sangre, porque todavía no ha desaparecido la causa de los odios, la tiranía en todo linaje de asuntos. Clases privilegiadas usurpan, por más que haya sido conocido el derecho individual. Amos y áulicos, prelados y prebendados, acaudalados insolentes y siervos rufianes, militares desvergonzados y peores subalternos, todavía son dueños de todo, y los rebeldes son los humildes, los bondadosos e inteligentes, los de alma liberal y virtuosa, los que no tienen y quieren tener, porque también son individuos invitados por Dios a su banquete. Los segundos piden sin vileza, y los primeros no dan por impiedad; he ahí de dónde proviene el deber de los usurpados de vencer a los usurpadores. La humanidad buena quiere vencer a la mala; y para esto necesita de armas; y ésta es la razón porque la clase militar viene a convertirse en útil, en benéfica, hasta que llegue la hora de la paz universal. ¡Oh soldados! Los que ayudáis a la virtud con vuestra sangre, derramando, si es preciso, la de la tiranía pertinaz, ya no seréis de los privilegiados perversos, pues estáis pensando en defender a la justicia atropellada, al miserable hambriento y desangrado. No sois esbirros, sino héroes, como lo fue Bolívar, soldado, poniendo el pie sobre la cabeza de monarcas.

De nuevo Mendoza: 1932

Entonces vino a acaecer la nueva conspiración en Guayaquil, promovida por Mendoza. Con dos cañoneras, que componían la armada ecuatoriana, salió de Guayaquil, guarnecida por algunos cuerpos de ejército, a aumentar algo su fuerza, pues le dijeron que en Punta de Piedra era esperado por patriotas. Arribaba en aquel momento, en buque extranjero, el malhechor Leonidas Plaza. Mendoza, quien no lo sabía, llegó a Punta de Piedra, donde fue asaltado por tropas del Gobierno: pudo huir y llegar a Puná, donde tampoco halló refuerzo. Siguió en busca de él, por el mar, en dirección a la provincia de El Oro. En el mar fue combatido y aprehendido. Lo condujeron a Quito y lo encerraron en la penitenciaría.

Los Cuatro Dias

Acació una batalla en Quito, por dar la presidencia a Bonifaz. Los jesuitas estaban autorizados para una empresa semejante, por la actividad, por el prestigio, porque nadie podía sospechar de ellos: y sobornaron a

parte del ejército, combatieron, pero fueron vencidos, después de cuatro días de lucha en la ciudad. Los jesuitas adoraban a Dios de rodillas, mientras se regocijaban o abatían, según las noticias del combate. A los jesuitas se les vio más de una vez de directores de las tropas armadas, que ensangrentaban las calles. Hubo 500 cadáveres de hombres, mujeres y niños. Fueron los jesuitas vencidos; pero nadie ha pensado en castigarlos ¡Es lástima que el Partido Liberal no haya sido dirigido por hombres patriotas, enérgicos y justos!

Formación de las clases privilegiadas

La enfermedad del Ecuador es intensa, pero no incurable: procede especialmente de las preocupaciones religiosas, cuyo origen estuvo en la conquista. La infección ha sido dañosa, por la coadunación de religiosidad con los intereses monetarios, de donde vino la formación de las clases privilegiadas, o sea la preponderancia del más absoluto egoísmo, esencial en capitalistas o clérigos, autoridades y malos militares. Se unieron estas potencias y quedaron pospuestas las mejores: la inteligencia, benevolencia, la honradez. Las clases privilegiadas han formado el partido conservador; la otra, el liberal; y éste vino a subdividirse, porque también se infiltraron intereses económicos. El clero se une con los presidentes ignorantes, a quienes le conviene dominar, y vive con todas las prerrogativas deseadas, hasta con el ejercicio de las atribuciones civiles y políticas. Ya gran parte del pueblo ha comprendido que el clero le engaña, para dejarle envilecido y desnudo, mientras el dicho clero se engasta en oro y busca autoridad por cualquier medio, como lo acaba de probar la batalla de Quito. Son los jóvenes los que continuarán en la defensa del pueblo, porque ellos ven la verdad y la difunden; mas ellos no han de impedir que ejerzan el poder los experimentados, pues estos han empezado a abrir el camino del progreso. Si nosotros estamos resueltos a formar un solo frente contra cualquiera de nuestros adversarios, nuestro es el atributo de observar, de examinar, no sea que nuestro bando venga a deslustrarse con placistas. Los arrepentidos vengan; pero los arrepentidos, noble, sincera, verdaderamente.

Juan Ildefonso Mendoza es y ha sido nuestro. Acciones como la de él son perdurables: él fue el primero que venció a uno de nuestros más innobles tiranos. Será nuestro compañero y no lo olvidaremos jamás.

DE QUITO A LA HABANA 1927

Deseaba yo ausentarme del Ecuador por mucho tiempo, para multiplicar mis observaciones como escritor, agobiada mi inspiración con el calificativo de asesino dado por multitud de jesuitas, la plebe intelectual y social, y los pocos, entre los instruidos e ilustrados, que eran partidarios de García Moreno. ¿Cómo ausentarme, si no tenía dinero; ni medios de proporcionarme imprenta? Mis padres habían muerto. Mis columnas habían sido Montalvo y Alfaro, y ambos habían desaparecido. no por culpa mía, como se ha visto. *Resolvi ir a La Habana*, donde tenía un buen hijo, el mayor, quien trabajaba y ganaba algún dinero. Mi hija estaba ya en Nueva York, y otro de mis hijos me acompañaba en mi viaje. El mayor me mandó dinero y partimos.

Lo mío, lo mío es lo que constituye mi dicha, siempre que lo mío me sea agradable, en relación con la virtud y no repugne al semejante. La propiedad sin ninguna contradicción, es el mayor recreo: ella no constituye la avaricia, pasión abominable, contraria a la generosidad, que sí es también mía. En el egoísmo hay anhelo de que otro no posea lo que yo, porque lo que yo poseo es bueno.¹

¹.- Don Roberto permaneció 3 años en Cuba (1927 - 30) a donde fue llevando 5 dramas inéditos de Montalvo. Allí hizo amistad con el joven y gran sociólogo Roberto Agramonte -que aún vive en Miami y de 94 años- quien editó el asunto montalvino. El 4 de junio de 1930 dictó en la Habana una conferencia sobre Sucre y al salir de ese país dejó allí a que editara el folleto "La guerra y la paz" que apareció al público el 32. El año 30 reinició la redacción de estas sus Memorias.

Largamente don Roberto ha sido acusado de mentiroso y de conflictivo. "Miente mucho don Roberto" sonaba a frase almibarada, cuando los ministerios pedían informes, para ver si apoyaban o no las ediciones de su historia. Sin embargo, amén de los errores comunes a todo investigador, es muy difícil probarle que mienta. Es cierto que ocasionalmente su pasión le ciega para no ver méritos en algunos de sus enemigos, pero de la ceguera afectiva a la mentira hay largo trecho.

¿Conflictivo? Si y sin recelo, porque todo hombre superior tiende a ser conflictivo, pues resulta que uno es el concepto y a veces otro el sentimiento; uno suele ser el deber y otro el ideal; una la aspiración personal y contrapuesta -en veces- la del hogar. Solo a los seres llamados "simples de nacimiento" no podemos exigirles conflictos.

Y ese es -y lo digo en presente- Roberto Andrade. Un hombre con H mayúscula, al que moralmente hay que admirar, así nuestras ideas personales sean contrapuestas.

Dr. Fernando Jurado Noboa

ISBN-9978-04-117-5



Centro de Documentación "Juan Bautista Vázquez"



352721